TIEMPO de HISTORIA

AÑO VIII • NUM. 90 • 150 PESETAS

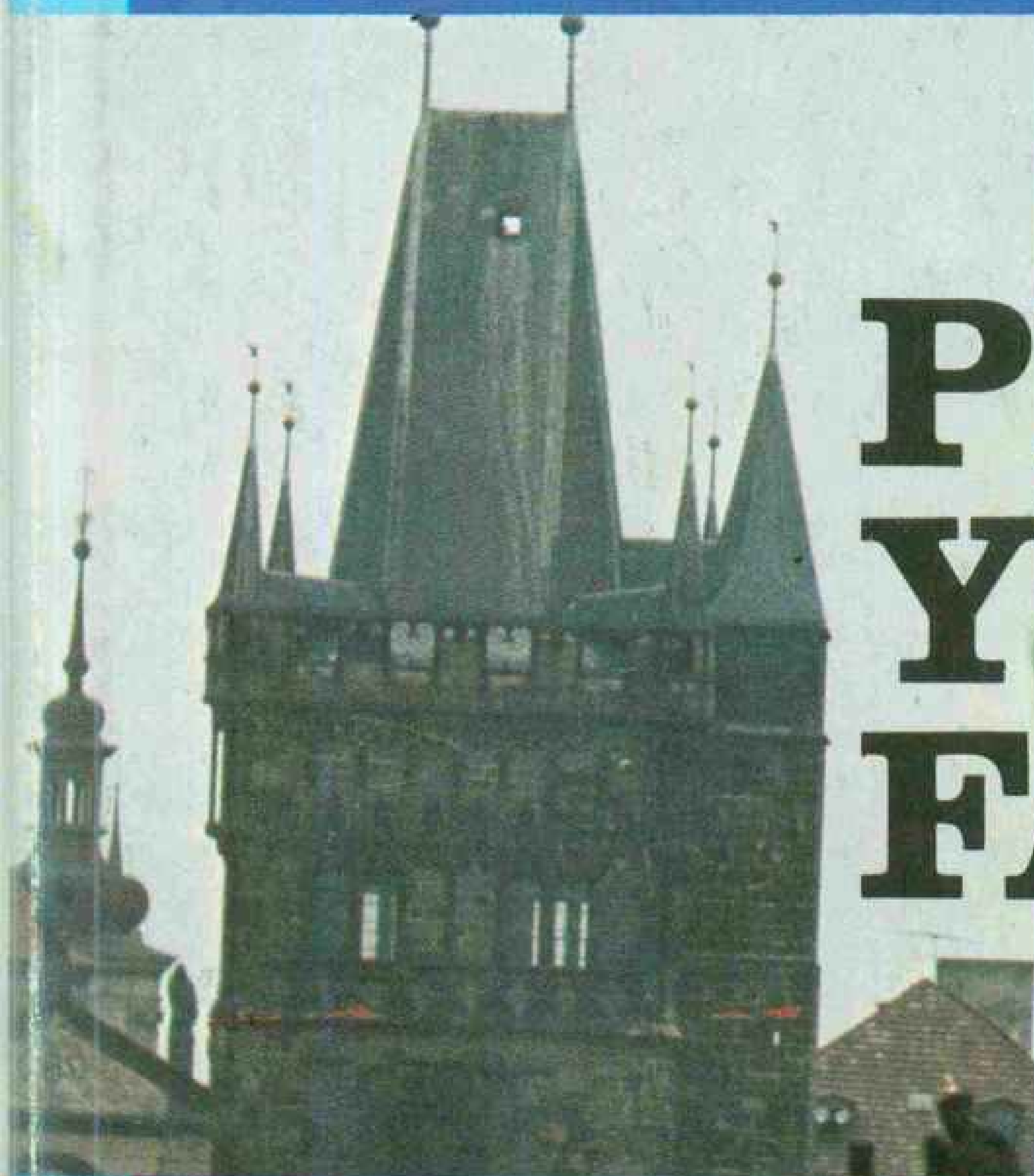
Fernando L. Agudín

EL CONTUBERNIO DE MUNICH

Un melodramático apretón de manos entre Gil Robles y Llopis, único resultado positivo del contubernio político de Munich

La heterogénea reunión de comunistas, monárquicos, demócratas cristianos, anarquistas y separatistas pretendían...

Como si los españoles no tuviésemos memoria...



PRAGA Y SUS FANTASMAS

LA CIUDAD DE KAFKA Y DE KUNDERA

Carlos Fuentes

LA CAIDA DE MALAGA



Rafael Tenorio

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Fernando López Agudín



Tropas del Sahara español

La II República y la cuestión marroquí

SUMARIO



AÑO VIII • NUM. 90 • MAYO 1982 • 150 PESETAS



PORTADA: En 1962 la oposición democrática al régimen de Franco, dentro y fuera del país, se reunió en Munich para tratar del futuro de España, en lo que se llamó —por la prensa franquista— el «contubernio de Munich». Por su parte, Carlos Fuentes, el gran narrador mexicano, describe, de mano maestra, la situación de la Checoslovaquia oprimida. Finalmente una puntualización histórica sobre la caída de Málaga en los días aciagos de nuestra guerra civil.



JULIAN ZUGAZAGOITIA: Una semblanza del gran periodista y político socialista, víctima de la represión franquista.

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfonos 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 29. MADRID-16, Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, kilómetro 13,350. MADRID-34. **COMPOSICION:** Andueza, S. A. San Romualdo, 26. MADRID-17. **IMPRIME:** Gráficas Aragón, S. A. Polígono Industrial «Los Angeles», Getafe (Madrid). Depósito Legal: 350 M. 36.133-1974. **ISSN** 9210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 pesetas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.



«TIEMPO DE HISTORIA» es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federación Internacional of Periodical Press, FIPP.

El contubernio de Munich

Fernando López Agudín

HACE unos veinte años, a primeros de junio de 1962, más de un centenar de españoles, reunidos en Munich, conmovían las estructuras del régimen franquista con una simple declaración democrática rubricada por todos ellos y las diversas organizaciones políticas que representaban; el contuberni de Munich, como rápidamente fuera calificado por la propaganda de la dictadura, fue objeto de una intensa campaña calumniosa destinada a desacreditar las personas que allí congregados y, sobre todo y por encima de todo, el contenido político de lo aprobado en la capital bávara. Aunque en un principio la reacción de los funcionarios de la dictadura pareció desproporcionada, al fin y al cabo los citados en la ciudad germana apenas tenían capacidad de movilización en los sectores sociales que representaban, la distancia histórica permite constatar el enorme olfato político del régimen autoritario: Munich tenía un alcance potencial mucho más elevado del que se desprendía de la personalidad o representatividad de los que acudieron a esta decisiva reunión política. Hoy cuando el programa mínimo elaborado en Munich es una realidad amenazada por una conspiración golpista de los últimos vestigios del anterior régimen, presentes y bien presentes en algunos sectores de decisivos aparatos de estado, no está de más rememorar las circunstancias, efectos y consecuencias del contubernio de Munich.

1962 es un año crucial en la historia de la dictadura y de la oposición democrática; abierto con el accidente de caza sufrido por el dictador en las postrimerías del año anterior termina con el cuerpo estrellado de Julián Grimau en el callejón de San Ricardo contiguo a la Dirección General de Seguridad, tras pasar por la huelga general de la minería asturiana en la primavera, el contubernio de Munich en el mes de junio y el significativo cambio de Gobierno del 1 de julio. Todo ello sobre el telón de fondo de los primeros síntomas de un crecimiento económico, consecuencia del abandono de la política autárquica y de su sustitución por el Plan de Estabilización y los planes de desarrollo, que rompía el «status quo» político y social que la dictadura había logrado mantener desde el final de la guerra civil.

Establecer un orden de importancia de todos estos hechos políticos que jalonan 1982 es, prácticamente, imposible y, además, sería baladí: todos juntos conforman una cadena de datos que empezaban a señalar que algo comenzaba a moverse en el tejido de la sociedad española. Pero si hay un factor desencadenante del cambio de Gobierno del verano, con la entrada en él de los defensores de una política liberalizadora de la dictadura como Manuel Fraga, se debe esencialmente al toque de atención que significa para el dictador el contubernio de Munich: era necesario encauzar las inquietudes democráticas o liberales, de sectores sociales crecientes, desde dentro del mismo régimen e impedir que estas energías se desparramasen en la dirección que apuntaba la capital de Baviera.

De la misma forma y manera que los mineros asturianos empujaban a la oposición democrática a reunirse, a concertarse en función de un programa democrático; estos empujaban a su vez a los grupos liberalizadores de la dictadura. Así el orden cronológico de estos tres hechos guarda una estrecha relación de causa y efecto que variaría todas las perspectivas de la política española y configuraría la salida de la dictadura bajo el definitivo pacto del contubernio de Munich y los liberalizadores del régimen anterior. La plataforma política elaborada en Munich equivale al esbozo inicial de la opción de la ruptura política y los planteamientos de los liberalizadores al primer anticipo de la opción de la reforma política. Y es que la principal consecuencia, como veremos más tarde, del contubernio de Munich es la aparición de una tercera corriente intermedia entre los «ultras» de la dictadura y la clásica oposición democrática; a pesar de que pocos meses después del 10 de julio de 1982 el cuerpo destrozado de Julián Grimau, y su posterior fusilamiento, anunciaba el fracaso de esta línea política y cantaba ya la «trampa saducea asociaciones políticas», la convergencia de los hombres de Munich y los exponentes más genuinos

del Gobierno del 10 de julio determinaba la salida de la dictadura tal y como se ha operado en nuestro país.

Los preparativos y antecedentes

Los padrinos del contubernio de Munich, el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo y la Asociación Española de Cooperación Europea, dos organizaciones de signo europeísta que combinaban sus acciones oficiales con las oficiosas de ser tapadera política de los españoles demócratas exiliados y de parte de los opositores demócratas del interior, decidieron convocar una reunión en la capital germana para tratar sobre las relaciones entre Europa y España; bajo los auspicios de las instituciones comunitarias y con la doble vertiente política que caracterizaba todos sus actos: el plano de la unidad europea y la dimensión de la oposición democrática española. Un proyecto anterior acariciado por el líder del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, Salvador de Madariaga, una asamblea de «notables» del interior y el exterior para estudiar abiertamente la elaboración de una alternativa democrática a la dictadura, fue abandonada ante la mayor cobertura y protección que ofrecía el IV Congreso del Movimiento Europeo.

Igualmente la elección de una ciudad extranjera obedecía no sólo al hecho de que una parte de los invitados pertenecían al exilio político, sino a la imposibilidad material de realizar ningún tipo de reunión política en el interior de la península; más aún, el ensayo frustrado de la I Semana europeísta española, organizada por la AECE del 13 al 18 de septiembre de 1961 en Palma de Mallorca, que fuera suspendido y prohibido por el Ministerio de la Gobernación, indicaba con bastante claridad que el encuentro debería de realizarse allí donde las autoridades represivas de la dictadura no pudieran llegar. Entre los invitados de la AECE, que dirigía José María Gil Robles, estaban casi la totalidad de los principales líderes o exponentes de la oposición democrática que se movía en el interior de nuestro país.

Ya la discusión y redacción de un documento por una parte de los que iban a acudir desde el interior, debate que se realizó en el seno de la AECE, prefiguraba la dimensión y el alcance de lo que iba a plantearse en Munich; bajo la presión política que suponía la huelga de la minería asturiana, secundada posteriormente por el País Vasco y Cataluña, la ponencia denunciaba abiertamente la concentración del poder político en el dictador, la necesidad de elecciones, el reconocimiento de la libertad sindical y de los partidos políticos y su deseo de que el cambio democrático se realizase lo más rápida y ordenadamente posible. Conclusiones que se desprendían de la necesidad de adecuar las estructuras políticas españolas a las europeas dado que la dictadura había solicitado oficialmente en el mes de febrero la adhesión de

ASOCIACION ESPAÑOLA DE COOPERACION EUROPEA

MANIFIESTO

Es aspiración común a los más diversos sectores superar permanentemente, en un nuevo orden internacional, viejos nacionalismos de espíritu exclusivista que, exaltados hasta el máximo, desde la pasada centuria, por diversos movimientos filosóficos y políticos, impiden organizar un mundo mejor basado en la recta doctrina del «bien común» internacional, elaborada ya por nuestro Francisco de Vitoria y recogida maravillosamente por Pío XII cuando afirma que «los pueblos en su desarrollo y en sus diferencias, conforme a las condiciones de vida y de cultura, no están destinados a romper la unidad del género humano, sino a enriquecerlo y embellecerlo con la comunicación de sus peculiares dotes y con el recíproco intercambio de bienes».

Entre las tendencias orientadas hacia ese alto ideal ofrece, para nosotros, singular interés la iniciada en la última década por ilustres pensadores y estadistas, con el anhelo de dar vida a la unidad de Europa, convencidos de encontrar en ella «la verdadera y definitiva solución de una crisis profunda», como dijo, hace años, un filósofo español.

Con tan meritísima finalidad se han elaborado meditados proyectos, convertidos unas veces en magníficas realidades, como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero decisiva para el desarrollo económico de los pueblos que la integran; en trance de establecimiento, otras, como acontece con el prometedor «Pool Verde»; y alguna vez, fracasados, como el trascendental de la C. E. D., inspirado en la necesidad de unificar fuertemente a Europa en un aspecto vital: el de las armas, mediante la creación de un verdadero Ejército Europeo.

El mismo ideal de renovación espiritual y material ha de informar, para que sea fecunda, la naciente Unión Europea Occidental, cuya cohesión resultaría frágil si consistiera en mera alianza de fuerzas defensivas contra posibles agresiones del imperialismo soviético, sin constituir una verdadera organización política supranacional que permita rebasar el estrecho marco del Estado nacionalista, encerrado en sí mismo y centralizador de las fuerzas», y, en este sentido, condenado por S. S. como «germen de rivalidades e incentivo de discordias».

Ante el nuevo estado de cosas no podemos permanecer en actitud contemplativa. Aspiramos a ser actores decididos y entusiastas. Nuestra Religión y nuestra Cultura, nuestra Geografía y nuestra Historia, nos adscriben irrevocablemente a esa Europa que los reyes españoles intentaron rehacer sobre bases cristianas, en los días más gloriosos de nuestra Patria.

Queremos que esos núcleos indestructibles de cohesión espiritual que son las naciones europeas se agrupen en permanente y orgánica conjunción de posibilidades y esfuerzos que permita elevar sus condiciones naturales de vida y ponga fin a eternas querellas de unas y otras causantes de su propia decadencia y ruina. Para ello es necesario suscitar previamente el ambiente propicio. No otra es la misión que nos proponemos: colaborar con nuestro esfuerzo encendido y entusiasta en la formación de un clima de interés e ilusión por las empresas de esta Europa a la que pertenecemos y contribuir al recobro de su personalidad moral e histórica.

Deseamos, en suma, ser solidarios de la suerte de Europa. No dejaríamos de serlo en la desgracia, por grande que imaginásemos nuestro aislamiento. Y sólo participaremos de los progresos y ventajas que alcance en la medida en que acertemos a incorporarnos a sus tareas y desvelos.

Tales son, en síntesis, las ideas que nos han movido a fundar esta Asociación Española de Cooperación Europea, que, aprobada por la Autoridad e inscrita en el Registro de Asociaciones correspondiente, requiere la valiosa colaboración de usted para trabajar en su seno por una nueva Europa, cuya unidad se funde en «esa común herencia del Cristianismo», que recordaban las conclusiones del Congreso por la Unidad de Europa, celebrado en La Haya el año 1948.

¡Por una Europa cristiana y solidaria en ruta hacia un mundo mejor!

Madrid, mayo de 1955.

Fernando ALVAREZ DE MIRANDA.—José Carlos ALVAREZ DE TOLEDO GROSS.—Alonso ALVAREZ DE TOLEDO MERRY DEL VAL.—Carlos ALVAREZ DE TOLEDO MORENES.—Manuel AMOROS GOSALVEZ.—José Miguel AZAOLA.—Juan BOSCH MARIN.—Francisco CANTERA BURGOS.—Luis CARO GARCIA.—Francisco Javier CARVAJAL FERRER.—Iñigo CAVERO LATAILLADE.—Joaquín CERVERA PEREZ.—Angel CLOT SAINZ DE BARANDA.—Andrés CORDOVA FERNANDEZ.—José Juan DURAN RIVILLO.—Francisco Javier de E HANOVE GUZMAN.—Ricardo FERNANDEZ MAZA.—Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA.—José FERRANDIS VILLELA.—Ramón GARAY DESPUJOLS.—Joaquín GARCIA GALLO.—Luis GARCIA DE LA RASILLA.—José GIL DE BIEDMA VEGA DE SEOANE.—Juan Jesús GONZALEZ.—Juan Carlos GUERRA ZUNZUNEGUI.—Luis JUANES DIAZ-SANTOS.—Lorenzo M. JUAREZ.—Alejo LEAL GARCIA.—Antonio de LUNA GARCIA.—José Ignacio MARQUEZ CANO.—Ignacio MARQUEZ PATIÑO.—Isidoro MARTIN.—Rafael MARTINEZ ALMEIDA LEON Y CASTILLO.—José MORAGAS LOPEZ MATEOS.—Joaquín MUÑOZ PEIRATS.—Julián PASCUAL DODERO.—Jaime PEREZ MAURA.—Ramiro PEREZ MAURA.—Gonzalo PUENTE OJEA.—José Joaquín PUIG DE LA BELLACASA URDAMPILLETA.—José Ramón RECALDE.—Ramón REVUELTA BENITO.—Joaquín RUIZ CUETO.—José Luis RUIZ NAVARRO.—Gregorio SANTIAGO CASTIELLA.—Francisco SINTES OBRADOR.—Juan Luis SIMON TOBALINA.—José SOLAS GARCIA.—Carlos SUNYER ALDOMÁ.—José María SUNYER ALDOMÁ.—José Luis URRUELA SANLLEHY.—Samuel ZURRIAGA.

Proclama de la Asociación Española de la Cooperación Europea, fechada en mayo de 1955 y firmada por destacadas personalidades de la oposición democrática al Régimen.

España a la Comunidad Económica Europea.

Los participantes

118 españoles, procedentes del interior o residentes en el exilio, recibieron una invitación personal de los señores Faure y Van Schendel para acudir a Munich los días 5, 6, 7 y 8 de junio de 1962: 80 residiendo legalmente en España y 38 en la España del destierro. Entre ellos había que destacar a Salvador de Madariaga, presidente del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, José María Gil Robles, Fernando Alvarez de Miranda, Iñigo Cavero, Jaime Miralles, Joaquín Satrústegui, Joaquín Cembrero, Vicent Ventura, Ignacio Fernández de Castro, Rodolfo Llopis, Dionisio Ridruejo, Félix Pons, Jesús Prados Arrarte, Enrique Ruiz García, Manuel de Irujo, Mariano Rojo, Javier Flores, etc.

Cuatro participantes del interior —José María Gil Robles, Jaime Miralles, Vicente Piniés y Joaquín Satrústegui— informaron previamente a las autoridades de la dictadura de su viaje, mediante cartas y escritos notariales, con el objeto de aclarar la intencionalidad política que les conducía a la reunión de Munich y prevenir posibles campañas de prensa contra sus personas. El Gobierno no se dio por enterado oficialmente, pero sí se dio prisa en despachar al marqués de Valdeiglesias a Bonn con la misión de impedir que la moción de los españoles pudiese ser aceptada por la Mesa de la Asamblea General del Movimiento Europeo. La gestión, invocando los tratados comerciales entre España y Alemania, resultó un completo fracaso porque la intervención de un ministro alemán con las autoridades de Baviera, más las reiteradas llamadas del embajador español en Bélgica, resultaron inútiles.

De esta manera el camino quedaba abierto para este primer encuentro político de casi toda la representación de los partidos políticos democráticos con la importante excepción del Partido Comunista de España; exclusión que respondía tanto a las posiciones no europeístas de entonces del comunismo español, en la actualidad el PCE forma parte del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo y es partidario de la integración de España en la Comunidad Económica Europea, como a la visión anticomunista primitiva de parte de los reunidos que hacían «casus belli» ante cualquier presunta participación de los comunistas. Había que remontarse al final de la II Guerra Mundial para encontrar un antecedente de esta reunión unitaria de la mayor parte de las corrientes democráticas españolas.


Dionisio Ridruejo (1912-1975).

Dos comisiones

Precisamente por ello los primeros momentos del encuentro no fueron especialmente fáciles; demasiados recelos y antagonismos políticos y personales, alimentados por un largo recorrido de espaldas unos de otros, impidieron desde un primer instante la discusión y la redacción común de un proyecto de declaración. Los intentos de los anfitriones, Maurice Faure y Robert van Schendell, por lograr en la misma apertura de la reunión un clima unitario fueron baldíos: Gil Robles se negó con toda energía sobre la base de que eran los españoles del interior quienes deberían de trazar el pensamiento político de una evolución pacífica en España y les tocaba a los exiliados sumarse o no a estas bases. La amenaza de ruptura, que revoloteó en el inicio de este cuarto Congreso del Movimiento Europeo, fue desplazada por la mediación del señor Van Schendel; quien propuso la creación de dos comisiones de trabajo en el seno de este abigarrado grupo de europeístas y demócratas españoles.

Así la comisión «A», presidida por José María Gil Robles, agrupó a la mayoría de quienes habían viajado desde España y la comisión «B», presidida por Salvador de Madariaga, a quienes residían fuera de la península; y los documentos de trabajo eran, lógicamente, las ponencias redactadas por la Asociación Española de Cooperación Europea en la comisión A y por el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo en la comisión B. Bifurcación interior-exterior que fue rota por los delegados de Izquierda Demócrata Cristiana, el Partido Social de Acción Democrática y el nacionalismo vasco, que dividieron sus hombres en los dos grupos de trabajo. Los resultados finales de estos dos debates paralelos fueron coincidentes salvo en un importante punto: la comisión A se pronunciaba por las elecciones libres y la comisión B acompañaba esta misma reivindicación con la exigencia de un referéndum sobre la forma monárquica o republicana del futuro estado democrático.

La síntesis llegó tras la redacción de un párrafo ambiguo y susceptible de todo tipo de interpretaciones, elaborado por una tercera comisión compuesta por cinco representantes de la fórmula «A» y otros

cinco de la fórmula «B»: «el establecimiento de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el Gobierno se basa en el consentimiento de los ciudadanos». Es decir, los recelos iniciales manifestados la noche del 4 de junio habían disminuido bastante el 5 y el 6; de tal forma que la sesión plenaria del día 7 contaba ya con un proyecto de resolución unitario de toda la delegación española, una vez solventada la diferencia institucional en torno a las formas estatales.

La resolución

Los dos discursos de José María Gil Robles y Salvador Madariaga en la sesión plenaria evidenciaban el camino recorrido por ambas comisiones: eran dos textos fácilmente intercambiables en cada uno de sus enunciados, afirmaciones y negaciones. Uno y otro realizaron al alimón un canto a la libertad, una denuncia del régimen autoritario y un violento rechazo del comunismo; «aquí estamos todos menos los totalitarios de ambos lados» (Salvador de Madariaga), «la experiencia de la historia demuestra de modo inconfesable que el comunismo no ha logrado imponerse jamás cuando se ve obligado a actuar dentro de las normas democráticas» (José María Gil Robles). La conciliación entre la comisión A y la comisión B, después de cuarenta y ocho horas de discusiones, era tal que uno de ellos llegó a declarar que la guerra civil del 18 de julio de 1936 acababa de terminar el 6 de junio de 1962. Y tras este preámbulo discursivo se dio lectura a la resolución:

El Congreso del Movimiento Europeo, reunido en Munich los días 7 y 8 de junio de 1962, estima que la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todos los países a Europa, exige de cada uno de ellos instituciones democráticas, lo que significa en el caso de España, de acuerdo con la Convención Europea de los Derechos del Hombre y la Carta Social Europea, lo siguiente:

1. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el Gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados.
2. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa.
3. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales.
4. El ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por la huelga.
5. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición.

El Congreso tiene la fundada esperanza de que la evolución con arreglo a las anteriores bases permitirá la incorporación de España a Europa, de la que es un elemento esencial, y toma nota de que todos los delegados españoles presentes en el Congreso expresen su firme convencimiento de que la inmensa mayoría de los españoles desean que la evolución se lleve a cabo con las normas de la prudencia política, con el ritmo más rápido que las cir-

MOUVEMENT EUROPÉEN
ASSOCIATION INTERNATIONALE
PRÉSIDENTS D'HONNEUR :
Léon Blum (1948-1950), Alcide de Gaspéri (1949-1954),
Konrad Adenauer, Sir Winston Churchill, Comte Coudenhove-Kalergi, Robert Schuman, Paul-Henri Spaak

SECRÉTARIAT INTERNATIONAL

57 b, av. d'Auderghem BRUXELLES 4
TÉLÉGRAMMES : UNIEUROPA
TÉLÉPHONE : 35.01.94.

Bruxelles, le 18 mai 1962.

Cher Monsieur,

Le Congrès du Mouvement Européen qui se réunit à MUNICH les 7 et 8 juin prochain et auquel vous avez été invité, est appelé à définir l'attitude des militants européens à l'égard de la construction de l'Europe.

Ce Congrès pourrait être une occasion pour tous les participants espagnols de confronter leurs vues sur le problème de l'intégration éventuelle de l'Espagne à l'Europe, et d'en dégager quelques lignes générales.

Vous êtes donc invité à participer à un colloque sur ces problèmes, qui se réunira à MUNICH les mardi 5 et mercredi 6 juin, immédiatement avant le Congrès du Mouvement Européen. Le lieu exact de la réunion vous sera communiqué incessamment, ainsi que le nom de l'hôtel où une chambre vous sera réservée en cas de réponse affirmative de votre part.

Le Colloque commencera le mardi 5 juin à 10 heures du matin. Il vous est, par conséquent, recommandé d'arriver à MUNICH dans la soirée du lundi 4 juin.

Un secrétariat du Colloque qui sera ouvert à partir du 4 juin dans la matinée vous y accueillera.

Dans l'attente de vous lire et en espérant votre réponse affirmative, je vous prie de croire, cher Monsieur, à l'assurance de mes sentiments distingués.

Robert van Schendel
Secrétaire Général.

En annexe : programme du Colloque.

Circular invitando a destacadas personalidades europeas, entre ellas miembros de la oposición, dentro y fuera de España, al Régimen de Franco, a un coloquio sobre «el problema de la integración eventual de España a Europa», fechado el 18 de mayo de 1962.



El Gobierno español con Franco a la cabeza y el entonces segundo personaje del Régimen, el capitán general Muñoz Grandes.

cunstancias permitan, con sinceridad por parte de todos y con el compromiso de renunciar a toda violencia activa o pasiva antes, durante y después del proceso evolutivo.

Esta declaración fue saludada por el presidente del Congreso, Maurice Faure, como un exponente de las tres grandes bases ideológicas sobre las que había nacido la unidad europea: la democracia cristiana, el socialismo anticomunista y los liberales.

La represión

La reacción de la dictadura fue fulminante. El mismo 8 de junio el general Franco, mediante decreto ley, adoptaba las siguientes medidas:

«artículo 1. Se suspende en todo el territorio nacional y por el plazo de dos años el artículo 14 del Fuero de los Españoles.

artículo 2. Se encomienda al ministro de la Gobernación la adopción de las medidas que, en cada caso, se juzguen necesarias en aplicación del artículo anterior.»

La suspensión del artículo 14 del Fuero de los Españoles, »los españoles tienen derecho a fijar libremente su residencia dentro del territorio nacional», empezó a aplicarse inmediatamente a los demócratas que regresaban de Munich, ofreciéndoseles el destierro o el exilio. José María Gil Robles y Jesús Prados Arrarte eligieron la salida hacia París; Jaime Miralles, Jesús Barros de Lis, Félix Pons, Fernando Alvarez de Miranda, Joaquín Satrústegui, Iñigo Cavero, José Luis Navarro, al negarse a exiliarse, fueron confinados en las islas de Fuerteventura y Hierro; otros como Dionisio Ridruejo ni se molestaron en llegar a Barajas, Vincent Ventura y Enrique Ruiz García optaron también por París y alguno como Ignacio Fernández de Castro encontró refugio inicial en la embajada del Uruguay. Sin embargo, un tercer grupo de asistentes, como Vicente Piniés, Alfonso Prieto y Juan Luis Simón de Tobalina, tras ser interrogados fueron puestos en libertad.

Los medios oficiales de la dictadura sabían de antemano que los 80 participantes del interior habían salida de España con sus correspondientes pasaportes y visados de la Dirección General de Seguridad en toda regla y, además, conocían por los escritos de algunos de los interesados el objeto y el contenido político de la reunión a la que acudían. No obstante, el tono adoptado en Munich por los sectores más moderados de la oposición democrática iba mucho más allá de lo que habían pensado los portavoces del dictador: la tolerancia que el régimen mantenía en relación con ellos no los integraba en las combinaciones de los grupos liberalizadores de la dictadura, sino que los aproximaba a la oposición de izquierdas. Y esta constatación era sorprendente y esta sorpresa se reflejaba en la represión y en la dura campaña propagandística levantada contra lo que denominaron como el contubernio de Munich.

La calumnia

El régimen necesitaba aislar a estos políticos de las bases sociales que podían sentirse representadas en el programa de Munich; para ello se orquestó una global campaña de insultos y calumnias que tendía a desacreditar personalmente a los integrantes en este coloquio europeo y a desvirtuar el contenido de lo aprobado en la capital bávara. De ahí el montaje periodístico en torno a un inexistente pacto entre Gil Robles y Rodolfo Llopis como botón de muestra de la «traición» del político democristiano: «qué turbias promiscuidades se están ahora mixturando por ahí, y a quién representan esos ingredientes físicos, personales, humanos, que aparecen en los periódicos extranjeros... ¿qué tienen que ver esos vejetes y mocetes con la España de ahora...? Se arrogan con fatuidad unos membretes, unos rotulillos de partidos políticos» («ABC». 1 junio 1962).

Eje de esta respuesta propagandística de la dictadura fue la combinación del nacionalismo con el ansia de paz del pueblo español; una buena



Una manifestación, típica de aquellos años, de adhesión al Régimen franquista.

prueba de esta argumentación es el artículo de Emilio Romero, director del diario «Pueblo» en el número correspondiente al 18 de junio del mismo año, «una y otra vez olvidan los que aspiran a demoler el sistema político presente la razón última del pueblo español, como es la resistencia a no perder la paz. Es inútil hablar de reconciliaciones, de cambios evolutivos, de mudanzas pacíficas. Nadie cree en otra cosa que la paz actual..., en cuanto pasa algo que cae fuera del plano de lo normal, la gente anda de un lado a otro con la mosca detrás de la oreja». Un repaso de cualquier hemeroteca presentaría un impresionante balance reiterativo de las consignas calumniadoras contra la oposición democrática y sus más destacados líderes.

Simultáneamente, el aparato burocrático del Movimiento Nacional preparó un extenso número propagandístico a base de movilizaciones de masas, declaraciones de alcaldías, instituciones oficiales, etc.; como informaba el diario «Arriba», en su número del 14 de junio de 1962, «desde que se conocieron las viles maniobras de Munich se vienen recibiendo cartas, telegramas de corporaciones, entidades, representaciones, testimoniando enérgica protesta y profunda indignación por repugnante contubernio entre españoles fracasados, traidores a la patria y sus tradicionales enemigos masónicos-comunistas, exigiendo se les aplique con todo rigor la ley que castiga los delitos de esa patria».

Colofón de toda esta publicidad política fue el viaje y el discurso del dictador en Valencia el 16 de junio de 1962; «desde cualquier punto de vista que se mire, la manifestación de Valencia fue impresionante; no es extraño porque fue organizada de modo impresionante. Camiones conducidos por la policía transportaron desde el campo hasta Valencia 50.000 campesinos para engrosar las masas ciudadanas» («News Week», 2 julio 1962). Allí, en la plaza principal de la capital levantina, teniendo al lado al arzobispo Marcelino Olaechea y ante una multitud que gritaba «los de Munich a la horca», el general Franco sentenció el conflicto: «nuestro revolución ha puesto en evidencia la infiltración comunista en Europa, que con su acción solapada ha venido influyendo sobre la mayoría de los órganos de opinión, siendo raro el que no se encuentra parasitado por el oro soviético... Si con firmeza nos mantenemos, poco pueden importarnos los ladridos exteriores del comunismo o de sus asociados; lo importante es lo que pasa dentro, y pese a las pequeñas nubes que se interpongan en nuestra marcha el sol ha salido para nosotros».

Los calumniados intentaron por todos los medios responder a esta oleada de insultos, pero su respuesta fue ahogada, ni una sola de las cartas, informes, documentos que los acusados redactaron pudo imprimirse legalmente y sólo en el reducido sector de españoles relacionados con la oposición democrática circularon fotocopias o impresos ciclostilados con los escritos de José María Gil Robles, las cartas de las cuatro señoras de los confinados en Fuerteventura o las protestas de los desterrados por las condiciones de su destierro —hasta noviembre tuvieron que pagarse su alojamiento— y por la sarta de insultos con los que fueron rociados por las plumas autoritarias al servicio de la dictadura.

Encuentro Franco-Pierre de Wigny

La evolución de los acontecimientos, la gravedad de la represión física y psicológica de los asistentes a la reunión de Munich, rápidamente levantó la preocupación de los dirigentes del Movimiento Europeo; tras una inicial condena de las medidas represivas y una declaración de solidaridad con los afectados, «el movimiento federalista europeo expresa a los delegados españoles *reunidos en Munich* toda su simpatía por su actitud valiente, democrática y realista. Y

MADRID, SABADO 9 DE JUNIO DE 1962 · EJEMPLAR TRES PESETAS

ABC

DEPOSITO LEGAL - M. 13 - 1958

DIARIO ILUSTRADO AÑO QUINCUAGESIMO QUINTO. NUM. 17.546 · 108 PAGINAS

MARCEL NIEDERGANG HA ASISTIDO A LA REUNION ULTRASECRETA DE MUNICH

"FRANCE-SOIR" DESCUBRE LA INDIGNA MANIOBRA CONTRA ESPAÑA

EL CONTUBERNIO DE LA TRAICION

París 8. (Servicio especial de la Agencia Efe.) En crónica telefónica, fechada en Munich, "France Soir" publica una información de Marcel Niedergang, en la que queda al descubierto lo que puede llamarse el contubernio de la traición a España, por estar conjurados elementos de diversas tendencias aliados a comunistas y socialistas, figurando entre ellos Jiménez Fernández; el jefe del partido socialista, Llopis, y Gil Robles.

El cronista informa que esta reunión secreta ha tenido lugar en Munich durante los días 5 y 6 de junio, en vísperas del Congreso del Movimiento Europeo.

Durante cuarenta y ocho horas, en los salones de la capital bávara han cambiado impresiones. Han pasado revista a sus sueños y a sus esperanzas y se han cambiado, también, sus amarguras. Todos ellos llegaron al acuerdo de condenar formalmente al régimen y desear su sustitución en el plazo más breve posible, dice textualmente Niedergang en su crónica.

La resolución final, adoptada por unanimidad, es, en efecto, una auténtica declaración de guerra, ya que en ella se exige la organización de los partidos políticos y la autonomía separatista de las regiones.

Se dice en la crónica que 60 delegados consiguieron su visado de salida bajo los más diversos pretextos. Siete tendencias principales estaban representadas en la mayoría de los casos por sus propios dirigentes, los monárquicos liberales partidarios de la vuelta a España de la Monarquía en la persona de don Juan de Borbón; los demócratas-cristianos de la derecha, al frente de cuya delegación figuraba el escritor Sr. Gil Robles; los demócratas cristiano de la izquierda, cuyo líder es, según el cronista, el ex ministro Jiménez Fernández; la Acción Católica Obrera (H. O. A. C.), que, según Niedergang, ha sido la organizadora principal del reciente movimiento huelguístico que ha paralizado a varias provincias españolas durante más de un mes; el Frente de Liberación Popular; los movimientos catalanes, en los cuales están comprendidos los anarquistas, han aprobado los principios de esta reunión, así como los vascos.

La España de la emigración había mandado a Munich unos 30 representantes encabezados por el Sr. Llopis, jefe del partido socialista español, refugiado en Francia.

Todos los delegados asistieron con emoción al primer apretón de manos entre Llopis, el socialista, y Gil Robles, el monárquico. No se habían visto desde 1946. El cronista lo describe así:

Llopis, pequeño, frágil, con pelo gris, sucesor de aquel papa intransigente que fue Prieto.

Niedergang estima que la gran debilidad del plan de los conjurados de Munich salta a la vista. Están de acuerdo en lo que desean, pero aspiran a que otros se encarguen de la operación. ¿Quién? Interrogados separadamente los delegados tienen la misma obsesión: los militares. El Régimen de Franco posee dos pilares, la Iglesia y el Ejército. Si el Ejército comprende que la mayoría de los españoles desean un cambio de régimen se pondrá de nuestro lado. Por ahora los españoles cuentan con los europeos. Aunque su resolución no ha sido firmada, sería adoptada por el Congreso del Movimiento Europeo, que se reune en Munich el jueves y viernes, concluye el cronista.—Efe.

Un nuevo «Pacto de Munich»

Munich 8. (Del corresponsal de la agencia Efe.) Los salones del Gran Hotel de la capital de Baviera fueron testigos hace unos días de una escena pintoresca, aunque ciertamente no nueva en los anales de la más estéril politiquería española. Dos hombres, ayer enemigos irreconciliables, se estrechaban cálidamente la mano y, olvidando fácilmente las consecuencias que gestos análogos trajeron para su pueblo, quisieron así subrayar una aparente reconciliación que, cual nuevo "Pacto de Munich", fuese firme promesa de mil venturas para los españoles.

Estos hombres se llaman José María Gil Robles, antiguo jefe de la C. E. D. A., y Rodolfo Llopis, actual secretario general del Partido Socialista Obrero Español en el exilio. Ambos fueron importantes protagonistas de los avatares que condujeron a España a la guerra civil. Separados por las trincheras de aquella lucha por ellos provocada, tienen ahora la osadía de proceder a una teatral reconciliación en público y ofrecerla a los españoles como adecuado dintel de un futuro más o menos democrático, en el que, naturalmente, serían ellos quienes dirigiesen el cotarro. Como si los españoles no tuviésemos memoria...

La conmovedora escena fue contemplada, casi con lágrimas en los ojos—según afirma una crónica de *France Soir* que acaba de llegar a nuestras manos—por algo más de un centenar de flamantes "delegados" de grupitos y subgrupitos en el exilio o clandestinos. En curioso maridaje, que no dejará de asombrar al lector, había nombres como los de Prados Arrarte, Alvarez de Miranda, Fernández de Castro, Alfonso Prieto, Satrústegui y Ridruejo, de una parte, y de otra, Fernando Varela, ministro del llamado Gobierno republicano español; Irujo y Landaburu, por los separatistas vascos; el inefable Salvador de Madariaga, Martínez Pereda, Javier Flores, etc.

Para esta reunión se había buscado solapadamente el amparo del Congreso Internacional del Movimiento Europeo, que se ha celebrado estos días en Munich. El Movimiento Europeo es una de las numerosas asociaciones privadas que han hecho suyas la idea de lograr la unidad continental. Goza de cierto prestigio por reunir en su seno personas muy conocidas del mundo político internacional. Nombres como los de León Blum, De Gáspari, Churchill, Adenauer, Robert Schuman y Spaak se han sucedido en su presidencia de honor.

Este corresponsal tiene noticias fidedignas de que por lo menos desde abril último los dirigentes políticos del exilio español estaban preparando cuidadosamente una maniobra para transformar el Congreso Internacional del Movimiento Europeo en una plataforma de ataque a España.

La maniobra había de tener dos aspectos: el primero sería la "mise en scène" de una aparatosa reconciliación entre las fuerzas en el exilio y los españoles residentes en



DECRETO-LEY POR EL QUE SE SUSPENDE EL ARTICULO 14 DEL FUERO DE LOS ESPAÑOLES

Las campañas que desde el exterior vienen realizándose para dañar el crédito y el prestigio de España han encontrado eco y complicidad en algunas personas que, abusando de las libertades que el Fuero de los Españoles les reconoce, se han sumado a tan indignas maniobras.

El propio Fuero de los Españoles ofrece los recursos que la ocasión exige. En su virtud, visto el artículo 35 de dicho texto legal, a propuesta del Consejo de ministros en su reunión del día de hoy,

DISPONGO:

Artículo 1.º Se suspende, en todo el territorio nacional y por el plazo de dos años, el artículo 14 del Fuero de los Españoles.

Artículo 2.º Se encomienda al ministro de la Gobernación la adopción de las medidas que, en cada caso, se juzguen necesarias en aplicación del artículo anterior, de las que dará cuenta al Consejo de Ministros.

Artículo 3.º Del presente decreto-ley se dará inmediata cuenta a las Cortes.

Dado en El Pardo, a 8 de junio de 1962.

FRANCISCO FRANCO

Los artículos 14 y 35 del Fuero de los Españoles a que se refiere el decreto-ley dicen lo siguiente:

Artículo 14. Los españoles tienen derecho de fijar libremente su residencia dentro del territorio nacional.

Artículo 35. La vigencia de los artículos doce, trece, catorce, quince, dieciséis y dieciocho podrá ser temporalmente suspendida por el Gobierno total o parcialmente mediante decreto-ley que taxativamente determine el alcance y duración de la medida.

El «contubernio» de Munich, en la prensa de la época.

asegura a los que han sido privados de su libertad y a los exiliados su activa solidaridad» («Combat», 9 junio 1962), decidió enviar una delegación a Madrid para entrevistarse con el dictador y aclarar el significado de la reunión celebrada en la capital bávara.

El comité ejecutivo internacional designó como miembros a Pierre de Wigny, ex ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica; Etienne Hirsch, ex presidente de la Comisión del Euratom; John Hynd, ex ministro británico y Robert Van Schendel, secretario del movimiento europeo. La presencia de este último, convertido en «bestia negra» de la propaganda franquista, creó un pequeño conflicto que estuvo a punto de impedir la entrevista, pero al final se encontró una solución de compromiso que permitía el viaje de este político a Madrid sin permitirle su participación en el encuentro con el dictador. La reunión, finalmente, se celebró el 5 de julio entre los tres primeros políticos europeos mencionados y el general Franco acompañado de su ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, durante una hora y diez minutos.

La conversación, como era de esperar, fue todo un diálogo de sordos: el señor de Wigny comenzó entregando una nota de aclaración y protesta por lo sucedido, sobre la que realizó un comentario verbal exponiendo las consecuencias nefastas que tendría para la petición española de adhesión a Europa, y acabó pidiendo el levantamiento de las sanciones contra los españoles que habían acudido a dicha cita. La respuesta del general Franco fue hábil: reiteró su petición de entrada en el Mercado Común, se definió como europeísta, no atacó el contenido programático del documento elaborado en Munich, centrando casi toda su argumentación en dos quejas consistentes en la elección discriminatoria de los elegados españoles a las reuniones europeas y en la utilización de estas actividades europeístas como cobertura de maniobras políticas internas. El doble monólogo finalizó con la reiterada petición de los europeos de poner en libertad a los desterrados y exiliados por este asunto y con la más firme inflexibilidad del general Franco a proceder a conceder lo que se le pedía: «sobre este punto el jefe de Estado permanece inflexible. No quiere revisar su decisión y pone rápidamente fin a la audiencia» (informe del Consejo Federal del Movimiento Europeo). La prensa española nada publicó sobre esta entrevista y los medios de la oposición democrática la conocieron por el diario «Le Monde» que la publicaba en su número correspondiente al 7 de julio de 1962.

Las adhesiones y las deserciones

Inevitablemente lo sucedido provocó una amplia agitación en los círculos políticos periféricos de quienes habían acudido a Munich; agitación que se concretó a través de adhesiones, más o menos condicionadas, y en deserciones, más o menos matizadas. Y en esa doble dirección sobresalen, entre otras, la adhesión del Partido Comunista de España al programa elaborado en la ciudad germana y la separación entre el conde de Barcelona y José María Gil Robles por las declaraciones condenatorias del primero sobre la reunión de Munich.

No había pasado una semana de la declaración o resolución política de casi todas las

fuerzas democráticas, cuando el comité ejecutivo del Partido Comunista saludaba, a través de Mundo Obrero» —junio de 1962—, «los acuerdos de Munich pueden ser considerados como un precedente afortunado de cómo resolver momentáneamente ciertos problemas que dividen a las fuerzas de oposición... frente a la dictadura franquista el Partido Comunista afirma su coincidencia con estas cinco condiciones que podrían constituir la base fundamental para un acuerdo político entre las fuerzas de la oposición, de derecha y de izquierda». Toma de postura favorable que simultaneaba con la reiteración de la oposición de la entrada de España al Mercado Común, por aquel entonces el PCE mantenía la versión de la unidad europea como una unidad de los monopolios europeos, y la condena del anticomunismo que impedía la participación de los comunistas en un pacto político antifranquista global como había impedido su presencia en Munich. Declaración que fue instrumentalizada por los corifeos de la propaganda franquista contra el pacto de Munich (ver editorial de «ABC» del 20 de junio de 1962 . «El Partido Comunista se adhiere a los acuerdos de Munich.»)

Mayor incidencia tuvo, por la utilización que hicieron de ella los propagandistas de la dictadura, la nota del Boletín del Consejo Privado de SAR el conde de Barcelona, junio 1962: «el conde de Barcelona nada sabía de las reuniones de Munich hasta que después de ocurridas, escuchó en alta mar las primeras noticias a través de la radio. Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representación de su persona ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fuera de él». La redacción de este comunicado, atribuido generalmente a José María Pemán y Alfonso García Valdecasas, encerraba una condena implícita del único miembro del Consejo Privado que asistió a Munich, José María Gil Robles.

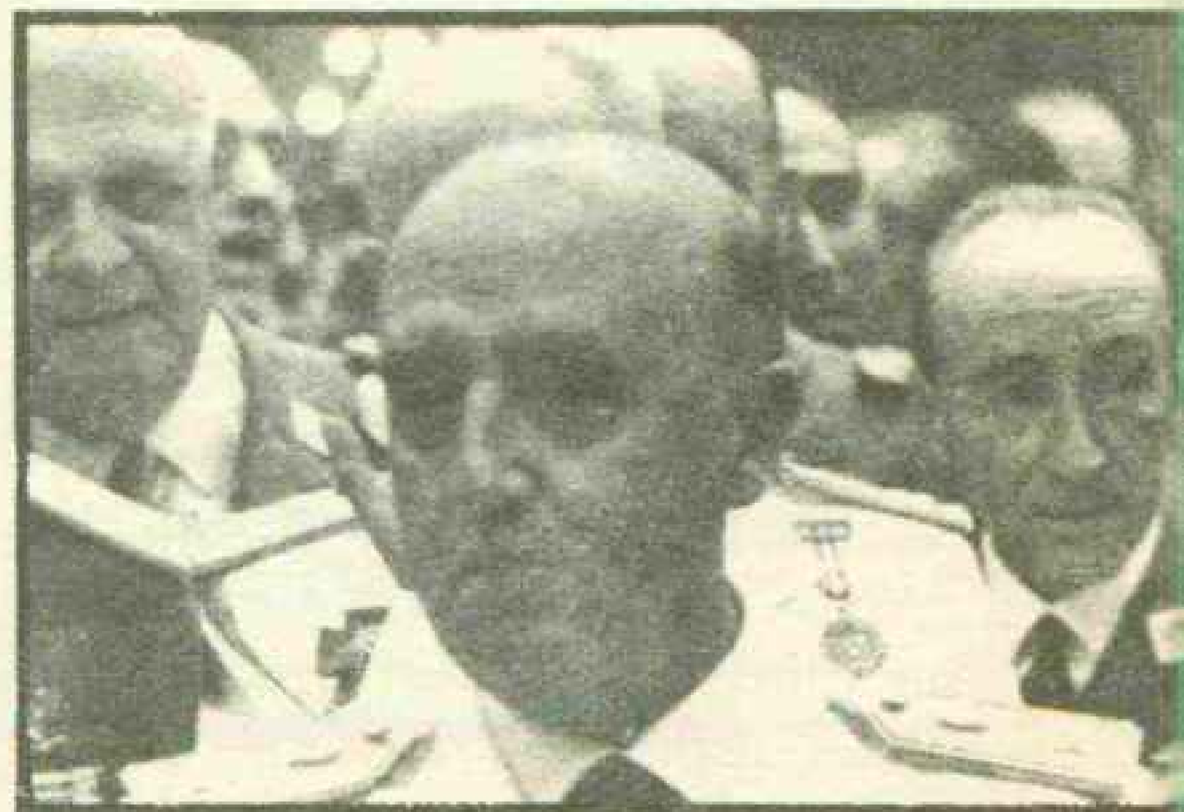
Al margen de esta adhesión y deserción hubo otras posturas favorables como la declaración del gobierno de la República en el exilio, la del Gobierno Vasco y su presidente José María de Leizaola y la del Movimiento Socialista de Cataluña; o contrarias como la de la Generalitat en el exilio, la del Frente de Liberación Popular desmintiendo su participación y desautorizando a quienes se hubieran arrogado su representación y la de la Hermandad Obrera de Acción Católica negando haber acudido al contubernio de Munich. Hubo incluso algún caso de renuncia particular, sin mayor transcendencia política, que bordeaba más la comedia que la tragedia; que no obstaculizaba la conclusión general de que los acuerdos de Munich se abrían por la izquierda —con la incorporación de los comunistas— y se semicerraba por la derecha con la posición del conde de Barcelona.

El gobierno del 10 de julio

Pasada la euforia represiva el dictador procedió a dar una respuesta política al desafío que le había sido lanzado desde Munich y esa respuesta fue la composición del nuevo Gobierno del 10 de julio: la incorporación de los sectores liberalizadores y el desarrollo de las posiciones de los tecnócratas al mismo tiempo que la designación, por vez primera, de un vicepresidente del gobierno en la persona del capitán general Agustín Muñoz Grandes. Con ello intentaba tanto reducir la base social creciente de la oposición democrática, al aumentar las expectativas de evolución democratizadora desde dentro con la inclusión de lo que el diario «Le Monde» denominaba el II de julio como el «niño prodigio del régimen» (Manuel Fraga), como tranquilizar las inquietudes de los «ultras» tras su reciente accidente de caza y el hostigamiento político realizado desde Munich.

A partir de entonces, y como consecuencia directa del contubernio, se abrió la fase de la política de liberalización; política concebida tanto para dar una imagen liberal de cara a Europa como para cortar las alas a la oposición democrática: sin dejar de mantener un equilibrio entre las diversas tendencias de la dictadura, juego en el cual Franco se reveló como un maestro, concedía la hegemonía a quienes aspiraban a cambiar desde dentro del mismo orden franquista. Es la hora de la Ley Orgánica del Estado, y de la Ley de Prensa; a la vez es la hora de la política de la sucesión controlada y de la designación de un sucesor al que se pretendía atar las manos de cara al futuro.

Fase liberalizadora que termina en el verano de 1969 con la defenestración de uno de sus principales impulsores, Manuel Fraga, y con la congelación de las proyectadas asociaciones políticas que son «vistas como trampa para saduceos» por Torcuato Fernández Miranda. La imposibilidad de evolucionar desde dentro del régimen en vida del dictador, más la pugna feroz que mantienen los distintos hombres de la liberalización (escándalo Matesa), acaba con el experimento político liberalizador desarrollado en la dictadura como conse-



El dictador.



Manuel Fraga Iribarne jurando su cargo de ministro de Información y Turismo del Régimen.

cuencia de la reunión de Munich. Quizá una de las principales consecuencias de este decisivo acto político fue el de ser catalizador o catapulta para el acceso al poder de la corriente liberalizadora; no tanto por los resultados logrados, su fracaso no pudo ser mayor, sino por el cuarteamiento que significaba para la dictadura. El dictador los encaramó al poder para debilitar o reducir el impacto de los hombres de Munich; pero al hacerlo, como no podía dar cauce ni a sus más mínimos planteamientos, acabó por debilitar y reducir la base social de la dictadura. La posterior evolución de parte del personal político de la dictadura, que tan importante papel jugara en la salida del régimen autoritario, arranca de la necesidad de intentar aislar a la operación de Munich. Evidentemente este cambio es producto del crecimiento socioeconómico, pero su detonante político —el hecho que los aupa al poder— fue el contubernio de Munich.

Un balance positivo

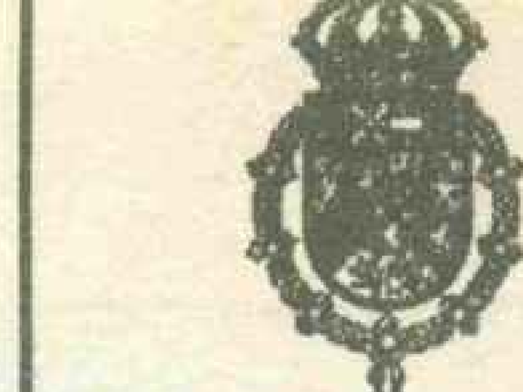
Pero esta reunión tuvo otros muchos efectos buscados por sus propios protagonistas de indudable importancia en la lucha contra la dictadura: desde consecuencias orgánicas a las programáticas, pasando por las políticas, Munich fue un semillero de múltiples datos políticos. Si esta cita tuvo un especial relieve para el desarrollo de la tendencia liberalizadora en el seno del régimen, como hemos visto con anterioridad, mayor lo tuvo para el desarrollo de todo el conjunto de la oposición.

Desde entonces, toda la oposición democrática comienza a marchar a través de un difícil proceso unitario que culmina con la constitución de la platajunta en 1976, tras la disolución de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática, y el acuerdo de la comisión de los 9 con el gobierno de Adolfo Suárez en las postrimerías de 1976. Munich, a pesar de que no estaba toda la oposición, es el primer paso hacia la unidad de todas las fuerzas democráticas. La misma bifurcación de sus comisiones de trabajo era ya todo un modelo de cómo ir resolviendo los problemas políticos e ideológicos que dividían a una oposición que coincidía en la necesidad de una superación de la dictadura por medio de un gran acuerdo nacional.

En esa misma dirección Munich redacta el primer anticipo de un programa democrático unitario: los cinco puntos del contubernio son la base sobre la cual después se han desarrollado todas las elaboraciones de los sucesivos acuerdos, mesas, taulas, Conseils democráticos que ha habido en España en los quince años que separan a la resolución de Munich de su traducción práctica sobre la realidad sociopolítica española. Y en ese esfuerzo programático mínimo es toda una primicia la renuncia de una parte de la oposición a hacer de la cuestión de la forma de Estado una condición «sine qua non»; quince años más tarde hasta el mismo Partido Comunista seguía los pasos de quienes por lograr un acuerdo democrático unitario habían cedido en el problema institucional planteado por la comisión «B».

Políticamente los reunidos en Munich, que representaban a los dos bandos que habían luchado en la guerra civil, dan, asimismo, el primer paso en la reconciliación de los españoles, independientemente de la zona en la que habían luchado durante la tragedia civil que asolara la sociedad española hace más de cuarenta años. El clima de la guerra civil, sobre el que estaba asentado la dictadura desde que finalizara la contienda fratricida, recibía un duro golpe; la reconciliación nacional empezaba a ser un hecho práctico en 1962 por más que se hubiera formulado teóricamente seis años antes. El nuevo ambiente reconciliador se desarrolla a partir de Munich para desembocar en el posterior olvido de todas las responsabilidades políticas o civiles contraídas en el ejercicio del régimen dictatorial. En Munich se entierra oficialmente cualquier espíritu de revancha en aras de conseguir una salida democrática al más mínimo precio político, social y humano.

A la vez, políticamente, la reunión confirmó la recuperación de la iniciativa política desde el interior de España; hasta aquel momento la oposición democrática cargaba con el lastre del clisé de Toulouse o de Praga, dado que los estados mayores residían en el exterior. Munich es la aparición de una nueva clase política, surgida desde el interior de la



BOLETIN
de la Secretaría del Consejo Privado de
S.A.R. EL CONDE DE BARCELONA

Suplemento anticipado del número 6 — *Junio, 1962*

NOTAS DE LA CAUSA MONARQUICA

ENTREVISTA CON EL CONDE DE BARCELONA
(Nota entregada a la prensa con carácter oficial)

El día 15 de Junio, en aguas del Sur de España, Don José María Pemán y Don Alfonso García-Valdecasas, Presidente y Secretario del Consejo Privado de S. A. R. el Conde de Barcelona, tuvieron ocasión de saludarle a bordo del yate «Saltillo», en que regresaba de Atenas, y recibieron de El las siguientes manifestaciones:

El Conde de Barcelona nada sabía de las reuniones de Munich hasta que, después de ocurridas, escuchó en alta mar las primeras noticias a través de la radio. Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representacion de su Persona ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fuera de él.

A este propósito, y aparte de proclamar nuestra identificación con esas augustas palabras, es preciso llamar la atención sobre el empeño y hasta la coacción con que se ha difundido en la prensa y radio españolas la información de un diario extranjero, que temerariamente mezclaba el nombre del Conde de Barcelona con algo tan extraño a lo que El significa. Esto contrasta con el modo sistemático en que se han venido silenciando tantas manifestaciones personales suyas, diáfanas y terminantes, incompatibles con todo equívoco.

Boletín de la Secretaría del Consejo Privado del conde de Barcelona.

península, que no tardaría en ocupar importantes puestos de responsabilidad a todos los niveles, primero en la oposición y luego en el gobierno o en los partidos políticos. La mera enumeración de los participantes permite comprender el papel de cantera política que jugara el contubernio de Munich. Y ello ocurre de tal manera y grado que el proceso iniciado acabó por envolver incluso a los viejos participantes del exilio; ahí está el dramático caso de Rodolfo Llopis, uno de los impulsores del contubernio, luego víctima de esta devolución de la iniciativa política al interior del país, a través de un golpe de estado interno en su partido que devolviera el poder a las nuevas generaciones del interior.

Pero, sobre todo y por encima de todo, la resolución de Munich fue uno de los primeros indicios de la gestación en España de una alternativa de tipo europeo; no sólo una alternativa económica, el mismo régimen franquista había solicitado el 9 de febrero del mismo año de 1962 la adhesión a la Comunidad Económica Europea, sino esencialmente una alternativa política: Europa era algo más que una salida tecnocrática, un problema mercantil, Europa era una salida política, era democracia, partidos políticos, sindicatos libres. Frente a la dialéctica de la propaganda de la dictadura, o nosotros o el comunismo que entonces era la única fuerza política organizada en la clandestinidad, la reunión de Munich equivalía a romper este seudodilema: el contubernio mostraba con suma claridad, mediante sus cinco sencillos puntos, que el verdadero dilema estaba entre la democracia y la dictadura.

En síntesis, la política española, tanto la de la dictadura como la de la oposición democrática, no fue la misma antes que después de la cita de Munich: el dictador tuvo que variar su política incorporando al Gobierno a quienes deseaban liberalizar el régimen autoritario, los liberalizadores contrastados con la realidad política devienen en los primitivos reformistas que pactarían posteriormente la salida política de la dictadura con la oposición democrática, los demócratas empiezan a caminar lentamente, pero sin pausas por la senda de la unidad de acción y la iniciativa política pasa a mano de las nuevas generaciones que residían en el interior de España. Evidentemente no es Munich quien provoca todo este cambio, es el crecimiento socioeconómico del país quien lo gesta, y hubiera ocurrido más o menos igual de cualquier otra forma y en cualquier otro lugar; pero la casualidad histórica hizo de esta reunión el catalizador de una serie de tendencias que estaban a ras de tierra.

Un símbolo viviente

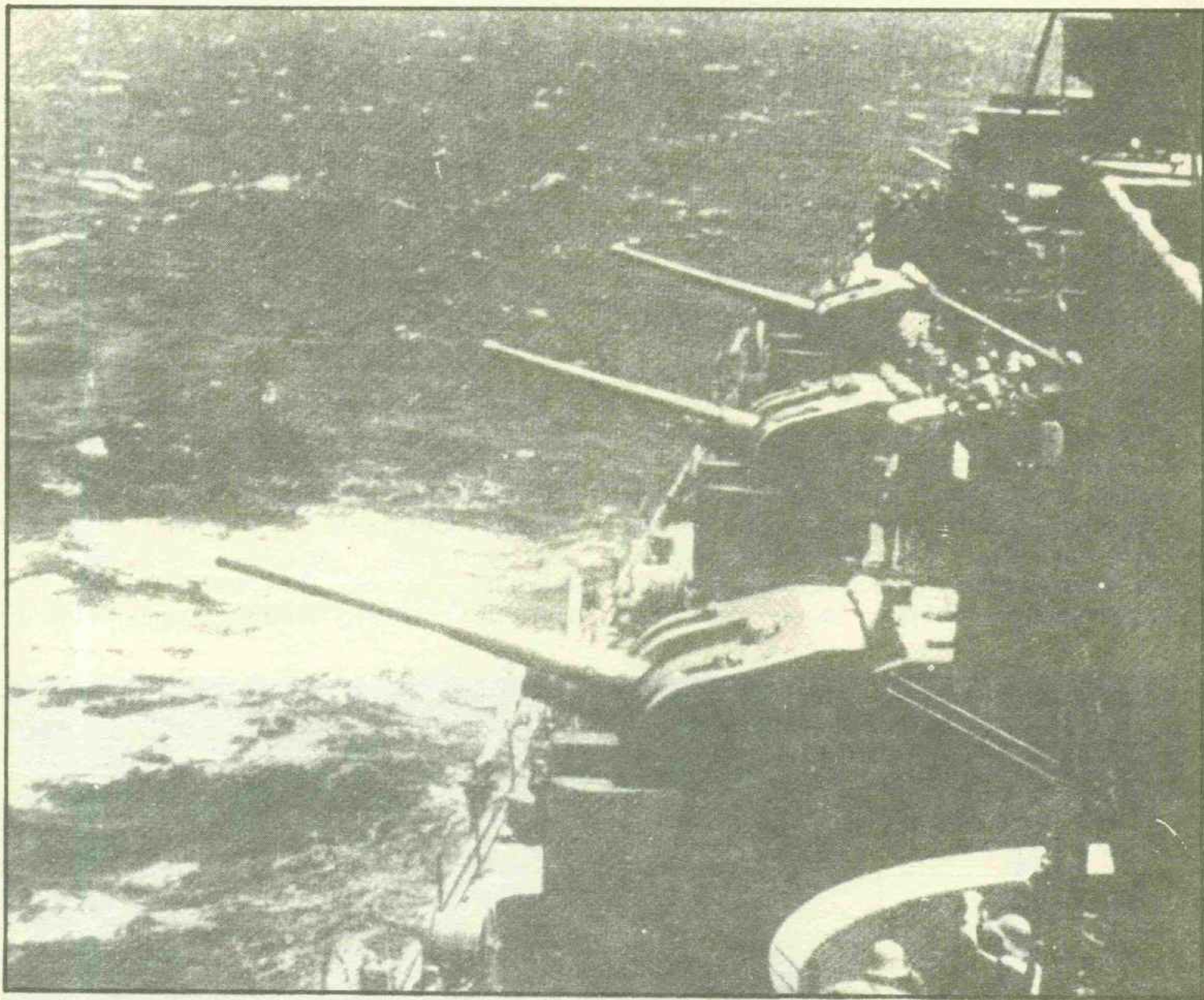
Por ello, veinte años después, continúa siendo un símbolo para las fuerzas democráticas de nuestro país; aunque hay que reconocer que su vigencia responde también a las vicisitudes del proceso democrático español: es la ofensiva de la conspiración golpista la que provoca que Munich sea un símbolo viviente dentro de las fuerzas que componen el arco democrático y constitucional. Y lo es porque Munich es todo un ejemplo de cómo combatir a los enemigos de la democracia; si en aquel momento la unidad de los demócratas era indispensable para la recuperación de la democracia, ahora la unidad de los demócratas es condición «sine qua non» para la defensa del sistema democrático. ■ F. L. A.

JUNTA DELEGADA DE DEFENSA
DE MADRID

LA GARRA DEL INVASOR ITALIANO PRETENDE ESCLAVIZARNOS

La caída de Málaga y sus trágicas enseñanzas

Rafael Tenorio García



Los cañones de banda del crucero nacionalista «Canarias» cubriendo desde el mar el avance de la columna del coronel Borbón, lo que permitiría a éste llegar a Málaga unas hora antes que la vanguardia italiana, tras la rotura del frente.

En Málaga, los acontecimientos de julio de 1936 se desarrollaron de un modo confuso para todos. La ciudad era eminentemente roja y el general Francisco Patxot Madoz, jefe de la IV Brigada de Infantería y Comandante Militar de Málaga, comprometido con el alzamiento, sabía que, para apoderarse de la ciudad y dominar la situación, las dificultades serían enormes. Sin embargo, el general Patxot no goza de buena prensa en ningún bando. Su actuación quiso ser acertada en todo momento. El 18 de julio, por la noche, el general Patxot declaró el estado de guerra y sacó las tropas a la calle para que controlaran la ciudad lo antes posible. Era su compromiso de conjurado y actuó en consecuencia. Más que una ocupación, aquella salida parecía un desfile militar. Al general Patxot le habían prometido que, inmediatamente después del alzamiento, tropas africanas desembarcarían en Málaga para asegurar su conquista y emprender la invasión de otras tierras andaluzas. El general Patxot confiaba en este desembarco, ya que él sabía mejor que nadie que la ciudad era adversa a un alzamiento de las derechas.

La noche del 18 al 19 de julio empezó la mo-

vilización popular en Málaga para hacer frente al general Patxot. Los guardias de asalto, por ejemplo, ni siquiera estaban comprometidos o identificados con el alzamiento.

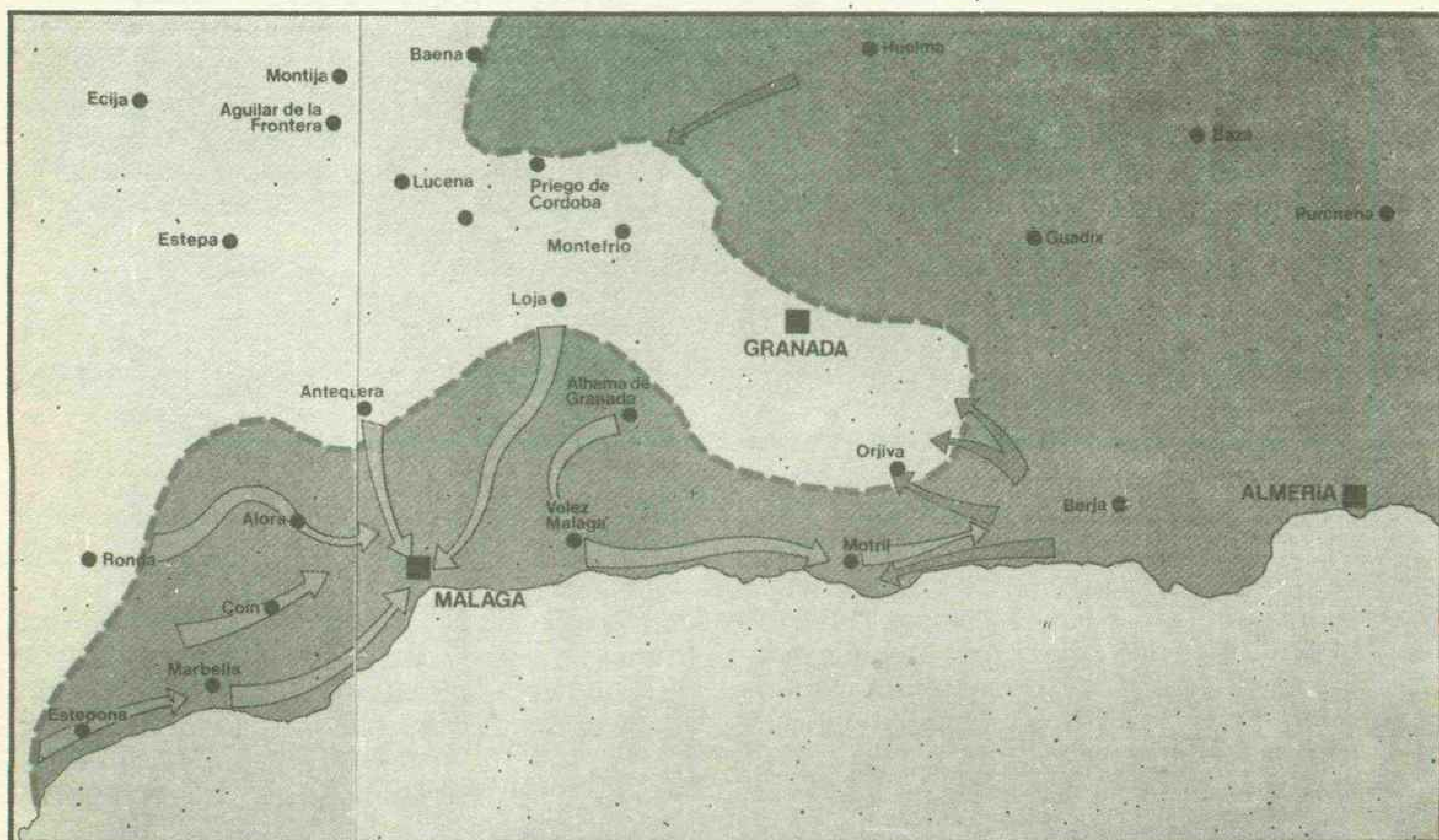
A las tres de la mañana, el señor Martínez Barrio formó un gobierno en el que figuraba un ministro que no era del Frente Popular. El alzamiento, exclusivamente antigubernamental, quedó en suspenso. La formación de ese gobierno parecía ser una componenda para evitar las cascadas de sangre y de dolor que amenazaban anegar a España. El general Patxot dudó. Los oficiales comprometidos eran audaces, pero eran también muy poco numerosos; los guardias civiles no sabían tomar decisiones claras en favor de uno u otro bando; los carabineros se encontraban sin norte y los falangistas y otros miembros de derechas estaban desorganizados y confundidos.

Y es en esta coyuntura cuando el pueblo malagueño decide tomar las grandes iniciativas. Armados por algunos guardias de asalto, a primeras horas del día 19, los obreros se lanzaron contra el cuartel de los Capuchinos, foco principal de la rebelión, mientras que los guardias civiles estaban a la defensiva en la plaza de la Trinidad.

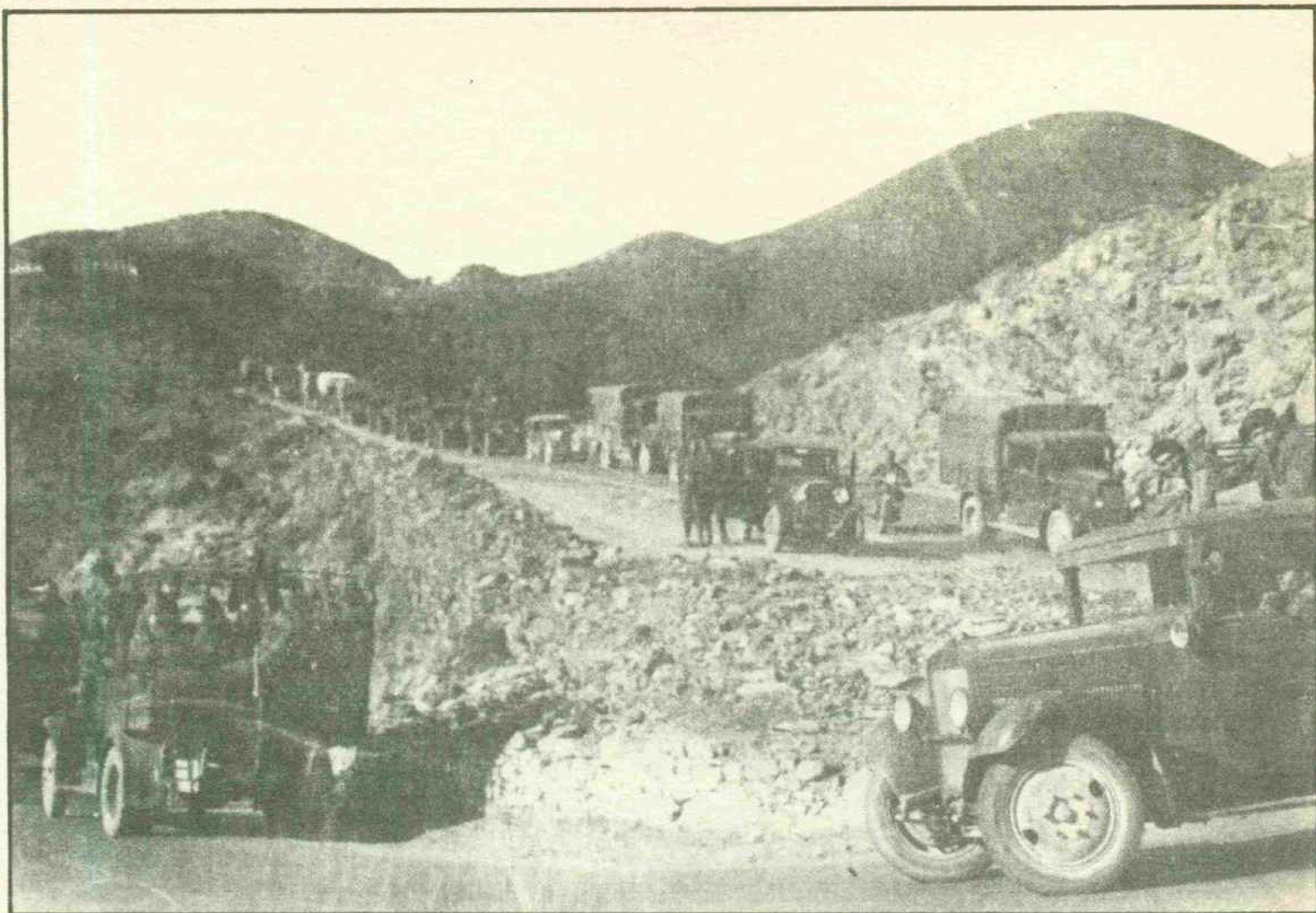
En esta histórica madrugada, el general Patxot debió pensar que un nuevo gobierno de hombres moderados y centristas podría, tal vez, resolver la crisis, al mismo tiempo que los obreros y las fuerzas leales recibían la orden de asaltar los cuarteles. Entonces sucedió la deserción de numerosos soldados, que se pasaban a los leales abandonando a los conjurados. Poco después empezaron a dinamitar el cuartel de los Capuchinos y sus alrededores. La rendición era inevitable. La única esperanza era el desembarco de tropas africanas que pudiera sacarles de aquel trance y apuro, pero el primer buque de guerra que llegó a Málaga era el destructor Sánchez Barcáiztegui, que ondeaba la bandera de la República y que traía a los oficiales comprometidos prisioneros. El general Patxot había perdido la batalla. No era el único culpable. Hubo varios factores importantes en esta derrota:

a) Málaga era una ciudad roja.
b) No hubo cohesión entre las distintas fuerzas afines al alzamiento.
c) Los soldados desertaron en masa para ponerse a las órdenes del Gobierno.
d) Los obreros se organizaron en cuestión de horas e hicieron frente, como en Barcelona y en Madrid, a la rebelión.
e) El desembarco de tropas africanas, tan anhelado y necesario para el éxito, no tuvo lugar.

Por otra parte, no fue el general Patxot el único que dudó en aquella noche dramática. El coronel Aranda se mantuvo leal en Oviedo hasta que pudo liberarse de la pesadilla de los mineros. El general Mola pensó en el suicidio cuando se cercioró de que el alzamiento, como tal, había fracasado. Los militares de Valencia siguieron dudando durante muchas horas. El



Mapa de operaciones que refleja la situción desesperada de Málaga, frente al avance de las tropas franquistas italo-españolas. Las flechas que convergen hacia la ciudad representan, al Norte, el ataque italiano; al Sur y al Nordeste, el ataque nacionalista. Enfrente, los movimientos de contraataque republicanos.



Las columnas motorizadas italianas bajan de la sierra costera, camino de Málaga.

general Campins en el complejo tinglado de Granada, también dudo.

La retirada de las tropas y la simultánea decisión de asaltar los cuarteles pusieron fin al alzamiento de julio en la ciudad de Málaga.

El general Patxot fue detenido y asesinado. El capitán Agustín Huelín Gómez, hombre arrojado y valiente, que había conducido las tropas por las calles de Málaga, fue detenido y fusilado. Otros excesos, como incendios, saqueos y numerosos paseos sucedieron poco después en la hermosa y triste provincia de Málaga. El terror rojo en esta ciudad fue uno de los más sangrientos que registra la guerra civil.

Sin embargo, la posición de Málaga no era nada halagüeña. Ese verano el general Varela conquistó Ronda (15 de septiembre) y otros pueblecitos. Los rebeldes se afirmaron en Granada capital y se lanzaron hasta Loja y Orgiva, manteniendo una considerable presión sobre lo que dio en llamarse «la bolsa de Málaga».

Aquel verano se pasó en episódicos combates locales de escasa importancia, ya que el gran esfuerzo rebelde se centró en la Andalucía occidental, la conquista fulminante de parte de Extremadura y la penetración en Castilla la Nueva. Todo el otoño de guerra pasó en la provincia de Madrid y el invierno sorprendió a los dos bandos contendiendo en una guerra de usura en los alrededores de la capital.

Pero la Italia fascista, factor determinante, había decidido intervenir en la guerra de España con divisiones enteras y todo tipo de pertrechos militares, incluyendo aviones y submarinos.

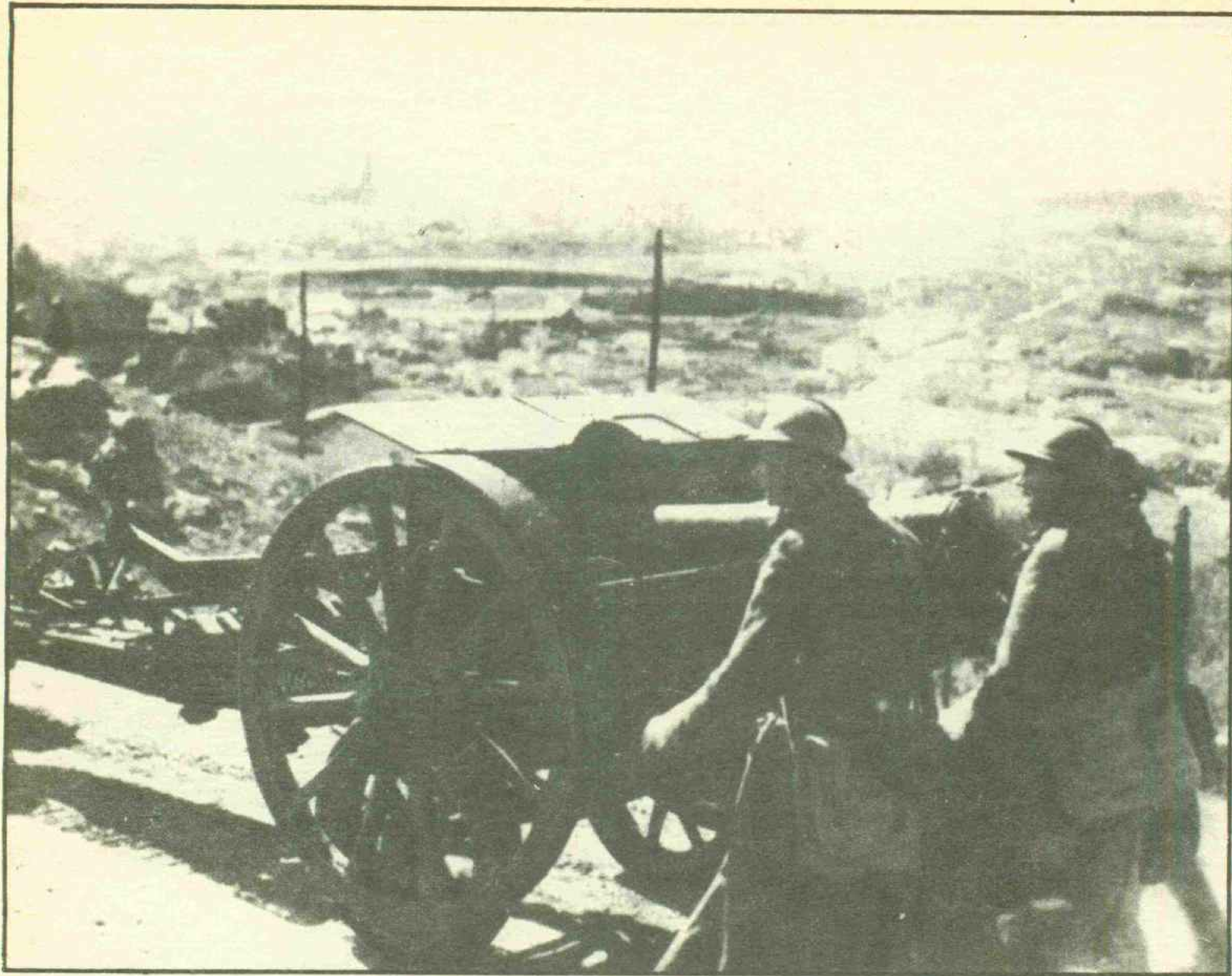
En efecto, fue en diciembre de 1936 cuando empezaron a desembarcar en Cádiz las primeras unidades militares de lo que más tarde sería el Cuerpo de Tropas Voluntarias. Pronto hubo una brigada completamente italiana y dos brigadas más compuestas de mandos italianos y tropas italo-españolas.

Los nacionalistas franceses Robert Brasillach y Maurice Bardèche, que estaban muy bien relacionados con el fascismo italiano y que vieron esas tropas en España, aseguran que, en febrero de 1937, cuando se inició la gran ofensiva contra Málaga, ya había 20.000 combatientes italianos (1).

No es una cifra astronómica, ni mucho menos, ya que la mayoría de los historiadores y observadores favorables a Franco tienden a disminuir todo lo posible la ayuda nazi-fascista, porque ésta, por muy útil que fuera en su momento, se compagina muy mal con el nacionalismo exacerbado de la propaganda y la mitología de la zona franquista.

---

(1) Robert Brasillach y Maurice Bardèche: Histoire de la guerre d'Espagne. Librairie Plon. París, 1939, p. 233.



Artillería italiana, al fondo la ciudad de Málaga.

Estos 20.000 hombres habían llegado a Cádiz encuadrados y bien armados y no tenían nada, o muy poco, que ver con las Brigadas Internacionales, hombres idealistas y desarmados que se estaban concentrando en Albacete y que defenderían Madrid desde noviembre de 1936.

Por su puesto, no todos los participantes de la ofensiva eran italianos, pero sí fueron ellos los que tomaron la capital y los que más alarde hicieron de esa victoria (2).

En enero de 1937, el Gobierno de la República envió al coronel Villalba para que organizara la defensa de la ciudad e impusiera el orden y la autoridad que tanto faltaban. No era en absoluto el hombre adecuado para tamaña empresa, parece ser que palideció cuando fue nombrado para el cargo y que confesó «que no se consideraba con capacidad suficiente para asumir ese mando» (3).

Málaga y sus alrededores habían vivido, como casi toda la zona republicana, varios meses de terror rojo y había que remediar cuanto antes aquella lamentable situación. Además, las fuerzas republicanas de la ciudad se perdían y gastaban en luchas banderizas y políticas que perjudicaban enormemente al gran esfuerzo colectivo de defensa ante el enemigo común.

El famoso Comité de Salud Pública no solamente era totalmente inepto, sino que, además, fue un producto «revolucionario» peligroso. Ni gobernaba ni dejaba gobernar. Más al este se formó otro comité en Motril que no quería saber nada de Málaga y que penetraba estupidamente en las atribuciones del comité de Almería, mientras que, en Ronda y su comarca, se alzó otro comité desastroso que quiso organizar la revolución y que llevó a todo el mundo al fracaso.

El día 14 de enero de 1937, los rebeldes desataron una ofensiva de mediana envergadura para apoderarse de Estepona (14 de enero) y de Marbella (17 de enero). El 22 de enero, tropas rebeldes de Granada conquistaron Alhama y amenazaban con caer sobre Málaga desde el norte.

Así estaban las posiciones cuando el 3 de febrero el alto mando rebelde del Sur dio orden

(2) *Para ver las cifras más exactas se puede consultar José Luis Alcofar Nassaes: CTV. Los legionarios italianos en la guerra civil española 1936-1939. Dopesa. Barcelona. 1972, págs. 66-67-68. Alcofar Nassaes es favorable a los alzados y a los italianos fascistas.*

(3) *Antonio Cordón: Trayectoria. Colección Ebro. París, 1971, pág. 293.*

de atacar, a todas sus columnas. El duque de Sevilla atacó desde Marbella, bordeando la carretera de la costa; desde Antequera y Loja atacaron las tropas italianas; otra columna rebelde atacó de sus bases de Alhama hacia Vélez-Málaga, mientras que la columna del coronel González Espinosa, en el ala izquierda del ataque, pensaba caer desde Orgiva hasta Motril, para cortar las comunicaciones y la retirada de los republicanos de Málaga.

Era una gran operación nunca vista en aquellos teatros de lucha. La marina de guerra rebelde se situó frente a las costas malagueñas y bombardeó a mansalva las aglomeraciones que estaban en poder de los republicanos. El general Gonzalo Queipo de Llano había instalado su cuartel general provisionalmente en el crucero Canarias.

Esta operación de bombardeo masivo tenía la doble finalidad de despejar el paso a las tropas atacantes y de sembrar el pánico en los asustados pueblecitos de la costa.

En estas condiciones, y no habiendo ninguna organización ni medios de defensa en la zona republicana, el ataque se convirtió en un paseo militar sin percances dignos de mencionar.

El día 7 de febrero, los italianos se encontraban en las afueras de Málaga, al otro día entraron en la ciudad cantando Giovinezza y otros himnos fascistas.

El día 9 se prosiguió el ataque desde Vélez-Málaga hasta Motril, y el día 10 las fuerzas rebeldes se lanzaron a la conquista de Albuñol, amenazando Almería.

Los mandos republicanos, y el coronel Villalba en cabeza, habían abandonado la ciudad y su retaguardia más próxima sin organización alguna de defensa. Dos batallones comunistas, que habían sido enviados desde Motril para defender Málaga, tuvieron que retirarse ante el abrumador avance de los rebeldes. Entonces enviaron a la VI Brigada republicana, mandada por el comandante Gallo, más otra brigada y varios batallones de la XIII Brigada Internacional para contener el ataque y salvar a Almería. Los batallones internacionales pelearon con valentía, pero no podían ejercer el peso y la importancia del pequeño ejército italiano, entre otras cosas porque «la XIII Brigada Internacional se encuentra provisionalmente desmembrada» (4).

---

(4) Luigi Longo: Las Brigadas Internacionales en España. Ediciones Era, s. a. México, 1969, pág. 170.



Soldados de la República tratan de defender las cercanías de Málaga, ante las tropas italianas, mejor pertrechadas y superiores en número.



Rafael Alberti, arengando a los milicianos, durante la guerra civil.

El frente quedó establecido el 11 de febrero al este de Motril. Pero el horror de Málaga, que había empezado el mismo día 8, continuaba y continuará durante muchos días.

Terror en la ciudad

Calcular el grado de horror de una ciudad sometida es siempre delicado. En España nunca se han hecho estadísticas en un bando u otro y se tiene que averiguar a base de testimonios de la época, sin lugar a dudas partidistas, e imaginando siempre cómo pudo ser el terror en esta o aquella zona.

Málaga no es una excepción.

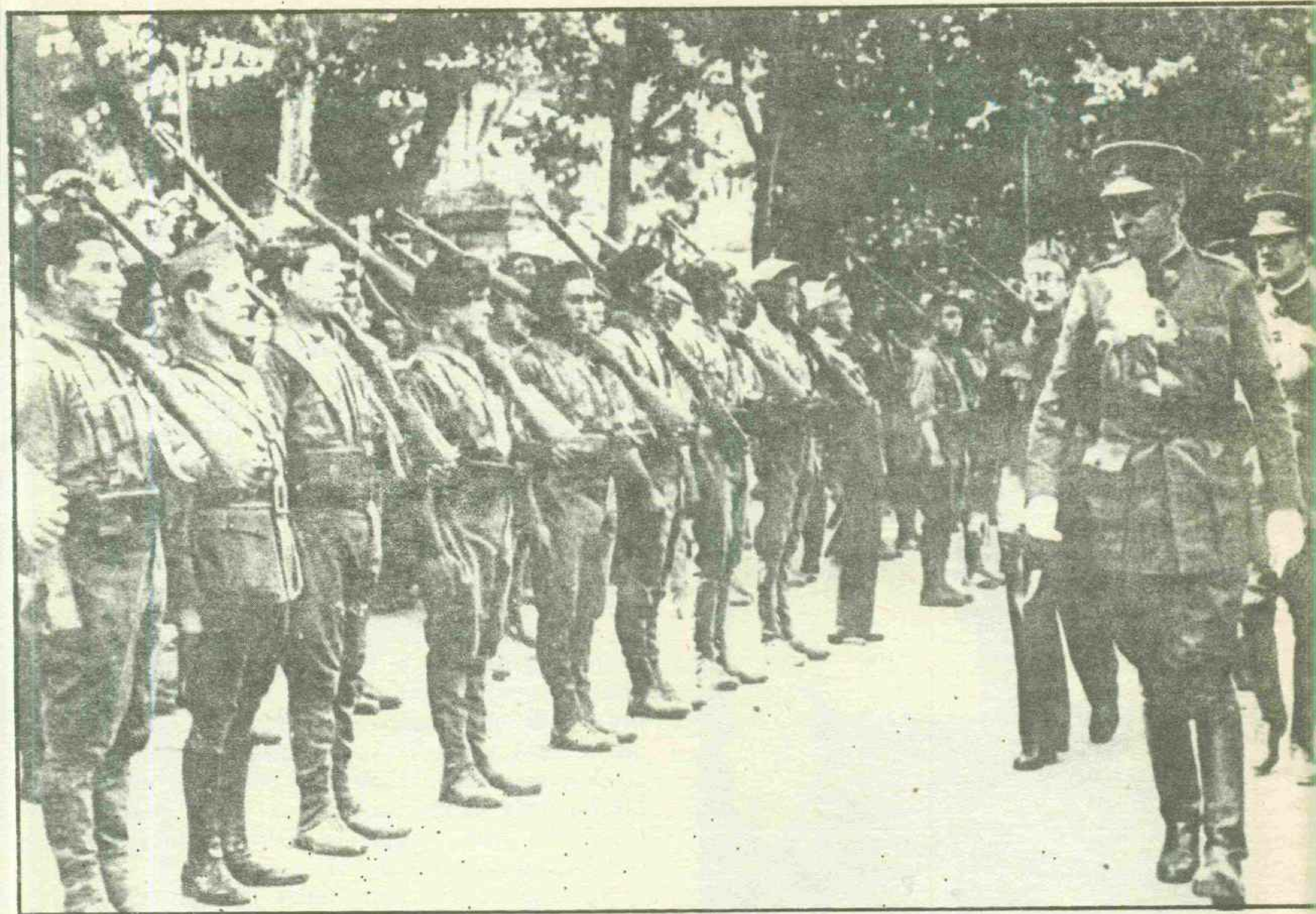
Ahora bien, Málaga, como Badajoz meses antes, fueron seguramente las dos capitales españolas más sacudidas por una violenta represión de corta duración, pero tremendamente aguda.

Según los testigos que pudieron escapar, la cifra de 3.000 ó 4.000 víctimas no sería exagerada. No hubo periodistas extranjeros, como en Badajoz, que pudieran contar lo que sucedió en Málaga, y los que lograron entrar se guardaron mucho de publicar nada que pudiera deteriorar la imagen del Ejército que había conquistado la ciudad. Mister Monks, corresponsal del Daily Express, afirma que no pudo entrar en la ciudad hasta el 11 de febrero. El lamentable ejemplo de Badajoz no podía repetirse. Pero sí hubo otros testigos que, aunque no eran periodistas extranjeros merecen ser tenidos en cuenta.

Bernardo Muniesa Brito cita a un testigo directo que pasó por varios penales hasta 1950, que le confesó:

> «Era dominio común entre los presos políticos el que no existieran practicamente presos malagueños. En esta ciudad, Málaga, no se hicieron presos políticos. Allí les mataron a todos. Allí operaba el fiscal Carlos Arias Navarro, llamado el "carnicero de Málaga"» (5).

(5) *Bernardo Muniesa Brito: Algunas notas acerca de la legitimación del Régimen franquista. Coloquio internacional sobre la guerra de España. Universidad de Barcelona. Barcelona, abril de 1979. Ver también Cambio 16, 8 de mayo de 1977, la reseña «Arias: Málaga no te olvida» para más detalles sobre la intervención del conocido político en la represión de Málaga.*



Mola pasando revista a las tropas del Requeté, en los primeros días de la guerra civil.

Un capitán de la justicia militar confesó al señor Ruiz Vilaplana que habría habido 9.000 ejecutados. Cifra que parece a todas luces muy exagerada, pero que ilustra la intensidad dramática de los sucesos de Málaga. Una señora inglesa, residente en la Bahía de Algeciras, afirmó que en la noche del 17 de febrero, 250 personas fueron fusiladas muy cerca de su casa:

> «La noche siguiente, un número mayor fue fusilado, y esto se repitió el 25 de febrero» (6).

Otros testigos citados en varias obras hablan de 4.000 ejecuciones o más. Arthur Koestler es un testigo de excepción, porque estuvo en Málaga, porque fue detenido y vivió la pesadilla de aquel terror desde dentro.

Koestler cuenta que cuando él fue detenido en la Comisaría de Policía —o lo que podría entenderse como tal— se estaba practicando la tortura a gran escala. Un hombre pasó delante de él ensangrentado y a Koestler le pareció como «si hubiera sido aplastado por una locomotora» (7). Este hombre pasó gritando: «No me peguen más. No me peguen más.» Pero los gritos humanos y el horror de la tortura continuaron. La prisión, por ejemplo, estaba rebosando de prisioneros. En celdas exigüas e individuales habían metido hasta cinco y seis hombres que no se podían mover.

Haciendo un cálculo de estadísticas, con todos los datos que poseía, Koestler supone que, el sábado 13 de febrero de 1937, cinco mil personas habían sido fusiladas en Málaga y que, solamente en la prisión donde él estaba, habían fusilado a seiscientas personas (8).

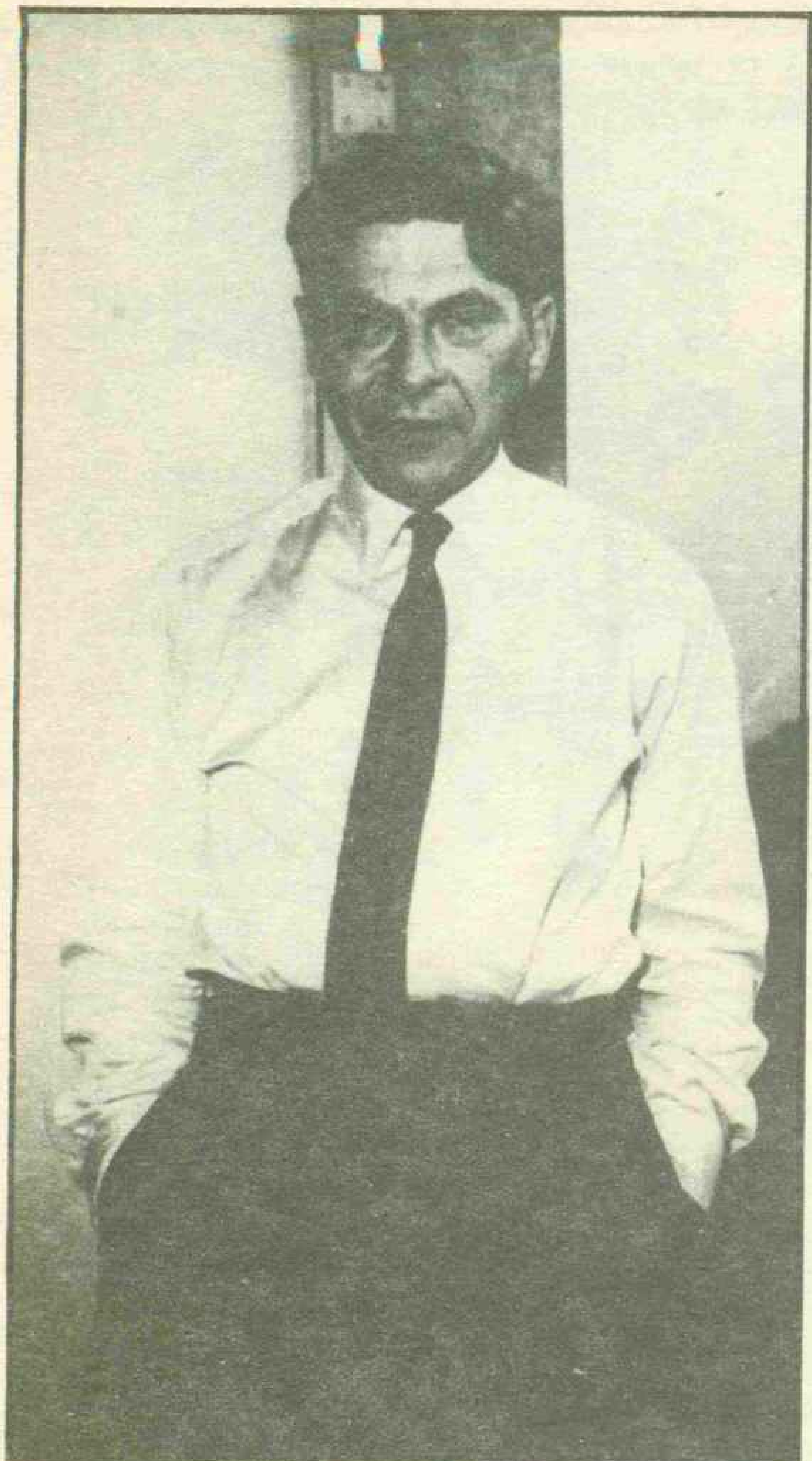
El general italiano Roatta, jefe de las tropas italianas y testigo de aquel drama, se entrevistó con el embajador nazi Von Faupel, el 21 de abril de 1937. En esta entrevista el general Roatta señaló al embajador nazi que en Málaga «las tropas habían procedido a fusilamientos en masa» (9). El general Roatta, qué duda cabe, se convierte también en un testigo de cargo

(6) *Duquesa de Atholl: Projecteurs sur l'Espagne. Editions Denoël. París, 1938, pág. 292.*

(7) *Arthur Koestler: Un testament espagnol. Albin Michel. Le livre de poche. París, 1963, pág. 73.*

(8) *Koestler, libro citado, pág. 107.*

(9) *Les Archives secrètes de la Wilhelmstrasse —III— L'Allemagne et la guerre civile espagnole (1936-1939). Librairie Plon. París, 1952, págs. 219-220.*



El periodista inglés Arthur Koestler.

sobre este espinoso y sangriento acontecimiento.

Los italianos, según ha podido saberse después, estaban horrorizados con aquellas medidas represivas, que ni siquiera ellos habían aplicado en Abisinia. Las tropas italianas fueron acuarteladas por dos motivos: evitar que los vieran por la ciudad vencida y separarlos del terror que se desarrollaba en la muy bella y muy triste ciudad de Málaga.

No obstante, los mandos italianos tuvieron conocimiento de aquel desastre humano y consultaron inmediatamente con su embajador, para que alguien intentara poner remedio a la represión despiadada. El embajador Cantalupo intervino ante el general Franco y ante el conde Ciano, Ministro de Asuntos Exteriores italiano. Otro tanto hizo el cónsul italiano de Málaga, señor Bianchi, cuya actuación humanitaria evitó la muerte de algunas personas.

Esta actuación de los italianos fascistas ha sido escamoteada por la propaganda rebelde. Sin embargo, por lo insólita, abrumadora y pertinente, es digna de mención.

En sus minuciosas y casi siempre acertadas búsquedas, el historiador norteamericano Herbert R. Southworth descubrió algo que ha sido ocultado con esmero y que implica el terror blanco, a la censura franquista y a la estupidez propagandística que caracterizó siempre al régimen franquista.

En 1948, el ex-embajador fascista Roberto Cantalupo publicó en Verona un libro titulado «Fu la Spagna». Cantalupo había sido embajador desde febrero hasta abril de 1937. Antes de venir a España, Cantalupo había estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de su país, donde le contaron las horribles atrocidades y los numerosos fusilamientos que habían cometido los rebeldes en Málaga. A su llegada a España, los altos mandos italianos se entrevistaron con él para informarle de que «el clima de represalias era despiadado». Cantalupo preguntó a su gobierno qué podía hacer y el conde Ciano le aconsejó que se entrevistara con Franco. La entrevista se celebró el 3 de marzo y Franco afirmó que se habían cometido muchos abusos inevitables. Cantalupo salió con la impresión de que Franco no tenía autoridad suficiente para acabar con aquellas salvajadas. Poco después, el cónsul Bianchi escribió a su gobierno para anunciarle que «el buen nombre (?) de las tropas italianas saldría perjudicado por las ejecuciones de Málaga» (10).

No deja de ser tragicómico, al cabo de los años, el comprobar que fueron los fascistas italianos, famosos ya por sus propios horrores, los que se interesaron por la suerte de los españoles derrotados y los que más quisieron humanizar aquella guerra civil entre españoles.

De todos modos, a los horrores de la ciudad, que se prolongaron durante muchos días, hay que añadir el calvario indescriptible del éxodo malagueño interrumpido salvajemente por la aviación y la marina de guerra.

El éxodo de Málaga

Málaga capital se había llenado de refugiados de otras provincias y de sus pueblos. Vivían hacinados en distintos lugares. Separados por sacos abiertos en forma de cortinas, guisando en las tapias de las fábricas y en los garajes, resistiendo lo imposible. El 6 de febrero se inició el éxodo de la población civil. Camiones, coches, carros, familias a pie, todos se iban hacia Almería, hacia Valencia.

Las cifras del éxodo malagueño —y siempre pecamos por no disponer de cifras exactas— se

(10) Herbert R. Southworth: El mito de la cruzada de Franco. Ruedo Ibérico. París, 1963, pág. 274, nota 893. El libro de Cantalupo fue editado en España, pero toda la parte del terror fue censurada.

han calculado entre 100.000 y 150.000 personas (11). No era sólo la capital que huía, eran también los miles y miles de refugiados que procedían de la provincia —yo he conocido personalmente a algunos— y de otras provincias andaluzas.

El camino era exigüo y sería el teatro de un nuevo drama. Algunos buques de guerra se situaron frente a Torre de Mar y bombardearon a la caravana humana que huía de Málaga. Entre el lunes 8 y el martes 9 de febrero fueron atacados por la aviación rebelde que descendían hasta 80 metros de altura para ametrallarlos.

La duquesa de Atholl logró entrevistarse con muchos refugiados de Málaga que le contaron las mismas trágicas aventuras vividas en aquel paisaje de delirio. Sir Peter Chalmers-Mitchell vio, desde la terraza de su casa, cómo eran bombardeados los refugiados. Arthur London (12) presenta un relato que coincide absolutamente con el de Koestler, el de Atholl y con lo que me han contado, muchos años después, testigos y supervivientes de aquel drama.

Espectáculo sombrío el de aquella caravana de refugiados atacada por los buques de guerra y por la aviación. El resto podemos imaginarlo: mujeres enloquecidas, pánicos, desesperación, niños abandonados, muertos en cada tramo de la carretera, un sinnúmero de peligros, hambre y desolación.

El poeta Rafael Alberti lo ha señalado en unos versos:

> «Por ese largo y duro
> costado que sumerges en la espuma
> fue el calvario de Málaga a Almería
> el despiadado crimen,
> todavía —oh, vergüenza— sin castigo» (13)

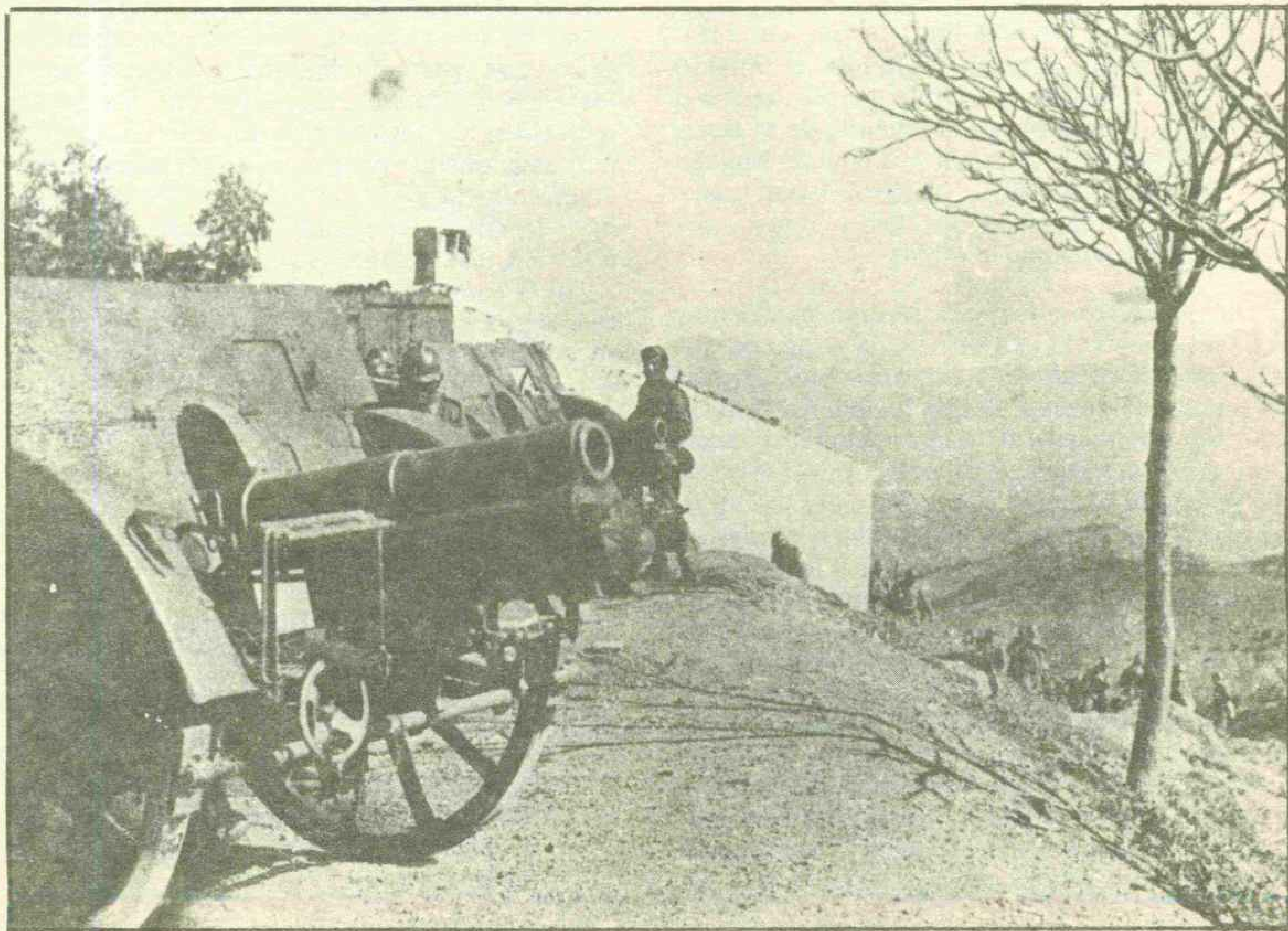
Nadie que tenga dos dedos de frente puede pedir muchos años después, se atreve a insinuar que aquel horror fue una leyenda, entonces, y en honor a la verdad, hay que intervenir.

---

(11) Ver Robert G. Colodny: El asedio de Madrid. Ruedo Ibérico. París, 1970, pág. 236, nota 95; Gabriel Jackson: The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939. Princeton University Press. Princeton. New Jersey, 1972, pág. 344; y Guillermo Cabanellas: La guerra de los mil días. Editorial Heliastra. Buenos Aires, 1975, tomo II, pág. 718.

(12) Arthur London: Espagne... Les éditeurs français réunis. Paris, 1965, pág. 211.

(13) Rafael Alberti: Antología poética. Editorial Losada, s. a. Buenos Aires, 1969, pág. 257.



Tropas italianas a las puertas de Málaga.



Azaña y el general Rojo, de inspección por los frentes en la primavera de 1937.

Se trata de José Luis Alcofar Nassaes, quien en su libro citado señala:

> «Según Dolores Ibárruri (ob. cit. 238), Vélez-Málaga fue tomado el mismo día 7, lo que de confirmarse, destruye hasta cierto punto la leyenda de la terrible huida de la población civil de Málaga por la carretera de Almería, sometida a cruel bombardeo por los aviones y los barcos nacionales.» (14)

Que un historiador serio, como es Alcofar Nassaes, niegue la existencia o la ponga en duda, como es su caso, de esta tremenda caravana humana atacada despiadadamente por la aviación y la marina de guerra rebelde es francamente lamentable. Además, fue el sábado día 6 cuando se inició el éxodo, y el sábado, lo sabemos por testigos, Vélez-Málaga estaba en poder de la República. Si el día 7 lo estaba o no, es algo que tiene muy poca importancia, ya que el gran crimen sucedió el lunes día 8 y el martes día 9, y sucedió al este de Vélez-Málaga, aunque fueron inicialmente atacados y asustados desde las afueras de la ciudad. Miles de refugiados llegaron no solamente hasta Almuñécar, donde fueron, efectivamente, copados por fuerzas rebeldes, sino que hubo muchos que llegaron hasta Valencia. En cualquier caso, sabemos que el coronel Villalba y su séquito abandonaron la ciudad el domingo día 7, por la tarde, viajando en coche y que lograron cruzar el sector de Vélez-Málaga. Aparte de todas las historias escritas a este propósito por gente que vivió directamente estos sucesos o los escuchó de los refugiados que los habían padecido, yo mismo me he entrevistado con personas que estuvieron en aquel infierno, que viven todavía y que podrían corregir de sus dudas, en cualquier momento y definitivamente, a José Luis Alcofar Nassaes.

En la zona republicana sucedió una verdadera conmoción por esta ofensiva y por sus consecuencias terribles. Numerosos refugiados llegaron contando lo que habían vivido y el clamor popular, sabiamente orquestado, exigió responsabilidades.

Las responsabilidades

Colodny, que fue un combatiente de la República, señala:

> «En el caso de Málaga, no hay la menor duda sobre la complicidad de los oficiales de Largo Caballero en la derrota.» (15)

(14) Alcofar Nassaes, libro citado, p. 69, nota 51.

(15) Colodny, libro citado, p. 222, nota 11.

Y Mijail Koltsov, corresponsal de la Pravda en España y gran experto en asuntos político-militares, afirma:

> «Sabido es que una parte importante del Estado Mayor de Málaga no sólo estaba en relación con los fascistas, sino que, además, se quedó en la ciudad hasta su llegada.» (16)

Es cierto que hubo, como en todas partes, espionaje y deserciones. Las deserciones de los militares Romero y Conejo son conocidas, pero es evidente que no fueron más numerosas o trágicas que en cualquier otro lugar. El problema no reside ahí.

Los comunistas querían desembarazarse del general Asensio y la caída de Málaga iba a servirles de pretexto. Pronto se dijo que Asensio no había prestado la ayuda necesaria a Málaga, que había enviado a un inepto (el coronel Villalba) para enredar más las cosas y que, en fin, la noche de la caída de Málaga, el general Asensio la pasó en un cabaret nocturno de Valencia.

El día 21 de febrero el general José Asensio Torrado fue destituido de su cargo de subsecretario de la Guerra.

(16) Mijail Koltsov: Diario de la guerra de España. Ruedo Ibérico. París, 1963, pág. 362.

En octubre de 1937, los generales Asensio Torrado, Martínez Monje y Martínez Cabrera fueron detenidos y se abrió un proceso contra ellos por haber desatendido criminalmente el frente de Málaga. Martínez Monje había sido jefe del Ejército del Sur, y Martínez Cabrera jefe del Estado Mayor. El coronel Villalba también fue procesado.

Cuando Manuel Azaña, presidente de la República, se enteró por los periódicos del arresto de los militares y de su próximo juicio, anotó en su cuaderno de La Pobleta:

> «Ignoro de qué les acusan.» (17)

En mayo de 1938, y una vez que la causa contra Asensio y los otros militares fue sobreseída, recuperaron la libertad, aunque ninguno de ellos volvió a ejercer el mando. El coronel Villalba, sin embargo, pasó más de un año en prisión, pero fue rehabilitado más tarde.

De todos modos, este tipo de proceso era normal en aquel momento. Había que buscar culpables, y culpables ajenos a la política oficial. Ningún ministro comunista, y Uribe era, además, miembro del Consejo Superior de la Guerra, dimitió por la escandalosa caída de Málaga. El general Asensio, en su defensa,

(17) Manuel Azaña: Obras completas. Ediciones Oasis, s. a. México, 1966-1968, tomo IV, pág. 834.



Un soldado nacionalista arrancando con la bayoneta un cartel del Frente Popular en Fuengirola.

aseguró haber obedecido en todo momento a las órdenes del ministro de la Guerra. ¿Por qué Largo Caballero no fue procesado?

Hay que suponer que fue por la sencilla razón de que un proceso Largo Caballero habría sido un fichero de dominó, y que todo el Gobierno de la República podría haber aparecido en el banquillo de los acusados.

En lo que se refiere al abandono del sector de Málaga, es más que probable que lo hubo, pero no estaba más abandonado que ciertos sectores de Aragón, o de Extremadura y Castilla la Nueva. La única organización unitaria político-militar de la República estaba concentrada alrededor de Madrid. El resto de los frentes vegetaba. Málaga, en este sentido, tampoco era una excepción. Por otro lado, los rebeldes atacaron con un dispositivo militar ventajoso de 2 a 1 en la tropa y con absoluta superioridad en la aviación y en la marina, además, las unidades de tierra estaban completamente motorizadas.

¡Cómo ignorar, por otra parte, la ausencia total de disciplina en aquel sector de Málaga, eminentemente político y politizado, con sus luchas intestinas de influencia, su excesivo número de comisarios políticos, la autoridad casi omnímoda del doctor Cayetano Bolívar, diputado comunista, comisario político de mayor envergadura y, si se quiere, uno de los grandes responsables de la caída de Málaga; cómo ignorar también la falta de armamento y la escasez de víveres —tanto Koestler, que estuvo allí semanas antes de la tragedia, como los falangistas que entraron en Málaga, han reconocido que la ciudad estaba hambrienta—, los pocos y malos trabajos de defensa realizados por la población, la traición de algunos militares, la absoluta falta de aviación y de marina de guerra republicanas, cuyo mayor responsable era Indalecio Prieto!

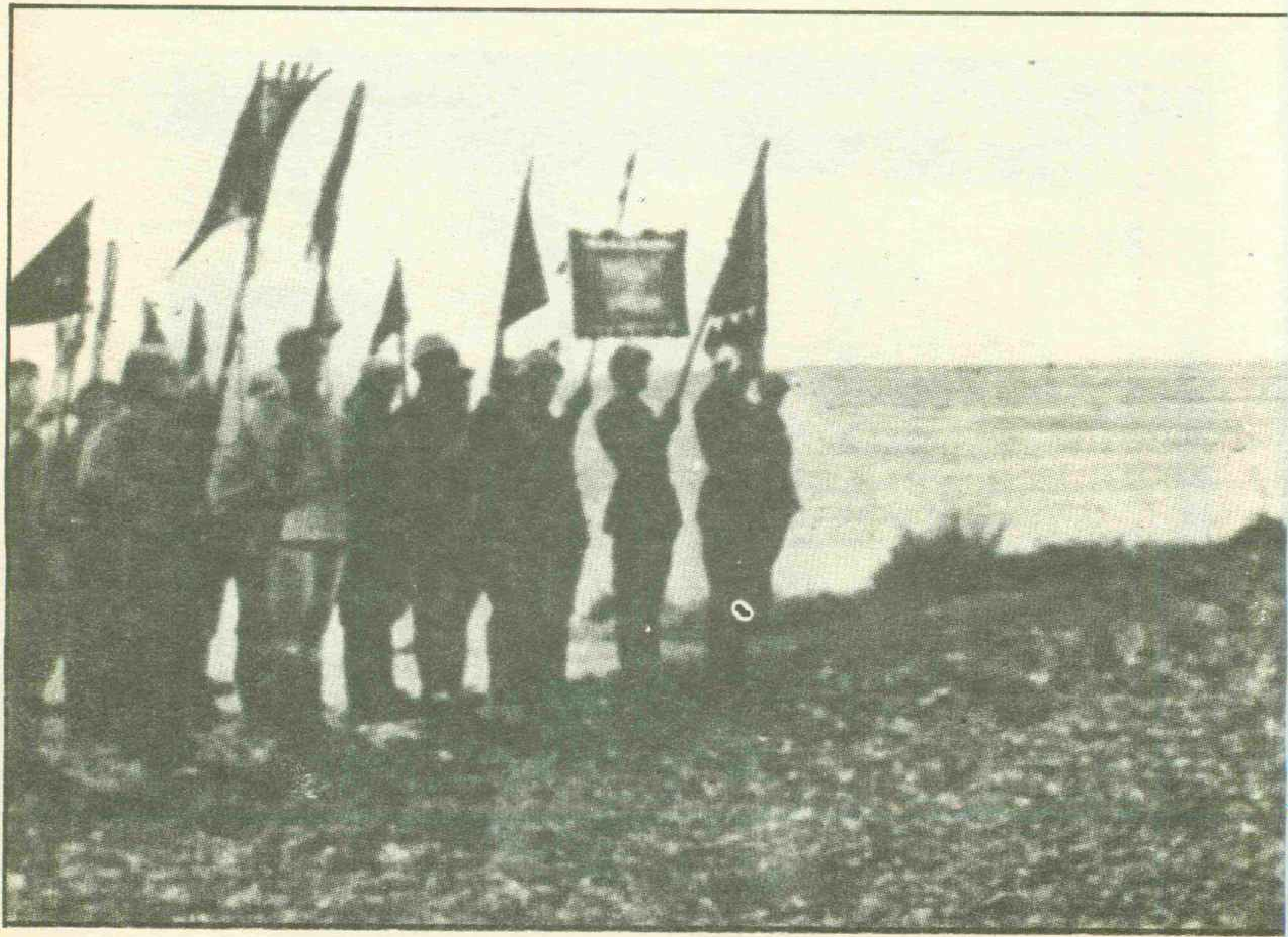
Como muy bien señala el sociólogo Franz Borkenau, que estuvo días antes de la ofensiva en Málaga:

> «El aspecto más inexplicable del desastre de Málaga es la inactividad de la flota.» (18)

Y Arthur Koestler se preguntaba angustiado:

---

(18) Franz Borkenau: The Spanish cockpit. Ann Arbor Paperbacks. The University of Michigan Press. Michigan, 1974, pág. 224.



«¿Dónde están los buques de guerra de la República?» (19)

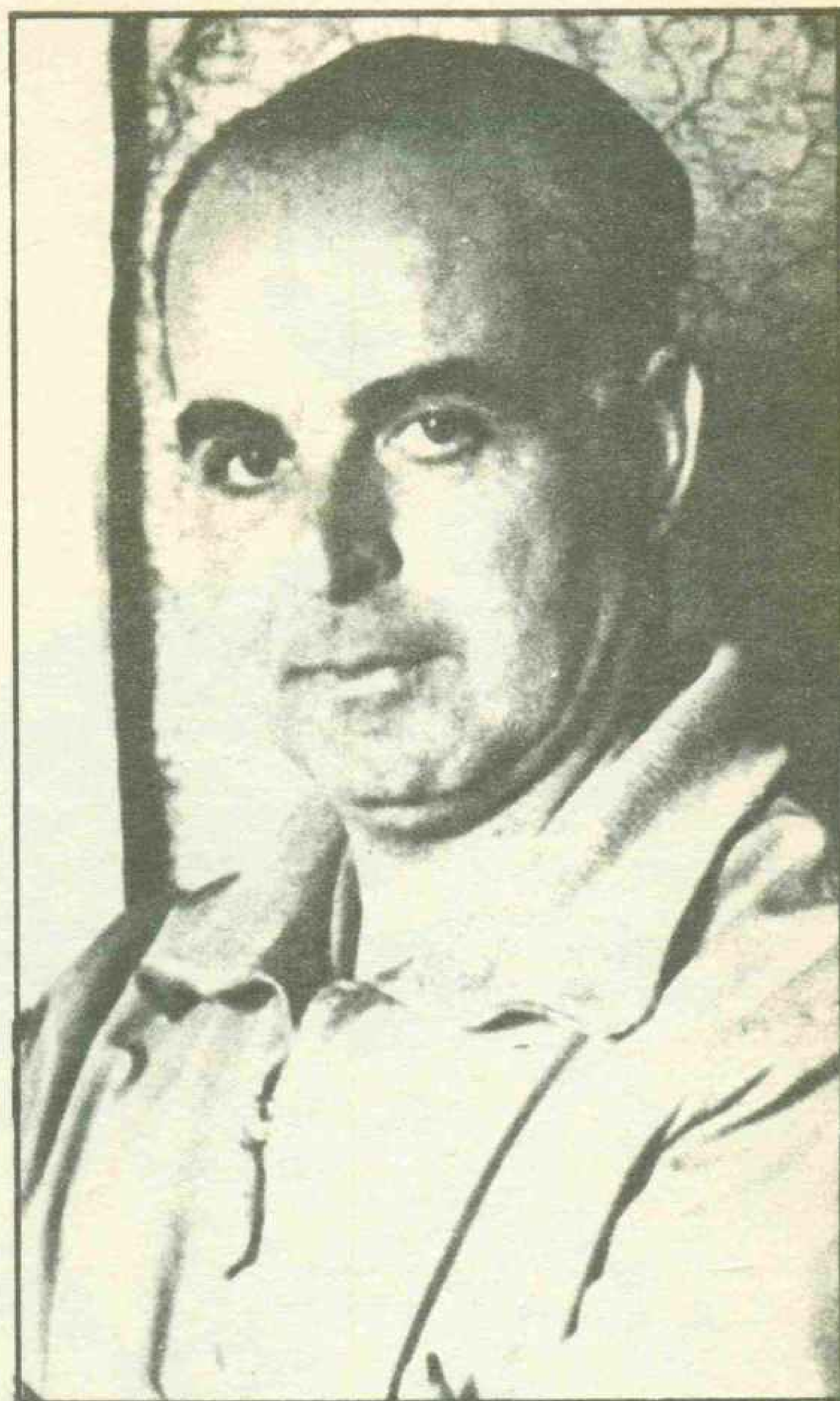
Pero, ¿se atrevió alguien a pedir responsabilidades a Prieto? No. Más aún, el comisario político y gran responsable civil era el doctor Bolívar, ¿se atrevió alguien a pedir explicaciones al doctor Bolívar, diputado comunista?

Sí se atrevieron, pero las Cortes de la República se negaron a quitarle la inmunidad parlamentaria, a pesar de que Bolívar estuvo en todo momento en Málaga y colaboró con el coronel Villalba.

El desastre de Málaga fue en realidad el desastre de una política republicana de reinos taifas que no podía durar y que no pudo resistir al choque de las ofensivas rebeldes, bien organizadas y llevadas a cabo por un ejército profesional abastecido convenientemente de armamento.

Este desastre puso en evidencia la falta de medios de combate de los republicanos, su ineptitud para defenderse y su inmensa y estéril capacidad de sacrificio. No hubo mayor traición. La bolsa de Málaga estaba condenada al desastre, como lo estaba todo el norte republicano y como estaría Aragón, en marzo de 1938, cuando Asensio y los otros estaban presos y cuando los comunistas no tenían a quién culpar. Habían pasado casi dos años de guerra y todo el frente aragonés se hundió ante el avance irresistible de fuerzas mejor armadas y mejor organizadas.

(19) Koestler, libro citado, pág. 35.



El general José Enrique Varela (1891-1951).

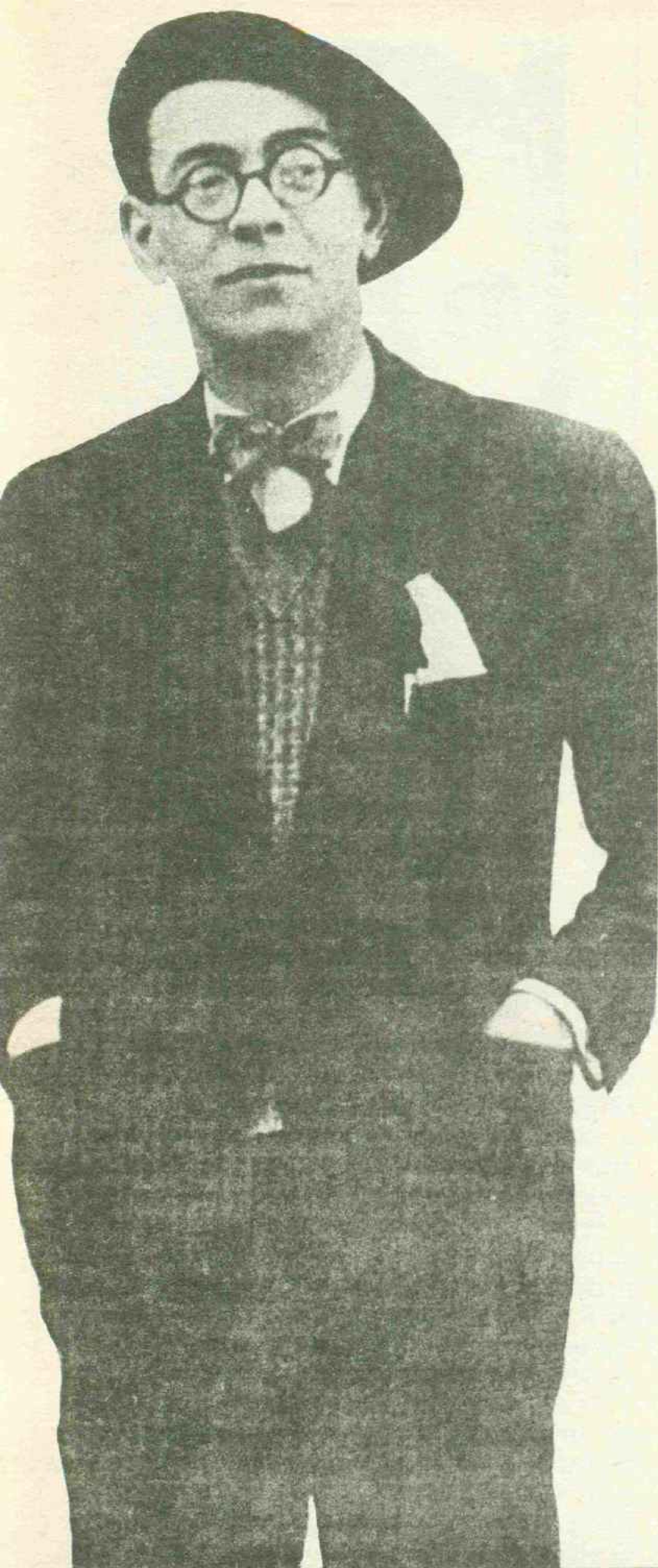
Por otro lado, la ignominia de la represión dentro de la ciudad y en el éxodo nos enseña perfectamente que una guerra no se compone de heroísmos y que una guerra civil tiene todavía menos heroísmos que las guerras entre naciones.

El triunfo o la caída de Málaga es un ejemplo insuperable de salvajismo y demuestra que los españoles, cuando desdeñan los argumentos y las razones y luchan entre sí, pierden el control y las grandes virtudes que poseen y se convierten en bárbaros. Devorar a sus hijos, o devorarse entre hermanos, agobia y agota a un pueblo.

La Historia ha condenado ya estos enfrentamientos civiles. Los españoles tendremos que aprender esta lección de la Historia. ■ **R. T. G.**



El general Mario Roatta «Mancini», saluda al cuerpo expedicionario italiano, mandado por Mussolini en ayuda de Franco, tras la conquista de Malaga.



> «Como es obvio nuestro estado actual refleja pérdidas formidables no sólo en términos humanos —los individuos que deberían sentir y pensar junto a nosotros— sino también en términos de potencialidad para el futuro.»
>
> G. STEINER

Elías Cedrun Román

Un representante de aquella España: Julián Zugazagoitia

TRADICION OBRERA

No hay que olvidar que uno de los factores que más unen a los hombres es la posesión de una memoria común y que esto es algo que la sociedad española apenas ha poseido durante este siglo, lo cual explica muchas de las características de nuestra anómala realidad próxima e inmediata. Sin duda a ello no es ajeno un hecho tan importante como el que a varias generaciones de españoles se les hurtara la presencia y la tradición de la obra y el pensamiento liberal, obrero y de izquierdas, que tan decisiva influencia ha tenido en la configuración de la realidad política, cultural y social de Europa y el mundo de nuestros días.

Desde esta constatación no se hace extraño el desconocimiento o el olvido de la obra y la trayectoria de figuras de nuestra historia contemporánea que en circunstancias normales ocuparían, sin duda, otro lugar bien diferente en ella.

Julián Zugazagoitia es una figura importante dentro de lo que podríamos denominar tradición obrera española, socialista, sobre todo; no hay que olvidar hasta dónde se confunden una y otra en el primer tercio de nuestro siglo y especialmente en algunas zonas del país, como es el caso de la provincia de Vizcaya.

Zugazagoitia nació en Bilbao, casi al morir el siglo, en 1899, en el barrio obrero, tradicionalmente de voto socialista, Bilbao la Vieja. En este barrio abriría Facundo Pereazgua su taberna, cuartel de operaciones de los primeros socialistas vascos; allí estaban los locales de esparcimiento y diversión de los obreros inmigrantes; el Teatro Romea —el de los grandes

mítines socialistas; los locales de la Agrupación Socialista...

Su padre, varias veces concejal socialista del ayuntamiento bilbaíno, encargado de la gerencia de la Cooperativa Socialista de Consumo, fue moldeador metalúrgico y uno de los primeros componentes de los núcleos socialistas que aglutinó Perezagua a su llegada a la ciudad.

Al abandonar sus estudios primarios, Zugazagoitia, tuvo su primera ocupación en la cooperativa de consumo, al lado de su padre. En el ambiente de relaciones casi familiares y de asiduidad que los socialistas mantenían entre sí —casas del pueblo, tertulias, representaciones teatrales, fiestas del Primero de Mayo y otras celebraciones...— debió serle fácil el contacto y el conocimiento inmediato y natural de sus centros, actividades, componentes.

LA INFLUENCIA DE MEABE

Uno de los socialistas más significativos de los primeros años del siglo en Vizcaya fue el fundador de las Juventudes Socialistas, Tomás Meabe. Meabe fue para el socialismo vizcaíno, y también para el del resto de España, un adelantado en el empeño de aunar, en la perspectiva de la lucha por una sociedad más justa, las mejoras de las condiciones de vida con el desarrollo de una conciencia cívica, de respeto a los bienes sociales, de dignidad en los distintos comportamientos, desde el profesional o militante, el cultural y de actividades recreativas o de ocio, pasando por el de las relaciones personales o familiares.

Meabe, sugeridor de iniciativas como los grupos de teatro, equipos deportivos, cooperativas de consumo..., con un empuje y vigor permanentes, tuvo una tremenda capacidad de arrastre personal. Así, ha sido puesto de relieve por Gregorio San Juan (1) el influjo que ejerció sobre figuras insustituibles en el arte vasco más universal, como Arteta, los Arrue, Gustavo de Maeztu, Mobroviejo. Inspiró en aquellos grupos de jóvenes ligados a él — Indalecio Prieto, Emilio Beni, Toribio Echevarría, Raimundo Varela, Julián Zugazagoitia...– – a través de las organizaciones del partido y las juventudes socialistas en Bilbao, la adhesión personal más inquebrantable; adhesión que durante su vida fue manifestada en repetidas y abundantes ocasiones.

Tomás Meabe fue, en definitiva, el hombre que a pesar de la brevedad de su vida, ejerció una gran influencia sobre las organizaciones del Partido Socialista y sobre sus hombres.

La influencia decisiva de Meabe sobre J. Zugazagoitia que nos impone esta obligada referencia sobre el fundador de las Juventudes Socialistas, exige poner de relieve que por partida doble, sus nombres están ligados en la historia del socialismo español. Si hoy tenemos recogida y editada parte de la obra de Meabe — aunque aún falte una recopilación y edición completa— se debe principalmente al empeño de Zugazagoitia; aparte de la labor realizada por otros socialistas de ayer, como Luis Araquistain, o de hoy, como Gregorio San Juan o Víctor Manuel Arbeloa. No en vano Araquistain se refería a Zugazagoitia como el mejor escoliasta de la obra de Meabe.

Pero si él fue el primero y principal recopilador de su obra, también fue el primero, y hasta ahora único, en acometer el empeño de su biografía, que, por su carácter de urgencia y propósito de emocionado homenaje, hoy precisa de otros intentos globales y más exhaustivos.

Son muchas las cuartillas que Zugazagoitia escribiera sobre Meabe, unas con destino a artículos periodísticos, en *La Lucha de Clases, El Liberal* de Bilbao, *El Socialista,* o para ser leídas en conferencias pronunciadas en Casas del Pueblo, Círculos Socialistas, teatros... Precisamente para ser leídas en una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid, con motivo del noveno aniversario de su muerte, escribió originalmente aquellas que luego constituirían parte de las páginas de *Tomás Meabe. Una Vida Humilde* (2).

ENRAIZAMIENTO EN EL SOCIALISMO VIZCAINO

Debido a las fechas en que Meabe se ve obligado a expatriarse —en 1904—, así como a lo agitado de su vida posterior a esta fecha —gran parte transcurrida en el exilio—, Zugazagoitia no tuvo contacto directo con Meabe. Sin embargo Zugazagoitia estará ligado desde su más temprana juventud a Emilio Beni, que fue en el panorama del socialismo vizcaíno «durante largo tiempo —muerto Meabe y ausente Prieto— el más firme sostén de la idea en Vizcaya» (3). Y Beni había sido, a decir de Zugazagoitia, «el gran cariño de Meabe». Y a través de Beni debió llegarle a Zugazagoitia esa veneración que él le profesaría de por vida. A través de Beni y a través de múltiples testimonios y referencias, cuya presencia aún se atisba hoy a pesar de los años transcurridos —y de las circunstancias en que lo han hecho— en los ambientes socialistas tradicionales de Bilbao. Creemos justo señalarlo en aras a la constatación de la vida de esa tradición obrera a la que aludimos.

---

(1) Catálogo homenaje a Aurelio Arteta. Bilbao, 1979, pág. 49-59.

(2) Tomás Meabe: Una vida humilde. Bilbao, 1927.
(3) La Lucha de Clases, 14-1-1922.



Pablo Iglesias entre los huelguistas de Bilbao en 1911.

No debió ser ajeno a la influencia de Meabe el hecho de que las organizaciones socialistas tuvieran por norma incorporar junto a los hombres con años de experiencia y compromiso a los jóvenes en los puestos de responsabilidad. En 1920 vemos a Zugazagoitia ocupando la presidencia de la Juventud Socialista de Bilbao, de la que Beni era Secretario, y en este mismo año ocupa la tesorería de la Lucha de Clases, dirigida en estos momentos por aquel.

En este año de 1920 surge de las Juventudes Socialistas, el primer partido comunista, que uniéndose a la excesión de los Anguiano, Pérez Solís... del Partido Socialista dará lugar, en 1921, al Partido Comunista de España.

Zugazagoitia que fue siempre un militante atentísimo a la historia y tradición del partido, como se puede ver en gran número de artículos, así como en sus novelas, por la importancia que en ellos dedicó a hechos como las movilizaciones desencadenadas por los núcleos primeros socialistas; debió prestar mucho más interés a la unidad del partido que a cuestiones doctrinarias de estrategia. Y desde su cargo de presidente de la Juventud Socialista de Bilbao se opuso a la excisión.

Cuando en 1921 se consuma la separación de los partidarios de adherirse a la Internacional Comunista, tras el viaje de Anguiano y de los Ríos a la URSS, Zugazagoitia, desde la Lucha de Clases, se referirá en un artículo de balance del año, a la disminución de fuerzas que, ante todo, se iba a derivar. «Malditos mil veces los que tal división alentaron» (4).

En 1921, a los 22 años, ocupó la dirección de la Lucha de Clases. Se observa en el semanario un afianzamiento en la línea de dar mayor cabida a cuestiones culturales, temas literarios y artísticos, así como una más cuidada presentación, concediéndose más espacio a la ilustración de sus páginas, aumentando la calidad y cantidad de colaboraciones plásticas; así constatará satisfecho, «trabajan para nosotros los

---

(4) La Lucha de Clases, «Balance Ideal», 31-12-1921.



Arrue, Maeztu, Agüero, Mogrovejo, Dueñas» (5).

Sus artículos centrados con frecuencia en temas de la historia del partido, en sus personajes, tienen siempre un tono didáctico del que se desprende un aliento a la militancia responsable, honrada; proclamando la necesidad del estudio y la propia formación y el enriquecimiento de la vida y los horizontes culturales de las organizaciones socialistas. En ellos se muestra como un firme continuador de la línea más abarcadora, humana y fecunda de Meabe, Medinabeitia, Beni. Desde las páginas del semanario lanza iniciativas como la creación de una universidad popular; la idea no llegó a cuajar, pero dio lugar a cursos de formación sindical y cultural para los miembros de las organizaciones.

(5) *La Lucha de Clases. «Museo del Pueblo...», 22-10-1921.*

ZUGAZAGOITIA NOVELISTA. SUS IDEAS SOBRE LA LITERATURA

En los momentos en que Zugazagoitia produce lo más abundante y representativo de su obra propiamente literaria que comienza con la primera de las tres biografías de Pablo Iglesias, están empezando a dar sus frutos las ideas que sobre el arte y la cultura preconiza el Realismo Social o Nuevo Romanticismo, no sólo en el campo de la creación, sino en el de su formulación con obras como la de J. Díaz Fernández, *El Nuevo Romanticismo,* y en la polémica abierta y enfrentada a otras corrientes como las que defienden un arte deshumanizado y despegado de la realidad.

Zugazagoitia entra en esta polémica para defender lo que desde sus primeras colaboraciones periodísticas había defendido en orden a la necesaria vigorización de las ideas socialistas por medio de su entronque con lo artístico y cultural.

La participación de Zugazagoitia en esta po-

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SEDICIÓN MILITARISTA

Se subleva el capitán general de Cataluña y declara el estado de guerra en Barcelona

¡Serenidad, trabajadores!

El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores exponen su actitud ante la opinión pública

Significación del movimiento

Primera página de «El Socialista», del 13 de septiembre de 1923, dando cuenta del golpe de Estado de Primo de Rivera.

lémica fue decidida e incluso violenta, como lógicamente era de esperar de quien en ella no se sentía sólo implicado personalmente, sino como portavoz de unos criterios y una ideología que eran los del socialismo.

Cuando Zugazagoitia habla de un arte y una literatura populares lo hace de un arte militante, de una cultura socialista y, no sólo como un presupuesto artístico, sino también como una exigencia del socialismo y sus metas. Presupuesto y exigencia para un arte y unas ideas de transformación de la sociedad de un tiempo histórico en el que esa rara, pero cierta, coincidencia de la literatura y el arte junto al optimismo y la esperanza —de los que se habla para esos años— no es, en absoluto, extraña a las exigencias de una vivificación por la preocupación intelectual, cultural y artística a la que es abierto el socialismo en estos años por hombres como F. de los Ríos, Ovejero, Luis Bello, Julián Besteiro, Jiménez Asúa, el propio Zugazagoitia..., de la que el bilbaíno Tomás Meabe, fue adelantado y vigoroso precursor.

Antes de que en los años treinta se desencadenara el ataque contra los autores de las obras de tono distanciado y estetizante por parte de los novelistas sociales, desde publicaciones como *El Sol, Bolívar, Nueva España, La Libertad, Heraldo de Madrid, El Imparcial...* y la polémica, para esos años, alcanzara un grado más tenso, Zugazagoitia había iniciado sus críticas, implacables a veces, contra el panorama literario; aunque lo hiciera desde publicaciones con un ámbito de difusión tan restringido como *La Lucha de Clases;* que estas obras habían contribuido a configurar. Igual rechazó manifiesta ante el significado político y social que el intelectual conservador al uso representa y al que califica de «pedante insufrible, inútil, envidioso»; arremetiendo contra conductas como la de Jacinto Benavente, que culpa a los periódicos y a los socialistas de los desastres de la Guerra de Marruecos (6).

Convencido como lo estuvo Meabe de la tremenda importancia del arte y la cultura, sus planteamientos, en buena lógica, apuntan más a concepciones de compromiso y militancia artística, de asunción de los ámbitos épicos, frente a los de signo culturalista o académico, restringido y exquisito. «Cuando lo que se aprende de codos sobre el pupitre agota la capacidad de ilusión de los estudiosos, entonces es cuando el pueblo vierte sobre el mundo su inagotable capacidad creadora y mantenedora de mitos fecundos e ilusionantes (...). El pueblo no puede distraer su corazón plural y único en triquiñuelas artísticas» (7).

El sentido primero de la literatura, y la cultura en general, para Zugazagoitia es la de ser un instrumento propiciador de la presencia y el protagonismo de la mayoría, de lo colectivo en la sociedad. Pues esa es la principal enseñanza

(6) *La Lucha de Clases, 8-9-1922.*
(7) *La Lucha de Clases. «Pueblo y arte», 1-5-1923.*

de la interpretación de la historia por el Materialismo Histórico que Zugazagoitia entendió perfectamente, sino desde una vertiente filosófica y profunda, si plenamente humanista y sobre todo intuitiva.

Es esa visión de la literatura y el arte la que le lleva al «elogio del coro» y su papel en las obras dramáticas y el cine, como alegoría del papel de las masas en la evolución de la historia. «La fuerza del coro, de la masa, arrolla a los protagonistas», dice en un comentario sobre *Bohemios*. «El coro gana de golpe toda la dignidad que en la vida normal no tiene y puede presentar su cuenta a la historia» (8).

Toda la obra literaria de Zugazagoitia está presidida por la idea del protagonismo de las masas en la vida y en la historia y es una apuesta permanente por ese protagonismo para el arte y la literatura en su contribución a la lucha y a la dignificación de la condición y las circunstancias del hombre anónimo, del obrero.

Con *Pablo Iglesias: una vida heroica* inicia su *Trilogía de los Hombres* que quedaría completada con *Tomás Meabe: Una Vida Humilde*, en 1927, y *Una Vida Anónima*, 1927. El tono emotivo y apologético de las dos primeras y el sentimentalismo de tinte romántico y matices desgarrados de la tercera las hacen acreedoras de los defectos de las obras primerizas, al tiempo que albergan la ingenuidad y patetismo desmesurado que se han señalado para la producción clasificada dentro de la corriente del Nuevo Romanticismo.

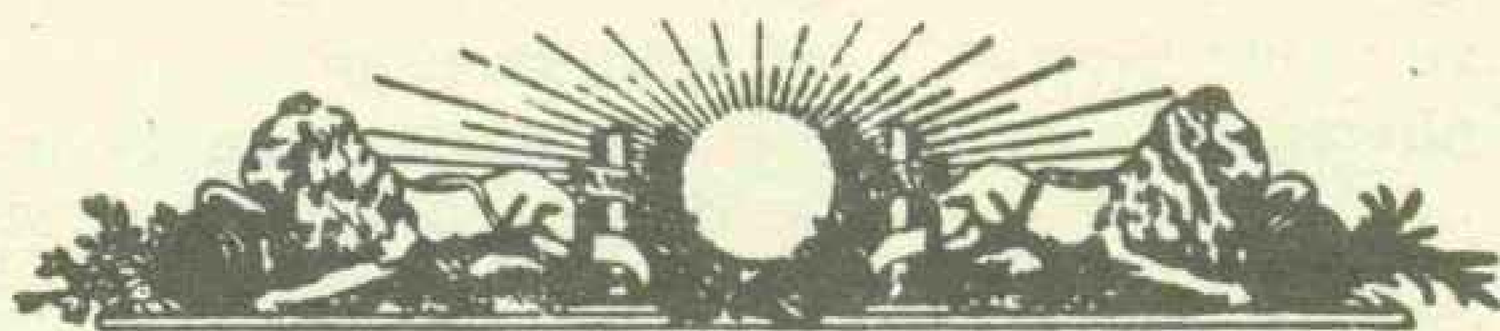
La distancia que el lector contemporáneo pueda experimentar en su lectura se palía, a nuestro entender, con el innegable valor, que portan, de auténticos testimonios de unas actitudes y valoraciones que para el tiempo en que ven la luz se nos antojan significativamente representativas de los ámbitos culturales del compromiso artístico, expresión, a su vez, de estados de opinión más amplios y generalizados. En este sentido creemos que son un magnífico ejemplo para ilustrar la validez que la obra literaria tiene como *fuente de conocimiento de la historia* y no en el sentido de que determinados productos culturales se expliquen en razón del tiempo y las circunstancias socioculturales en que son creadas, sino por los elementos de penetración hasta ese tiempo y su entraña que ellos nos posibiliten, en la medida que es posible ese empeño de reconstrucción de las formas de vida del pasado.

Cada día cabe menos duda, en este sentido, de que sólo en el panorama de las corrientes historiográficas imperantes de nuestro país puede tener tan pocos frutos y adeptos el espíritu que anima la producción de un autor como J. C. Mainer —ver reseña de *La Edad de Plata* en algún número atrasado de esta revista— o la ausencia de estudios, apuntando a estos términos, de obras como la de Valle Inclán, para una parte de la cual Valeriano Bozal afirma en

(8) *La Lucha de Clases «Elogio del coro», 8-2-1929.*



Pablo Iglesias (1850-1925).



Cabecera de «El Sol», periódico madrileño de tendencia liberal en el que publicó Ortega y Gasset, el 15 de noviembre de 1930, su admirable artículo «El error Berenguer».

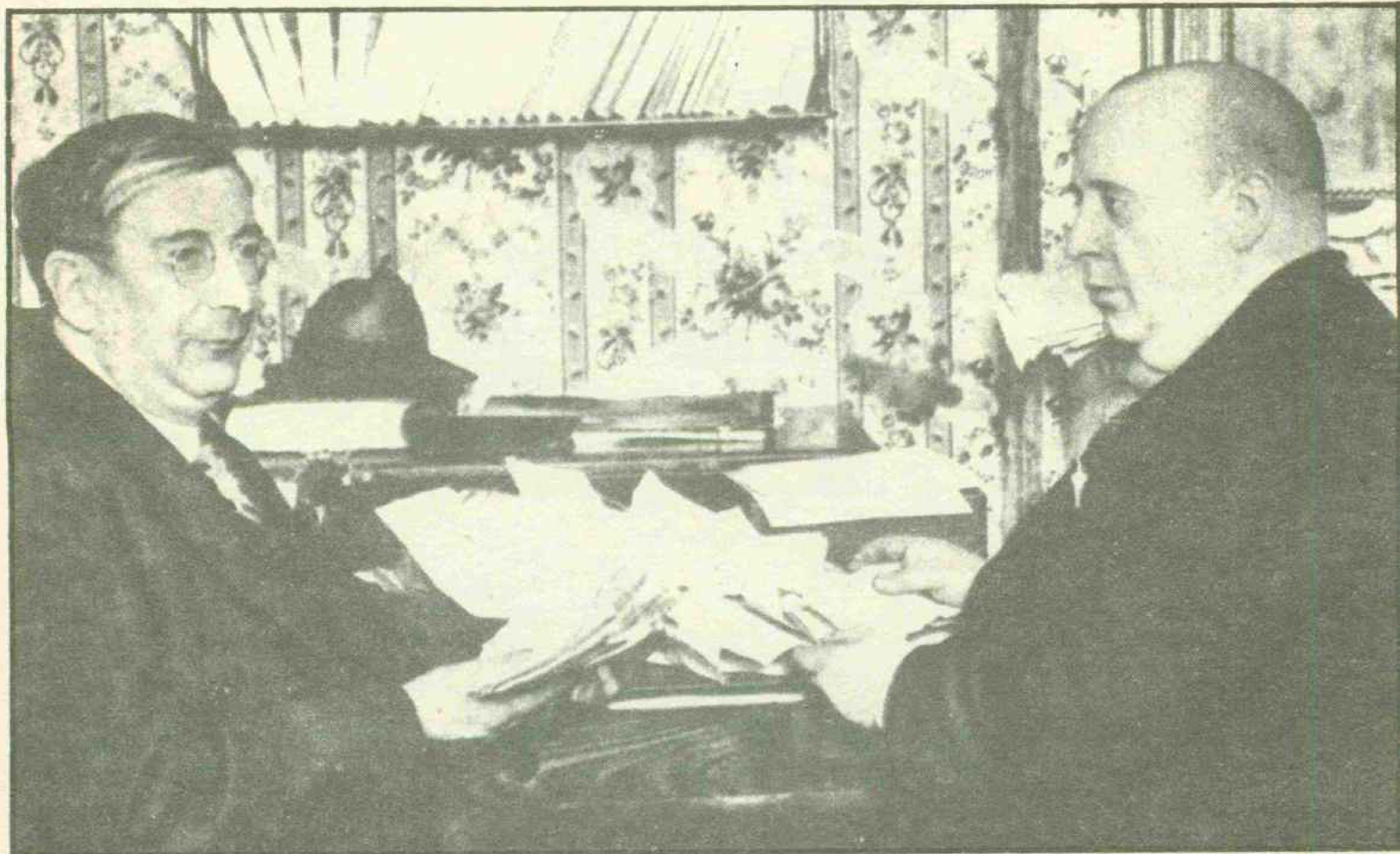
su Historia del Arte —se refiere a los esperpentos— que nos dan una idea del panorama de la sociedad de los años 20 de nuestro siglo mucho más fidedigna que los manuales de historia.

EL BOTIN Y EL ASALTO

Con *El Botín*, 1928, comenzaba Zugazagoitia la *Trilogía de los Trabajos*, que quedaría inconclusa y cerrada con *El Asalto*, 1929.

Es igualmente válido para estas dos novelas lo dicho para las obras de la primera trilogía, pero sin embargo —a pesar de que en ellas puedan ser rastreables y estén más o menos explícitas las opiniones y juicios de su autor sobre estos o aquellos personajes, instituciones, acontecimientos...— lo más destacable en ellas es que son auténticas crónicas del origen y la historia del socialismo en Vizcaya y con ello del movimiento obrero para los períodos históricos en que se sitúa el desarrollo de los hechos narrados. Para *El Botín* la primera huelga revolucionaria de nuestra historia en 1917 y en *El Asalto* desde los momentos posteriores a la tercera guerra carlista hasta 1903 en que quedan recogidos la llegada de Facundo Perezagua a Bilbao para impulsar la creación del Partido Socialista y los dos primeros grandes conflictos mineros de la historia del movimiento obrero en el País Vasco —las huelgas de 1890 y 1903— de tanta trascendencia para la futura implantación en la zona; a la vez que vemos aparecer en sus páginas toda una serie de personajes de los más distintos pelajes y cataduras, que son toda una fuente de información sociocultural de aquellos ambientes y de aquel tiempo.

Hay que referir, aunque quede un poco al margen del interés originario del trabajo, que en 1929, bajo el patrocinio de la Caja de Ahorros Municipal de Bilbao, veía la luz una magnífica muestra de la capacidad de su pluma para reflejar delicadamente lo humano de ciertas situaciones, como la pobreza y la tristeza de los niños enfermos, deficientemente alimentados, maltratados por la sociedad y por la vida; de ciertos sentimientos, como la gratificación pro-



Marcelino Domingo e Indalecio Prieto, ambos exiliados en París, reciben telegramas de adhesión al conocerse la proclamación de la República en España (abril de 1931).

ducida por la contemplación de la felicidad ingenua y poco exigente de los niños. Nos referimos a su obra, *Pedernales,* influida, como se ha señalado, por *Corazón* de Amicis. Zugazagoitia explicita esta influencia en un prólogo entrañable y nostálgico, dedicado a la memoria de uno de los personajes de la obrita de Amicis, el niño Garrón. «Cuántos años, Garrón querido, han transcurrido desde nuestra primera amistad! Tú, inolvidable, sigues siendo el mismo, tal como te conocí en aquella escuelita de Achuri, yo en cambio, ¡qué distinto!»

Corazón era; aparte de libro de lectura en algunas escuelas, como testimonia Zugazagoitia en el caso de las del barrio de Achuri de Bilbao; muy recomendado y leído en medios obreros socialistas. En su tono sentimental, *Corazón* es una exaltación de los nobles sentimientos infantiles y de didácticos gestos de los mayores, en el transcurso de la narración de un año escolar.

Con un fondo obrerista de tono dulzón y excesivamente idílico a veces, aparecen ideas de claro paralelismo con las de los medios socialistas. Así las ideas de exaltación del trabajo y de la condición del obrero son muy similares a las que vemos expresadas por boca del protagonista de la primera novela de Zugazagoitia, *Una Vida Anónima.* «Y lo que se mancha trabajando no ensucia; es polvo, cal, barniz, todo lo que quieras, pero no es suciedad. El trabajo no ensucia. No digas nunca a un obrero que sale de trabajar: 'Va sucio'. Debes decir: 'Tiene en sus ropas las señales, las huellas del trabajo», dice uno de los personajes de Amicis» (9).

PERIODISMO Y POLITICA

Desde los momentos finales de la Dictadura de Primo de Rivera Zugazagoitia se verá absorbido por las ocupaciones políticas y periodísticas. En 1931 la Federación Vasconavarra del Partido Socialista le encomienda de nuevo la dirección de *La Lucha de Clases* y desde 1932 será director del primer órgano de su partido, *El Socialista,* hasta 1937, en unos momentos cruciales tanto en orden a las cuestiones referidas a la vida interna del partido como a la situación del país.

En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, que trajeron la Segunda República, fue elegido concejal del «bloque antidinástico» —integrado por socialistas, republicanos y Acción Nacionalista Vasca— por el Ayuntamiento de Bilbao. Formó parte de la candidatura por la provincia de Vizcaya, en las constituyentes republicanas, resultando derrotado, pero logró escaño por las minorías en la segunda vuelta de las mismas elecciones por la circunscripción de Badajoz.

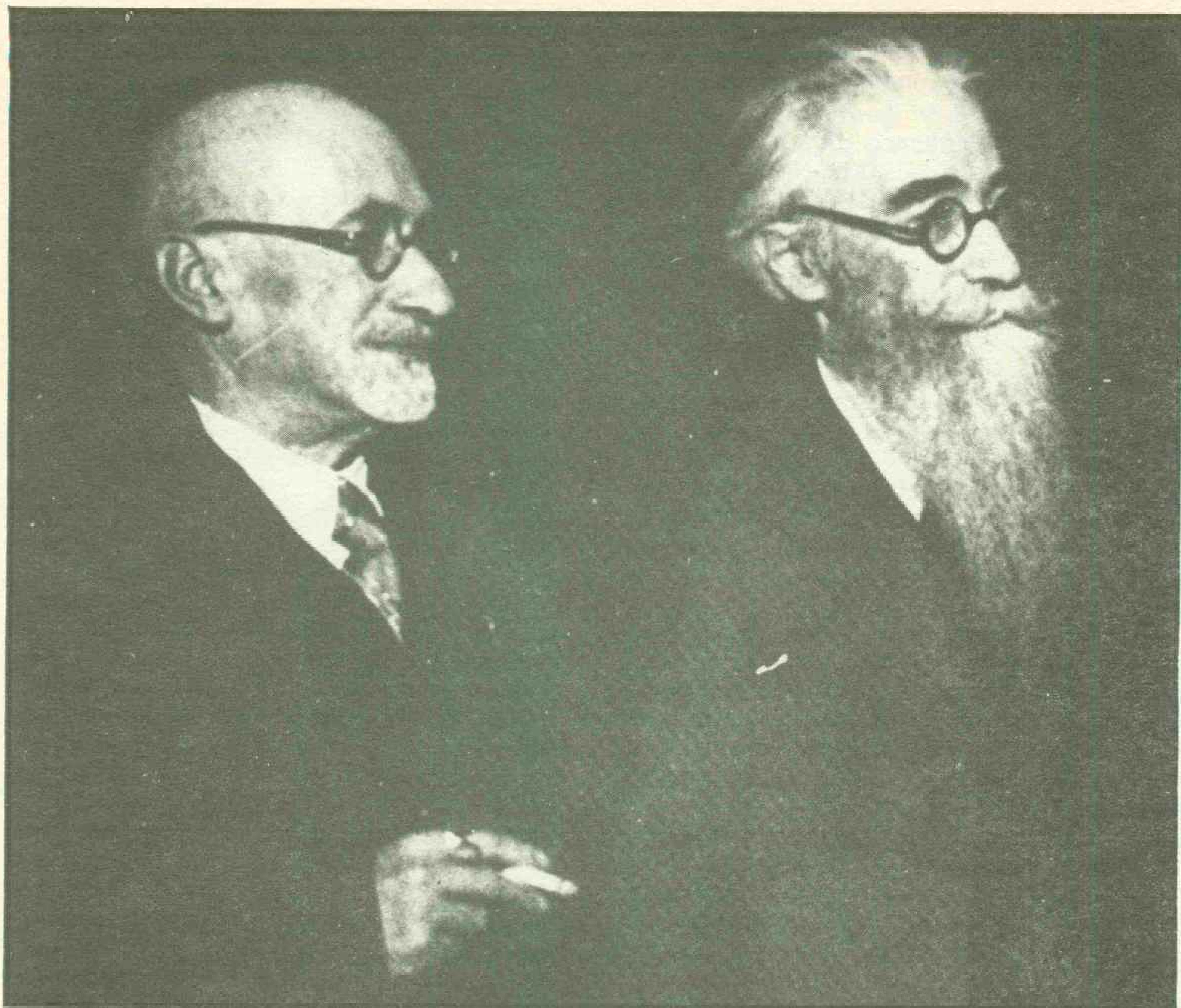
En los comicios del Frente Popular —tras

---

(9) AMICIS, Edmundo de: Corazón. *Barcelona, 1962. Pág. 51.*



Manuel Azaña durante un mitin electoral, en la década de los treinta.



Jacinto Benavente y Ramón María del Valle-Inclán.

haber sido derrotado en los de 1933 integrando la candidatura de Vizcaya junto a Prieto, Azaña y Marcelino Domingo— resultaría elegido por esta misma provincia.

El doctor Negrín le encomendará la Cartera del Interior de su primer gabinete. La actuación de Zugazagoitia al frente de tan comprometida misión ha merecido, por parte de los historiadores imparciales de la Guerra Civil, el reconocimiento de la serenidad y altura de miras con que acometió asuntos como el trato de los detenidos, el control de grupos de la retaguardia cuyas acciones escapaban al control de gobierno... Del sentido humanitario de su gestión se beneficiaron entre otros Sánchez Mazas, Fernández Cuesta, Fernández Florez, a los que facilitó la salida de la zona republicana.

Al abandonar el Ministerio del Interior ocupará la Secretaría General del Ministerio de Defensa cuya jefatura ostentaba el presidente Negrín. Zugazagoitia tuvo participación en la redacción del Programa de los Trece Puntos de abril de 1938 que contenía los propósitos del nuevo gobierno en sus distintos frentes de acción tanto nacionales como internacionales.

Tras la última sesión de las Cortes Republicanas en suelo español, celebrada el 1 de febrero de 1939 en el Castillo de Figueras, el día 9 cruzaba la frontera francesa. Instalado en París escribirá su historia de la Guerra Civil. En julio de 1940 será secuestrado por la Gestapo y trasladado a España.

GUERRA Y VICISITUDES DE LOS ESPAÑOLES

Es inseparable de la significación que la figura de Zugazagoitia pueda tener en la historia y la tradición del socialismo y del movimiento obrero de nuestro país —e indudablemente la tiene o debería tenerla— su labor intelectual periodística, literaria que hacen de él un exponente de esos españoles que en el primer tercio de siglo entregaron lo mejor de su esfuerzo a combatir el estado de cosas que la España oficial de la Restauración sustentaba a costa del

anclaje de la nación en unas estructuras políticas y sociales desfasadas y caducas. Que hacen de él igualmente un exponente de esos españoles que integraron el partido socialista desde lo modesto de su origen en la firme voluntad del propio perfeccionamiento a través del esfuerzo del autodidactismo y el compromiso y del de los demás hombres y la sociedad por medio de la justicia y la cultura.

Zugazagoitia, en su obra, en su trayectoria periodística, política, literaria; explica —a la vez que es explicado por ella— toda la preocupación educadora y formativa del militante y del obrero en general, de honradez cívica, responsabilidad, autodisciplina, que el socialismo de preguerra propugnó en nuestro país y que se formulara en la idea del «obrero consciente», del «obrero honrado», recogiendo ecos de lejanos momentos de la tradición liberal y jacobina expresados en proclamas como la de «España con honra».

Toda esa preocupación profundamente renovadora en lo social, humanística, que preside su obra literaria estuvo presente en el ánimo que latía en sus colaboraciones periodísticas; en el ánimo con que dirigió *El Socialista* a pesar de que fuera el órgano de opinión de un partido en momentos de tantas tensiones y tan trágicos, en el último período. Y para testimoniarlo ahí está su condena de los sucesos de la Cárcel Modelo, asaltada por elementos incontrolados. «Nos declaramos enemigos de toda violencia, en las personas y en las cosas. Para juzgar a cuantos hayan delinquido, disponemos de la legalidad» (10). Actitud humanitaria, de mesura y alto sentido que tuvo su confirmación en la instrumentación del poder de forma tan encomiable como lo hizo desde el Ministerio del Interior.

Pero Zugazagoitia ya está en la tradición no sólo liberal y obrera o de izquierdas, sino en la de todos los españoles que, si han identificado con algo preciso la idea de España, lo han hecho con la mesura, la buena voluntad y hasta la distancia suficientes y necesarias para que, no siendo patrimonio exclusivo de nadie, pueda acoger a todos los que se proclaman de ella.

Ese es el sentido que late en las páginas de su *Guerra y vicisitudes de los españoles*, la memoria personal más ecuánime y digna sobre la contienda, escrita por añadidura entre los meses finales de la guerra y su fusilamiento en la cárcel de Porlier en una de las madrugadas de noviembre de 1940, recién comenzada la fría postguerra (11). ■ **E.C.R.**



Wenceslao Fernández Flores (1886-1964).



Julián Zugazagoitia (1893-1941).

---

(10) El Socialista. Editorial de su pluma, 28-8-1936.

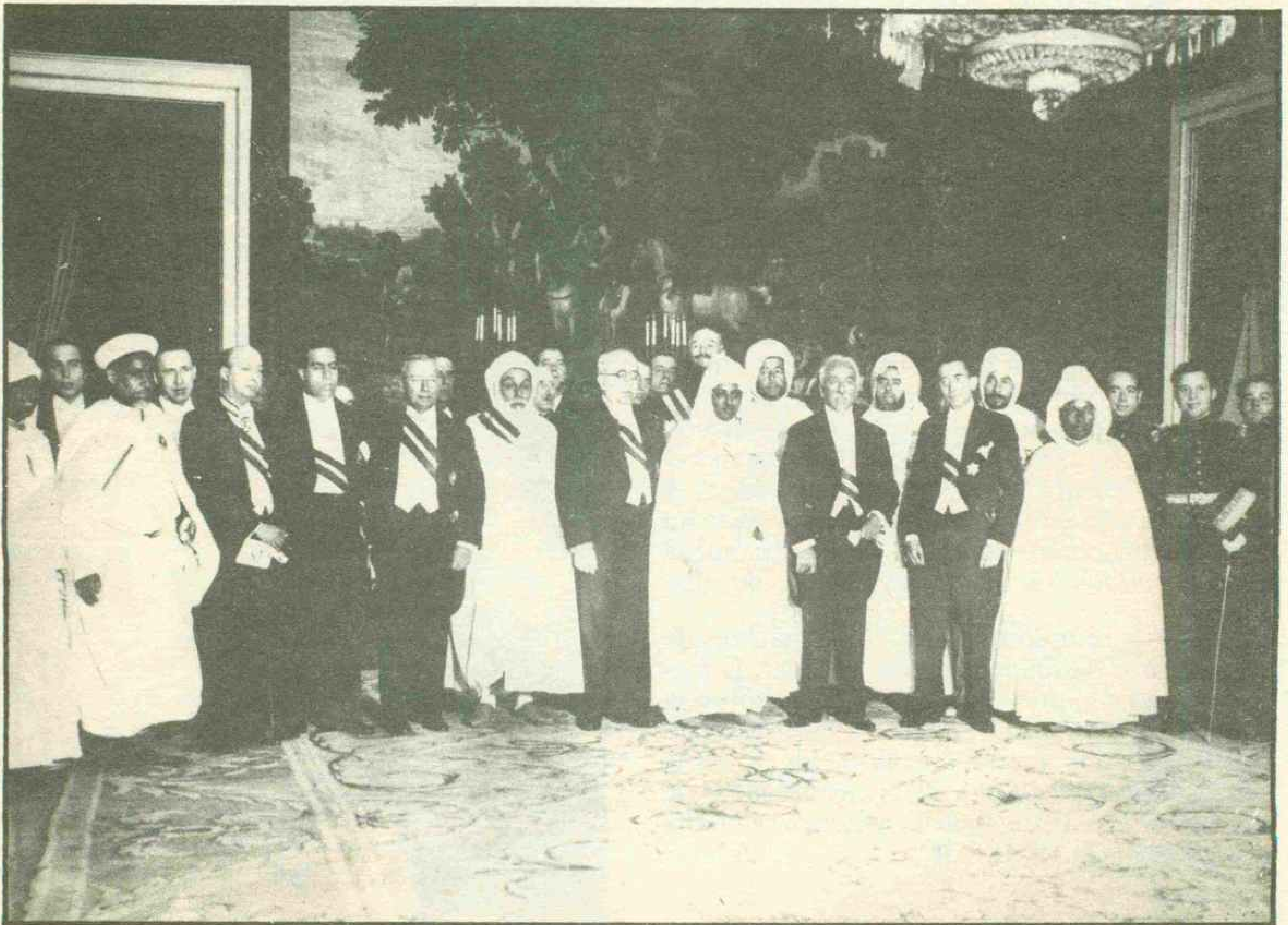
(11) Ver el artículo de don Cipriano Rivas Cherif, «Tres Mártires», en el n.º 42 de Tiempo de Historia.

La II República y la cuestión marroquí

Fernando López Agudín

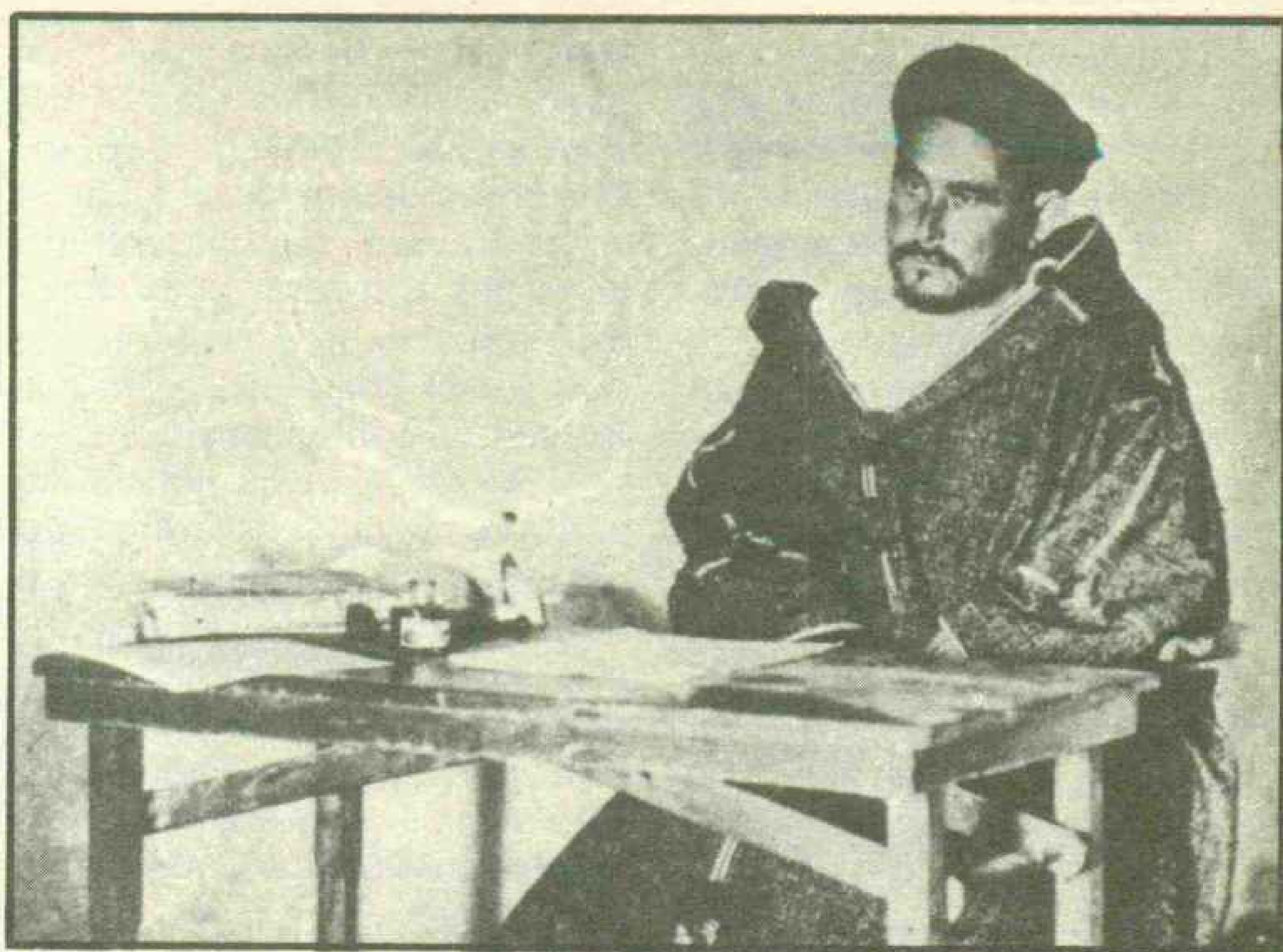
LA experiencia histórica de la II República española y de la consiguiente guerra civil ha suscitado una enorme labor historiográfica, y sus múltiples aspectos han sido tratados, analizados y desmenuzados desde todos los ángulos de enfoque y puntos de opinión; ahí está, como último botón de muestra, la publicación reciente de dos trabajos simultáneos sobre la muerte de Calvo Sotelo para constatar que estos dos temas siguen siendo fuente inagotable de esfuerzos por parte de los profesionales o aficionados de las ciencias históricas. Sin embargo, en esta regla existe una importante excepción: las relaciones del régimen republicano y de los partidos políticos que lo sustentaban con la zona del Protectorado español en Marruecos y con el movimiento nacional marroquí. Se puede repasar toda la abundante bibliografía sobre la República y la guerra civil y no encontrarse un solo autor que lo haya tratado; más aún, en las miles de obras publicadas sobre estas experiencias no existen capítulos o meros apartados que aborden este problema. Con la salvedad de un trabajo publicado hace algunos años (1),

(1) *El colonialismo español en Marruecos. Miguel Martín. Ruedo Ibérico.*



El Presidente de la República, Alcalá Zamora; el Presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña y S.A.I. el Jalifa, Muley Hassan, con los miembros de sus respectivos gobiernos, durante una recepción ofrecida a la delegación marroquí en el Palacio Nacional.

más importante por lo que apunta en la dirección de rellenar este importante hueco que por su relativo valor, la dimensión marroquí de la penúltima experiencia democrática española ha sido completamente ignorada. Pudiera explicarse o justificarse esta laguna si la zona del Protectorado español en Marruecos no hubiese jugado un papel en el desarrollo y consecuencia de la guerra civil española, o si en aquel territorio dependiente de España no hubiese ocurrido nada sustancioso o decisivo para el análisis de aquella tragedia; pero no es así. Al igual que la lucha contra el nacionalismo marroquí armado de Abdelkrim fue uno de los factores de la génesis de la dictadura del general Primo de Rivera, la lucha contra el nacionalismo marroquí pacífico de la década de los treinta fue uno de los factores que generara la dictadura del general Franco Bahamonde.



Abd-el-Krim en su puesto de mando durante la guerra de 1921.

La proclamación de la II República española fue, inicialmente, acogida con expectación por los nacionalistas marroquíes; al fin y al cabo una buena parte de los nuevos gobernantes de Madrid tenían un largo pasado de luchadores en pro del abandono de Marruecos por parte de España: republicanos y socialistas habían encabezado desde comienzos de siglo todas las manifestaciones de descontento

El ministro de la Guerra, Manuel Azaña, con una representación de altos mandos del Ejército, durante una recepción oficial.

por la intervención de nuestro país en los asuntos marroquíes y, lógicamente, cabía esperar una mayor comprensión de las reivindicaciones y exigencias que planteaban los exponentes de la sociedad marroquí.

A pesar de que el mismo 14 de abril las nuevas autoridades republicanas ordenan disparar contra una manifestación marroquí portando banderas del nuevo régimen y estandartes nacionalistas, lo que provoca el sitio de la Alta Comisaría en Tetuán, y la huída del Alto Comisario a Tánger; de la posterior acción de masas del 5 de mayo en la misma capital del Protectorado, en la que los obreros marroquíes exigían la equiparación de condiciones laborales con los trabajadores españoles; de la decisión de no disolver el Somatén en Nador, Zeluán y Monte Arruit, en base a «la trágica experiencia del año 21», y del nombramiento del general Sanjurjo como nuevo Alto Comisario, una representación nacionalista marroquí se traslada a Madrid el 6 de junio para entregar a Niceto Alcalá Zamora un documento reivindicativo con siete peticiones:


El coronel Bens, que mandó los territorios del Sáhara durante veinte años, ocupando Cabo Juby y la Agüera.

1.° Libertades democráticas: Prensa, reunión, asociación, enseñanza, libertad de desplazamientos, sindicatos.

2.° Enseñanza: Unificación de los planes en todas las regiones de Marruecos, aumento del número de escuelas de primera enseñanza.

3.° Justicia: Selección de los cadíes por medio de concurso. Separación del poder judicial del ejecutivo. Sueldo suficiente a cargo de los presupuestos estatales y no en base a los derechos de los litigantes.

4.° Agricultura: Creación de un patrimonio familiar intransferible. Préstamos agrícolas al «fellaga»; equiparación fiscal del «fellaga» con el colono europeo.

5.° Proletariado: Aplicación de la legislación laboral a los obreros marroquíes.

6.° Hacienda: Supresión de algunos impuestos y equiparación en los restantes entre los marroquíes y los españoles.

7.° Sanidad: Aumento del número de instituciones sanitarias.

El período constituyente

Tales peticiones, que cabían de sobra en el marco de la República, pues se limitaban a pedir que el cambio habido en España no se detuviera en Tarifa, fueron desechadas por el gobierno republicano; peor aún, no habían hecho más que regresar a sus casas los viajeros marroquíes —Sid Mohamed Buhalai, Sid Ahmed Cailan, Sid Abdesalam, Sid El Lebady— cuando cuatro días después el primer Alto Comisario civil, Luciano López Ferrer, afirma en el diario «El Sol» que el problema de Marruecos no era más que de orden y paz y «que existía cierta agitación nacionalista, que con buenas tropas él se encargaba de que hubiera calma».


Francisco Largo Caballero (1869-1946).

Consecuente con esta visión, inmediatamente, el consejo de ministros aprueba un decreto por el cual los sefarditas y población hebrea en general encontrarían grandes facilidades para instalarse en el llamado Marruecos español: cuando en la península se exigían diez años de residencia, para poder nacionalizarse como español, la estancia de dos años en el Protectorado bastaba para conseguir la nacionalidad española. Alejandro Lerroux al informar sobre esta decisión señala que el «elemento hebreo es importante, importantísimo

para consolidar España en Marruecos, para consolidar la obra pacificadora».

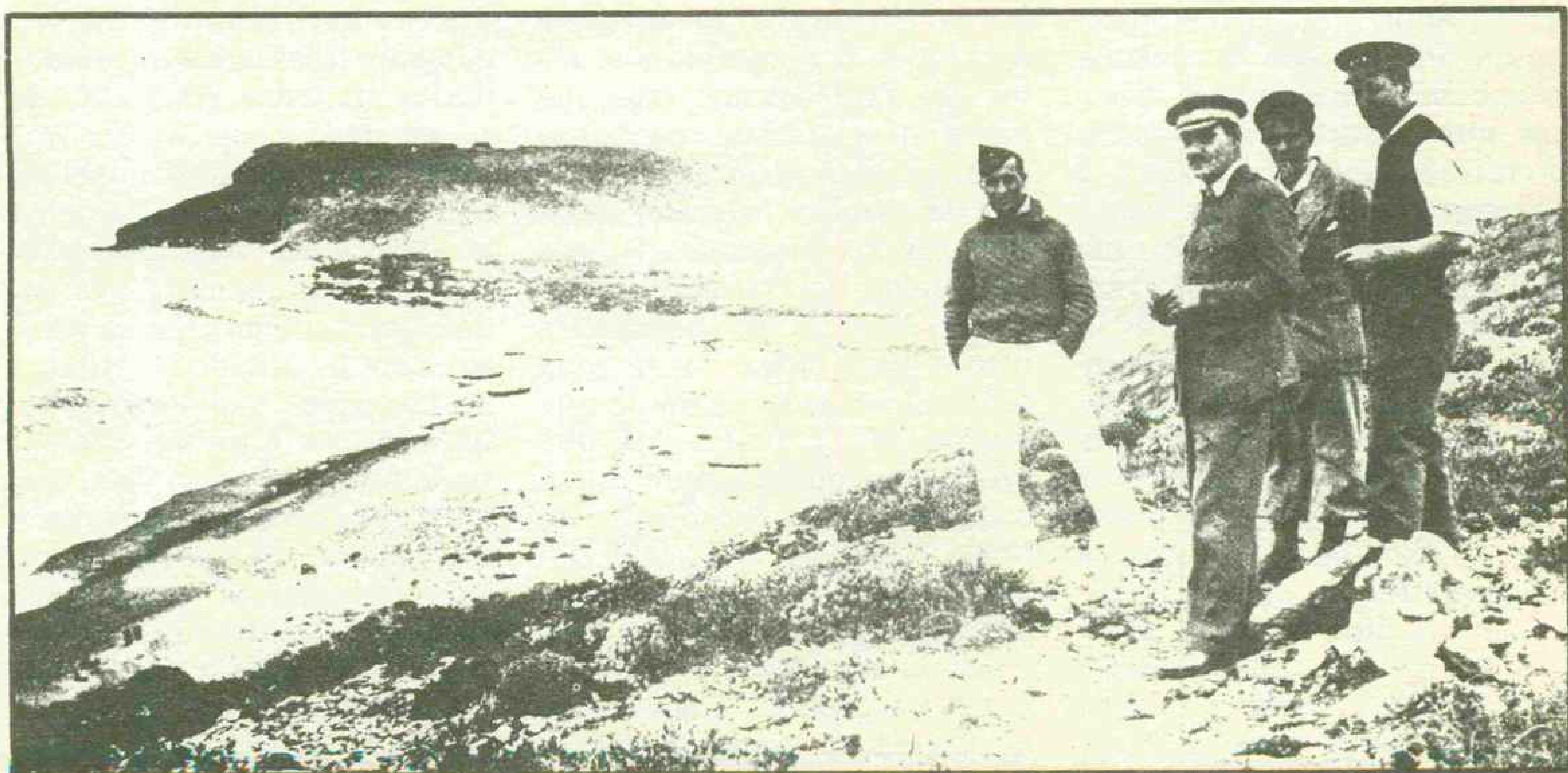
Poco después, con el nombramiento de Ben Abud como nuevo gran visir en sustitución del fallecido Ben Azus, quedan rotos los escasos puentes que se habían tendido con la instauración del nuevo régimen; la torpeza de designar a un árabe españolizado, que había adquirido incluso la nacionalidad española para este importante cargo, acababa con las esperanzas que había suscitado, por un momento, el 14 de abril. Y aunque la agitación de los nacionalistas, sobre todo, en Tetuán, consigue la rectificación de este error para el nacionalismo marroquí es ya evidente que no sólo no se da curso a una sola de las siete reivindicaciones mínimas, sino que se infringen nuevas humillaciones, por otra parte, innecesarias y gratuitas, a la población árabe.

Así, cuando se inicia la discusión del proyecto de constitución la interrogante de un diputado, Angel Osorio y Gallardo, sobre las consecuencias que podría tener para el Protectorado el artículo seis —por el que España renunciaba a la guerra como instrumento de política nacional—, si surgiese un nuevo foco rebelde armado y hubiera que aplazarlo por la fuerza de las armas, recibe la siguiente respuesta por parte del profesor Jiménez de Asúa: «la acción en el Protectorado nunca se puede denominar guerra, sino operación de policía». Y ampliando sus ideas expone el 6 de octubre de 1931 a «Le Grand Quotidien de Maroc» que un «gobierno socialista no tendría más remedio que mantener un cuerpo expedicionario en Marruecos. Un gran número de socialistas piensan como yo. Dicen a veces lo contrario en público porque es necesario halagar la pasión popular». Paralelamente a estas opiniones nuevos controles caen sobre la sociedad marroquí: la obligación de pasaporte o necua para ir de una cabila a otra, la ficha policíaca de todos los habitantes árabes, decreto de separación de enseñanza del árabe y del bereber.

Culminando toda imposibilidad de acercamiento entre los demócratas españoles y el nacionalismo marroquí se produce la invitación oficial del Gobierno a Madrid, con ocasión de la proclamación de Alcalá Zamora como presidente de la República, de ocho destacados caídes colaboracionistas; entre ellos a los célebres Sidi Abdelkader y Sidi Amaruchen, colaboradores con el intervencionismo español desde 1909 y que jugaron un importante papel en la lucha contra Abdelkrim, y que en 1936 serían al principio los dos únicos caídes con los que pudo contar la sublevación del 18 de julio. Con estos «representantes» no hubo problemas de ningún tipo: Sidi Amaruchen agradeció la presencia española en Marruecos y Alcalá Zamora prometió que «nunca dejaríamos de civilizar a los marroquíes».

El bienio reformista

Se abre 1932 con el desarrollo de una política tendente a separar y contraponer lo bereber de lo árabe; partiendo de la división de la zona del Protectorado, la occidental estaba islamizada y la oriental seguía conservando sus características bereberes, las nuevas disposiciones prohibían el empleo del árabe en el Rif y del «chelja» en la Yebala. La República no hacía más que imitar lo que los franceses llevaban ya largo tiempo aplicando —conseguir la evolución de los bereberes fuera del cuadro del Islam



El coronel Capaz, en Ifni.



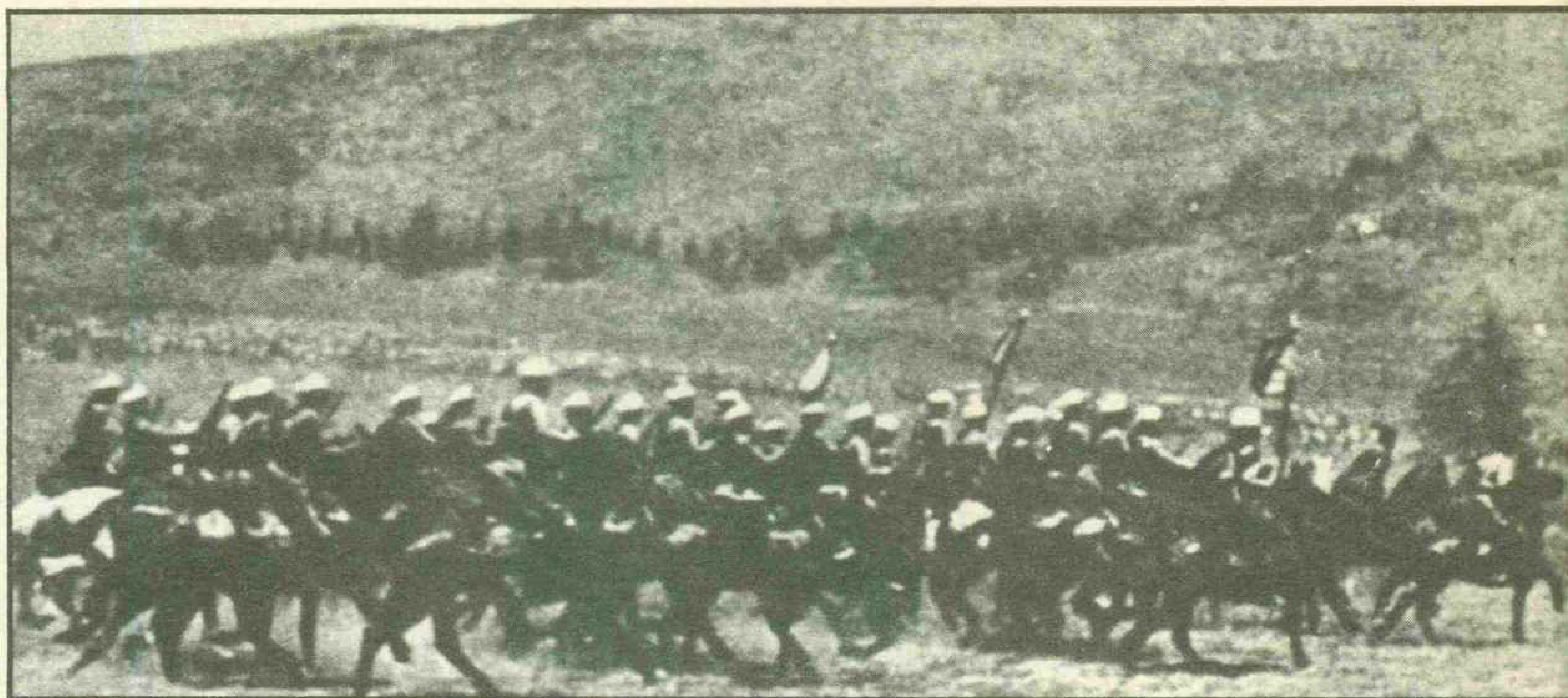
(mariscal Lyautey)— con el propósito deliberado de multiplicar la división del estado marroquí. Y a mediados de marzo, como medida preventiva, se regula el derecho de asociación en el Protectorado en el que reputan como asociaciones ilícitas «las que tengan por objeto cometer alguno de los delitos que dificulten la acción protectora de España en Marruecos».

Labor represiva que se complementa con la explicación oficial de la política republicana en relación con la cuestión marroquí, que expresan diversas autoridades democráticas como los señores Azaña y Martínez Barrios en sus visitas a la zona: «Nadie habla en España del abandono de Marruecos porque nadie lo desea, lo que el pueblo español quería era que Marruecos dejara de ser una pesadilla para la nación y que costase barato.» Por ello, en verano del mismo año el Alto Comisario, al recibir a una comisión de caídes que solicitan créditos para sus campos, les invita a «que no miren las estrellas», «que bajen la vista a la tierra» y así se darán cuenta de que no se les «niega, sino que sugiere que las limiten», señalándoles que pueden encontrar lo que buscan «creando nuevos tributos locales en las cábilas que dirigen».

La asamblea de Larache, el decreto de 8 de octubre, la concesión de permisos de investigación y la detención de 500 nacionalistas en Bab Taza, son los principales acontecimientos con los que acaba el segundo año republicano. La asamblea de las poblaciones musulmanas de Larache, la zona del Lucus, acordaron pedir la extensión de la reforma agraria de la península a la zona del Protectorado, sin que nadie recogiera esta reivindicación. La disposición de primeros de octubre exigía el pasaporte a los españoles —pues los árabes ya lo necesitaban para pasar de un poblado a otro— para entrar en la zona del Protectorado «a fin de que no puedan penetrar los que propaguen públicamente ideas o doctrinas que constituyan un peligro político o social». La incautación durante el verano anterior de un camión con propaganda anarquista —la FAI y la CNT fueron las únicas organizaciones de izquierda que intentaron trabajar políticamente las masas campesinas rifeñas— estaba en el origen de este decreto.

El 30 de noviembre una amplia comisión de nacionalistas visita en Tánger al obispo de Gallípolis y vicario apostólico de Marruecos, padre Betanzos, para exponerle la situación de represión que existía en la zona española y en la denuncia de los interventores civiles de las cábilas: verdaderos señores feudales que concentraban los poderes ejecutivos, judicial y legislativo de las comarcas que controlaban; «regulaban transacciones inmobiliarias sin estar enterados del régimen de propiedad musulmán, impartían justicia sin saber si las cábilas seguían las prescripciones del Corán o las leyes de la costumbre y la tradicción, dictaban en materia financiera ignorando los tributos de las tribus y administraban sin escuchar a las «yemaás» o asambleas». Pocos días más tarde quinientos nacionalistas marroquíes son detenidos como consecuencia de una denuncia realizada en Tetuán y que fue atribuida a la citada jerarquía eclesiástica.

1933 se inicia con el nombramiento de un nuevo Alto Comisario, Juan Moles, quien na-



Las maniobras del Llano Amarillo, una semana antes de la sublevación de 1936.
En la foto de la izquierda, en la tribuna de autoridades, el teniente coronel Yagüe, hombre clave de la conjuración.
En la foto de la derecha, una formación de tropas de Regulares.

da más tomar posesión de su cargo declara que no permitirá propaganda nacionalista en la zona y que los generales de guarnición en Africa serán sus mejores amigos; al mismo tiempo, el Gobierno aclara que las reformas introducidas en el Código Penal de 1870 —27 de octubre de 1932— no alcanzarán a Marruecos y que los marroquíes seguirán bajo el Código de Guerra de 1914. Todo ello hace que en la primera ocasión, la conmemoración del centenario de Pedro Antonio de Alarcón como cantor de la intervención española en Africa, las manifestaciones de protesta vuelvan a reproducirse en las calles de Tetuán; manifestaciones que son aprovechadas por los dirigentes nacionalistas para entregar un nuevo pliego de condiciones a las autoridades republicanas en la capital del Protectorado: abolición del dahir bereber, autonomía judicial de los caídes, disminución de impuestos, control de la población hebrea, admisión de los marroquíes en las juntas administrativas, desarrollo o iniciación de la enseñanza primaria. Simultáneamente la población musulmana de Alcazaquivir se lanza a la calle, tomando como pretexto una representación teatral en la Escuela Hispano Hebrea, en la que se ridiculizaba a los árabes intentando asaltar dicho colegio y distintos centros de reunión de los españoles como los cafés La Plata y las Columnas.

Para responder a esta agitación el Gobierno dispone que a partir de esa fecha las maniobras militares se realizarán dos veces al año, y en el mes de agosto el supuesto tacto consiste en aniquilar un supuesto grupo guerrillero de rebeldes árabes. En consonancia con ello la primera visita oficial del presidente de la República a la zona del Protectorado, noviembre de 1933, consiste en un rosario de cuarteles e instalaciones militares y en la inauguración del primer tramo de la carretera entre Melilla y Tetuán como nudo estratégico.

El bienio negro

A nuevo Gobierno en Madrid nuevo Alto Comisario en Tetuán: Juan Moles es sustituido por Manuel Rico Avello. La primera mitad de 1934 está presidida por la conquista de la zona de Ifni; es decir, en lenguaje de la época colonial, la terminación de la política de pacificación tomando posesión de unos territorios que fueron adjudicados a España en 1884 dentro del gran reparto colonialista de aquél año en la Conferencia de Berlín. Los planes para la ocupación fueron puestos a punto en el viaje a España del presidente Herriot en los úlgimos meses del año anterior; en total unos 260.000 kilómetros cuadrados que fueron intervenidos entre el 6 de abril, toma de Cabo Juby, y la captura de Smara el 15 de julio.

El final de esta campaña coincide con un importante nuevo rebrote político nacionalista: las fiestas del Mulud del primero de julio. Millares de jóvenes desfilan por las calles de Tetuán enarbolando banderas y cánticos religiosos-políticos:

«Marruecos. Tus hijos lloran la libertad perdida. Libertad de tus antepasados, vuelve a nosotros para que desaparezca el yugo protector y el de la nación colonial. Queremos la libertad y la igualdad bajo la bandera del Islam.»

Con cerca de un millar de

detenciones finalizaron los actos del Mulud. En el mes de agosto el Gobierno rechaza la solicitud de Abdelkrim de que regresen a Marruecos algunos de sus familiares inocentes, una madre de edad avanzada que no quiere morir sin volver a ver su país, en base a que la guerra entre España y el Rif adquirió un carácter de violencia cuyo recuerdo no es posible borrar. Asimismo se pretexta que el Gobierno no podría garantizar la seguridad de sus familiares en el Protectorado.

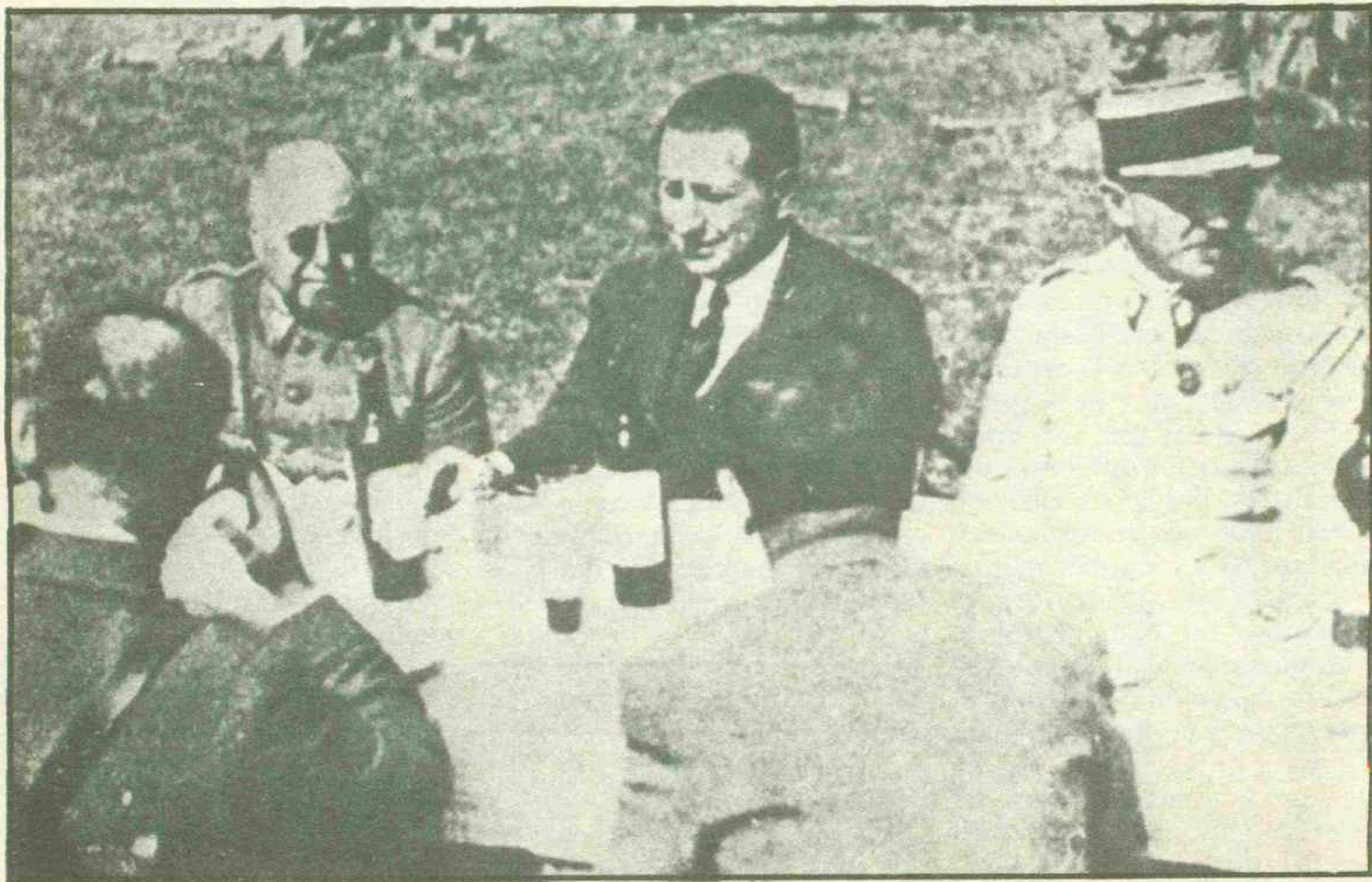
Semanas más tarde estalla la revolución de Asturias y, por vez primera y como una seria advertencia que no fue escuchada por los partidos democráticos españoles, el Gobierno recurre a unidades regulares árabes para reprimir la insurrección de los mineros asturianos: esta primera intervención de unidades árabes es todo un ensayo de la que dos años más tarde se repetiría a gran escala una vez que fracasaran todos los contactos y aproximacioners entre el nacionalismo marroquí y las autoridades republicanas. Así la primera experiencia de instrumentalizar el deseo de revancha de sectores del pueblo marroquí con fines represivos corresponde a un gobierno republicano.


José Sanjurjo y Sacanell, marqués del Rif (1872-1936).

1935, último año del bienio negro, es la continuación de la misma política represiva y de la consiguiente cadena de manifestaciones y acciones de masas del nacionalismo marroquí: agitación social con motivo de la muerte del nacionalista Abdesalam Bennura y de las festividades de Abd-el-kedir y el Mulud y la marcha en bicicleta hacia Madrid de cinco nacionalistas para entregar al presidente de la República un documento reivindicativo. E incluso registra, el 30 de junio, el fusilamiento en el Zoco del Had de dos marroquíes —Ben Motjar y Mohamed Ben Ali— por hechos relacionados con la guerra de la década de los años veinte.

El Frente Popular

La victoria del Frente Popular no cambia la situación tanto por una imposibilidad material de tiempo como por la voluntad del nuevo Gobierno de no alterar el «status quo» marroquí; no hay más que leer detenidamente el programa


Un momento del banquete con motivo de la clausura de las maniobras del Llano Amarillo. De izquierda a derecha: el general Romerales, con el alto comisario Arturo Alvarez Buylla y el residente francés.

frentepopulista para constatar que no hay la menor indicación sobre el territorio del Protectorado —unos 19.900 kilómetros cuadrados y más de un millón de habitantes— ni la menor denuncia de la represión que los anteriores gobernantes españoles habían aplicado sobre el nacionalismo marroquí. Así en los cinco meses que preceden su triunfo del inicio de la guerra civil, precisamente comienza en Marruecos con veinticuatro horas de antelación, el nuevo Gobierno recuerda en la «Gaceta Oficial de Africa», órgano oficial del Alto Comisario, que en Marruecos no está reconocido el derecho de huelga: «entendemos que las circunstancias económicas, sociales y políticas del Marruecos español no aconsejan, ni mucho menos, dar paso a la legislación del Protectorado un derecho tan discutido y peligroso como la huelga. Esta es un peligro real para la paz y la seguridad pública en la zona».

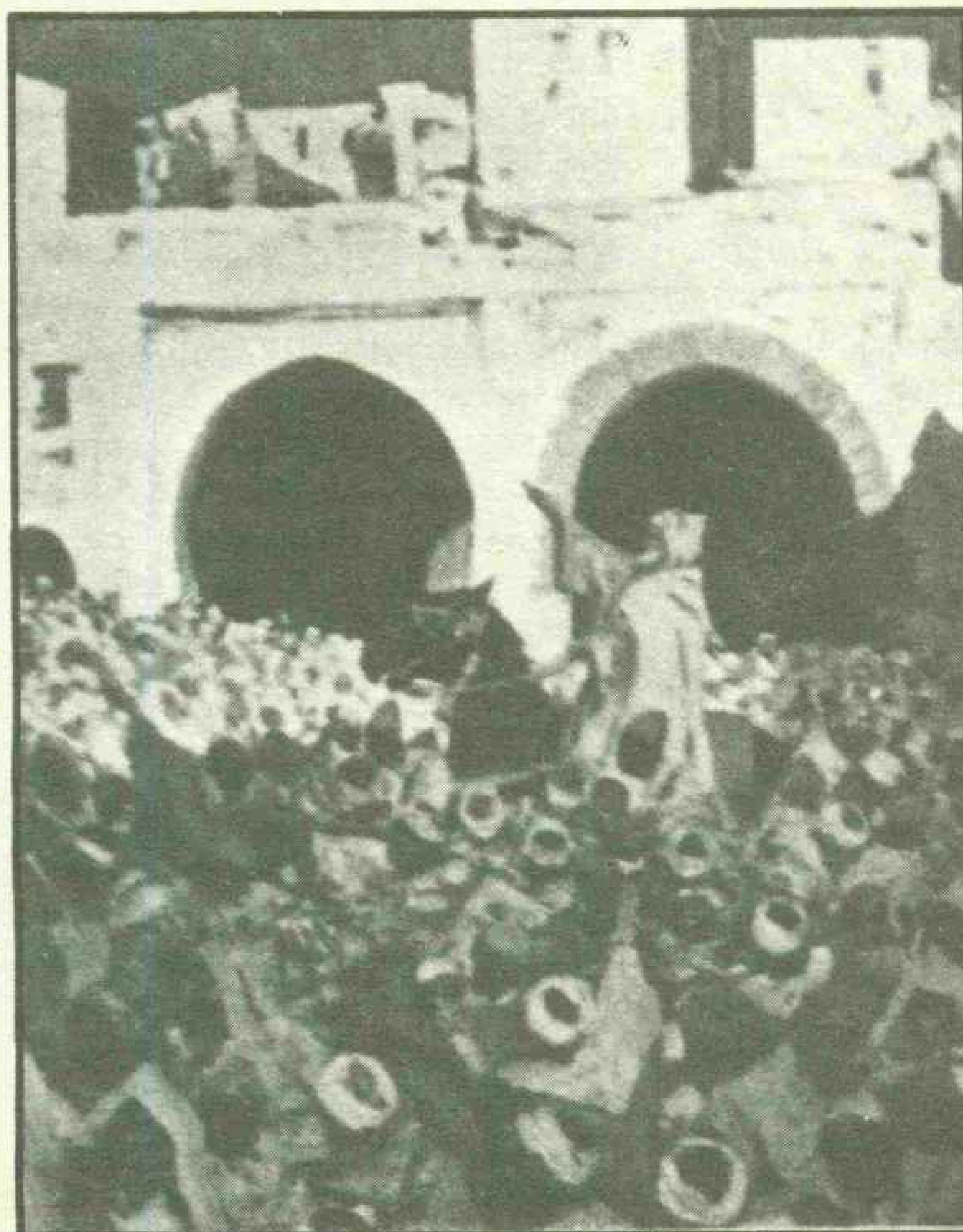
Y nada más tomar Juan Moles posesión de su cargo como



Juan Beigbeder Atienza (1888-1957). Alto Comisario de España en Marruecos de 1936 a 1939.

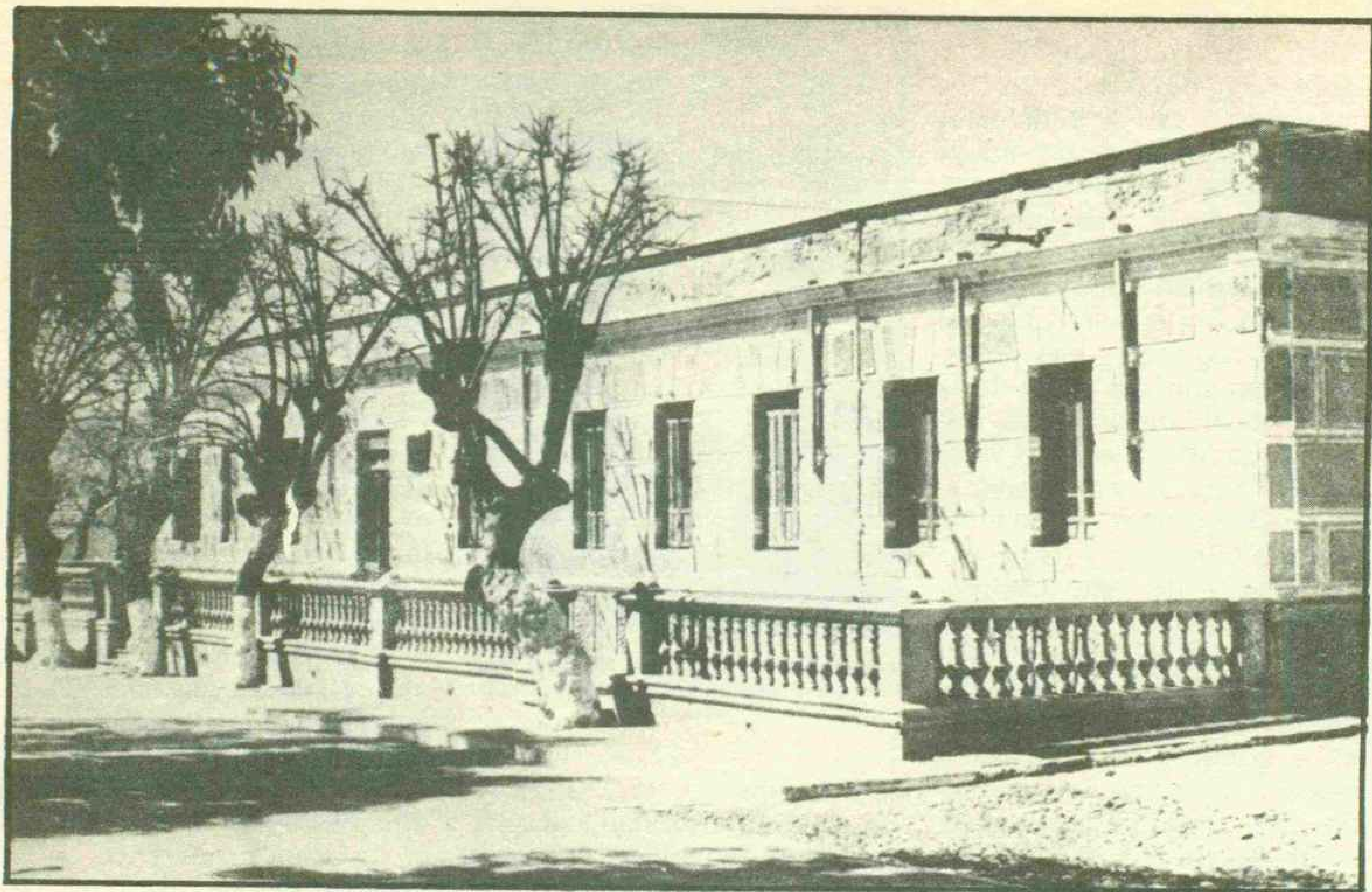
Alto Comisario, ya lo había sido con anterioridad, declara en el mes de marzo a la prensa que su principal propósito es acabar con el Comité Nacionalista de Marruecos y que «fuerza más violencia era el lema que debía seguirse en la política indígena del norte de Africa, ya que la experiencia le había enseñado que toda negligencia en este sentido no conducía más que a la agravación de la cuestión de los agitadores nacionalistas». Con motivo de esta ceremonia el Gobierno del Frente Popular invita a los corresponsales de prensa extranjeros —«The New York Times», «Times», «La Stampa», «The Morning Post»— a visitar el Protectorado para que comprueben lo «avanzado del programa de pacificación y propaguen las bellezas naturales del paisaje marroquí cuyo exotismo tanto cautiva al forastero».

Mientras en los múltiples mitines de los partidos de izquierda de aquella fecha se insiste una y otra vez en la denuncia del colonialismo italiano en Etiopía y Libia nadie hace la menor referencia a las importantes manifestaciones nacionalistas del 10 de junio en Tanger y Tetuán ni al periódico nerviosismo que rodea la tradicional fiesta del Mulud a comienzos del mes de julio.





El gran visir, Sidi Ahmed-el-Ganmia, consigue la adhesión del pueblo de Tetuán al lavantamiento militar, por ello Franco le concedería la Laureada de San Fernando. Bertuchi lo «inmortalizó» en su decisiva actitud pro-nacionalista en Tetuán.



El edificio de la Comisión de Límites de Africa, en Melilla. En él se inició el alzamiento, a las 4,20 de la tarde del 17 de julio de 1936.

Pocos días más tarde estalla en el Protectorado el 17 de julio la rebelión contra la República en medio de la indiferencia y neutralidad del pueblo marroquí; sólo los dos caídos colaboracionistas Abdelkader y Amaruchen apoyan la sublevación contra la democracia en base a que Marruecos conociera en los años veinte una época de anarquía e inestabilidad, lo que motivó la intervención de España, y que en 1936 los españoles émulos de Abdelkrim repetían el caos ahora en España; por lo que la parte «sana» de los marroquíes debía de devolver el favor recibido unos quince años antes.

Aunque la principal ayuda en ese crucial momento lo porporciona el gran visir, representante de los señores feudales, Sidi Hamed el Gaumia —primer condecorado con la Laureada de San Fernando durante la guerra civil— por su decisiva actuación en los hechos que sucedieron el 18 de julio en Tetuán. El bombardeo, por la aviación republicana, de la capital del Protectorado provoca una imponente manifestación de marroquíes «de numerosos grupos de indígenas que viniendo del barrio moro por las calles del Comercio se agolpan frente al edificio de la Alta Comisaría —narra un cronista franquista—. Las moras aullando como endemoniadas y sus hombres unen a sus gritos contra España la exhibición conminatoria de sus garrotes y bastones alzados. A modo de levadura aquí están los secuaces más irreductibles de Abdeljalak Torres. Es el momento, ahora o nunca. Marruecos para los marroquíes.

La consigna salta de boca en boca. Las tropas españolas disparan, varios heridos mortales entre los árabes». Sólo la intervención de Sidi Hamed el Gaumia logra contener y encauzar el asalto y el publicista Luis de Galinsoga afirma en Centinela de Occidente: «de no haber sido por él hubiese ocurrido ese día una gran catástrofe que lo hubiera malogrado todo».

La guerra civil

El enfrentamiento fratricida del país que controlaba el Protectorado es la gran ocasión esperada para cualquier movimiento nacionalista y, lógicamente, desde el primer momento los líderes nacionalistas se plantearon que podían sacar de limpio en esta guerra civil española; máxime cuando su propio territorio era el punto de partida de los sublevados que habían fracasado en la mayor parte de la península: el grueso de dispositivos de los rebeldes estaba en Marruecos, puertos, aeropuertos, ejército de élite, carne de cañón musulmana, hierro, etc. Y en esa dirección hay todo un espacio de tiempo, el otoño de 1936, que fue decisivo para el curso del conflicto entre los republicanos y los franquistas; es a partir de la navidad de 1936 cuando se produce una gran leva de marroquíes para incorporarlos a las unidades de los rebeldes. Pero ¿qué ocurre entre el mes de julio y diciembre?

DIARIO APOLITICO

EL TELEGRAMA DEL RIF

Fundador: CANDIDO LOBERA Y GIRELA

Don Francisco Franco Bahamonde, General de División y Jefe de las Fuerzas Armadas de Africa,

HAGO SABER:

Una vez más el Ejército, unido a las demás fuerzas de la Nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: ESPAÑA.

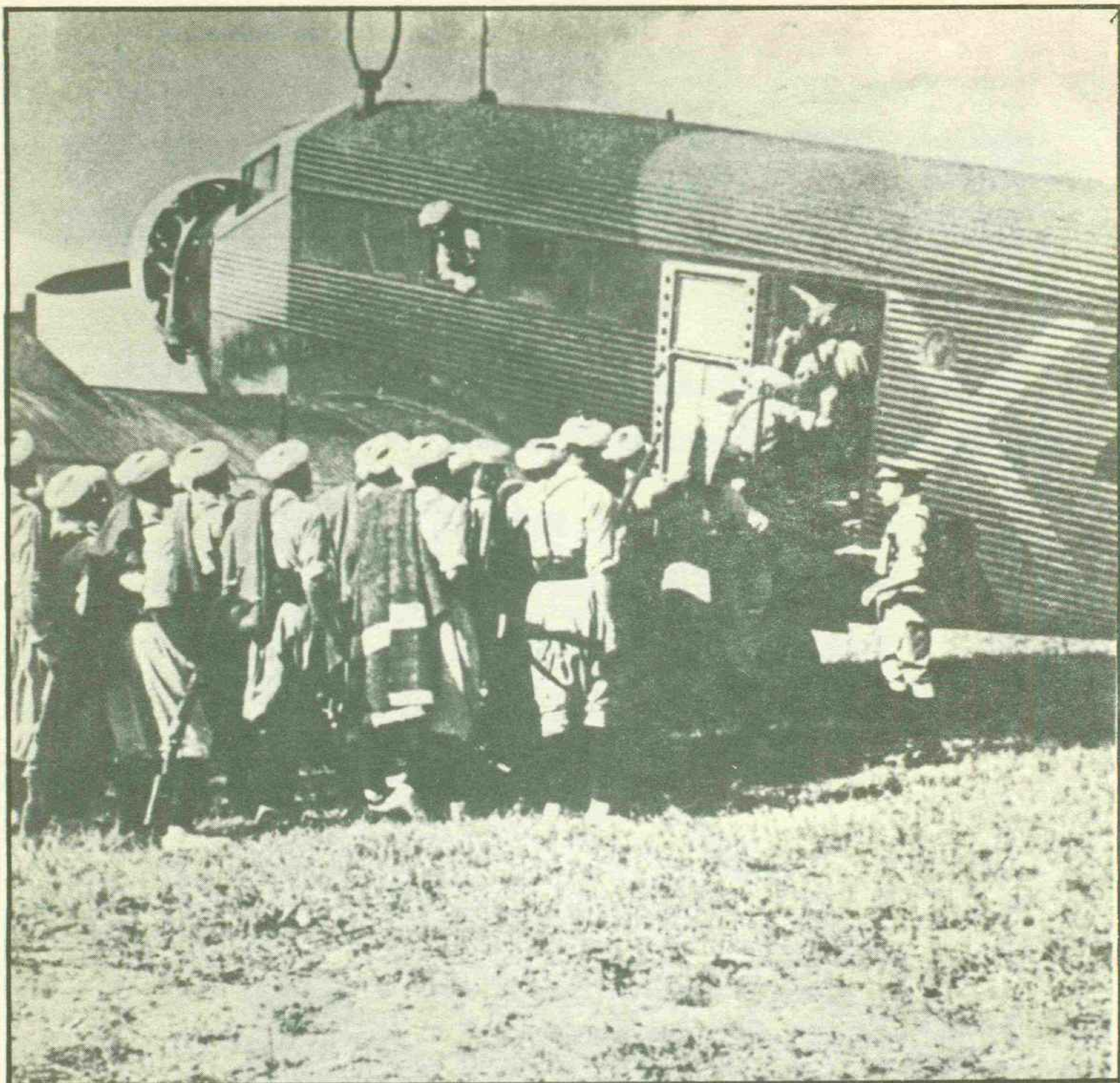
Se trata de restablecer el imperio del ORDEN dentro de la REPUBLICA, no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino también en su misma esencia; para ello precisa obrar con JUSTICIA que no repara en clases ni categorías sociales, a las que ni se halaga, ni se persigue, cesando de estar dividido el país en dos grupos, el de los que disfrutan del poder y el de los que eran atropellados en sus derechos, aun tratándose de leyes hechas por los mismos que las vulneraron: la conducta de cada uno guiará la conducta que con relación a él seguirá la AUTORIDAD, otro elemento desaparecido de nuestra nación y que es indispensable en toda colectividad humana, tanto si es en régimen democrático, como si es en régimen soviético, en donde llegara a su máximo rigor. El restablecimiento de este principio de AUTORIDAD olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo sin titubeos ni vacilaciones.

Por lo que afecta al elemento obrero, queda garantizada la libertad de trabajo, no admitiéndose coacciones ni de una parte ni de otra. Las aspiraciones de patronos y obreros serán estudiadas y resueltas con la mayor justicia posible, en un plan de cooperación, confiando en que la sensatez de los últimos y la caridad de los primeros, hermanándose con la razón, la justicia y el patriotismo sabrán conducir las luchas sociales a un terreno de comprensión con beneficio para todos y para el país. El que voluntariamente se niegue a cooperar o dificulte la consecución de estos fines será el que primero y principalmente sufrirá las consecuencias.

Para llevar a cabo la labor anunciada rápidamente.

¡VIVA ESPAÑA!

Primera página del «Telegrama del Rif», de Melilla, del 18 de julio de 1936.



Torpas de Regulares embarcando en Melilla camino de la península, en el verano de 1936.

A pesar de ser uno de los puntos más importantes de la guerra civil aún está por esclarecer y apenas se ha investigado sobre él; sin embargo, si existen las mínimas pruebas para afirmar que el contacto establecido entre el nacionalismo marroquí y las autoridades republicanas, con el objeto de establecer una alianza entre ambos que hubiera segado la hierba bajo los pies de los adversarios de la República, fracaso por completo. Nada más iniciarse la guerra, y a instancias del dirigente anarquista Juan García Oliver que no contaba para ello con la autorización del primer ministro José Giral se inician contactos con los nacionalistas marroquíes en París y en Fez; los dirigentes del Comité de Acción Marroquí deciden enviar después de un mes de negociaciones, todo agosto de 1936, una delegación a Barcelona compuesta por Ouezzani y Amar Algeballed para proseguir estas reuniones con el Comité Central de Milicias de Cataluña que desembocaron en un pacto: el nacionalismo lucharía contra los sublevados desde la retaguardia de éstos a cambio de una autonomía semejante a la que Inglaterra había acordado a Iraq después de la primera guerra mundial —no aceptaron la independencia por considerarla como no viable en aquellos momentos— que debería contar con el visto bueno del gobierno galo, por supuesto, del Gobierno de la República.

Rafael Vidiella, Aurelio Fernández. Julián Gorkin y Jaume Miratvilles componen la delegación de Madrid y sólo consiguen el permiso para que los delegados marroquíes acudan a la capital a negociar con Francisco Largo Caballero; una vez allí, y previa consulta con el Gobierno francés, el Gobierno español rechaza el acuerdo y ofrece la suma de cuarenta millones de pesetas para propaganda democrática es-

Caricatura de Tisner en la prensa catalana. «La Pastoral del Primado Gomá»: *«¿Y tú qué opinas del sentido cristiano de esta guerra?»*.

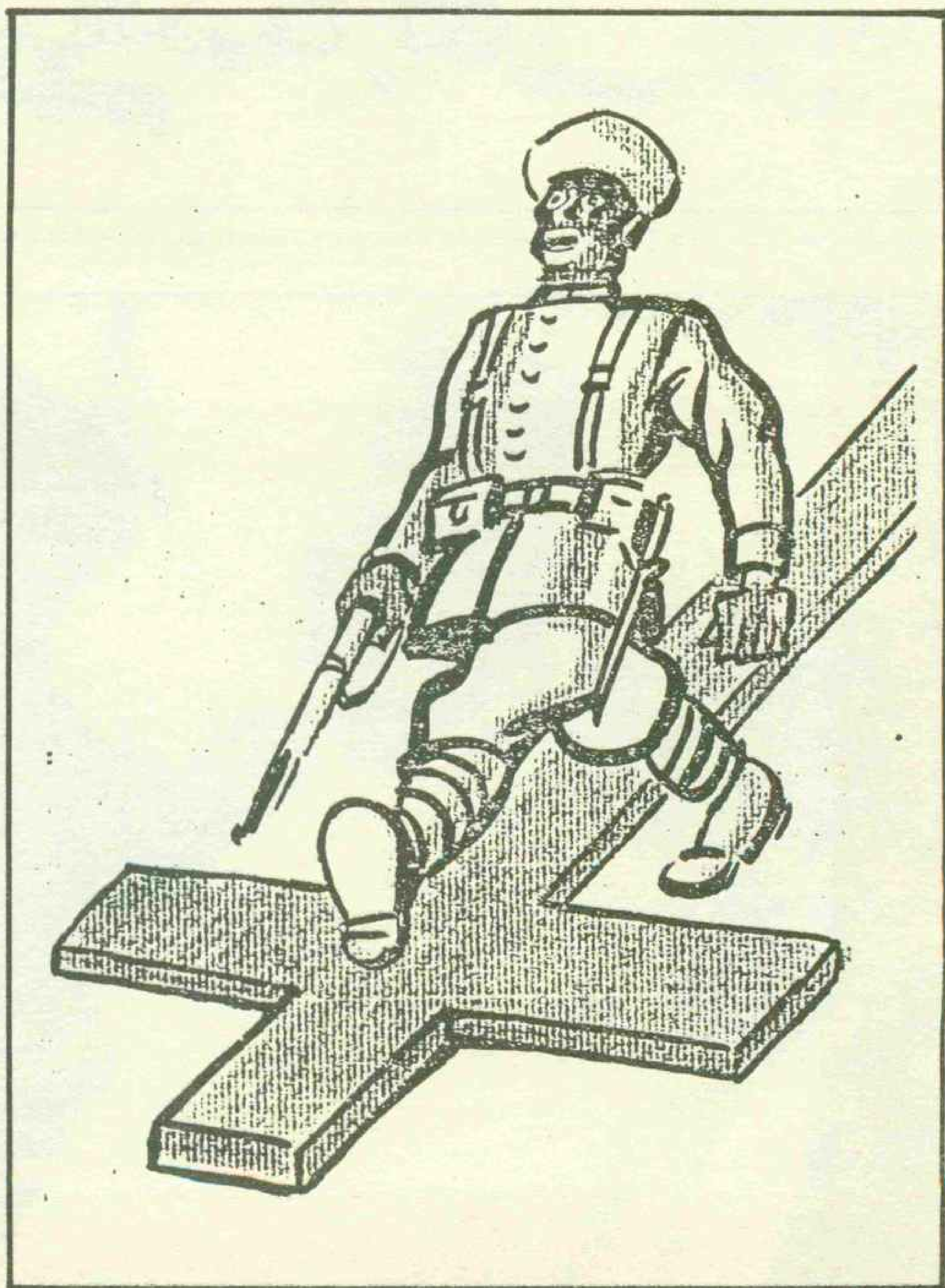
S.A.I. el Jalifa de la zona del Protectorado español en Marruecos y el Alto Comisario de España, general Orgaz, en el acto de Sidi Alí, en septiembre de 1936.

pañola en la zona del Protectorado, cantidad que es rehusada por los nacionalistas. Negativa que coincide con los primeros contactos del Comité de Acción Marroquí con los sublevados, tras una primera reunión con el general Orgaz bastante positiva para el nacionalismo marroquí; y los artífices del acuerdo definitivo entre los franquistas y el nacionalismo son el profesor Mecki Naciri y el general Beigbeder. Así los sublevados contra la República en la medida que iban prohibiendo los partidos políticos, la libertad de prensa, la libertad sindical, derogando la legislación democrática de la península, autorizaban los partidos políticos, sindicatos y prensa marroquí. Paralela a la legislación autoritaria que caía sobre España, la democracia era instaurada en el Protectorado y la zona norte de Marruecos fue durante toda nuestra guerra civil un verdadero foco de agitación nacionalista árabe.

A partir de ese pacto las libertades democráticas que la República no había querido o podido otorgar se instauran en Marruecos español: partidos políticos, como el «Reformista», «Unidad Marroquí» y «Liberal» con sus programas independentistas claramente expuestos; libertad de prensa, «El Rif», «La Libertad», «Unidad Marroquí» sin censura previa y total exposición de la propaganda nacionalista, etc. De esta manera 1937 comienza incluso con el indulto de un marroquí, condenado a la última pena por el Frente Popylar por haber asesinado a un caíd colaboracionista; el inicio de una serie de peregrinaciones a la Meca en el buque «Marqués de Comillas» rebautizado como «Mogreb el Aksa» (durante su primer viaje de peregrinación es bombardeado por la aviación republicana); y nombramiento por el Gobierno de Burgos de un marroquí como cónsul español en la Meca: Sid Mohamed Kaddor Ben Amkar. A la vez todas las festividades marroquíes, largamente reprimidas por los republicanos, reeciben toda clase de apoyos oficiales. Desde la derogación de todos los decretos represivos del régimen anterior a la exaltación y rehabilitación de la figura de Abdelkrim, pasando por una libertad inusitada de carácter nacionalista, protagonizan los tres años de la guerra civil española. Y es sólo después de la batalla del Ebro y de la retirada de las Brigadas Internacionales que este proceso ascendente nacionalista empieza a recorrer el cambio descendente hasta ser completamente anulado o deformado; como luego quedaría de manifiesto con los hechos ocurridos en Tetuán entre 1945 y 1956.

Una interrogante

Uno de los observadores más inteligentes de la guerra civil, Mijail Kolsov, corresponsal de «Pravda» en Madrid posteriormente fusilado por el stalinismo nada más regresar a Moscú, plantea en su interesante «Diario de la Guerra de España» el 20 de septiembre de 1936 la siguiente interrogante que sigue sin tener respuesta: ¿por qué el Gobierno del Frente Popular no ha proclamado la autonomía de Marruecos, por lo menos en la misma medida que son autónomas otras regiones nacionales de España republicanas? Ya en 1931, en una visita a Te-



«El Padrenuestro... Suyo, por Robledano. *"Por la señal de la santa cruz..."*». («Claridad», 25-VIII-1936.)

tuán, las cábilas me mostraron sus monumentos artísticos, me explicaron como su vieja cultura ofrecía resistencia, hablaban del ascenso nacional, de las posibilidades que surgirían para Marruecos con el nuevo régimen republicano.

Cargar la responsabilidad únicamente sobre el imperio colonial francés o inglés, o sobre la debilidad analítica y política de los partidos democráticos españoles, no es suficiente. Es cierta la presión francesa, no hay más que constatar la reacción de París a unas tímidas reflexiones abandonistas de Marruecos realizadas por Indalecio Prieto en 1932, y la incapacidad política de gran parte de los partidos políticos de signo demócrata, pero esta respuesta es una respuesta a medias que deja muchos puntos oscuros por aclarar. Pues como dijera Ramón Serrano Suñer, en el verano de 1938 durante su viaje oficial como ministro del Interior al Protectorado, «el Ejército de Africa es dos veces el Ejército de España». ■ F.L.A.



Ramón Serrano Súñer, ministro de la Gobernación del régimen. Visita Marruecos en julio de 1938.



Placa conmemorativa del viaje de Serrano Súñer a Marruecos. Se conserva en el comedor de tropa del Cuartel de Regulares de Larache núm. 4, en Alcazarquivir.

La ciudad de Kafka y de Kundera:

Praga y sus fantasmas

Carlos FUENTES

EN diciembre de 1968, tres latinoamericanos friolentos descendimos de un tren en la terminal de Praga. Entre París y Munich, Cortázar, García Márquez y yo habíamos hablado mucho de literatura policial y consumido cantidades heroicas de cerveza y salchicha. Al acercarnos a Praga, un silencio espectral nos invitó a compartirlo (1).

No hay ciudad más hermosa en Europa. Entre el alto gótico y el siglo barroco, su opulencia y su tristeza se consumaron en las bodas de la piedra y el río. Como el personaje de Proust, Praga se ganó el rostro que se merece. Es difícil volver a Praga; es imposible olvidarla. Es cierto: la habitan demasiados fantasmas.

Sus ventanas espantan; es la capital de las desfenestraciones. Se mira hacia ellas y siguen cayendo, matándose sobre las losas pulidas y húmedas de la Mala Strana y el Palacio Cerni, los reformadores husitas y los agitadores bohemios; también, nacionalistas del siglo veinte y comunistas que no encontraron su siglo. No fue el nuestro el que correspondió a Dubcek, aunque sí a los dos Masaryk. Entre el Golem y

(1) *Este trabajo de Carlos Fuentes constituye el prólogo a la novela de Milan Kundera «La vida está en otra parte», publicada ahora en España por la editorial Seix y Barral. El título con que lo encabezamos es de la redacción de «Tiempo de Historia».*



La Plaza Wenceslas de Praga, el miércoles 28 de agosto de 1968.

Gregorio Samsa, entre el gigante y el escarabajo, el destino de Praga se tiende como el Puente de Carlos sobre el Ultava: cargado de fatalidades escultóricas, de comendadores barrocos que acaso esperan la hora del encantamiento interrumpido para girar, hablar, maldecir, recordar, escapar al «maleficio de Praga». Aquí estrenó Mozart su *Don Giovanni*, el oratorio de la maldición sagrada y la burla profana trascendidas por la gracia; de aquí huyeron Rilke y Werfel; aquí permaneció Kafka. Aquí nos esperaba Milan Kundera.

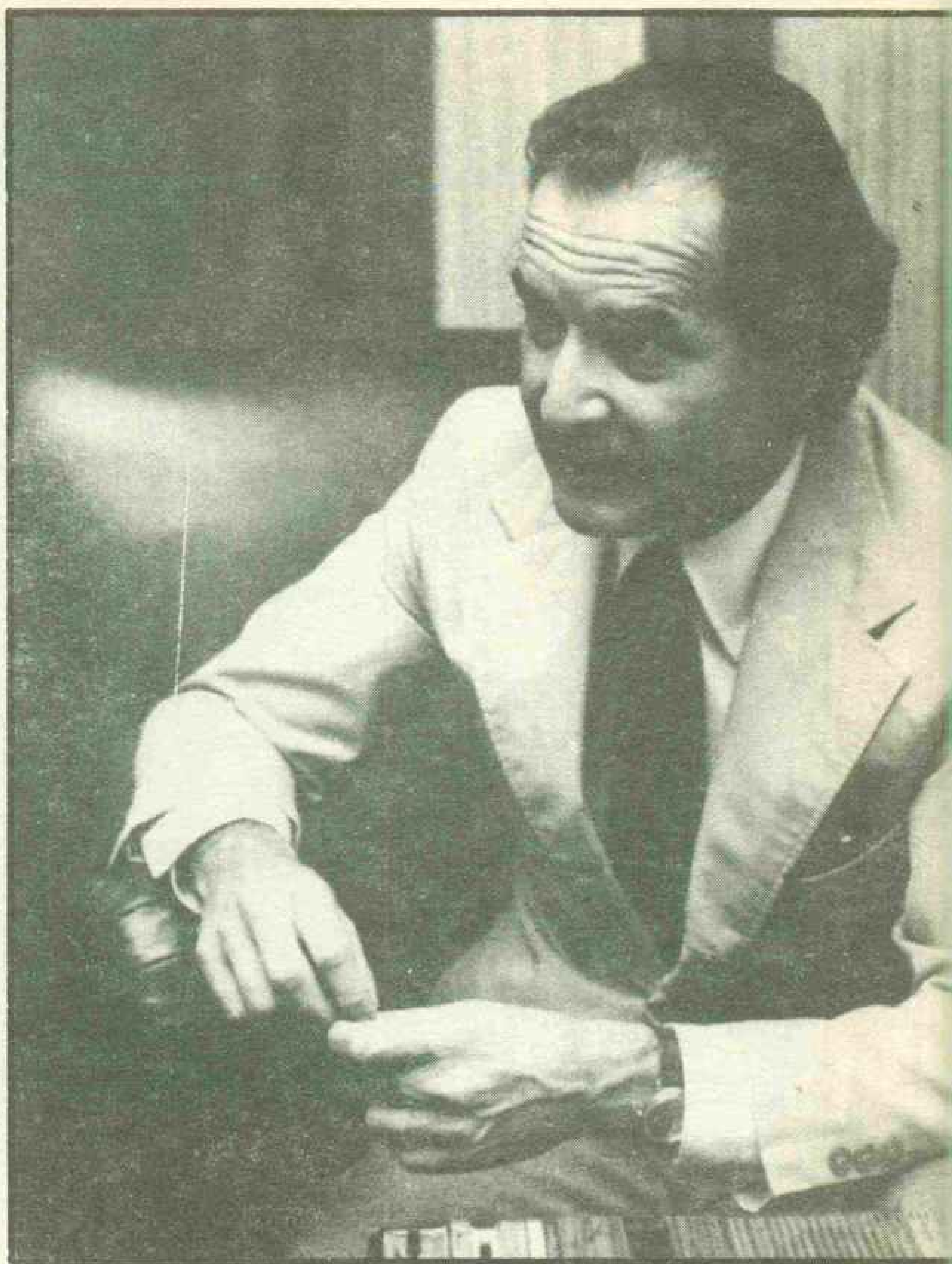
Si la historia tiene un sentido...

Yo había conocido a Milan en la primavera de ese mismo año, una primavera que llegaría a tener un solo nombre, el de su ciudad. Fue a París para la publicación de *La broma* y lo agasajaron Claude Gallimard y Aragon, que escribió el prólogo para la edición francesa de esa novela que «explica lo inexplicable». Añadía el poeta francés: «Hay que leer esta novela. Hay que creer en ella».

Me fue presentado por Ugné Karvelis, quien desde principios de los sesenta decía que los dos polos más urgentes de la narrativa contemporánea se encontraban en la América Latina y en la Europa Central. No, Europa Oriental no; Kundera brincó cuando empleé esta expresión. ¿No había yo visto un mapa del continente? Praga está en el centro, no en el este de Europa; el oriente europeo es Rusia, Bizancio en Moscovia, el cesaropapismo, zarismo y ortodoxia.

Bohemia y Moravia son el centro en más de un sentido: tierras de las primeras revueltas modernas contra la jerarquía opresiva, tierras de elección de la herejía en su sentido primero: elegir libremente, tomar para sí; foros críticos, apresurados tránsitos a lo largo de las etapas dialécticas: barones vencidos por príncipes, príncipes por mercaderes, mercaderes por comisarios, comisarios por ciudadanos herederos de la triple herencia consumada de la modernidad: la rebelión intelectual, la rebelión industrial y la rebelión nacional.

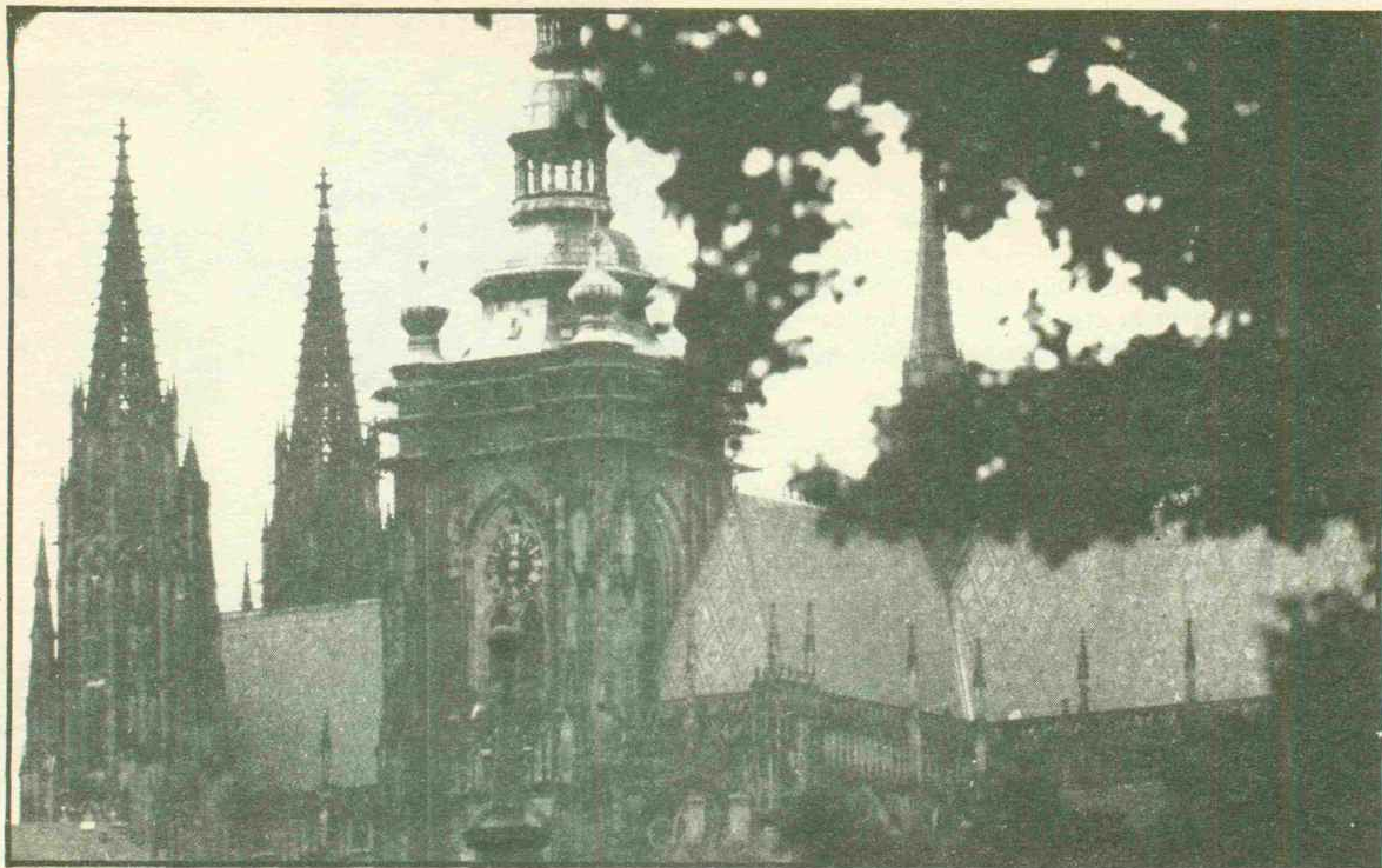
Ese triple don había otorgado un contenido al golpe comunista de 1948: Checoslovaquia estaba madura para pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad. Los comisarios del Kremlin y los sátrapas locales, con toda su ciencia, no se dieron cuenta de que en las tierras checas y eslovacas la democracia social podía surgir de la sociedad civil y jamás de la tiranía burocrática. Por ignorarlo, por servilismo ante el modelo soviético distanciado ya por Gramsci que habló de la ausencia de sociedad autónoma en Rusia, Checoslovaquia se vio atada con las correas del terror stalinista, las delaciones, los juicios contra los camaradas calumniados, las ejecuciones de los comunistas de mañana por los comunistas de ayer.



Carlos Fuentes.

Si la historia tiene un sentido, Dubcek y sus compañeros comunistas no hicieron sino otorgárselo: a partir de enero de 1968, desde adentro de la maquinaria política y burocrática del comunismo checo, estos hombres dieron el paso de más que, irónicamente, al cumplir las promesas sustantivas de la ortodoxia marxista, hacía inútiles sus construcciones formales. Si era cierto (y lo era, y lo es) que el socialismo checo fue el producto, no del subdesarrollo hambriento de capitalización acelerada a cambio de estulticia política, sino de un desarrollo industrial capitalista política y económicamente pleno, entonces también era cierto (y lo es, y lo será) que el siguiente paso era permitir la paulatina desaparición del Estado a medida que los grupos sociales asumían sus funciones autónomas. La sociedad socialista empezó a ocupar los espacios de la burocracia comunista. La planificación central cedió iniciativas a los consejos obreros, el politburó de Praga a las organizaciones políticas locales. Se tomó una decisión fundamental: dentro de todos los niveles del partido, la democracia se expresaría a través del sufragio secreto.

Seguramente fue esta disposición democráti-



La catedral de Praga.

ca la que más irritó a la Unión Soviética. Nada le fue reclamado por los gobernantes rusos con mayor acrimonia a Dubcek. Para consumar el paso democrático, los comunistas checos adelantaron su Congreso. El país estaba políticamente descentralizado pero democráticamente unido por un hecho extraordinario: la aparición de una prensa representativa de los grupos sociales. Prensa de los trabajadores agrícolas, de los obreros industriales, de los estudiantes, de los investigadores científicos, de los intelectuales y artistas, de los pequeños comerciantes, de los mismos periodistas, de todos y cada uno de los componentes activos de la sociedad checa. En la democracia socialista de Dubcek y sus compañeros, las iniciativas del Estado nacional eran comentadas, complementadas, criticadas y limitadas por la información de los grupos sociales; a su vez, éstos tomaban iniciativas que eran objeto de comentarios y críticas por parte de la prensa oficial. Esta misma multiplicación de poderes y pareceres dentro del comunismo había de ser trasladada al parlamento; primero, era necesario establecer la democracia en el partido. Y esto es lo que la URSS no estaba dispuesta a aceptar.

Los idus de agosto

Kundera nos dio cita en un baño sauna a orillas del río para contarnos lo que había pasado en Praga. Parece que era uno de los pocos lugares sin orejas en los muros. Cortázar prefirió quedarse en la posada universitaria donde fuimos alojados; había encontrado una ducha a su medida, diseñada sin duda por su tocayo Verne y digna de adornar los aposentos submarinos del capitán Nemo: una cabina de vidrio herméticamente sellable, dotada de más grifos que el Nautilus y de regaderas oblicuas y verticales a la altura de la cabeza, hombros, cintura y rodillas. Semejante paraíso de la hidroterapia se saturaba peligrosamente a una cierta altura: la de los hombres de estatura regular como García Márquez y yo. Sólo Cortázar, con sus dos metros y pico podía gozarse sin ahogarse.

En cambio, en la sauna donde nos esperaba Kundera no había ducha. A la media hora de sudar, pedimos un baño de agua fría. Fuimos conducidos a una puerta. La puerta se abría sobre el río congelado. Un boquete abierto en el hielo nos invitaba a calmar nuestra incomodidad y reactivar nuestra circulación. Milan Kundera nos empujó suavemente hacia lo irremediable. Morados como ciertas orquídeas, un barranquillero y un veracruzano nos hundimos en esas aguas enemigas de nuestra esencia tropical.

Milan Kundera reía a carcajadas, un gigantón eslavo con una de esas caras que sólo se dan más allá del río Oder, los pómulos altos y duros, la nariz respingada, el pelo corto abandonando la rubia juventud para entrar a los territorios canos de la cuarentena, mezcla de pugilista y asceta, entre Max Schmelling y el papa

polaco Juan Pablo II, marco físico de leñador, escalador de montañas; manos de lo que .es, escritor, manos de lo que fue su padre, pianista. Ojos como todos los eslavos: grises, fluidos, al instante risueños, como ahora que nos ve convertidos en paletas de hielo, al instante sombríos, ese tránsito fulgurante de un sentimiento a otro que es el signo del alma eslava, cruce de pasiones. Lo vi riéndose; lo imaginé como una figura legendaria, un cazador antiguo de los montes Tatra, cargado de pieles que le arrancó a los osos para parecerse más a ellos.

Humor y tristeza: Kundera, Praga. Rabia y llanto, ¿cómo no? Los rusos eran queridos en Praga; eran los libertadores de 1945, los vencedores del satanismo hitleriano. ¿Cómo entender que ahora entrasen con sus tanques a Praga, a aplastar a los comunistas en nombre del comunismo, cuando debían estar celebrando el triunfo del comunismo checo en nombre del internacionalismo socialista? ¿Cómo entenderlo? Rabia: una muchacha le ofrece un ramo de flores a un soldado soviético encaramado en su tanque; el soldado se acerca a la muchacha para besarla; la muchacha le escupe al soldado. Asombro: ¿dónde estamos, se preguntan muchos soldados soviéticos, por qué nos reciben así, con escupitajos, con insultos, con barricadas incendiadas, si venimos a salvar al comunismo de una conjura imperialista? ¿Dónde estamos?, se preguntan los soldados asiáticos, nos dijeron que veníamos a aplastar una insurrección en una república soviética, ¿dónde estamos?, ¿dónde? «Nosotros que vivimos toda nuestra vida para el porvenir», dice Aragon.

¿Dónde? Hay rabia, hay humor también, como en los ojos de Kundera. Trenes estrechamente vigilados: las tropas de apoyo que entran desde la Unión Soviética por ferrocarril pitan y pitan, caminan y caminan, dan vueltas en redondo y acaban por regresar al punto fronterizo de donde partieron. La resistencia a la invasión se organiza mediante transmisiones y recepciones radiales; el ejército soviético se enfrenta a una gigantesca broma: los guardaagujas desvían los trenes militares, los camiones bélicos obedecen los signos equivocados de las carreteras, las radios de la resistencia checa son ilocalizables.

El buen soldado Schweik está al frente de las maniobras contra el invasor y el invasor se pone nervioso. El mariscal Gretchko, comandante de las fuerzas del Pacto de Varsovia, manda ametrallar inútilmente la fachada del Museo Nacional de Praga; los ciudadanos de la patria de Kafka lo llaman el mural de El Gretchko. Un soldado asiático, que nunca las ha visto, se estrella contra las puertas de vidrio en un comercio del metro de la Plaza de San Venceslao y los checos colocan una pancarta: *Nada detiene al soldado soviético.* Las tropas rusas entran de noche a Marienbad, donde se está proyectando una película de vaqueros en el cine al aire libre, escuchan los disparos de Gary Cooper, llegan cortando cartucho al auditorio y tiran contra la pantalla. Gary Cooper sigue caminando por la calle de un poblado herido para siempre con las balas de una broma amarga. Los espectadores de Marienbad pasan una mala noche y al día siguiente, como en el *Vals del adiós* de Kundera, regresan a tomar las aguas.

Aragon prende su radio el 21 de agosto y escucha la condenación de «nuestras ilusiones perpetuas». Con él, esa madrugada, todos sabemos que en nombre de la ayuda fraternal, «Checoslovaquia ha sido hundida en la servidumbre».

Mi amigo Kundera

Fuimos invitados por la Unión de Escritores Checos en esa etapa extrañísima que va del otoño de 1968 a la primavera final, la de 1969. Sartre y Simone de Beauvoir habían ido a Praga, también Nathalie Sarraute y otros novelistas franceses; creo que Grass y Böll también. Se trataba de fingir que nada había pasado; que aunque las tropas soviéticas estuviesen acampadas en las cercanías de Praga y sus tanques escondidos en los bosques, el gobierno de Dubcek aún podía salvar algo, no conceder una derrota, triunfar con la perseverancia humorística del soldado Schweik.

Los latinoamericanos teníamos títulos para hablar de imperialismos, de invasiones, de Goliates y Davides; podíamos defender, ley en una mano, historia en la otra, el principio de no intervención. Dimos una entrevista colectiva sobre estos asuntos para la revista literaria *Listy,* que entonces dirigía nuestro amigo Antonin Liehm. Fue la última entrevista que apareció en el último número de la revista. No hablamos de Brezhnev en Checoslovaquia, sino de Johnson en la República Dominicana.

No cesó de nevar durante los días que pasamos en Praga. Nos compramos gorros y botas. Cortázar y García Márquez que son dos melómanos parejamente intensos, se arrebataron las grabaciones de óperas de Janacek; Kundera nos mostró partituras originales del gran músico checo que estaban entre los papeles del pianista, Kundera padre. Con Kundera comimos jabalí y *knedliks* en salsa blanca y bebimos *slivovicz* y trabamos una amistad que, para mí, ha crecido con el tiempo.

Compartía desde entonces, y comparto cada vez más con el novelista checo, una cierta visión de la novela como un elemento indispensable, no sacrificable, de la civilización que podemos poseer juntos un checo y un mexicano:

una manera de decir las cosas que de otra manera no podrían ser dichas. Hablamos mucho, entonces, más tarde, en París, en Niza, en La Renaudière, cuando viajó con su esposa Vera a Francia y allí encontró un nuevo hogar porque en su patria «normalizada» sus novelas no pueden ser ni publicadas ni leídas.

Se puede reír amargamente: la gran literatura de una lengua frágil y sitiada en el corazón de Europa tiene que ser escrita y publicada fuera de su territorio. La novela, género supuestamente en agonía, tiene tanta vida que debe ser asesinada. El cadáver exquisito debe ser prohibido porque resulta ser un cadáver peligroso. «La novela es indispensable al hombre, como el pan», dice Aragon en su prólogo a la edición francesa de *La broma*. ¿Por qué? Porque en ella se encontrará la clase de lo que el historiador —el mitógrafo vencedor— ignora o disimula.

«La novela no está amenazada por el agotamiento —dice Kundera—, sino por el estado ideológico del mundo contemporáneo. Nada hay más opuesto al espíritu de la novela, profundamente ligada al descubrimiento de la relatividad del mundo, que la mentalidad totalitaria, dedicada a la implantación de una verdad única.»

¿Escribiría quien esto dice, para oponerse a una ideología, novelas de la ideología contraria? De ninguna manera. Borges dice del *Corán* que es un libro árabe porque en él jamás se menciona a un camello. La crítica Elizabeth Pochoda hace notar que la longevidad de la opresión política en Checoslovaquia es atestiguada en las novelas de Kundera porque nunca es mencionada.

Condenar al totalitarismo no amerita una novela, dice Kundera. Lo que le parece interesante es la semejanza entre el totalitarismo y «el sueño inmemorial y fascinante de una sociedad armoniosa donde la vida privada y pública forman unidad y todos se reúnen alrededor de una misma voluntad y una misma fe. No es un azar que el género más favorecido en la época culminante del stalinismo fuese el idilio».

La palabra está dicha y nadie la esperaba. La palabra es un escándalo. Es muy cómodo guarecerse detrás de la grotesca definición del arte por José Stalin: «Contenido socialista y forma nacional.» Es muy divertido y muy amargo (la broma amarga sí que estructura el universo de Kundera) traducir esta definición a términos pragmáticos, como se lo explica un crítico praguense a Philip Roth: El realismo socialista consiste en escribir el elogio del gobierno y el partido de tal manera que hasta el gobierno y el partido le entiendan.

El escándalo, la verdad insospechada, es esta que oímos por boca de Milan Kundera: el totalitarismo es un idilio.

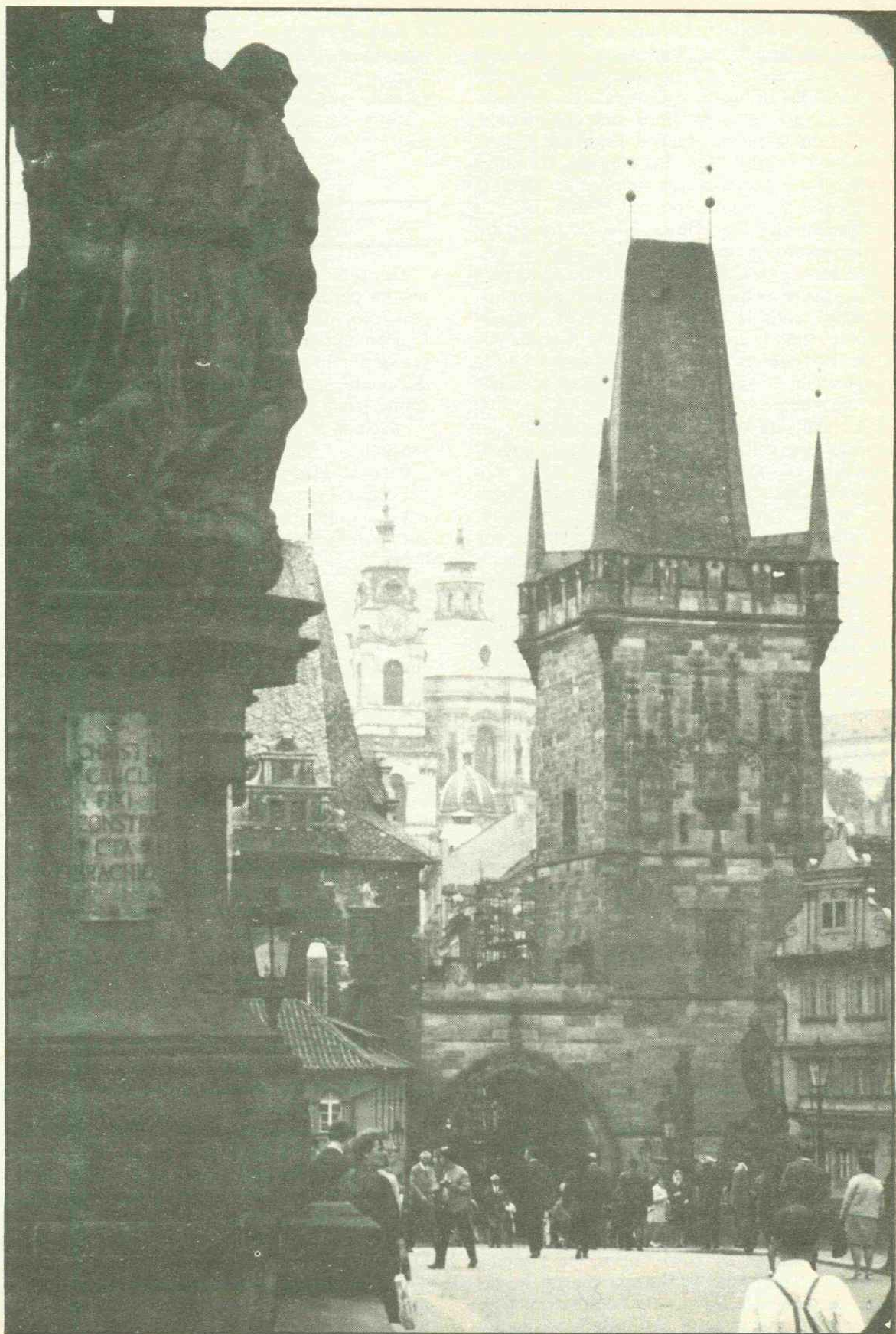
Idilio

Idilio es el nombre del viento terrible, constante y descompuesto que atraviesa las páginas de los libros de Milan Kundera. Es lo primero que debemos entender. Aliento tibio de la nostalgia, resplandor tormentoso de la esperanza: el ojo helado de ambos movimientos, el que nos conduce a reconquistar el pasado armonioso del origen y el que nos promete la perfecta beatitud en el porvenir, se confunden en uno sólo, el movimiento de la historia. Unicamente la acción histórica sabría ofrecernos, simultáneamente, la nostalgia de lo que fuimos y la esperanza de lo que seremos. Lo malo, nos dice Kundera, es que entre estos dos movimientos en trance idílico de volverse uno, la historia nos impide, simplemente, ser nosotros mismos en el presente. El comercio de la historia consiste en «Venderle a la gente un porvenir a cambio de un pasado».

En su famosa conferencia de la Universidad de Jena en 1789 Schiller exigió el futuro ahora. El año mismo de la Revolución francesa, el poeta rechazó la amenaza de una promesa perpetuamente diferida para que así pudiese ser siempre una mentira sin comprobación posible: en consecuencia, una verdad, siempre promesa a costa de la plenitud del presente. El siglo de las luces consumó la secularización del milenarismo judeocristiano y, por primera vez ubicó la edad de oro, no sólo en la tierra, sino en el futuro. Del más antiguo chamán indio hasta don Quijote, de Homero a Erasmo, sentados todos alrededor del mismo fuego de los cabreros, el tiempo del paraíso era el pasado. A partir de Condorcet, el idilio sólo tiene un tiempo: el futuro. Sobre sus promesas se construye el mundo industrial de occidente.

La aportación de Marx y Engels es reconocer que no sólo de porvenir vive el hombre. El luminoso futuro de la humanidad, cercenada por la Ilustración de todo vínculo con un pasado definido por sus filósofos como bárbaro e irracional, consiste para el comunismo en restaurar también el idilio original, la armonía paradisíaca de la propiedad comunal, el paraíso degradado por la propiedad privada. Pocas utopías más hermosas, en este sentido, que la descrita por Engels en su prólogo a *La dialéctica de la naturaleza*.

El capitalismo y el comunismo comparten la visión del mundo como vehículo hacia esa meta que se confunde con la felicidad. Pero si el capitalismo procede por vía de atomización, convencido de que la mejor manera de dominar es aislar, pulverizar y acrecentar las necesidades y satisfacciones igualmente artificiales de los individuos que necesitan más y se contentan más en función de su aislamiento mismo, el comunismo procede por vía de integración total.



Praga, junio de 1968.

Cuando el capitalismo intentó salvarse a sí mismo con métodos totalitarios, movilizó a las masas, les puso botas, uniformes y suástica al brazo. La parafernalia parainfernal del fascismo violó las premisas operativas del capitalismo moderno, cuyos padrinos, uno en la acción, el otro en la teoría, fueron Franklin Delano Roosevelt y John Maynard Keynes. Es difícil combatir a un sistema que siempre se adelanta a criticarse y a reformarse a sí mismo con más concreción que la que le es dable de inmediato al más severo de sus adversarios. Pero ese mismo sistema carecerá de la fuerza de seducción de una doctrina que hace explícito el idilio, que promete tanto la restauración de la Arcadia perdida como la construcción de la Arcadia por venir. Los sueños totalitarios han encendido la imaginación de varias generaciones de jóvenes: diabólicamente, cuando el idilio tenía su cielo en la cabalgata del Valhalla wagneriano y las legiones operísticas del nuevo Escipión; angelicalmente, cuando podía concitar la fe de Romain Rolland y André Malraux, Stephen Spender, W. H. Auden y André Gide. Se necesita, en cambio, ser un camionero borracho o una solterona agria para salir a darse de golpes y sombrillazos por una *Arcadia* tan deslavada como «el sueño americano».

Los personajes de Kundera giran en torno a este dilema: ¿ser o no ser en el sistema del idilio total, el idilio para todos, sin excepciones ni fisuras, idilio precisamente porque ya no admite nada ni nadie que ponga en duda el derecho de todos a la felicidad en una Arcadia ubícua, paraíso del origen y paraíso del futuro? No sólo idilio, subraya Kundera en uno de sus cuentos, sino idilio para todos, pues

todos los seres humanos, desde siempre, aspiran al idilio, a ese jardín donde cantan los ruiseñores, a ese reino de la armonía donde el mundo no se yergue enajenado contra el hombre y el hombre contra los demás hombres, sino donde el hombre y los hombres están, por el contrario, hechos de una misma materia y donde el fuego que brilla en las estrellas es el mismo que ilumina las almas. Allí, cada cual es una nota en una sublime fuga de Bach y quien no quiera serlo se convierte en un punto negro y desprovisto de sentido al cual basta agarrar y aplastar bajo la uña como una pulga.

Como a una pulga, Milan Kundera, el otro K de Checoslovaquia, no necesita acudir a forma alegórica alguna para provocar la extrañeza y la incomodidad con las que Franz Kafka inundó de sombras luminosas un mundo que ya existía sin saberlo. Ahora, el mundo de *Kafka* sabe que existe. Los personajes de Kundera no necesitan amanecer convertidos en insectos porque la historia de la Europa central se encargó de demostrarles que un hombre no necesita ser un insecto para ser tratado como un insecto. Peor: los personajes de Milan K. viven en un mundo donde todos los presupuestos de la metamorfosis de Franz K. se mantienen incólumnes, con una sola excepción: Gregorio Samsa, la cucaracha, ya no cree que sabe, ahora sabe que cree.

Tiene forma humana, se llama Jaromil y es poeta.

El santo niño de Praga

Durante la segunda guerra, el padre de Jaromil ha perdido la vida en aras de un absoluto concreto: proteger a una persona, salvarla de la delación, la tortura y la muerte. Esa persona era la amante del padre de Jaromil. La madre del poeta, que siente una repugnancia tan absoluta hacia la animalidad física como su marido hacia la animalidad moral, lo engaña no por sensualidad sino por inocencia.

Cuando el padre desaparece, la madre sale del reino de los muertos con su hijo entre brazos. Lo esperará a la salida del colegio con una gran sombrilla. Encarnará la belleza de la tristeza a fin de invitar a su hijo a ser con ella esa pareja intocable: madre e hijo, amantes frustrados, protección absoluta a cambio de la renuncia absoluta.

Lo mismo va a exigirle Jaromil primero al amor, a la revolución en seguida, a la muerte finalmente: entrega absoluta a cambio de protección absoluta. Es un sentimiento feudal, el que el siervo ofrecía a su señor. Jaromil cree que es un sentimiento poético: el sentimiento poético, que le permite situarse no «fuera de los límites de su experiencia, sino bien por encima de ella».

Verlo, así, todo. Ser visto. Los mensajes del rostro, las miradas enigmáticas a través de una cerradura con la muchacha Magda en su tina (tan enigmáticas como el encuentro de los pies de Julien Sorel y Madame Renal debajo de la mesa), la lírica del cuerpo, de la muerte, de las palabras, de la ciudad, de los otros poetas (Rimbaud, Maiakovski, Wolker) constituyen el repertorio poético original de Jaromil. No quiere separarlo de su vida; quiere ser, como Rimbaud, el joven poeta que lo ve todo y es totalmente visto antes de volverse totalmente imvisible y totalmente ciego. Todo o nada: se lo exige al amor de la pelirroja. Debe ser total o no será. Y cuando la amante no le promete toda su vida, Jaromil espera el absoluto de la muerte; pero cuando la amante no le promete la muerte, sino la tristeza, la pelirroja deja de tener una existencia real, correspondiente a la interioridad absoluta del poeta: todo o nada, vida o muerte.

Todo o nada: se lo exige a su madre más allá de las agrias y locas expectativas de la mujer que quiere ser la amante frustrada de su hijo.



Praga, el 21 de agosto de 1968.

El repertorio variado y ambiguo del chantaje materno absolutista, sin embargo, se descompone en demasiadas emociones parciales: piedad y reproche, esperanza, cólera, seducción. La madre del poeta —y Kundera nos dice que «en las casas de los poetas, reinan las mujeres»— no puede ser Yocasta y se vuelve Gertrudis, creyendo darle todo al hijo para que el hijo continúe dándole hasta pagar lo imposible: es decir, todo. Jaromil no será Edipo, sino Hamlet: el poeta que ve en su madre no el absoluto que añora, sino la reducción que asesina.

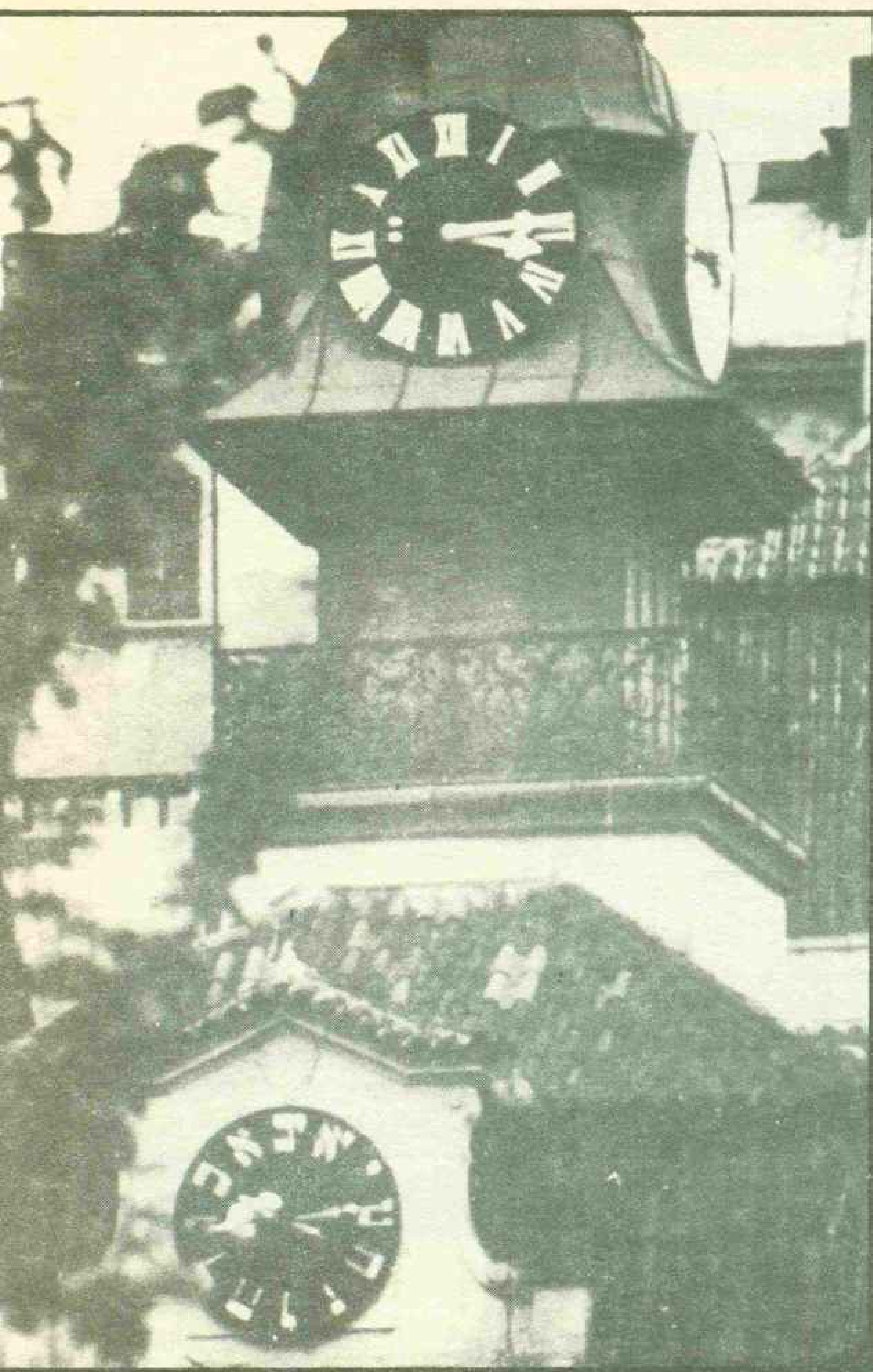
En la página más hermosa de esta maravilla narrativa que es *La vida está en otra parte* (el capítulo 13 de la tercera parte), Kundera nos sitúa a Jaromil en «el país de la ternura, que es el país de la infancia artificial»:

La ternura nace en el momento en que el hombre es escupido hacia el umbral de la madurez y se da cuenta, angustiado, de las ventajas de la infancia que, como un niño, no comprendía [...] La ternura es un intento de crear un ámbito artificial en el que puede tener validez el compromiso de comportarnos con nuestro prójimo como si fuera un niño [...] La ternura es el temor a las consecuencias corporales del amor es un intento de sustraer el amor del reino de la madurez [...] y considerar a la mujer como niña.

Es esta ternura imposible lo que Jaromil el poeta no va a encontrar ni en su madre ni en su amante, ambas cargadas del amor «insidioso, constrictivo, pesado de carnosidad y de responsabilidad» propio de la edad adulta, sea el amor de la mujer con su poeta amante o el de la madre con su hijo crecido. Es este el idilio irrecuperable en los seres humanos y que Jaromil va a buscar, y encontrar en la revolución socialista: necesita el absoluto para ser poeta, como Baudelaire necesitaba, para serlo, «estar siempre ebrio... de vino, de poesía o de virtud, a vuestro gusto».

El poeta crédulo

El lirismo, nos dice Milan Kundera, es una virtud y el hombre se emborracha para confundirse más fácilmente con el universo. La poesía es el territorio donde toda afirmación se vuelve verdad. La revolución también: es la hermana de la poesía. Y salva al joven poeta de la pérdida de su ternura en un mundo adulto, relativista. Poesía y revolución son absolutos; los jóvenes son «monistas apasionados, mensajeros del absoluto». El poeta y el revolucionario encarnan la unidad del mundo. Los adultos se ríen


La Sinagoga de Praga.

de ellos y así comienza el drama de la poesía y de la revolución.

La revolución le enseña entonces el camino a la poesía. «La revolución no quiere ser estudiada u observada, quiere que uno se haga uno con ella: es en ese sentido que es lírica y que el lirismo le es necesario». Gracias a esa unidad lírica, el temor máximo del joven poeta es dominado: el futuro deja de ser una incógnita. El porvenir se convierte en «esa milagrosa en la lejanía» porque «el porvenir deja de ser un misterio; el revolucionario lo conoce de memoria». Así nunca habrá futuro: será siempre una promesa conocida, pero diferida, como la vida misma que concebimos en el instante de la ternura infantil.

Cuando encuentra esa identidad (esa fé), Jaromil se libera de las exigencias del gineceo mentiroso donde la parcialidad egoísta del amor femenino aparece disfrazada con pretensiones de absoluto. La incertidumbre de las épocas revolucionarias es una ventaja para la juventud, «pues es el mundo de los padres el que es precipitado en la incertidumbre». Jaromil descubre que su madre le impedía encontrar a la madre perdida. Ésta es la revolución y exige perderlo todo para ganarlo todo: sobre la libertad:

La libertad no comienza cuando los padres son rechazados o enterrado, sino cuando no hay padres. Cuando el hombre nace sin saber de quién es hijo.

El idilio revolucionario, lo vemos, lo sustituye todo, lo encarna todo, es a la vez parricidio y nuevo nacimiento y exige más que los padres, más que la amante: «La gloria del deber nace de la cabeza cortada del amor». La revolución contiene la tentación idílica de apropiarse de la poesía y el poeta lo acepta porque gracias a la revolución él y su poesía serán amados «por el universo entero».

Idilio que suple las insuficiencias de la vida, el amor, la madre, la amante, la infancia misma, elevándolas a la lírica unitaria de la experiencia, la comunidad, la acción, el futuro. Profecía armada que hace del poeta su profeta armado. ¿Cómo no rendirse ante este idilio y ofrecer en su altar todas nuestras acciones reales, cada vez más reales, más concretas, más revolucionarias?

El poeta puede ser un delator. Ésta es la realidad terrible que nos es dicha por *La vida está en otra parte.* Jaromil el joven delata en nombre de la revolución, condena a los débiles, los envía con tanta seguridad como el juez al patíbulo y la inocencia nos muestra su sonrisa sangrienta. «El poeta reina con el verdugo» y no, subraya Kundera, porque el régimen totalitario haya deformado el talento del poeta, ni porque el poeta sea mediocre y busque el refugio totalitario, no: Jaromil no denuncia a pesar de su talento lírico, sino precisamente, gracias a él.

No estamos acostumbrados a escuchar algo tan brutal y es preciso dejarle la palabra a Kundera, que ha vivido lo que nosotros sólo conocemos de trasmano, cuando se dirige a «nosotros»:

Todos los jóvenes contestatarios alrededor de ustedes, tan simpáticos por lo demás, hubiesen reaccionado, en la misma situación, de la misma manera. Si Paul Éluard hubiese dicho checo, hubiese sido un poeta oficial y su corazón puro e inocente se hubiese identificado perfectamente con el régimen de los procesos y de las horacas. Me siento estupefacto ante la incapacidad occidental de ver su rostro en el espejo de nuestra historia. La tragicomedia que se representa en mi país es también la de vuestras ideas, vuestro entusiasmo, vuestras doctrinas, vuestro fanatismo, vuestros sueños y vuestra inocencia cruel.

Kundera tiene 49 años. A los 80, Aragon puede decir: «[...] lo que sacrificamos de nosotros mismos, lo que nos arrancamos de nosotros mismos, de nuestro pasado, es imposible de valorizar, pero lo hacíamos en nombre del porvenir de los demás».

El siglo va a morir sin que este sacrificio engañoso vuelva a ser necesario. Basta morir, en nuestro tiempo, para defender la integridad del presente, de la presencia del ser humano: el que mata en nombre del porvenir de todos es un reaccionario.

La utopía interna

No es posible evadir la ardiente cuestión de las novelas de Milan Kundera. Es la cuestión de nuestro tiempo y posee una resonancia trágica, porque se dirime en la esencia de nuestra libertad posible. Esa cuestión es simplemente ésta: ¿Cómo combatir la injusticia sin engendrar la injusticia? Es la pregunta de todo hombre actuante en nuestro tiempo. Ante el espectáculo de ese movimiento, Aristóteles se limitó a comprobar que la tragedia es «la imitación de la acción». Lo trágico no es lo pasivo ni lo fatal, sino lo actuante. Acaso la respuesta a la pregunta de Kundera, que es la nuestra, se encuentre entonces, más que en una respuesta, en una creación: la de un orden de valores capaz de absorber la casualidad ética de la historia y elevarla a un conflicto, ya no entre el bien y el mal, sino entre dos valores que quizás no sean el bien y el bien, pero que tampoco, seguramente, serán el mal y el mal.

La pérdida del paraíso, leemos en *La vida está en otra parte*, sólo nos permite distinguir la belleza de la fealdad, no el bien del mal. Adán y Eva se saben bellos o feos, no malos o buenos. La poesía está al lado de la historia, esperando ser descubierta, ser invitada a la historia por el poeta que confunde el idilio violento de la revolución con la tragedia serena de la poesía. El problema de Jaromil es el de Kundera: descubrir las avenidas invisibles que necesariamente parten de la historia pero conducen a todas las otras realidades apenas entrevistas, sospechadas, imaginadas, en la frontera entre el sueño y la vigilia, más allá de la estadística pero también más allá de la fantasía: esa realidad completa, sin sacrificios ni reducciones, cuyas puertas modernas fueron entreabiertas por Franz Kafka.

Coleridge imaginaba una historia contada no antes o después, por encima o por debajo del tiempo sino, en cierto modo, al lado del tiempo, su compañera y su complemento indispensable. La avenida hacia esa realidad que completa y da sentido a la realidad certificable, inmediata, se encuentra en un plano extraordinario de la novela de Kundera, donde, verdaderamente, la vida se encuentra. La apertura hacia el lugar donde la vida es (la Utopía interna de esta novela) se encuentra en cada una de las palabras que nos cuentan la vida que es pero que no acaba de ser porque no se da cuenta de que su realidad hermana, posible, está al lado de ella, esperando ser vista. Más: esperando ser soñada.

Como las películas de Buñuel, como el *Peter Ibbetson* de Du Maurier, como el surrealismo todo, la novela de Kundera sólo existe plenamente si sabemos abrir las ventanas del sueño que contiene. Un misterio llamado Xavier es el protagonista del sueño que es sueño del sueño, sueño dentro del sueño, sueño cuyos efectos perduran mientrar un nuevo sueño, su hijo, su hermano, su padre, apunta dentro del sueño anterior. En esta epidemia de sueños que se contagian unos a otros, Xavier es el poeta que Jaromil pudo ser, que Jaromil es porque existió al lado de él o que, quizás, Jaromil será en el sueño de la muerte.

Lo importante es que en este sueño engastado, de muñecas rusas, similar al tiempo infinitamente oracular de Tristram Shandy en Auxerre, todo sucede por primera vez. En consecuencia, cuanto ocurre fuera del sueño es una repetición. Estamos aquí en un plano oscilante de la realidad total del mundo que Kundera nos ofrece con una inteligencia narrativa poco común. La historia, dijo Marx, se manifiesta primero como tragedia; su repetición es una farsa. Kundera nos interna en una historia que le niega todo derecho a la tragedia y a la farsa para consagrarse perpetuamente en el idilio.

Cuando el idilio se evapora y el poeta se convierte en delator, estamos autorizados a buscar al poeta en otra parte: su nombre es Xavier, vive en el sueño y allí la historia —no el sueño— es una farsa, una broma, una comedia. El sueño contiene esa farsa porque la historia la ha expulsado con horror de su idilio mentiroso. El sueño la acoge en reserva, esperando que la historia no se repita. Ése será el momento en que la historia deje de ser farsa y pueda ser el lugar donde está la vida. Mientras tanto, la vida y el poeta están en otra parte y allí revelan sin tapujos la naturaleza farsante de la historia.

Los capítulos dedicados a Xavier responden a la pregunta: ¿el poeta no existe? con estas palabras: No, el poeta está en otra parte. Y ese lugar donde el poeta está pero donde el poeta actúa la historia como farsa plena es un sueño cómico que, de paso, revela la vasta influencia de Milan Kundera, como maestro de los cineastas checos modernos. En el tránsito sin fisuras de un sueño a otro, la historia aparece como una farsa sin lágrimas. El melodrama de *La grande Bretèche* de Balzac es representado por los hermanos Marx que, como todos saben, son los padres de las hermanas Marx, las «pequeñas Margaritas» de la Anarquía en el socialismo imaginada por la cineasta Vera Chytilova. El sueño perverso del cine es la pesadilla y la ambición de Jaromil: ser visto por todos, sentir que «todas las miradas se volvían hacia él». En el cine, en el teatro, todos, los

otros, los demás, nos ven. El terror cierto del cine expresionista alemán consiste en eso: la posibilidad de ser vistos siempre por otro, como el Mabuse de Fritz Lang nos ve incesantemente desde su celda en el manicomio, como Peter Lorre, el vampiro de Düsseldorf es M, es visto por los mil ojos de la noche mendicante.

Lo que ha sido visto por todos no puede pretender ni a la originalidad ni a la virginidad. Re-presentada como teatro onírico, re-escrita como novela imposible, la historia aparece siempre como una farsa. Pero si sólo hay farsa, esto es una tragedia. Tal es el sentido del chiste en Kundera. En un mundo despojado de humor, la broma puede ser el rechazo de un universo, «un calcetín en la estatua de Apolo», un policía encerrado para siempre en un armario, amurallado como un personaje de Edgar Allan Poe interpretado por Buster Keaton. La broma, el humor, son excepción, liberación, revelación de la farsa, burla de la ley, ensayo de libertad. Por ello, la ley la convierte en crimen.

Dura lex

En ambos K. Kafka y Kundera, rige una normatividad hermética. La libertad no es posible porque la libertad es perfecta. Tal es la solemne realidad de la ley. No hay paradoja alguna. La libertad supone una cierta visión de las cosas, encierra la posibilidad mínima de darle un sentido al mundo.

Pero en el mundo de las leyes penales de Kafka y del socialismo científico de Kundera, esto no es posible. El mundo ya tiene un sentido y la ley se lo otorga, dice Kafka. Kundera añade: el mundo del socialismo científico ya tiene un sentido y la ley revolucionaria, historia objetivada, común e idílica, se le otorga. Es inútil buscar otro sentido ¿Insiste usted? Entonces será usted eliminado en nombre de la ley, la revolución y la historia.

Dado este presupuesto, la libertad auténtica se convierte en una empresa autodestructiva. La persona que se defiende se lesiona a sí misma: José K, en *El proceso,* el agrimensor en *El castillo,* todos los bromistas de Kundera. En cambio, Jaromil no sólo no se defiende. Ni siquiera ofrece una resistencia pasiva: se une entusiastamente al idilio político que es su idilio poético hipostasiado en acción histórica. La poesía convertida en farsa porque se indentificó con el idilio histórico: el acto poético subversivo es restarle toda seriedad a esa historia, a esa ley. El acto poético es una broma. El protagonista de *La broma,* Ludvik Khan, le enví una tarjeta postal a su novia, una joven comunista seria y celosa que parece amar más a la ideología que a Ludvik. Como Ludvik no concibe amor sin humor, le envía una tarjeta postal a su novia con el siguiente mensaje:

El optimismo es el propio del pueblo...
¡Viva Trotsky!
(fdo. Ludvik)

La broma le cuesta la libertad a Ludvik. «Pero camaradas, sólo era una broma», trata de explicar antes de ser enviado a trabajos forzados en una mina de carbón. Humor con humor se paga, sin embargo. El estado totalitario aprende a reírse de sus víctimas y perpetra sus propias bromas. ¿No lo es que Dubcek por ejemplo, sea un inspector de tranvías en Eslovaquia? Si el estado es el autor de las bromas, es porque ni siquiera esa libertad pretende dejarle a los ciudadanos y entonces éstos, como el protagonista del cuento de Kunder, *Eduardo y Dios,* pueden exclamar que «la vida es muy triste cuando no se puede tomar nada en serio».

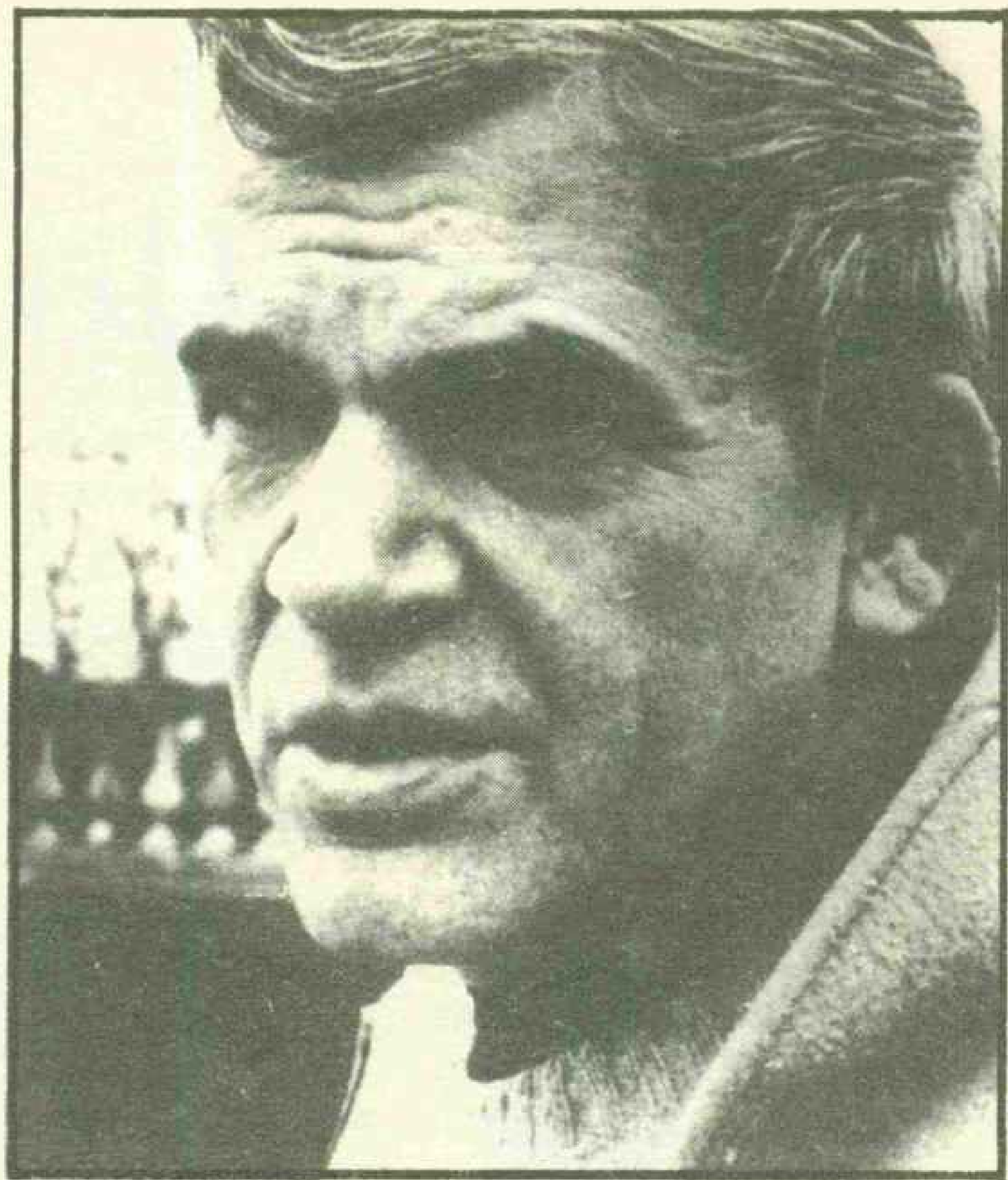
Tal es la ironía final del idilio histórico: su portentosa solemnidad, su interminable entusiasmo, acaban por devorar hasta las bromas subversivas. La risa es aplastada cuando la broma es codificada por la perfección de la ley que a partir de ese momento dice, también, «esto es gracioso y ahora debes reír». Creo que no hay imagen más aterradora del totalitarismo que ésta creada por Milan Kundera: el totalitarismo sobre la risa, la incorporación del humor a la ley, la transformación de las víctimas en objetos de humor oficial, prescrito e inscrito en las vastas contrucciones fantásticas que, como los paisajes carcelarios de Piranesi o los tribunales laberínticos de Kafka, pretenden controlar los destinos.

El del joven poeta Jaromil en *La vida está en otra parte* se consume con una sola nota de salvación: la simetría opositiva con el destino de su padre. Éste perdió la vida por el absoluto abstracto de salvar a una persona. El padre de Jaromil actuó como actuó porque sintió que la necesidad de la historia es una necesidad crítica. Jaromil actuó como actuó porque sintió que la necesidad de la historia es una necesidad lírica. El padre murió, quizás, sin ilusiones pero también sin desilusiones. Deludido, el hijo se entregó a una dialéctica del engaño en la que cada burla es trascendida y devorada por una burla superior.

El novelista Kundera, lector de Novalis, sólo busca esa instancia de la escritura que, relativa como toda narracción, arriesgada como todo poema, aumente la realidad del mundo mientras dice que nada puede soportar el peso entero de la vida: ni la historia, ni el sexo, ni la política, ni la poesía.

El rincón del destino

En abril de 1969, el socialismo democrático fue formalmente enterrado en Checoslovaquia.



Milan Kundera.

La primavera de Praga, en efecto, murió dos muertes. La primera, en agosto de 1968, cuando los tanques soviéticos entraron a impedir que las elecciones dentro del Partido comunista se fundasen en el sufragio secreto. La segunda, cuando el gobierno de Dubcek, en su patria ocupada por el invasor «fraterno», buscó desesperadamente la solución obrera, ya que no pudo acudir a la solución armada. La Ley sobre la Empresa Socialista creaba los consejos de fábrica como centros democráticos de la iniciativa política en la base obrera. Fue el colmo: darle lecciones de política proletaria a Moscú. La URSS intervino decisivamente, mediante sus Quislings locales, Indra y Bilak para determinar la caída final de Alexander Dubcek.

Milan Kundera define al socialismo democrático de Checoslovaquia: «Un intento de crear un socialismo sin una policía secreta omnipotente; con libertad para la palabra dicha y escrita; con una opinión pública cuya existencia es reconocida y tomada en cuenta; con una cultura moderna desarrollándose libremente; y con ciudadanos que han dejado de tener miedo».

¿Quién quiere reír? ¿Quién quiere llorar? La broma en Checoslovaquia la hace ahora el Estado. Eso aprendió de sus enemigos: el humor, así sea macabro. ¿Quiere usted escribir novelas? Supere entonces mi broma, perfectamente legal, sancionada y ejecutada en nombre del idilio: Dos enterradores, enviados por el gobierno de Praga, llegan féretro en hombros, a casa de uno de los firmantes de la «Carta 77» que reclama el cumplimiento en Checoslovaquia de las disposiciones sobre garantías fundamentales suscritos en Helsinki por el régimen de Husak. La policía les anunció que el firmante había muerto. El firmante dice que no ha muerto. Pero cuando cierra la puerta, se detiene un instante y se pregunta si, en efecto, no ha muerto.

Voy a buscar pronto a mi amigo Milan para seguir conversando con él, cada día más cargado de hombros, más ensimismado, más ausente en la profundidad de su mundo negro y claro, donde el optimismo cuesta caro porque es demasiado barato y donde la novela se sitúa más allá de la esperanza y la desesperanza, en el territorio humano de los destinos conmovidos y las verdades relativas que es el de los autores que él y yo amamos y leemos, Cervantes, y Kafka, Mann y Broch, Laurence Sterne. Pues si en la historia la vida está en otra parte porque en la historia un hombre puede sentirse responsable de su destino pero su destino puede desentenderse de él, en la literatura hombre y destino se responsabilizan mutuamente porque uno y otro no son una definición o una prédica de verdad alguna, sino una constante redefinición de cada ser humano en cuanto problema. Este es el sentido del destino de Jaromil en *La vida está en otra parte,* de Ludvik en *La broma,* de la enfermera Ruzena, el trompetista Klima y el doctor Skreta, que inyecta su semen a las mujeres histéricamente estériles, en la más acaba e inquietante de las novelas de Kundera, el *Vals del adiós.*

Porque, al contrario de los amos de la historia, Milan Kundera está dispuesto a darlo todo por su propio destino y el de sus personajes fuera del «idilio inmaculado» que pretende darlo todo y no da nada. La ilusión del porvenir ha sido el idilio de la historia moderna. Kundera se atreve a decir que el porvenir ya tuvo lugar, bajo nuestras narices y huele mal.

Y si el porvenir ya tuvo lugar, sólo son posibles dos actitudes. Una, reconocer la farsa. Otra, recomenzar, replantear los problemas humanos. En ese rincón final del espíritu cómico y la sabiduría trágica donde el idilio no penetra con su luz histórica e histriónica. Milan Kundera escribe algunas de las grandes novelas de nuestro tiempo.

Su rincón no es una cárcel: ésta, nos advierte Kindera, es otro sitio del idilio que se solaza en iluminar teatralmente hasta las más impenetrables penumbras penitenciarias. Tampoco es un circo: el poder se ha encargado de robarle la risa a los ciudadanos para obligarlos a reír legalmente.

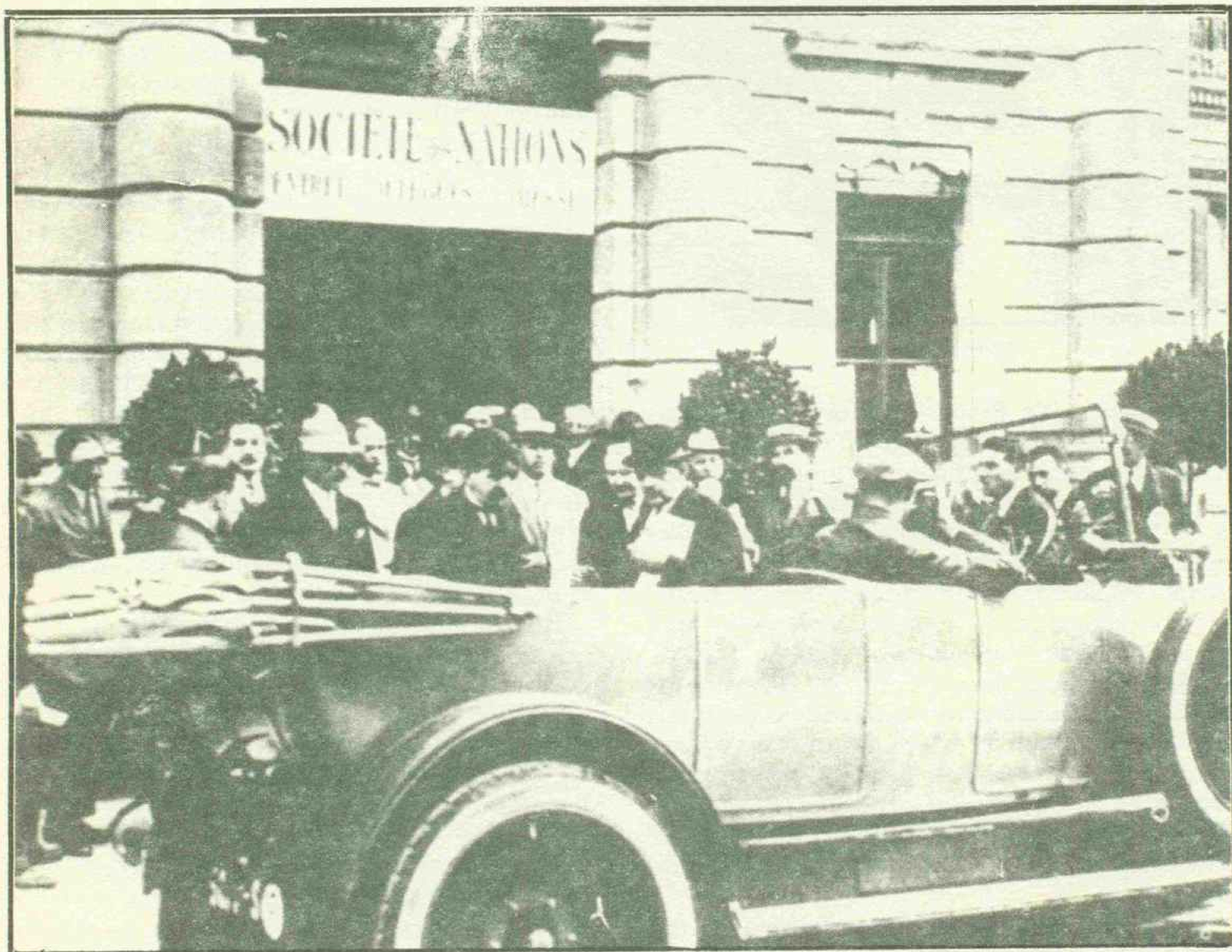
Es la utopía interna, el espacio real de la vida intocable, el reino del humor donde Plutarco, citado por Aragon, conoce el carácter de la historia mejor que en los combates más sanguinarios o en los asedios más memorables. ■

CARLOS FUENTES.

Hace sesenta años:

El Tratado de Rapallo

José María Solé Mariño



Durante el período de entreguerras —de 1919 a 1939—, y más concretamente a lo largo de la década de los años veinte, el sistema de conferencias, alianzas y tratados intenta en vano conseguir el equilibrio europeo. En la imagen, miembros de delegaciones de distintos países ante la sede, en Ginebra, de la Sociedad de Naciones, el más destacado símbolo de una gran frustración.

HACE ahora sesenta años, en abril de 1922, la Rusia bolchevique y la República alemana firmaban en la ciudad italiana de Rapallo un tratado de cooperación sin contar con la voluntad de las potencias vencedoras en la Primera Guerra. El nombre de Rapallo vendría a significar a partir de entonces un sinónimo de diplomacia secreta entablada entre Estados aparentemente opuestos, pero con la voluntad de superar diferencias ideológicas en aras de la obtención de beneficios económicos y políticos.

Europa, 1922

En la primavera de 1922 se comprueba ya de forma palpable la sombría realidad que la victoria de noviembre de 1918 había ocultado a los vencedores. Europa no parece poseer fuerzas suficientes para recuperarse de la sangría que en todos los órdenes representó la guerra. Las convulsiones sacuden al continente de parte a parte. La crisis económica es generadora de inestabilidad social. El desarraigo moral parece ser la nota dominante, tanto entre los habitantes de los países vencedores como entre los



Aristide Briand (1862-1932) y Gustav Stresseman (1878-1929), representarían, cada uno en su propio país, las posiciones más abiertas tendentes a una real pacificación de Europa basada, en primer término, en el establecimiento de relaciones amistosas entre la Francia victoriosa y la Alemania derrotada. Ambos habían de encontrar una extendida incomprensión y sufrirían los ataques y condenas de los sectores nacionalistas más exacerbados.

ciudadanos de los Estados derrotados (1).

Los problemas económicos estructurales se ven agravados por una serie de circunstancias nuevas, derivadas sustancialmente de la guerra: decrecimiento y suspensión de los intercambios comerciales, limitación de la producción por la falta de inversiones, presión de las deudas de guerra... El debilitamiento de los regímenes de democracia liberal será la consecuencia final, en el plano político, de esta crisis general. A los cuatro años de la finalización del conflicto, están ya practicamente establecidas las líneas fundamentales sobre las que se basará la vida europea durante el período denominado *de entreguerras:* creciente fragilidad de la democracia y auge de los autoritarismos reaccionarios, que tienen como útil coartada la presencia en Rusia del nuevo poder bolchevique. En los años siguientes, solamente los Estados con una tradición política suficiente vigorosa serán capaces de conservar —difícilmente en algunos casos— los usos democráticos. Los demás, que después de 1918 se han dotado de esos mismos ornamentos cívicos, los verán caer muy pronto demostrando con ello su real inconsistencia.

(1) Ver: «Europa, entre la guerra y la revolución.» Tiempo de Historia, n.° 50.

Entre tanto, y por encima de problemas internos y rivalidades exteriores, un sistema de conferencias y tratados, heredero de la Europa postnapoleónica, intenta infructuosamente reorganizar esta etapa de veinte años que, vista retrospectivamente, aparece hoy como una prolongada preparación para un nuevo enfrentamiento general. De entre todas las relaciones establecidas en esa época, las que ligan a Alemania con la Unión Soviética, a partir del acuerdo de Rapallo, constituirán una de las referencias fundamentales en la política del continente.

La Alemania y la Rusia de 1922 son los dos grandes proscritos. La una, derrotada en guerra, se ve maniatada por las imposiciones de sus vencedores, lo cual la lleña de frustración y resentimiento junto a deseos de revancha. La otra, apenas recuperada de la convulsión de una revolución seguida por una guerra civil, es considerada foco contagioso que es preciso controlar una vez demostrada la imposibilidad de su extirpación. Es, pues, esta situación común, si bien con orígenes muy diferentes, la causa del inicial acercamiento de ambos países. El desenvolvimiento económico de Rusia y Alemania se ve afectado gravemente por esta situación, y unas relaciones de amistad parecen ofrecer el remedio más adecuado para intentar una solución a la crisis que amenaza con ahogar la economía de los dos antiguos enemigos.

La situación interna de cada uno de los Estados implicados de forma más destacada en la situación que desemboca en el pacto de Rapallo sirve para comprender las respectivas posturas respecto a esta aparentemente sorprendente relación que, a partir de entonces, ha sido considerada como la mejor demostración de la ambigua y engañosa actitud de Alemania con respecto a Europa occidental, que hubiera considerado mucho más *lógico* la formación de un frente común en contra del poderío soviético.

De Berlín a Moscú

En los primeros meses de 1922, la República alemana, nacida en Weimar tres años antes, intenta reponerse de los profundos traumas de la derrota y la revolución frustrada. El partido socialdemócrata y las formaciones moderadas no son capaces de evitar una intensa inclinación a la derecha por parte de las clases dirigentes tradicionales, nostálgicas de un régimen fuerte, y temerosas ante la posibilidad de un triunfo de la revolución, que han visto tan de cerca. Los asesinatos políticos de personalidades de ideología liberal —prácticamente impunes debido al conservadurismo del poder



La República alemana nacida con el desastre en los campos de batalla, nunca conseguiría, durante sus quince años de existencia, la estabilidad necesaria para su consolidación. el *putsh de Kapp,* intento de golpe ejecutado por la fracción más derechista del Ejército, supuso, entre los días 13 y 17 de marzo de 1920, uno de los más vigorosos intentos destinados a destruir el régimen de democracia liberal. En la fotografía, participantes en la sublevación recorriendo las calles de Berlín.

judicial— se alternan con los intentos militares por hacerse con el control del Estado. Cobran cada vez mayor auge las formaciones paramilitares financiadas por elementos ligados a la industria y los negocios, incapaces de admitir la permanencia del sistema de democracia formal.

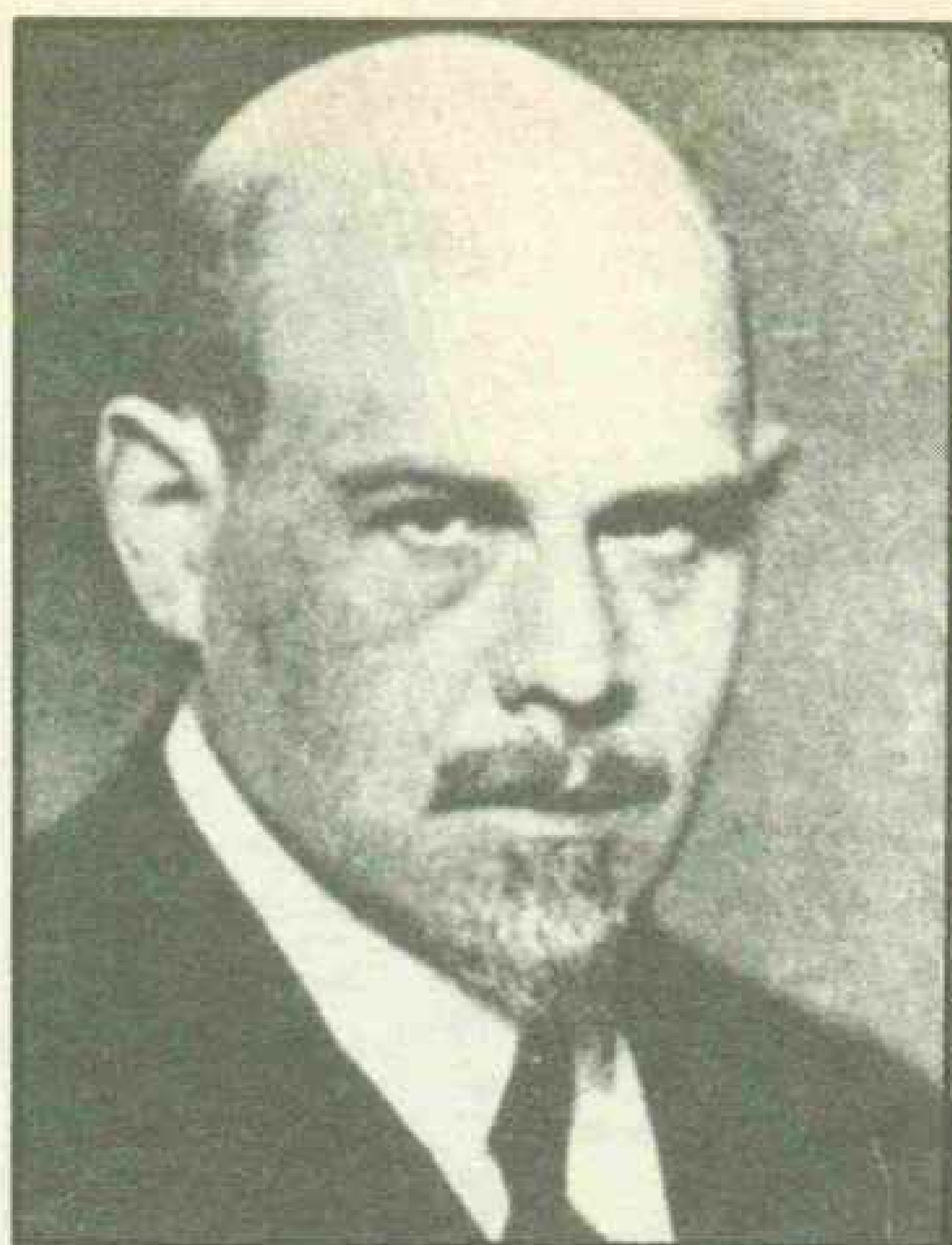
En el ámbito económico, la situación es desastrosa. Las clases medias empobrecidas temen verse integradas, en sus niveles bajos, dentro del proletariado. Las obligaciones impuestas por los vencedores amenazan con terminar de hundir a la potente economía alemana. Los industriales, opuestos al pago de las exorbitantes reparaciones, son incapaces de reconvertir la industria de guerra para aplicarla a la fabricación de bienes de consumo. La asfixia es general. Políticamente, la Alemania de Weimar es un proscrito. Los países europeos, encabezados por una Francia agria y revanchista, intentan obtener las reparaciones de cualquier forma. En los círculos decisorios del interior de Alemania, se va observando con creciente reticencia y desprecio la evolución del régimen republicano, que solamente es apoyado por la templanza de socialdemócratas y burgueses liberales. Ni la extrema izquierda pierde la esperanza de hacer triunfar la revolución, ni la derecha reaccionaria renuncia a situar en el poder a un régimen fuerte que le asegure el mantenimiento de su privilegiada situación.

Durante tres años, los representantes del Gobierno alemán habían intentado convencer a los sucesivos gabinetes franceses y británicos del carácter irracional de la exigencia de reparaciones tan enormes, incapacitada Alemania de hacerlas efectivas. Lloyd George y Aristide Briand, en prosecución de una política de pacificación, van admitiendo la posibilidad de hacer concesiones viables a las peticiones germanas, personalizadas en el ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Berlín, Walter Rathenau, el más ferviente partidario de una estrecha relación de su país con Occidente. Pero en el interior de las dos grandes democracias, la fuerza de los intransigentes terminará por apartar del poder a los partidarios del entendimiento, para sustituirlos por personajes más radicales, de los que la mejor muestra será el decidido anti-alemán Raymond Poincaré, que accede a la presidencia del Consejo

francés prometiendo hacer pagar a Alemania la totalidad de las reparaciones exigidas. Con ello, el país, hostilizado y encerrado en sí mismo, se ve obligado a realizar un giro en relación con las potencias occidentales. Es, en Berlín, la hora de los partidarios de la política orientada hacia la Unión Soviética que, cercada y agotada, se ve también excluida del concierto europeo.

En noviembre de 1920, con el embargo de las últimas fuerzas blancas en aguas de Crimea, termina la guerra civil rusa. Después de tres años de destructora lucha con fuerte intervención extranjera, el joven Ejército Rojo ha sido capaz de alzarse con la victoria. El país, organizado en base a un sistema colectivista, comienza la difícil reconstrucción en base a una economía arruinada y paralizada. A esta circunstancia básica se viene a unir el bloqueo europeo al nuevo régimen, que intenta exportar la revolución como medio principal para mantenerse en el poder (2).

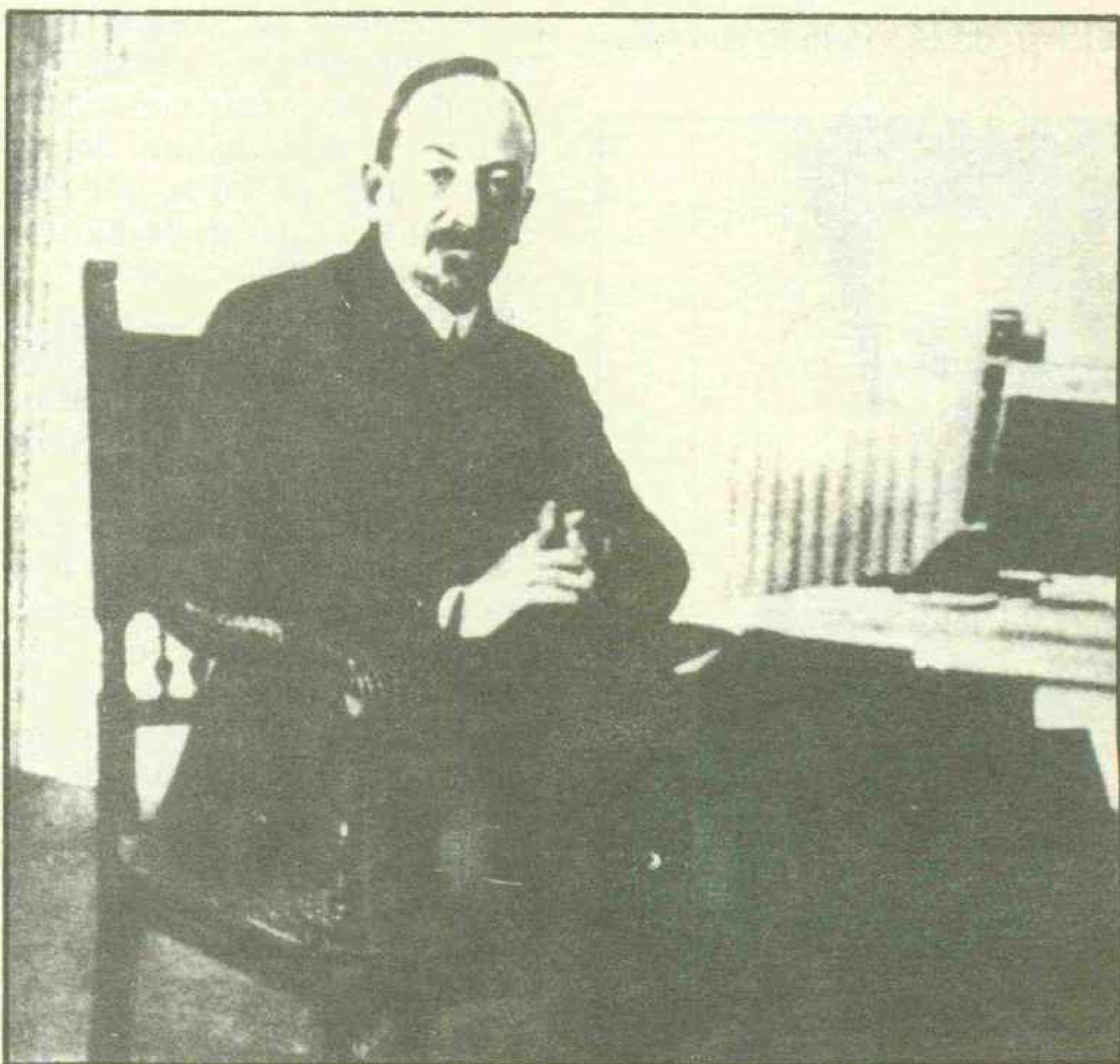
En 1922 ya se han dado los pasos decisivos para la edificación del régimen soviético. Suprimido todo tipo de disidencia proveniente del interior o del exterior del partido bolchevique, va consolidándose la dictadura, encabezada por Lenin. La supresión de los demás partidos y la unificación de los sindicatos obreros consiguen la sumisión de la población, a lo que contribuye la eficaz acción de la policía política. En marzo de 1921, mientras millones de personas están amenazadas de muerte por inanición, el Gobierno soviético decide dar un giro temporal a sus planteamientos iniciales y solicita ayuda material y asesoramiento a Occidente. Los Estados Unidos aportarán la mayor parte de la asistencia prestada. Una *Nueva Política Económica*, admitiendo ciertas formas capitalistas, intenta fomentar la iniciativa privada y atraer las inversiones extranjeras.



Walter Rathenau (1867-1922), industrial y economista. Es una de las figuras más destacadas de la Alemania de Weimar. Su posición política, abierta a un entendimiento con las potencias occidentales y su pertenencia a la burguesía judía, le hacen blanco de las iras de los elementos de extrema derecha. En junio de 1922 sufre un atentado y pierde la vida. La justicia de Weimar nunca llegaría a desentrañar la compleja trama del hecho.

Al igual que Alemania, pero por otras causas, también la Unión Soviética debe hacer frente a las exigencias occidentales de reparaciones económicas. La Europa capitalista exige el pago de las compensaciones por los bienes perdidos debido a la revolución y a las nacionalizaciones posteriores. Los inversores europeos —sobre todo franceses— en la Rusia zarista no admiten la pérdida de sus bienes y presionan con fortuna a sus Gobiernos respectivos para que exijan la correspondiente reparación, que las autoridades de Moscú no están en disposición material —ni mental— de efectuar.

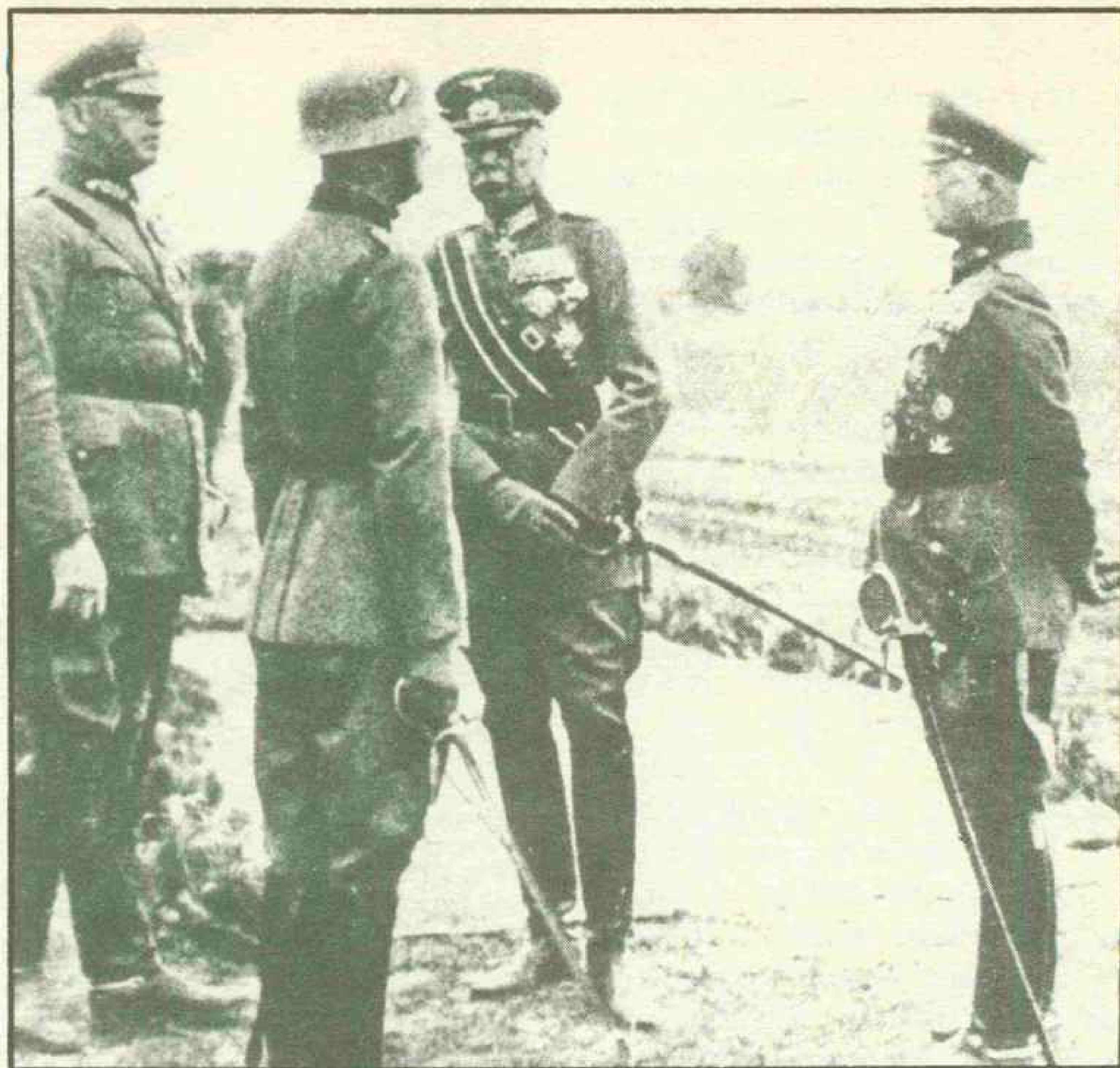
En el mes de abril de 1922, al mismo tiempo que el georgiano Josif Stalin es alzado al cargo de secretario general del partido, los gobiernos europeos deciden por vez primera invitar a los soviéticos a una mesa de conferencias que hasta ese momento les había estado vedada. Las potencias quieren solucionar definitivamente el contencioso de forma satisfactoria para sus pretensiones. La inmensa extensión de la Rusia soviética se ofrece a los



El poder soviético constituido en Rusia intenta, desde la finalización de la guerra civil, un acercamiento a los Estados europeos con ánimo de reconstruir su economía y apuntalar su sistema político. El comisario Chicherín será uno de los elementos claves en esta coyuntura.

(2) Ver: «La guerra civil rusa.» *Tiempo de Historia*, n.º 75.

países europeos como un campo de inagotable aprovechamiento de todos sus recursos. Mediante esta explotación, los soviéticos pagarían sus deudas. Pero el Gobierno de Moscú no está dispuesto a admitir semejante intromisión, que pondría en peligro su propia soberanía efectiva sobre su territorio, y acude a la reunión decidida a lograr un entendimiento bilateral con su compañera de ostracismo, la Alemania imposibilitada de satisfacer también las exigencias de los vencedores de 1918.



El general von Seeckt en compañía de algunos miembros de su entorno. Prototipo del militar prusiano, dirigirá todos sus esfuerzos hacia el restablecimiento del potencial bélico alemán, impedido por los tratados de paz de Versalles.

El ejército de Weimar

A pesar de todas las apariencias, el Ejército alemán había salido incólume en sus principios de la derrota de noviembre. Forjador primero de Prusia y, más tarde, cohesionador del Imperio, había insuflado sus tradiciones a la construcción política alemana, carente de experiencia unitaria. Y al mismo tiempo, se fortalecía como grupo en el interior del Estado, formando un cuerpo particular y privilegiado. Si los militares habían sufrido en su momento las trabas que la personalidad de Bismark les había impuesto, a su caída volvieron a recuperar con creces un papel predominante, dentro de una Europa en la que, según todos los documentos constitucionales vigentes, la subordinación del Ejército al poder civil era condición indispensable para la estabilidad de los sistemas calificados como democráticos.



El socialdemócrata Friedrich Ebert (1871-1925), elegido en febrero de 1919 primer Presidente de la República Alemana. Su mandato se extenderá hasta abril de 1925, en que será sustituido por el mariscal Hindemburg.

El momento cumbre de este predominio militar se alcanza con la primera guerra mundial. Durante cuatro años, una verdadera dictadura militar gobierna sobre el Imperio, llevando a cabo inumerables y nunca discutidas intromisiones dentro de los límites teóricos del poder civil. Hindemburg y Luddendorf encabezarían este régimen de excepción, que no venía a ser mas que la continuación natural de un proceso de progresivo intervencionismo militar en ámbitos a él ajenos, partiendo de un supuesto deber de servicio al país en caso de necesidad. Cuando la derrota se presenta como inminente, los altos jefes militares se apartan de la escena pública, tras presionar a los políticos civiles para que soliciten el armisticio. El honor del Ejército alemán quedaba de esta forma a salvo, como primordial reserva utilizable para el futuro de la nación.

Las condiciones impuestas por los aliados en el tratado de Versalles suponen sobre el papel el virtual desarme de Alemania. Un ejército reducido a cien mil hombres, voluntarios por una duración determinada, junto con la prohibición de la fabricación de aviones y carros de combate, viene a unirse con la supresión del Estado Mayor General y el mantenimiento simbólico de la Marina, impedida también de fabricar submarinos y buques mayores de un limitado tonelaje. Jefes y oficiales, herederos de las tradiciones prusianas respecto del exclusivismo aristocratizante, ven en la instauración de la

República un simple hecho pasajero, por encima del cual es preciso pasar hasta el momento de recuperar el poderío militar, que es identificado con el del país.

La entrada de miembros del partido socialdemócrata hasta los más altos puestos políticos del Estado no supone en ningún caso dificultades para los intereses militares. Antes al contrario, el temor de esta izquierda moderada a indisponerse con el grupo de poder más cohesionado y poderoso de Alemania, permite a los altos círculos castrenses aumentar su supremacía. Algunos amagos de democratización del Ejército son imediatamente sofocados, tanto desde los medios decisorios militares como políticos, que prefieren antes una interferencia real, pero solapada que un protagonismo evidente de los militares en la vida política. La mentalidad monárquica de los más altos jefes del Ejército no es un secreto para nadie en la nueva República. Varios tratadistas han llegado a señalar que, entre 1919 y 1934, el Ejército constituye el verdadero eje del poder político en Alemania.

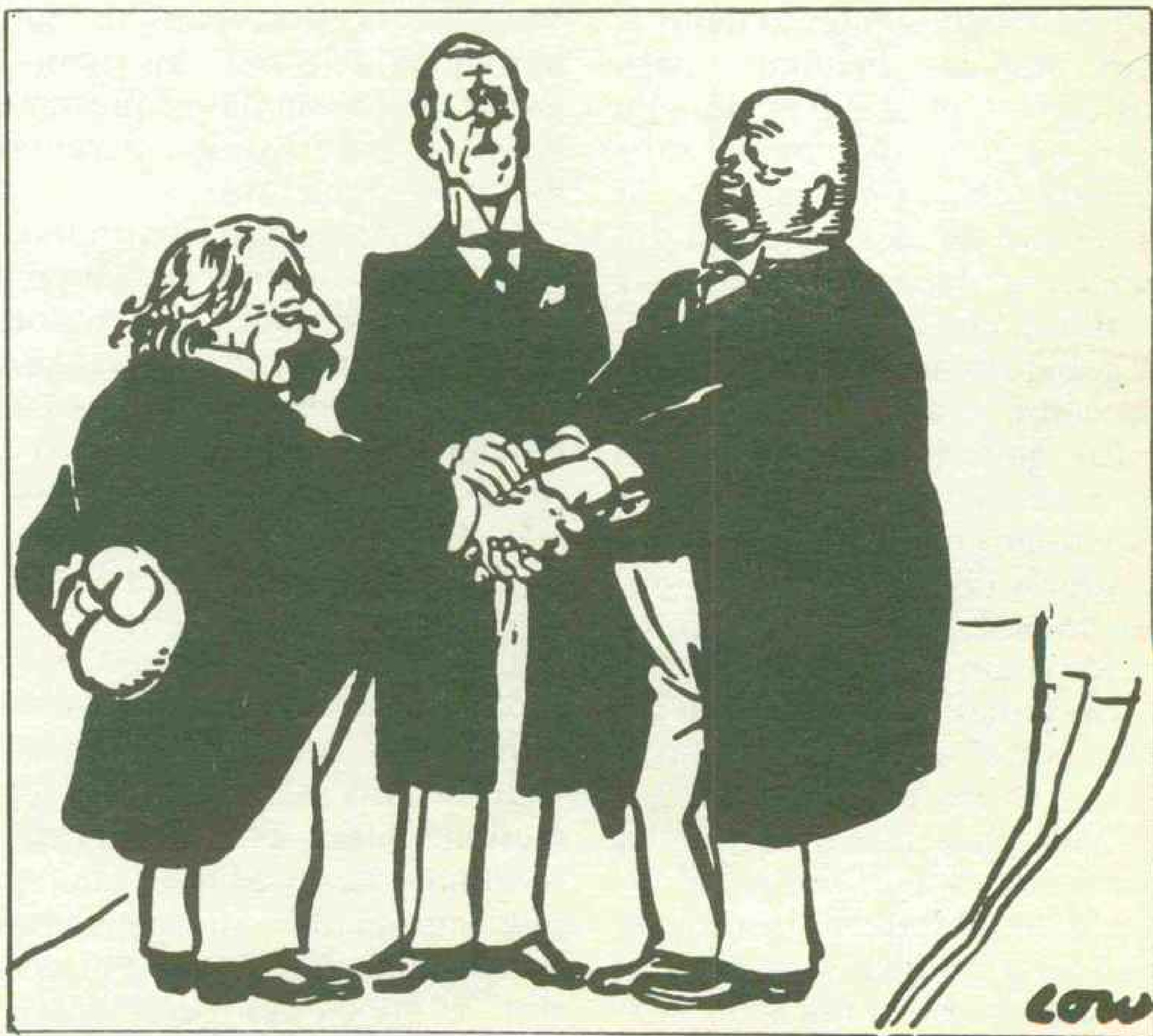
Durante este período, los militares, gozando de una autonomía prácticamente absoluta, conducen la política alemana por encima de coaliciones y gobiernos efímeros. Su libertad de actuación es completa, como se demostrará en las relaciones con los soviéticos. Finalmente, su ambiguo apoliticismo podrá conducirles sin traumas importantes hasta el juramento de fidelidad personal al *Fuhrer,* y a la subsiguiente inclusión en la estructura del Tercer Reich, que para muchos miembros del cuerpo castrense viene a significar el paradigma de los valores de orden y eficacia a que habían aspirado durante largo tiempo (3).

La crisis de las democracias

En 1919, Francia se presenta como la primera potencia europea sin rival posible. Desangrada física y económicamente por la guerra, llega, sin embargo, a la culminación de su prestigio internacional. Pero el brillo exterior no es capaz de cubrir el quebranto que significa el empobrecimiento general de la población y la profunda regresión demográfica, cuyas consecuencias habrán de demostrarse de la forma más cruda años después.

El pueblo francés, encabezado por sus clases dirigentes, no encuentra satisfactorio el tratado de Versalles. Francia espera que los costos de la reconstrucción sean aportados por la Alemania agresora y derrotada, y a lo largo de la década de los años veinte será esta política la que inspire la actuación exterior del país. Al mismo tiempo, Francia se ha erigido en protectora de los pequeños Estados centroeuropeos surgidos tras la guerra, como elementos de contención del expansionismo, tanto alemán como soviético. La amenaza de invasión de algunas zonas alemanas en caso de impago de las reparaciones, únicamente conduce a Francia a un enfriamiento de relaciones con una Gran Bretaña más moderada en sus exigencias, tras una toma de conciencia acerca de la poca rentabilidad de las posturas inconmovibles.

Muy poco antes de la celebración de la conferencia de Génova, el moderado y conciliador Briand, acusado por la derecha más conservadora de ser el inspirador de una *política de concesiones* respecto de Alemania, cae del poder a pesar de que la postura personal del presidente Millerand se inclina en la misma dirección de entendimiento. Raymond Poincaré accede a la presidencia del Consejo decidido a obligar bajo cualquier forma al vecino país a la entrega de bienes y valores equivalentes a las compensaciones exigidas. Y con este espíritu acude a Génova, entre el clamor de la oposición de izquierda, deseo-



Caricatura británica por David Low en la que aparecen Aristide Briand, Joseph Chamberlain y Gustav Stressemann, como representación de una Europa dialogante reunida en multitud de ocasiones intentando un acuerdo general que nunca se obtendría.

(3) *Ver: «Los militares alemanes y el nazismo.» Tiempo de Historia, n.º 69.*

sa de encontrar otros métodos menos belicosos para resolver el latente conflicto existente entre los dos países, históricamente rivales.

Por su parte, la Gran Bretaña, también dañada económicamente por el conflicto, pero contando todavía con el soporte de sus colonias ultramarinas, se ve igualmente sacudida por la crisis que afecta al continente. Perdida la hegemonía marítima, su aislamiento con respecto a Europa es creciente. En el interior, el aumento del paro y la inflación provocan oleadas de huelgas, de las que va perfilándose el predominio del sindicalismo de signo socialista. Mantenido por sucesivas coaliciones. Lloyd George, partidario de un entendimiento pacífico tanto con Alemania como con la Unión Soviética, busca con su política una expansión comercial para el reducido mercado británico de productos manufacturados. Ello le llevará a enfrentamientos con una Francia decidida a llevar hasta sus últimas consecuencias la plasmación práctica de los tratados impuestos a los vencidos. Pero Génova será el último y fallido intento del primer ministro británico para sostener su prestigio personal y la línea moderadamente progresista de sus gobiernos. Al igual que en la otra orilla del canal, también los británicos confiarán, en el otoño de 1922, el gobierno de su país al partido conservador.

En quinto lugar, entre las potencias europeas, Italia vive los últimos momentos de la democracia liberal con que se había dotado a partir de la unificación bajo la dinastía de Saboya. Faltan muy pocos meses para que —en octubre de 1922— el rey encargue a Benito Mussolini la formación de Gobierno. La crisis económica, la inestabilidad social, la ineficacia política y la presencia del agresivo fascismo, habían dominado la escena italiana desde el mismo final de la guerra. Italia había salido de



La clase política y militar alemana se divide en los primeros años veinte entre los partidarios de un acercamiento al Este y quienes propugnan la vuelta hacia las potencias occidentales. La prensa adopta también posiciones y expresa los puntos de vista de estos contrapuestos grupos de interés. En la imagen, el magnate Eduard Spranger.

ella dentro del campo de los vencedores, pero había sufrido devastaciones mayores que la propia Alemania. El apoyo financiero otorgado a los fascistas por los centros de decisión económico va a dar su fruto. Muy pronto, el partido de Mussolini se convertirá en pionero y modelo para los demás movimientos similares que surgirán en toda Europa durante los años siguientes.

Fuera del ámbito europeo, los Estados Unidos de América, único verdadero vencedor de la contienda, recoge los resultados obtenidos por medio de ella. Una administración republicana, presidida por Warren Harding, apaga las veleidades liberalizantes y a veces utópicas del anterior Presidente, Wilson. El aislacionismo político no impide un crecimiento del comercio exterior, siempre con saldos a su favor, incrementados por la preocupación de las deudas de guerra que sus aliados europeos deben satisfacerle. Es, en el interior, la época del reaccionarismo social y del fuerte proteccionismo económico, que ampara una gran protección de la *industria en detrimento* de la agricultura. Una literatura de alta calidad ilustra de la manera más diáfana este período, determinado por un puritanismo moralizador y por el estallido de la conflictividad entre la sociedad rural y la industrial, configurando la época del denominado *big business* —gran negocio— de los industriales norteamericanos.

Los militares alemanes y la Unión Soviética

En el momento de la imposición de las cláusulas de Versalles, los intereses del disminuido Ejército alemán vienen a identificarse con los de los grandes magnates de la industria pesada —el hierro, carbón y acero del Rhur—. Privados ambos sectores de posible expansión debido a la prohibición de la fabricación de material bélico, unen sus aspiraciones en la posibilidad de un giro hacia el Este: La Unión Soviética, ahora pacificada, ofrece inmensas perspectivas. Y de la misma forma que, antes de 1914, militares e industriales habían actuado al margen del Gobierno, ahora también los primeros contactos confidenciales con las autoridades soviéticas tendrán lugar sin el conocimiento del gabinete ministerial.

En noviembre de 1919, el general Von Seeckt es nombrado jefe del *Truppenamt*, especie de Estado Mayor del Ejército, ahora camuflado bajo nueva denominación al ser formalmente prohibida su existencia por los aliados. Von Seeckt, además de representar la figura clásica del militar prusiano, reúne una serie de cualidades particulares que harán posible que se convierta en el alma de la nueva *Wehrmacht*, resucitada entre sombras. Una extraordinaria agudeza política le lleva a aceptar inmediatamente y sin discusión el esta-

blecimiento del sistema republicano-democrático. Para el Ejército podrá servir esto en varios campos. Por una parte, sería utilizado como eficaz cobertura para todas las actividades encaminadas a la reconstrucción del poderío militar alemán. Por otra, permitiría —prevista ya su futura debilidad— no solo la conservación, sino el acrecentamiento de todos los privilegios y ventajas que la casta militar poseía anteriormente.

Por todo ello, la actitud de Von Seeckt se diferencia totalmente de la de aquellos altos jefes obcecados, como Luddendorf y Von der Goltz, que se oponen formalmente al sistema republicano. El fracaso del *putsch* de Kapp, en mayo de 1920, ha significado el hundimiento de las esperanzas de muchos de estos militares nostálgicos de la imposición de un régimen autoritario. Muchos de ellos se unirán en los años siguientes al movimiento nazi, pero por el momento, la tendencia general dentro de las fuerzas armadas es la de aceptación, aparentemente resignada, de la nueva situación, de la que comienzan enseguida a obtener considerables rendimientos.

Entre los meses de abril y octubre de 1920, había tenido lugar la guerra ruso-polaca. La resucitada Polonia del mariscal Pilsudski se había lanzado a una guerra de expansión sobre el territorio ruso. A las iniciales victorias sigue el contraataque y la retirada, que lleva al Ejército Rojo —comandado por el futuro mariscal Tujachevski— hasta los mismos arrabales de Varsovia. Salvará a la capital una desesperada defensa y la ayuda recibida de Francia. El triunfo final de las armas soviéticas impresiona fuertemente a los militares alemanes, e incluso llega a producir una auténtica oleada de entusiasmo popular la victoria del ejército de Trotski sobre el disparatado expansionismo de una Polonia que da comienzo a su vida independiente enfrentándose innecesariamente con sus poderosos vecinos.

A partir de este momento, los militares profesionales alemanes ostentan posturas de admiración y respeto por el ejército bolchevique, contribuyendo con ello a fortalecer la idea de una posible alianza con el poder establecido en Moscú, que ha demostrado sobradamente contar con condiciones de supervivencia. En círculos militares de Berlín no se oculta incluso la conformidad ante la idea de que la Rusia bolchevique ocupe de nuevo la totalidad del territorio polaco, recuperando así las fronteras de 1914. La buena disposición de Moscú hacia Alemania queda demostrada —como contrapartida— en el cuidado con que el Ejército Rojo trata de respetar las fronteras alemanas del Este. Las autoridades soviéticas, con el mismo Lenin al frente, comienzan a ver claramente que la única posibilidad que queda para atenuar el rigor del bloqueo occidental es el acercamiento a Alemania.

Así pues, ya en la primavera de 1921 estaban entablados contactos militares alemanes en Moscú, al margen de la ac-



Maxim Litvinof (1876-1951), comisario soviético para los Asuntos Exteriores. Hasta 1939 en que será sustituido por Molotov, dirige la política externa de la Unión Soviética en su apertura diplomática, iniciada en Rapallo.

ción política oficial, que se desarrolla muy lentamente, y sólo en el plano de acuerdos sobre prisioneros de guerra. En el otoño de ese mismo año se concretan ya convenios sobre la instalación de fábricas de material de guerra en territorio soviético dirigidas por personal técnico alemán. El Ejército germano, pese a su conservadurismo medular, posee altos niveles de realismo, que le indican la conveniencia de un acercamiento hacia la Unión Soviética, como forma de eludir las imposiciones aliadas, que pretenden hacer de él una mera imagen simbólica sin valor efectivo alguno.

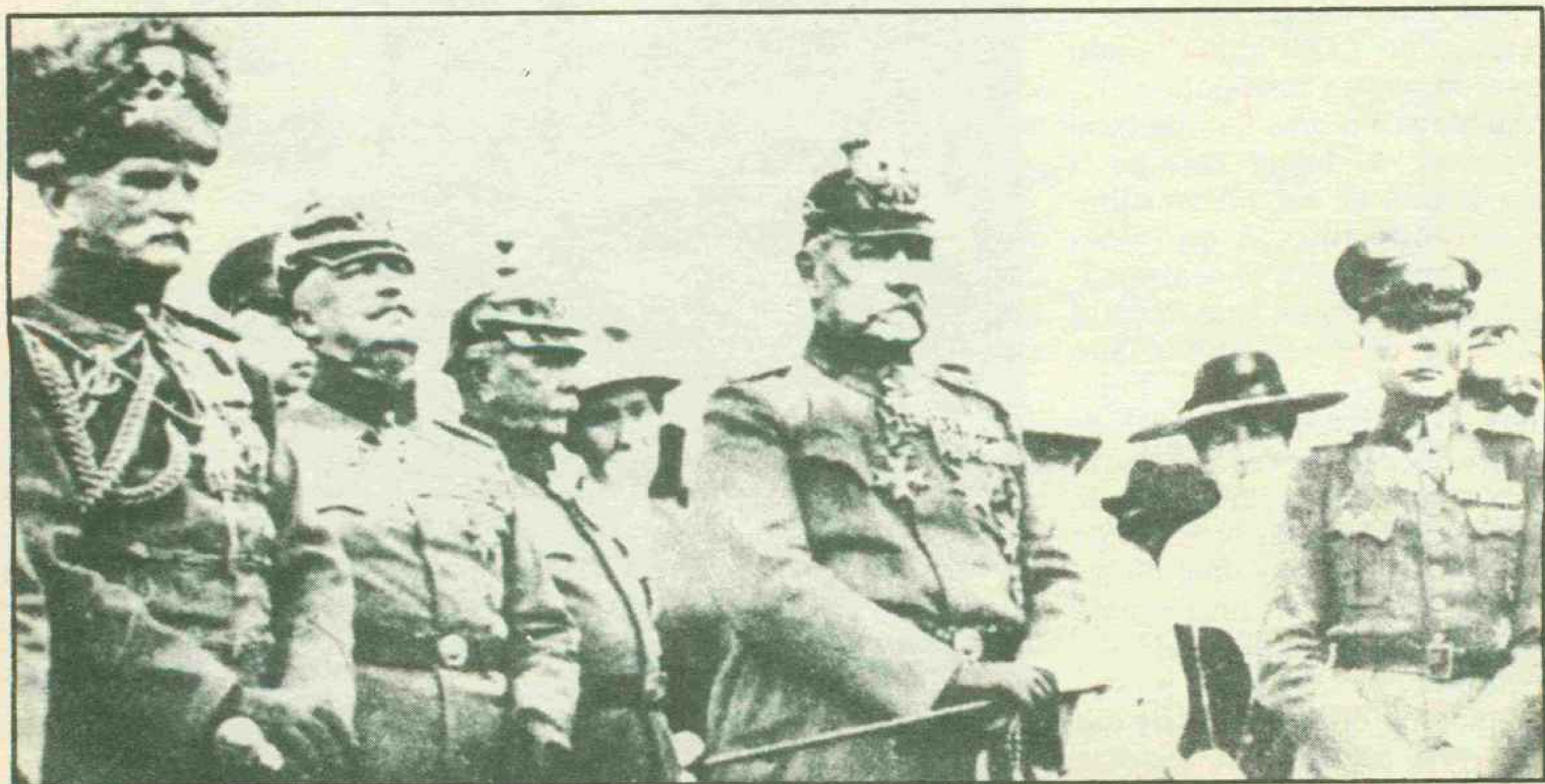
Prólogo político

Durante las jornadas revolucionarias de 1918 y 1919 en Alemania, la Unión Soviética no había cesado en ningún momento de alentar a los elementos que dirigían el combate contra el orden establecido. Para Lenin y los demás dirigentes soviéticos, era —como es sobradamente conocido— Alemania el guía de la revolución mundial. Rusia no habría sido mas que un precedente fortuito. Pero restablecido el orden en el territorio del Reich, se oscurecen las esperanzas en la plasmación de la idea de una Alemania directora de la revolución mundial.

Aplastada la agitación por la fuerza, un agitador procedente de Rusia, Radek, es detenido por las autoridades e internado en prisión. El desarrollo de su condena ilustra perfectamente el interés existente entre los círculos decisorios alemanes acerca de una temprana posibilidad de acuerdo con una Rusia que, por el momento, parece dispuesta a apoyar cualquier movimiento de signo subversivo. Radek durante su encierro, y debido a su importancia personal, acaba convirtiéndose en aglutinador de todas las tendencias proorientales existentes en la Alemania postimperial. Incluso el occidentalista decidido Rathenau llega a visitarle para sondear su opinión acerca de la disposición del Gobierno soviético. Poco después será puesto en libertad. Se llevará a Moscú el esbozo de lo que se convertirá en el tratado de Rapallo.

Dos tendencias se enfrentan respecto a esta cuestión entre las clases dirigentes alemanas. Por una parte, los partidarios del *difícil y condicionado* entendimiento con los occidentales. El principal centro de esta tendencia se halla en el partido socialdemócrata, de carácter reformista una vez abandonada la vía revolucionaria. Los socialdemócratas habían constituido el principal soporte de la República en los difíciles momentos iniciales, y ahora veían en un vuelco hacia la Europa occidental la única solución al desarraigo de Alemania en el concierto de las naciones.

Enfrente, se encuentran los progresivamente fortalecidos partidarios de un giro hacia el Este. Rusia, además de ser el otro gran país apartado de la aceptación de las potencias, ofrece —elemento decisorio— la posibilidad de burlar las imposiciones de Versalles. En este grupo vienen a reunirse, en extraña alianza, la extrema izquierda revolucionaria —mirando hacia el triunfante modelo ruso— con la derecha más reaccionaria, hostil a un Occidente que intenta asfixiar a Alemania. Los grandes industriales, impedidos de expansionar sus negocios, consideran al Este como la salida natural para sus productos. De la misma forma, los inversores,



De izquierda a derecha, von Mackensen, Luddendorf, Hindemburg y von Seeckt. La preeminencia militar en la vida de la Alemania de entreguerras determinará, en gran medida, toda su política y nunca dejará de pesar sobre las instituciones civiles, que de esta forma ven mediatizada su actuación teóricamente libre.

que aspiran a aprovechar las posibilidades que parece ofrecer la Unión Soviética, carente de toda clase de medios para su reconstrucción agrícola e industrial.

Por el momento, el Gobierno lo ignora todo acerca de las conversaciones ya entabladas, mientras mantiene oficialmente posturas extremadamente cautas hacia Moscú, de cara a las potencias occidentales, sosteniendo, sin embargo, su negativa inicial a cooperar en el bloqueo económico que éstas están dispuestas a imponer al desangrado país. El mismo Stressemann condena la rigidez occidental en el tema, y defiende el derecho de Alemania a sustentar posiciones diferentes. Incluso los mismos occidentalistas alemanes se ven impelidos por la actitud de las potencias —Francia en primer término— a admitir gradualmente las ventajas de un acercamiento al Este.

Mientras la aproximación política y económica se lleva a cabo muy cuidadosamente, pero de forma abierta, las conversaciones militares son conducidas en un secreto tal, que todavía hoy no es posible hallar pruebas palpables de su desarrollo en los archivos alemanes susceptibles de ser consultados. Una demostración del interés alemán por un acercamiento a la Unión Soviética, contrapesado por la obligada cautela ante posibles reacciones occidentales, es la rapidez con que Berlín firma un primer tratado comercial normalizado con Moscú en los primeros días de mayo de 1921, solamente pocas semanas después de que el tratado comercial anglosoviético hubiera abierto de forma simbólica la posibilidad de comerciar abiertamente con Rusia. Se ha señalado que estos primeros convenios vienen a significar el entierro oficial de la cruzada antibolchevique que había llevado a los políticos europeos hasta propuestas que llegaban al establecimiento de un cordón sanitario para evitar el contagio de la revolución.



El mariscal soviético Tujachevski en su juventud. Este célebre militar, presente en las épicas batallas de la guerra civil, será una de las víctimas más destacadas de las purgas estalinianas.

Por parte de los dirigentes de Moscú, el interés hacia una concordia con Alemania está basado en una serie de necesidades urgentes y primordiales. En primer lugar, la desconfianza justificada del poder bolchevique hacia un acuerdo tomado por las potencias sobre la explotación de sus recursos en un plan totalmente colonial, les empuja hacia el país que tradicionalmente había sido su fuente de importación tanto de productos industriales como de técnica de todo tipo. Ya antes de la guerra, la Alemania guillermina había sido el principal país en el comercio exterior de la Rusia zarista. Ahora, era necesaria, más que nunca, la aportación germana para la reconstrucción del país, que se debate entre el hambre y la ruina.

Desde un punto de vista ideológico, nunca desdeñable a los ojos de los nuevos poderes revolucionarios, Alemania constituye el hogar sagrado de la revolución, a pesar de haber sido aplastados todos los intentos por implantarla. En relación con este punto, los sectores alemanes más reaccionarios admiten una alianza con la Rusia bolchevique aplicando la doctrina particular a aliarse con los dirigentes del Estado que interesa, independientemente de su ideología y, por supuesto, decididos a ahogar cualquier intento que se hiciese por imponerla dentro de su país. Este practicismo, al que también se adhiere, por el lado contrario, Lenin, es causa, entre los más altos dirigentes soviéticos, de profundas desavenencias que enfrentan a quienes se niegan a pactar con un Gobierno burgués —como Zinoviev y otros jefes del *Comintern*— y esperan todavía el triunfo de la revolución en las calles de las ciudades alemanas, y los partidarios de una alianza, que finalmente acaban por triunfar en la pugna.

La condición general que se intenta imponer a los soviéticos es la del reconocimiento de todas las deudas anteriores a 1914 y el compromiso de reparaciones sobre los bienes extranjeros nacionalizados. Junto a esto, la permisión del control de las finanzas nacionales y de las explotaciones de las riquezas del territorio. La Gran Bretaña de Lloyd George acude a Génova con buen talante, dispuesta a hacer cierto grado de concesiones a cambio de la obtención de resultados medianamente aceptables. Alemania es invitada por su conocimiento de las cuestiones rusas y como mera pieza a disponer en caso necesario. Francia y los pequeños países de su órbita acuden con un ánimo muy diferente. Poincaré ha encargado a Barthou el mantenimiento de una rígida postura de oposición a toda concesión que implique la pérdida de la menor fracción de las reparaciones a las que asegura tener legítimo derecho.

A su paso por Berlín, la delegación soviética, encabezada por Chicherín, intenta del Gobierno alemán la firma de un tratado bilateral cuyo borrador está ya preparado según líneas generales trazadas por los contactos precedentes. Pero el ministro germano de Exteriores, Rathenau, no abandona su conocida posición intentando un



Heinrich Bruning (1885-1970), perteneciente al partido alemán del Centro, será jefe del Gobierno en 1930 y bajo su mandato será solucionado el problema del pago de las reparaciones a los aliados. En los primeros tiempos de la República, es ya un prometedor político del sector conservador.

acercamiento a Occidente hasta el último momento, y demora el acuerdo. Ya en Génova, los soviéticos, negándose desde un principio a aceptar las imposiciones occidentales, vuelven nuevamente hacia Alemania su mirada. Incluso hacen llegar a la delegación de Berlín rumores acerca de una posible exigencia de reparaciones por parte rusa en virtud del vigente tratado de Versalles. Según esto, los aliados estarían dispuestos a cobrar sus propias reparaciones de Rusia a base de los pagos efectuados a ésta por Alemania.

Dentro de este ambiente irreal y ambiguo, la delegación soviética tiene muy clara su intención de no querer convertirse en una colonia económica de Occidente, mientras Alemania sigue siendo apartada de los centros de decisión común. Será de hecho esta cerrazón de las potencias la causa determinante del acuerdo final a que llegarán los dos países marginados. En la madrugada del día 16 de abril, la delegación soviética propone a la alemana la firma de un acuerdo sobre el texto ya existente. Las vacilaciones de Rathenau son vencidas por la presión personal del canciller Wirth. De esta forma, a las cinco de la tarde de ese día, se celebra la breve ceremonia de la firma. Es el triunfo del sector proorientalista situado en los altos círculos alemanes. La República de Weimar, como la Rusia soviética, no quería verse rodeada por una alianza general hostil. Los intereses mutuos habían hecho posible esta alianza, que a primera vista podría parecer antinatural.

El estupor y la cólera planean ahora sobre los asistentes a la conferencia y sobre sus respectivos Gobierkos, que ven en el tratado una demostración del doble juego llevado por las dos partes firmantes. De modo inmediato significa el fracaso de la reunión, que verá languidecer sus sesiones durante unos pocos días más. El endurecimiento de posturas se hace evidente, sobre todo en el caso de la Unión Soviética, que se ve fortalecida. Llegan a aflorar cuestiones hasta entonces escondidas, como la rivalidad entre británicos y norteamericanos por la explotación en exclusiva de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. La intransigencia francesa, ahora ya ineficaz, alcanza niveles que llegan a lo grotesco. La aceptación final por Gran Bretaña de la nueva situación busca finalmente, siguiendo con una consecuente línea de actuación, la obtención de mayores ventajas de las que podría reportarle una enfrentada oposición a una realidad que se presenta ya como inmodificable.

El tratado y sus consecuencias

La misma firma del tratado tenía en sí mucha mayor importancia simbólica que los propios puntos relacionados en el texto. Este garantiza la renuncia a toda posible reclamación y la reanudación de las relaciones diplomáticas y consulares. La sección más importante corresponde a los aspectos económicos, que serían desarrollados posteriormente en tratados particulares hasta hoy desconocidos. El interés de Moscú en la recepción de bienes industriales y asistencia técnica, se complementa con el alemán por la expansión industrial y militar sobre territorio soviético. Ya durante el verano siguiente, mientras el general von Seecky dirige la instalación de factorías y campos de entrenamiento conjuntos, el conde Brockdorff-Rantzau, antiguo jefe de la delegación alemana en Versalles, presenta en la capital soviética sus cartas credenciales como primer embajador de la República alemana.

Es la hora de los grandes industriales. Los magnates del Rhur, con Krupp en cabeza, construyen factorías de material bélico en los Urales, en Kazán y en Petrogrado. La utilización de los productos —aviones, tanques, gas tóxico, etc.— se hace conjuntamente entre militares alemanes y soviéticos, pero siempre bajo dirección germana. En definitiva, este asesoramiento asegura al Ejército Rojo el mayor beneficio del tratado en el plano militar, ya que contribuye de forma determinante a configurarlo como un ejército profesional con altos conocimientos técnicos. Las ventajas generales, a corto y largo plazo, fueron, en definitiva, mutuas. Cada uno de los dos países, además de los beneficios materiales, obtenía la seguridad de la no adscripción del otro a una alianza con los occidentales. Militarmente, los dos ejércitos se reforzaban y perfeccionaban unas técnicas que habrían de servirles para enfrentarse entre sí diecinueve años más tarde.

Pero la real debilidad del tratado venía dada por su carácter negativo: la hostilidad

común hacia las potencias. Sin embargo, por el momento, la opinión europea los observa temerosa y expectante, al imaginar la existencia —nunca probada— de cláusulas secretas de tipo militar que podrían hacer peligrar la difícil paz. Dentro de Alemania, la firma del tratado es ampliamente criticada. Rathenau es, paradójicamente, acusado por algunos sectores de la extrema derecha de haber vendido el país a los bolcheviques. Será el último acto de una campaña dirigida contra su persona por su cualidad de industrial judío políticamente liberal. Dos meses más tarde —el 28 de junio de 1922— es asesinado en Berlín por extremistas de derecha. La judicatura nunca pondrá especial énfasis en descubrir y castigar a los instigadores del crimen. Alemania se encuentra ya en el largo prólogo a la dictadura nacionalsocialista.

El carácter oportunista del tratado ofrece como consecuencia final unos logros en realidad muy modestos en comparación con su posible potencial. Los inversores alemanes no encuentran en la Unión Soviética las suficientes garantías de seguridad y se retraen. Paralelamente, grandes reticencias dominan las relaciones políticas. Pero la gran beneficiada en este campo, la Unión Soviética, puede a lo largo de los siguientes cinco años apoyarse en el acuerdo para enderezar su precaria posición en Europa. Con el ascenso de Hitler al poder el tratado puede darse por muerto. Seis años más tarde, en 1939, las mutuas necesidades acercarán de nuevo a estos dos Estados con regímenes tan antagónicos, para lanzarlos enseguida a un nuevo enfrentamiento bélico. Pero la vigencia del trauma causado en la Europa de 1922 por aquel inesperado pacto no ha desaparecido entre historiadores y políticos. Desde el año 1955, en que la Unión Soviética y la República Federal Alemana —heredera ideológica de Weimar— reanudan sus relaciones diplomáticas, cualquier síntoma de entendimiento especial entre los dos Gobiernos es observado con toda cautela por las capitales europeas, mientras retorna el recuerdo de un día de abril —hace ahora exactamente sesenta años— en la pequeña ciudad balnearia de Rapallo, sobre la costa de Liguria. ■

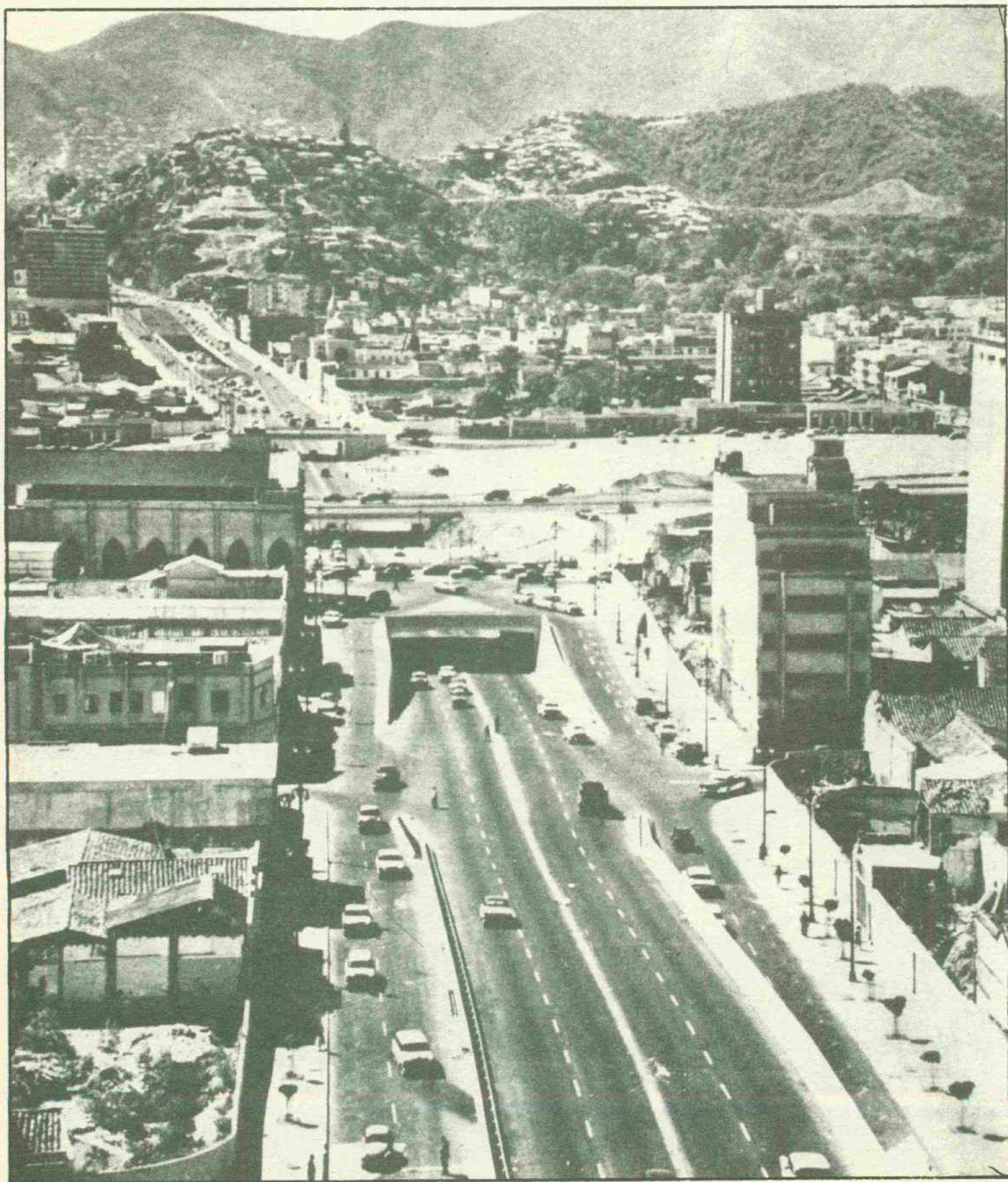
J. M. S. M.



Ya desde antes de la firma del tratado de Rapallo, la colaboración militar entre alemanes y soviéticos era un hecho. A partir de entonces, la Wehrmacht dispone de amplias posibilidades para la utilización del extenso territorio ruso para burlar las disposiciones de los aliados. En la fotografía, oficiales de los dos ejércitos durante unas maniobras conjuntas.

Venezuela en los recuerdos del exilio

Carlos Sampelayo



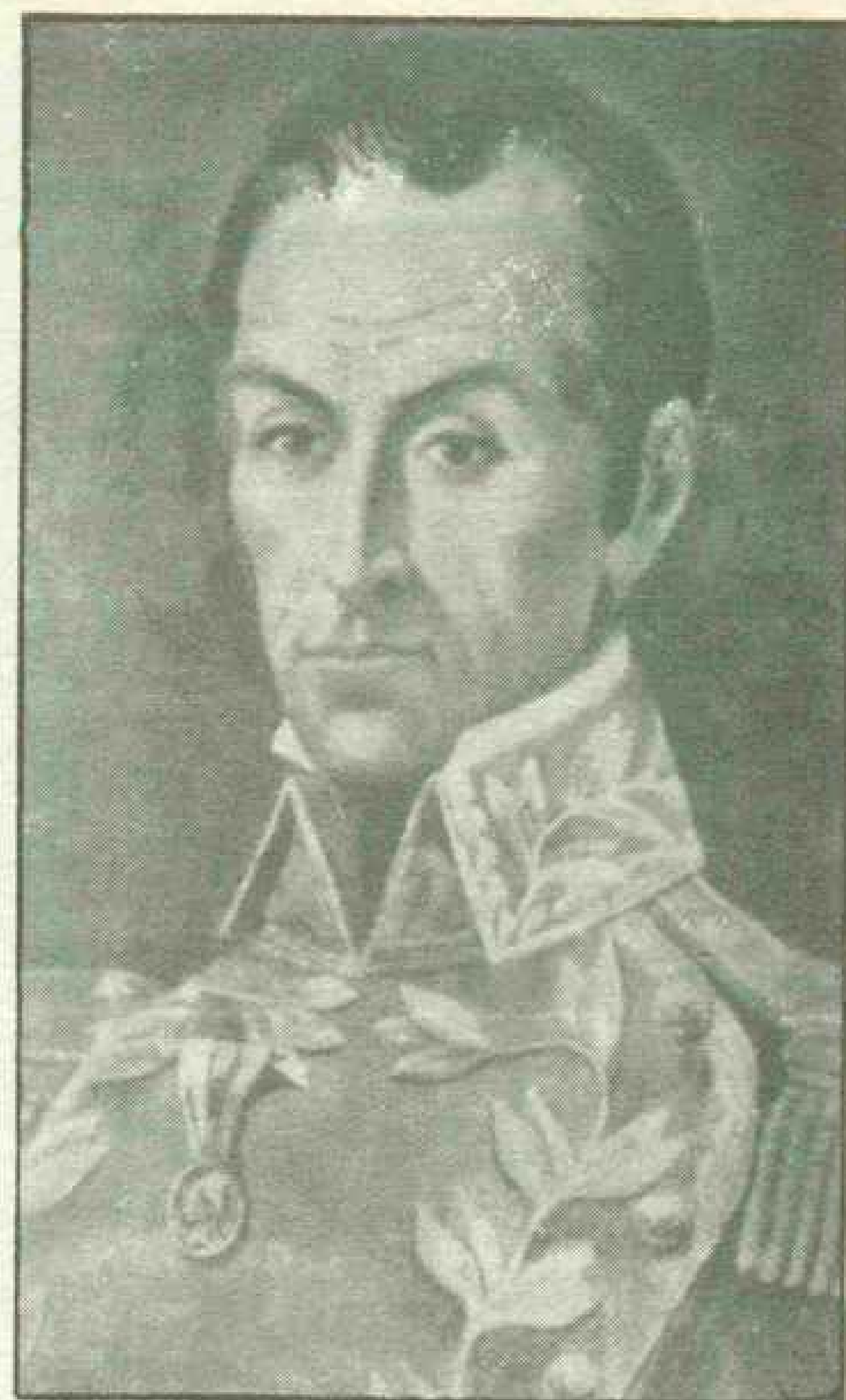
Parte de la ciudad caraqueña, otro de los refugios de la diáspora republicana española. Así estaba cuando la «descubrimos». Al fondo se ve el monte llamado «el Calvario», quizá por el fuerte contraste que ofrecían sus chabolas («ranchitos»), con la riqueza de la burguesía.

Los dictadores suelen dejar a los países sin comer, pero asfaltan carreteras. Así ocurrió con el nefasto mandato de Pérez Jiménez en Venezuela, el dictadorcito que luego fue a la cárcel para responder de sus descomunales riquezas.

Ha sido el signo de las dictaduras del siglo. Hambre y asfalto. La Italia de Mussolini también tenía buenas carreteras por las que transitaban cómodamente los mendigos harapientos. La España de Primo de Rivera también. Recuerdo los *entrefilets* continuos del «Heraldo»: «Gobernar no es asfaltar».

Hitler quiso hacer asimismo algunas autopistas, pero no le dio tiempo. Detentó el poder menos años que Pérez Jiménez, quien no tuvo necesidad de patrones europeos, si no era para seguir una nueva «ética» de la tiranía: Robar pero construir.

Sus viejos patrones, los de Cipriano Castro —30 años— y Juan Vicente Gómez —29 años— todavía son posibles en muchos países americanos. Viejos estilos, pero no pasados de moda y modos políticos.



Simón Bolívar, santo y seña de los venezolanos, de cuyos labios nunca desaparece su nombre y sus hazañas independentistas.

Aquellos ni carreteras hacían. Eran tan machos que no se molestaban en disimular una prosperidad externa.

Cipriano Castro hasta le declaró la guerra al Kaiser. Congregó a unos soldados en la plaza Bolívar, y leyó un bando en que desafiaba al emperador de Alemania, que no se debió enterar.

De aquel dictador se contaban verdaderos episodios de película «cantinflera». Como cuando se produjo un fuego en los bajos del palacio de Miraflores, residencia presidencial aún en la actualidad. Castro, que estaba en su despacho del piso alto, en la imposibilidad de huir de las llamas por la escalera, abrió un paraguas a guisa de paracaídas y se arrojó con él por el balcón al espacio. Naturalmente, se rompió una

Cipriano Castro (Capacho, 1858 - Puerto Rico, 1924). Presidente de los Estados Unidos de Venezuela de 1899 a 1908, en que fue suplantado en la primera magistratura de la Nación por su vicepresidente, Juan Vicente Gómez.

Juan Vicente Gómez, el «Benemérito», dictador de Venezuela durante veintisiete años, hasta su muerte en 1935. (En la fotografía, en primer término, Gómez; detrás, el presidente de la República, Dr. Juan Bautista Pérez, y a su lado Eloy Tarazona, hombre de confianza del «Benemérito», en Maracay, en 1930).



El teatro Municipal, el único de la Caracas de las dictaduras, todavía existente, pero entonces abandonado por la incuria artística del régimen.

pierna, que era lo menos que se podía romper.

Juan Vicente Gómez, llamado «sotto voce» Juan «Bisonte» fue uno de los más crueles del «mapa-mundi». Colgaba a los presos políticos por las partes llamadas decentemente pudendas, merced a un aparato especial inventado por él y sus hermanos. Algunos de los políticos liberados por la predemocracia sucesoria sufrían una distensión monstruosa en el aparato genital. Aquella autóctona tortura se mantenía en cada preso de diez a veinte minutos, según las penas o la confesión que se trataba de obtener. El presidio caraqueño de «La Rotonda» tenía una historia siniestra. Fue derribado más tarde por el general López Contreras, durante su

presidencia, para borrar todo vestigio del tenebroso mandato. López Contreras, que había sido ministro de la Guerra con Gómez, no tuvo inconveniente en acoger a exiliados españoles, pero haciéndoles cambiar el pasaporte de la República por el franquista, y hasta en dejarles trabajar si con ello se mejoraba la técnica y la cultura del país. Yo confeccioné su periódico diario «Crítica»; pero me echó a la calle cuando encabecé la primera página con el título: «Ayer fue asesinado el presidente de la Generalidad de Cataluña». Sin embargo, para los reaccionarios pasó a la posteridad como el «General Pendejo».

Juan «Bisonte», otro de los que sirvieron de modelo a Valle-Inclán para su admirable «Tirano Banderas», era de una ignorancia inefable. Con motivo de una ceremonia en que el embajador de España le impuso la cruz de Isabel la Católica, al despedirse de él le dijo:

—Estoy muy agradecido, señor embajador... Le ruego que salude usted en mi nombre a doña Isabelita...

Vivió siempre en Maracay, una bella y alegre ciudad a 130 kilómetros de Caracas, donde creía encontrarse más seguro. Tenía más de cien hijos naturales, a los que ni siquiera conocía en su mayor parte. En su charla con el arzobispo, que llegó a reconvenirle porque no se casaba por la ley de la Iglesia con la dama de turno, el tirano le respondió:

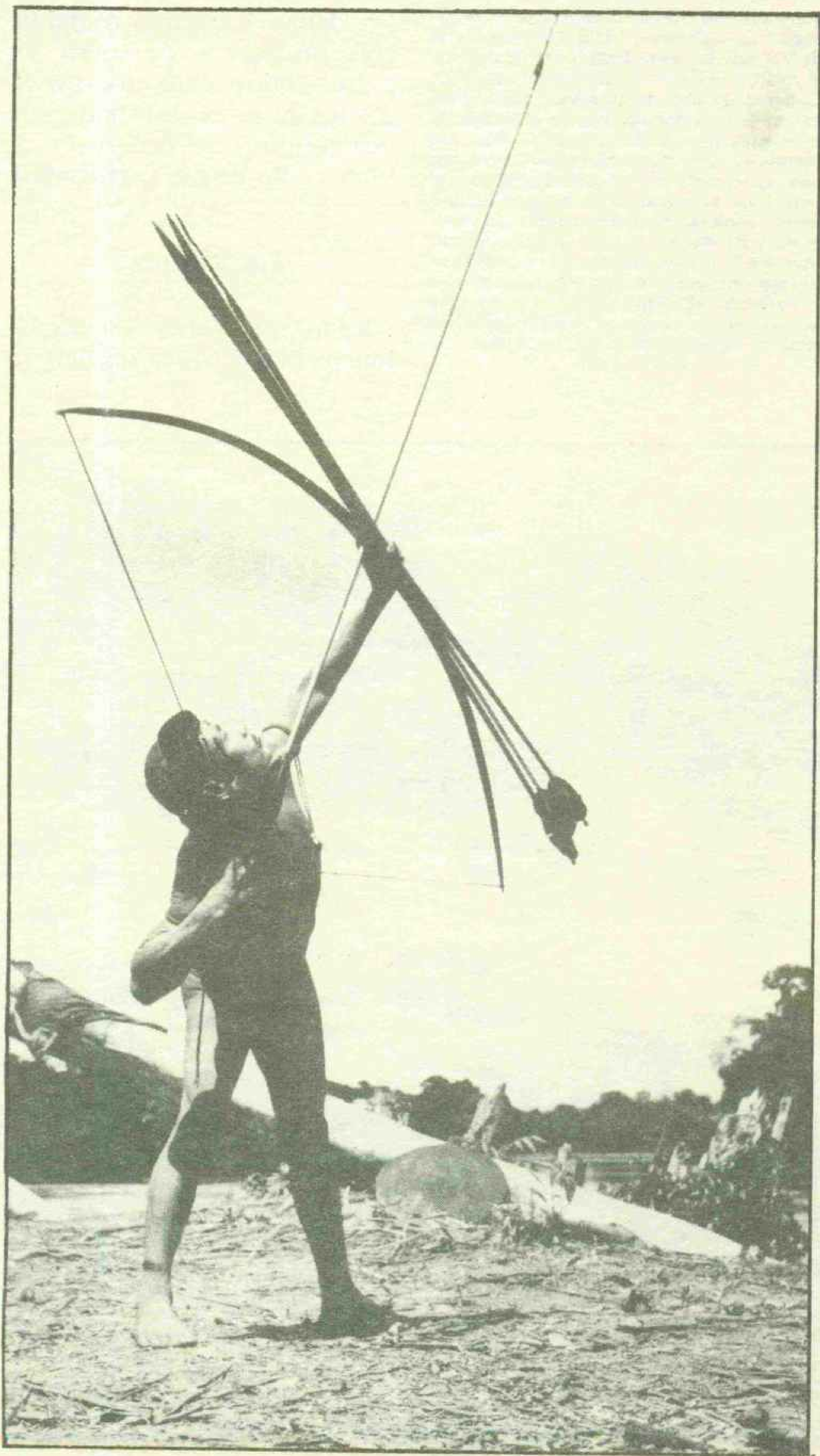
—Aquí los únicos que no nos casamos somos Su Excelencia y yo.

A la clase obrera la tenía aterrada desde que fue a visitarlo un comité de ocho trabajadores para pedirle que les dejara constituir un sindicato. Los ocho entraron en el palacio... pero no volvieron a salir.

El fallecimiento del dictador permaneció en secreto durante tres días, temorosos los hombres del Gobierno de que se produjeran disturbios. Pero cuando no tuvo más remedio que hacerse público, sólo hubo que lamentar el saqueo de dos o tres tiendas de comestibles en Caracas.

¡Muy distinta aquella Venezuela! No había rascacielos. Sus calles cobijaban todavía esas viejas casas señoriales que por fueran eran lisos muros enigmáticos y por dentro salones, estancias y patios de ensueño, que recordaban una Córdoba y una Sevilla estilizadas por la ostentosa emulación de la colonia. Ventanas con celosías y rejas hasta el suelo, canceles, arriates. Todo muy limpio, muy brillante. Y dentro... «whisky».

Encontramos al venezolano atento, dulce, a veces exquisito. Había estudiado en Europa y conocía los Estados Unidos a



Guerrero Guayca del interior del país.

través de los dos barcos semanales que hacían el viaje de La Guayra a Nueva York sin escalas.

Encontramos al venezolano civilizado, elegante, mundano, cosmopolita. Y muy deportivo. «Base-ball» y atletismo. Apenas había fútbol. Un contraste muy violento entre la miseria y la opulencia.

Desorbitadas las cosas, podía decirse que otras de las que habían crecido en Venezuela era la afición al toreo. Se intensificó por el auge y la propagación después, de la dinastía Girón. Sin embargo no había en Caracas nada más que la vieja plaza denominada paradójicamente Nuevo Circo, con los palcos a nivel de las barreras, plaza grata y señorial, donde se oía a las gentes una corriente expresión jamás oída en ninguna otra plaza del mundo, *cuando* el *torero* tiene una tarde mala:

—¡Ojalá te coja el toro...!

La población de Caracas tenía entonces 250.000 habitantes. Una delicia. Sus necesidades docentes convergían en la tradicional «alma mater» de la vieja Universidad Central, fundada en 1725 por edicto del rey Felipe V, bello edificio de estilo neo-gótico, en cuyas aulas daban brillantes conferencias profesores de todos los países, entre ellos nuestro Jiménez de Asúa. Los más grandes hombres de Venezuela habían salido de esa universidad.



Juan Vicente Gómez (San Antonio del Táchira, 1854-Maracay, 1935). Hombre fuerte de Venezuela desde 1908 hasta su muerte, el mismo día y mes que Bolívar, de 1935. Gobernó despóticamente Venezuela, delegando la presidencia, que no el poder, en diferentes presidentes títeres: —Márquez Bustillos, Juan Bautista Pérez— para dar una apariencia de constitucionalidad al país. Bajo su mandato se hicieron las primeras exploraciones petrolíferas en Venezuela y de alguna manera su personalidad marcó a la nación durante un cuarto de siglo para desgracia de los venezolanos, que lo llamaban «El Bagre» (pez de la América ecuatorial que posee en la aleta dorsal un robusto aguijón, usado por los nativos como arma).

La riqueza

Claro que Venezuela era entonces como ahora un país ri-

El petróleo afloró durante años como única riqueza sobre la superficie venezolana y fue la codicia de los dictadores al servicio del imperialismo extranjero.

co, pero la riqueza no era toda del país, y la que lo era estaba repartida en unas cuantas familias. De ahí la violencia del contraste antedicho. Como toda la riqueza de América del Sur, la mitad pertenecía a América del Norte. Las petroleras norteamericanas de Venezuela llegaban en su coba al país hasta construir templos en los pueblos de trabajadores como Lagunillas —sobre el lago maracucho— donde después de un gran incendio que lo asoló por completo, renació a la vida dinámica del entorno agringado.

Históricamente, Venezuela fue siempre una nación rica, por la estabilidad de su sistema monetario. El cambio se mantenía constantemente con regularidad prestigiando el bolívar, la moneda nacional que recordaba la apariencia de las de dos pesetas españolas de la época alfonsina, y el «fuerte», moneda de cinco bolívares, asimismo de plata pura, un poco más grande que aquel antiguo y «sabroso» duro español.

El Banco Central de Venezuela, fundado en 1940 poseía una reserva de 1.590 millones de bolívares. El desarrollo industrial comenzaba a ser tan intenso como el cultural. La expansión de los créditos comenzaba también a ser más amplia que en ningún otro país de la América Latina. No todos tienen un lago «de oro» como el de Maracaibo.

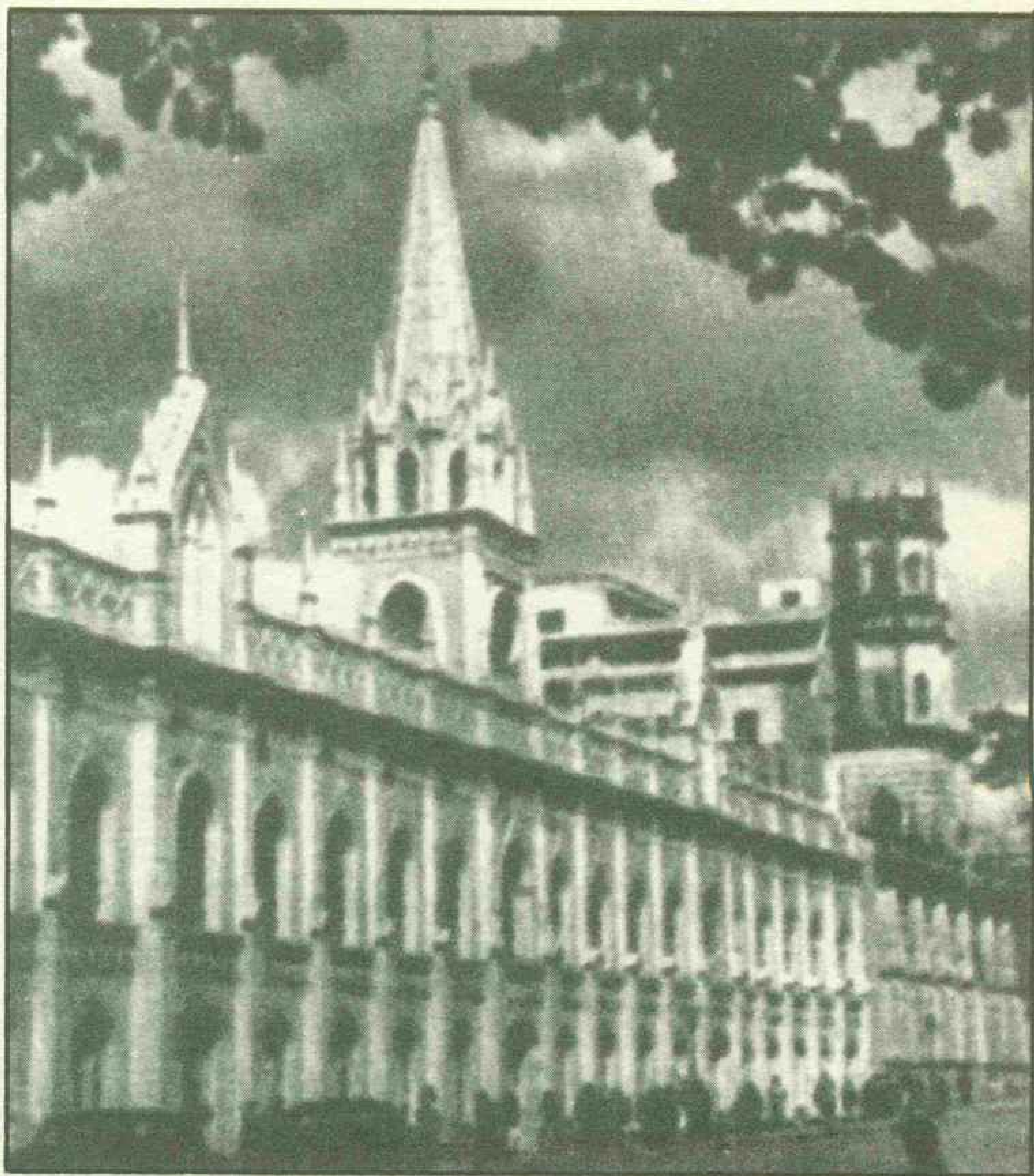
Los hombres y sus obras

Los dictadores a veces hasta tienen suerte. La dictadura del coronel Pérez Jiménez fue insolente en la fortuna. El primer «boom» del petróleo coincidió con el primer año de aquel régimen. En 1953, la producción de oro negro que rendía únicamente 95 millones de toneladas, ascendió a 146 en 1957.

En 1956 y 1957, el coronel, adiposo, mofletudo, cruel y



Vista parcial de un complejo de edificios en la avenida Bolívar de Caracas, en construcción cuando llegaron los primeros exiliados españoles.



La vieja Universidad de Caracas, donde nuestro Jiménez de Asúa dio lecciones que aún se recuerdan.

chaparro —también— como un mojón de carretera, negación del más elemental sentido al sojuzgar a un pueblo como el venezolano durante diez años —menos mal—, concedió nuevas prebendas a las compañías petroleras por una suma de mil millones de dólares.

Cuando el dictador desembarcó en Miami, después de la revolución del 23 de enero de 1958, sostuvo un breve diálogo con los reporteros que le esperaban en el aeropuerto:

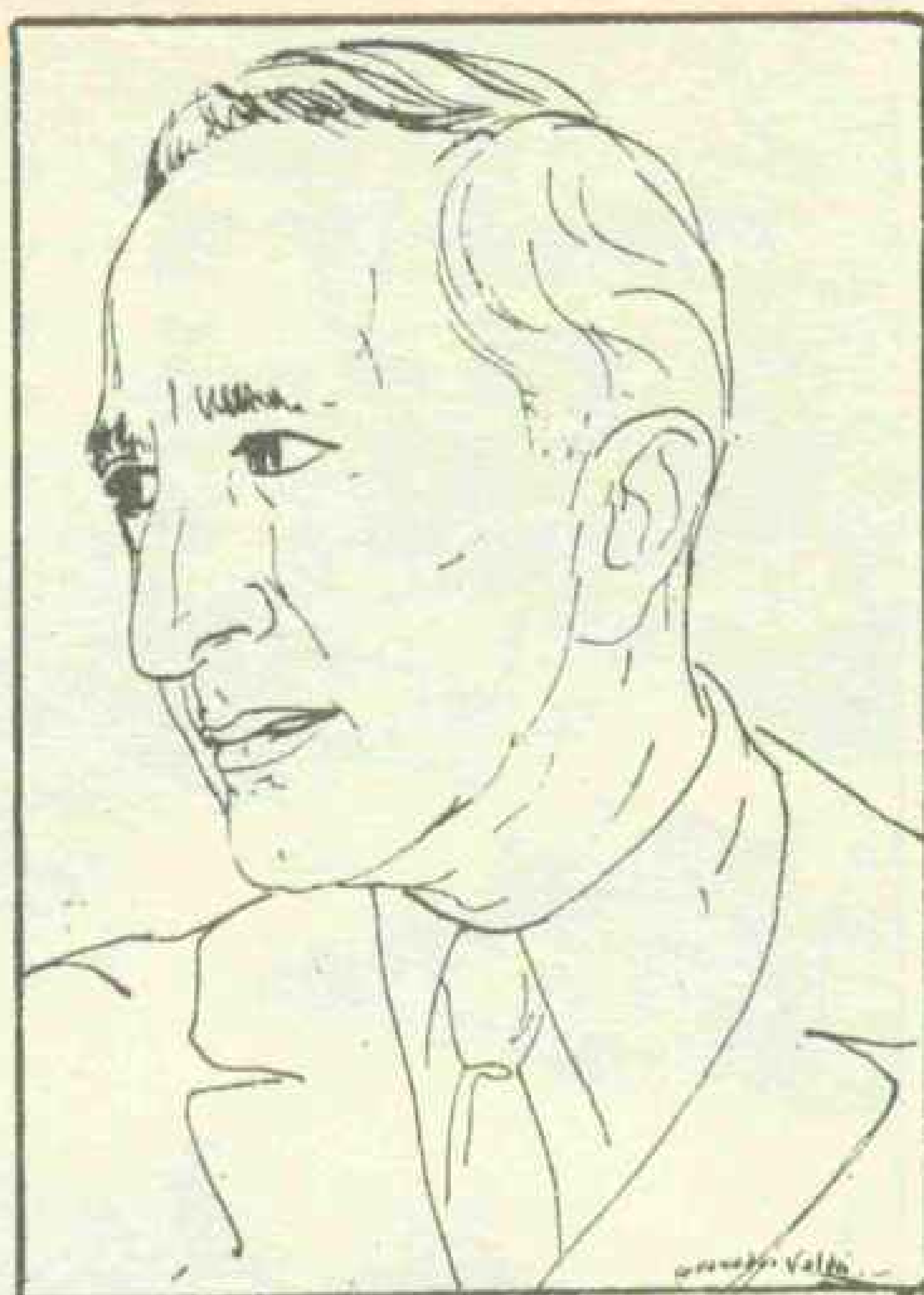
—No se preocupen por mí —declaró—. He *economizado* 200 millones...

—¿De bolívares?

—¡No, hombre! De dólares —respondió el derrocado.

El gobierno de Betancourt tuvo a su cargo enjugar las deudas financieras producidas por la corrupción del régimen de Pérez Jiménez. Eran muy grandes. El dictador había construido menos de lo que había robado, signo también de casi todos los gobiernos de la América Latina, cuyos países dan para todo, y los partidarios del «vivan las caenas» dicen:

—Que roben todo lo que quieran, pero que hagan algo.



Andrés Eloy Blanco (dibujo de Granados Valdés).

Se refieren a los dictadores, claro.

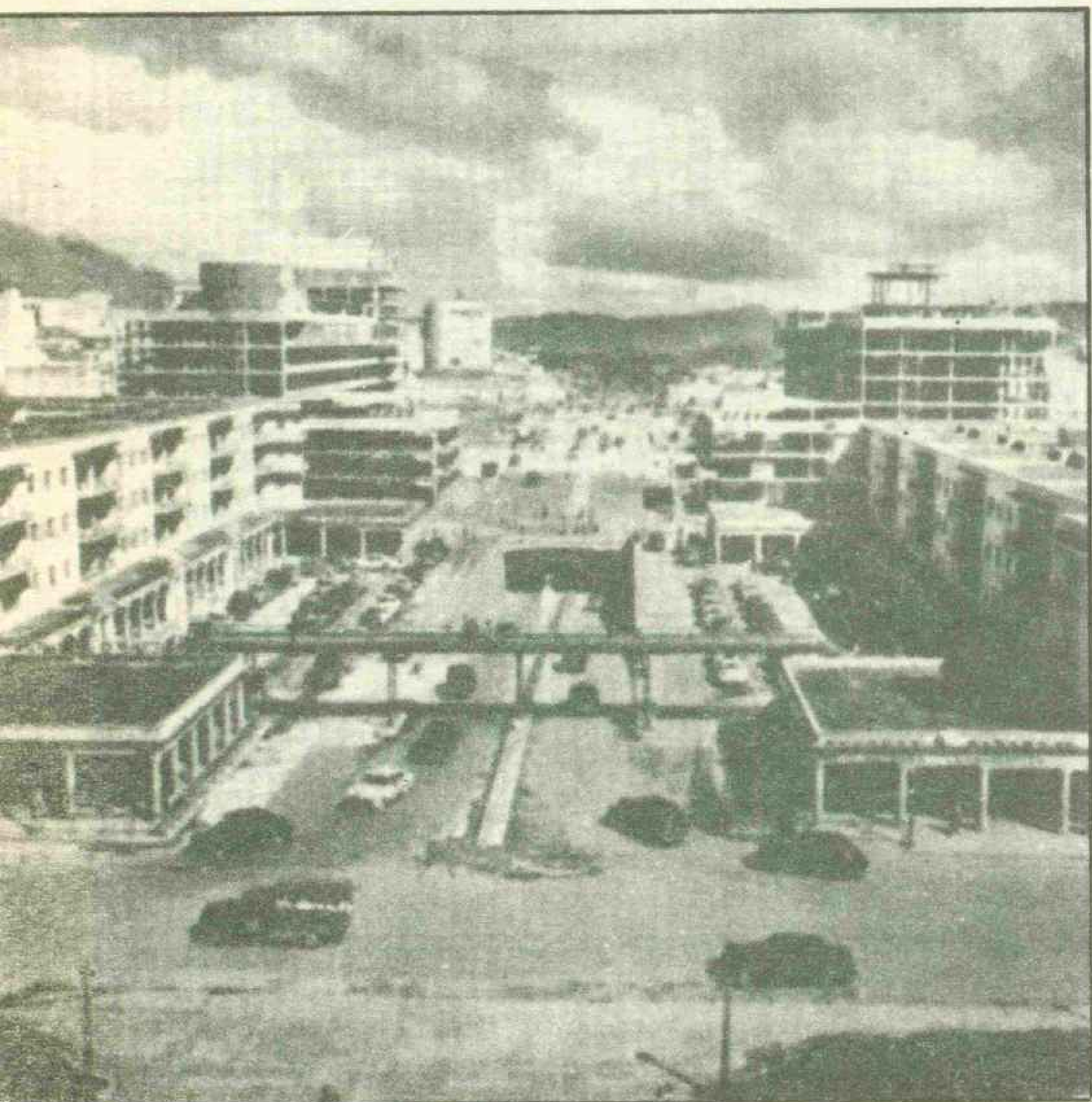
Las multinacionales, para conseguir contratos de trabajos públicos sabían que convenía ofrecerles confortables comisiones a los favoritos del caudillo y a ciertos grandes funcionarios, como en todas las dictaduras. La corrupción sólo se puede denunciar después.

La «obra» de Pérez Jiménez

Toda una clase de nuevos ricos estaba interesada en sostener la dictadura. Hoteles suntuosos, fincas inmensas, teleféricos sobre montañas inaccesibles, avenidas largas y plazas anchas; Pérez Jiménez no escapaba a esa enfermedad infantil de los dictadores de todas las latitudes que quieren a toda prisa perpetuarse en la piedra y en el mármol.

El gobierno que tomó el poder después acabó un plan de irrigación que se hallaba en proyecto. Industrias esenciales como la siderurgia y la petroquímica se desarrollaron después. «Sembrar el petróleo», era una expresión que habían puesto de moda en 1947 los dirigentes del partido de Acción Democrática de Rómulo Betancourt, quienes sembraron entonces para recoger poco y mal. El propio régimen los reconoció después evidentemente:

—Es verdad —dijo Betancourt— que Venezuela es uno de los países latino-americanos que disponen de más importantes recursos vitales y de mejor potencial económico. Pero los dictadores nos han legado muchos problemas. Los mismos, más o menos, que los de otros países de América del Sur: una población que crece a un ritmo excesivo, una mala distribución de la propiedad agraria, un desarrollo industrial insuficiente, un mercado interior muy débil, una concentración demográfica excesiva en las ciudades en detri-



La avenida Bolívar, en construcción durante los años cuarenta. Posteriormente se levantaron dos altas torres que son hoy como el símbolo de la Caracas moderna.

mento del campo, anormalmente despoblado.

Problemas de todos los países que han sufrido dictaduras, diríamos mejor. Mas en lo que se refería a Venezuela era un fenómeno propio la concentración urbana. Un venezolano de cada cuatro vivía en la zona de Caracas; el 80 por 100 de la población estaba concentrado entre la costa y la región montañosa. Las ciudades de Maracaibo, Barquisimeto, Valencia y Maracay, no pasaban entre las cuatro de un millón de habitantes. La desproporción era escandalosa y nefasta.



Andrés Eloy Blanco, en su casa de Cuernavaca (1954) con don Rómulo Gallegos y el poeta cubano Nicolás Guillén.



Carlos Delgado Chalbaud (1910-1950). Militar y político de brillante historial profesional fue miembro significado de la Junta Revolucionaria que en 1945 tomó el poder, desplazando al presidente Gallegos. Ministro de Guerra y Marina y, posteriormente, de Defensa, ocupó provisionalmente la presidencia de la República en 1948, siendo desde noviembre de ese mismo año presidente de la Junta Militar de Gobierno, muriendo asesinado en circunstancias aún no esclarecidas.

Era incontrovertible que aunque la máquina económica fuera brillante, en algunos años había producido inquietudes. Desde 1959, las cifras de negocios de empresas principales estaban en baja. Los «bulldozers», las excavaciones gigantes, todo el material enviado de los Estados Unidos en los últimos años de la dictadura perezjimenista, había desaparecido.

En cuanto a las obras en las regiones del interior, quedaban entonces por hacer, sobre todo la Barra de Maracaibo.

La canalización de la Barra de Maracaibo agregaba un 85 por ciento al área utilizable del lago para la navegación ultramarina. Con ella, todo el Estado del Zulia, y los de Táchira, Mérida y Trujillo —cuya población en conjunto pasaba de un millón y medio de habitantes— recibirían los beneficios.

El amigo de Jiménez

Con el dragado del río Orinoco, la primera arteria fluvial de Venezuela y entonces la quinta del mundo, se hizo posible la navegación trasatlántica hasta 128 kilómetros dentro del territorio del país. En esta forma, los embarques de hierro se hacían directamente en los mismos barcos que debían llevarlo a Europa y los EE.UU.

Quedaron muchas obras importantes por hacer una vez tranquilizado el país. Con las patrullas militares en constante vigilancia, el nuevo gobierno podía hacer poco. La burguesía veía ahora en la solución liberal la regeneración del país y no parecía intentar ya las tutelas militares. El haber acabado su mandato Rómulo Betancourt hacía esperarlo así. Antes, los mandatos no se acababan en la fecha constitucional, como en el caso del otro Rómulo, Gallegos, el gran novelista lleno de buenas intenciones para con su pueblo, a quien derribó al poco tiempo de subir al poder por vía legal, el refinado Delgado Chalbaud, ex alumno de St. Cyr.

En noviembre del 48, Delgado Chalbaud salió de escena. Un general retirado y dos jóvenes oficiales lo secuestraron, lo llevaron a un bosque y lo mataron ametrallándolo. Tres días después asesinaron al asesino, como en el caso Kennedy. A la viuda de Chalbaud la

mandaron a *Europa con una* pensión. Fue entonces cuando se produjo la irresistible ascensión de Jiménez quedando de patrón de Venezuela.

No tardó en ser el hombre de empresa de una gran compañía petrolífera. Pensando que la libertad y la democracia no eran artículos de exportación, Jiménez garantizó a la compañía el «fifty-fifty» con el Departamento de Estado, donde tenía un amigo de ocasión para que «el velo no pudiera ser descorrido» en ningún momento.

El que sostenía ese velo del petróleo era un hombre de más de treinta años que parecía sacado de un dibujo del Perich. Pequeño, gordo, untuoso, lleno de medallas, de galones, de narices. Poseía por cuenta del Gobierno un «Mercedes-Sprint», con el que volaba por la carretera de La Guayra a 200 por hora constantemente, para trasladarse a las playas de Macuto donde se daba la gran vida.

Hay que reconocerle a Pérez Jiménez que no era hipócrita y que decía lo que pensaba con sinceridad:

—Presidente, ¿qué piensa usted del sistema electoral? —le preguntó un día un enviado del «Time».

—No puedo estar conforme —respondió— con que mi voto valga lo mismo que el de un pobre analfabeto.

—¿Qué clase de Gobierno es el suyo?

—Yo hago todos los esfuerzos por dar a Venezuela el gobierno que se merece. Puramente dictatorial. Sólo un niño puede pensar en la democracia.

—¿Y la libertad de Prensa?

—Yo no digo a los periodistas lo que deben escribir. Simplemente prohibo escribir sin mi permiso, y lo que creo que es nocivo para el país.

En efecto, al periodista Oscar Yáñez le amenazaron de muerte solo por haber escrito una crónica teatral en la que decía que en «Caracas la gente se reía (entonces) menos que antes».

Las elecciones de las dictaduras

Las cárceles volvieron a estar llenas de presos políticos como en la época de Gómez.



Los «scalectrics» de la ciudad de Caracas, visión de futuro engendrada en los años cuarenta, que transformaron la ciudad al par que se transformaba la política gobernante de dictadura en democracia.

Siempre había promesas de amnistía, pero las detenciones continuaban.

El «Escarpia» era Pedro Estrada, jefe de la Seguridad Nacional, que arrancaba confesiones a los prisioneros, recurriendo a los antiguos sistemas.

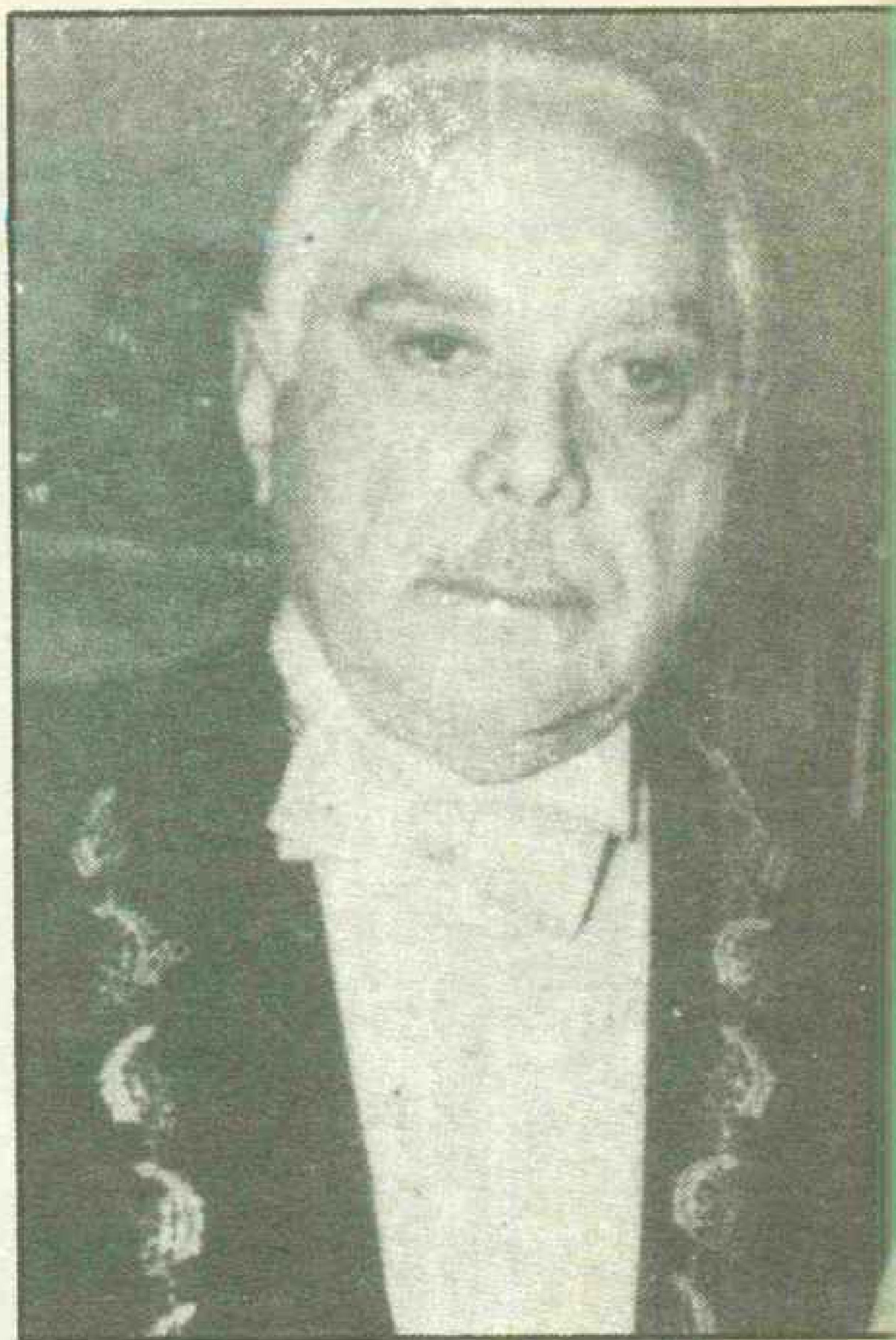
Al principio de 1952, surgió una actitud política de Jiménez; convocó para fin de año unas elecciones generales para darle a su dictadura apariencia de legalidad. Fuera de la ley el partido de los trabajadores, se ofrecieron al Gobierno un partido católico y la Unión Democrática Republicana del abogado Jovito Villalba, un hombre muy inteligente, desterrado de Gómez y después del «demócrata» López Contreras.

Pero esto no constituyó una preocupación para el señor Estrada: el partido del Gobierno tenía la mayoría plenamente asegurada.

Se fue a las urnas el 2 de diciembre, y Jiménez reunió a sus colaboradores en el palacio de Miraflores para brindar por la victoria.

Un recibimiento a Nixon

El venezolano siempre fue humorista. Lo fue hasta en sus épocas más amargas, por influencia de la raza negra, que constituía el 75 por ciento de la población. No tiene la tristeza del colombiano, porque en Colombia domina más el indio, que suele ser reconcentrado y serio.



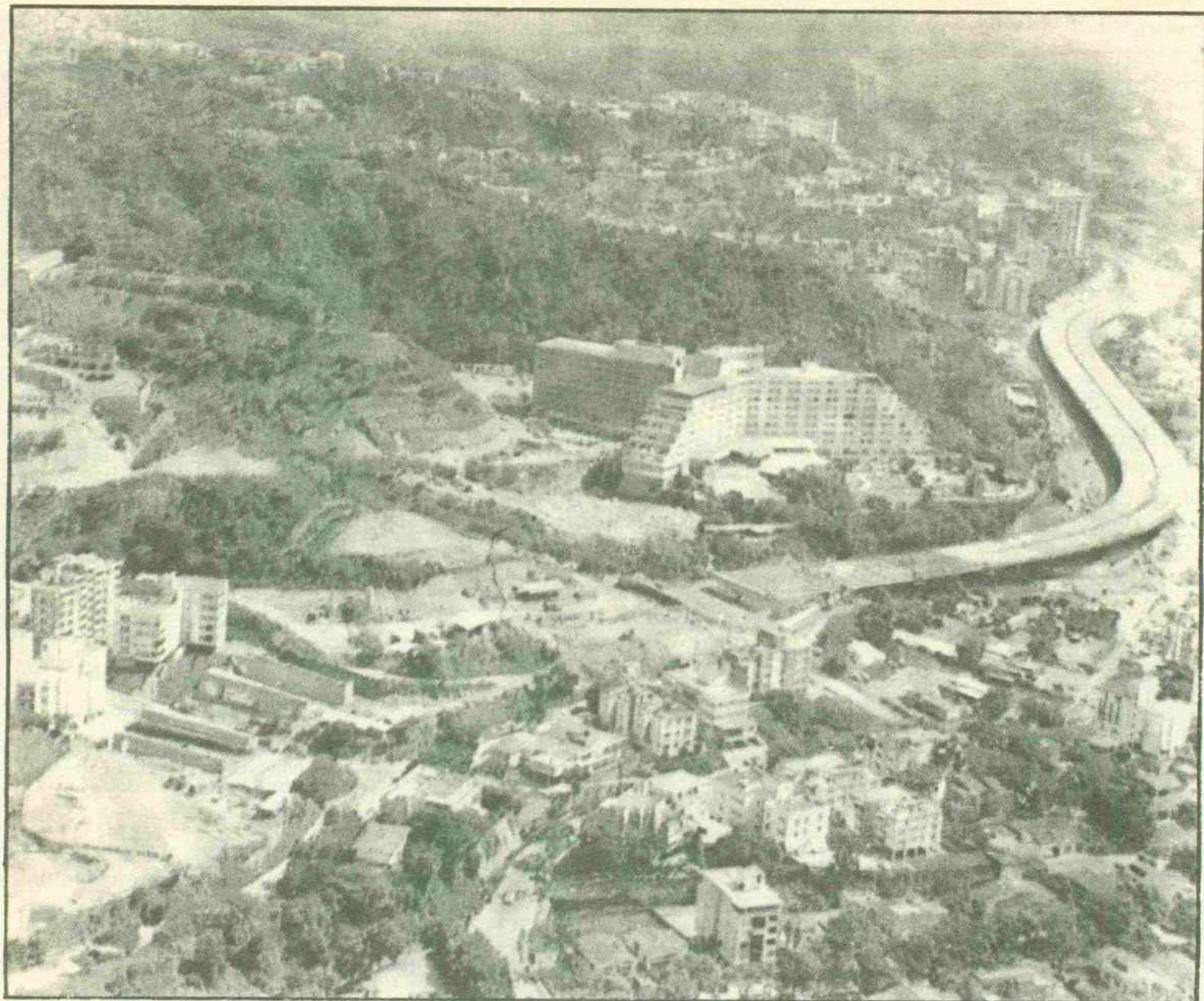
Rafael Leónidas Trujillo, el dictador de Santo Domingo, que enseñaba a su pueblo a odiar a los venezolanos.



Marcos Pérez Jiménez (Michelena, 1914). Perteneció a la Junta Militar que presidió Delgado Chalbaud, en 1948. Ministro de Defensa, posteriormente en diciembre de 1953 ocupó la presidencia de la República hasta enero de 1958 en que una revolución acabó con su dictadura. Posteriormente, el Gobierno democrático de Venezuela solicitó su extradición a los Estados Unidos, donde se había refugiado tras su derrocamiento. Recluido en la prisión de San Juan de los Morros, en abril de 1956 fue juzgado y puesto en libertad poco después.

Hasta a la violencia le da un tinte de humor el venezolano, como en el caso del secuestro del futbolista Di Stefano, o la repulsa a Nixon hace veintiún años. O el recibimiento hostil a John Kennedy, con pancartas en las que se leía: «Kennedy, no; Jacqueline, sí».

Nixon tuvo que entrar en Caracas con el coche al paso rodeado de soldados. Las que se denominan como las turbas llegaron hasta a desgarrarle el vestido a Pat, la mujer del visitante. Eran unas turbas que gritaban «¡Dictaduras, no!» refiriéndose entonces a los Estados Unidos. Era el pueblo que, seguramente, había sufrido ya, más que ningún otro, los caprichos de los dictadores. El grito era paradójico, pero aquel pueblo no entendió de sutilezas, y sabía que los EE.UU. habían tutelado siempre las dictaduras, a pesar de



Vista de Caracas desde el teleférico que la cruza hacia el monte Avila, hoy uno de los lugares turísticos más visitados de América.

su democracia, porque los dictadores son más sobornables. Entregaban el petróleo a las compañías norteamericanas en la forma que queda dicho a propósito de Pérez Jiménez. Y cuando algún presidente demócrata proclamaba la necesidad de nacionalizar el petróleo al estilo mexicano, no tardaba en producirse un golpe de Estado acaudillado por algún general o coronel. Como decía Obregón, el gobernante azteca:

—No hay general o coronel que resista un cañonazo de cincuenta mil dólares.

Y se refería a dólares de su época.

Estados Unidos se puso en pie de guerra para proteger al entonces vicepresidente Nixon. Era demasiado. Desde Guantánamo y desde Puerto Rico los aviones se hallaban alineados y los barcos con las calderas encendidas. El humor venezolano estuvo a punto de ser bombardeado. El «¡Nixon, no!» de las pancartas pudo costar víctimas «sin ton ni-xon».

A los EE.UU. les convenía más la Caracas de Gómez.

El poeta de la discriminación

Andrés Eloy Blanco era el poeta de «Los angelitos negros», el poeta de la discriminación. En Cumaná, a la orilla del mar vino al mundo el poeta, y fue convertida su casa en museo. Era el poeta más celebrado, el más popular y querido. También vio nacer Cumaná a José Antonio de Sucre, el mariscal de corazón de oro, muerto en una carretera como cualquier salteador, héroe al que la mayor parte de las Repúblicas americanas le tienen dedicada una estatua.

Andrés Eloy Blanco murió en la ciudad de México, durante el exilio, a consecuencia de un estúpido accidente automovilístico. Venía de dar una conferencia en memoria de dos mártires de Pérez Jiménez, condecorado por los EE.UU. como héroe de la lucha anticomunista. Otro «centinela de Occidente».

El poeta de Cumaná era un combatiente de la democracia que había padecido prisión en la horrible «Rotonda» de Gómez, y tormento.

Era un bárbaro Gómez, compadre de su anterior Cipriano Castro, al que le arrebató el «trono» para sentarse en él durante cerca de seis lus-

tros. Castro iba a curarse a Europa, y Gómez le acompañó al puerto, le dio un abrazo de despedida, y aún no se había perdido la nave en el horizonte cuando consumó el cuartelazo.

Andrés Eloy era de la generación de Betancourt y de la mayoría de los de Acción Democrática. La muerte del poeta quizá le salvó de pasar a la oposición al ver que aquel correligionario se dedicó a perseguir a centenares de venezolanos luego.

Andrés Eloy Blanco era un poeta de mayorías. Vendía sus libros, y le oponían a Neruda y Vallejo. Sus versos se leían en las reuniones de sociedad. Era un poeta social. Lloraba por las gentes humildes, por los pobres, por los desamparados, mientras bebía el ron blanco de las tabernas o el «hig-ball» de las fiestas aristocráticas. No le gustaban los honores. No pensaba en la Academia.

Las inmigraciones

Desde los años 40, españoles, italianos, alemanes, irrumpieron en Venezuela como a una tierra de promisión. Hubo que poner coto a los permisos de entrada al país para que la congestión de Caracas no llegara al estallido. Los extranjeros querían vivir todos en la capital, buscarse en ella el medio de vida y hacerse ricos cuanto antes. Algunos iban con la esperanza fabulosa de que les sucediera lo que a aquel italinao desembarcado en La Guayra en los años 30, llegado a Caracas sin dinero y convertido en millonario a las pocas horas.

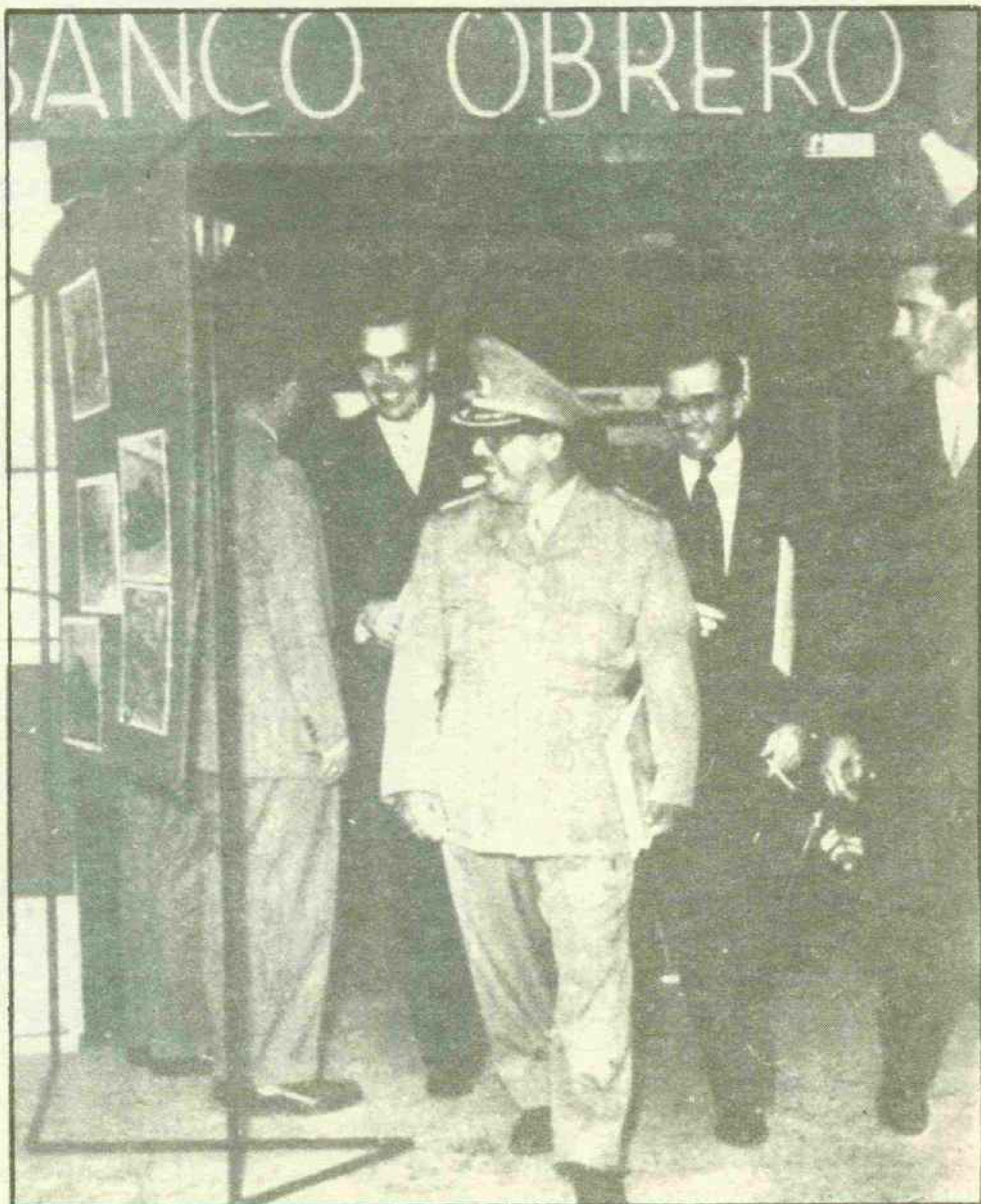
Antes de entrar en el núcleo ciudadano pasó por el hipódromo. Había carreras. Se gastó hasta lo último que albergaba en el bolsillo en una entrada y una apuesta de quiniela a los cinco primeros lugares. Los acertó, los cobró, y se volvió para La Guayra, sin curiosidad ninguna por conocer ni la capital del país. Tomó el primer barco y estaba de regreso en Roma 20 días después de haber salido de ella. Los amigos que le habían despedido en el viaje de ida se hacían cruces al pensar que en Venezuela se pudiera hacer rica la gente en tan poco tiempo, y se dieron a emigrar como locos, en verdaderas levas, tras aquel vellocino incomprensible que ninguno llegó a alcanzar.

A algunos gobernantes les dominaba el papanatismo ante el talento extranjero —el «malinchismo», dirían en México–. Como si el país no hubiera dado escritores y poetas de la talla de Rómulo Gallegos, Blanco-Fombona, Picón Salas, Andrés Eloy Blanco... Ese papanatismo lo inició también Gómez, como muchas cosas que siguieron su inercia en Venezuela. Hacía regalos de cincuenta mil bolívares como cifra tope a bailarinas, toreros, poetas y escritores extranjeros... Se recordaban los siete faroles seguidos que Manuel Jiménez «Chicuelo» le dio a un toro de Guayabita en la plaza de Maracay presidiendo la corrida el general quien se entusiasmó de tal modo que le lanzó al ruedo el chequecito consabido de los cincuenta mil «bolos».

Al poeta Villaespesa le regaló la misma cantidad para que escribiera un drama versificado sobre el libertador Simón Bolívar. ¡Qué ironía la del tirano tratando de hacer la apología de un libertador!

Villaespesa hizo en efecto un drama en verso, muy malo, titulado «Bolívar», que nadie recuerda ya ni en Venezuela ni en España, donde fue estrenado sin pena ni gloria.

El culto de Bolívar en Venezuela llegaba a empalagar. El



El dictador Pérez Jiménez inaugurando una exposición de la Industria de la Construcción, una de las actividades habituales durante su mandato.

Comenzaron otras industrias y fundiciones en Venezuela, tras sacurdirse el yugo de las dictaduras que duraron sesenta años.

bolivarismo era como una enfermedad incurable que pasaba de unas generaciones a otras en herencia biológica. El bolivarismo ligado al papanatismo determinó que el presidente López Contreras, sucesor de Gómez, llamara a Emil Ludwig para que hiciese una biografía de Simón Bolívar. El biógrafo alemán llegó a Venezuela recibido con todos los honores, se hospedó en el mejor hotel pagado por el Gobierno así como los viajes de ida y vuelta, pidió una crecida cantidad a cuenta por el encargo —creo que fueron también cincuenta mil bolívares—, se los dieron, se fue... y no hizo la biografía.

A Pérez Jiménez, rival político de Rómulo Gallegos, no le parecía que éste hubiera reflejado magistralmente en sus novelas el alma venezolana, y llamó también a Camilo José Cela. Quería que le hiciera una novela simbólica del país, de sus costumbres, de sus gentes. Cela estuvo allí un tiempo escaso, y después hizo «La catira» (1), una novela falsa que no le ha gustado a ningún venezolano, una novela de encargo. Era natural. Ningún escritor, aunque sea Cela, puede comprender el alma de un país en una visita de turismo.



Rómulo Betancourt uno de los políticos más astutos y «clarividentes» de su tiempo, fallecido en septiembre de 1981, ocupó la presidencia de la República de diciembre de 1959 a marzo de 1964. En 1941 había fundado el partido de Acción Democrática, los populares «adecos», una de las columnas de la democracia venezolana.

La carretera panamericana

El campo era impresionante sobre todo recorrido en una camioneta por la llamada carretera panamericana que únicamente existía en teoría, ya

(1) Mujer venezolana de pelo rubio.

El hotel Avila, en la cumbre del monte del mismo nombre, dominando Caracas es hoy otro de los logros de la democracia.

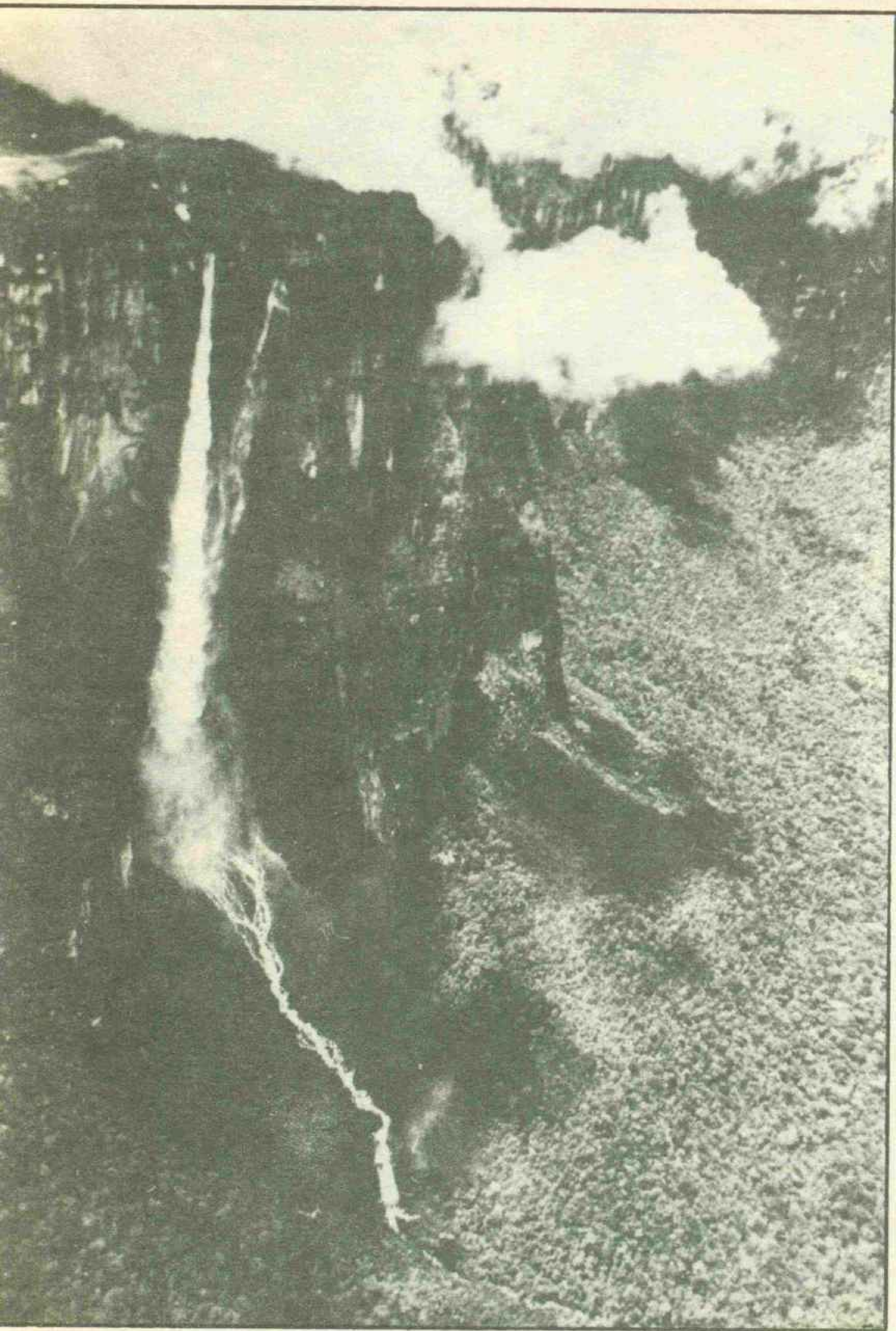
que su trazado, al paso por Venezuela se deslizaba entre lechos de río seco o cornisas andinas que a veces desaparecían por los deslaves de las montañas en las grandes lluvias. De Bogotá a Caracas sólo habrá unos 1.400 kilómetros; pero el viaje por la «carretera» panamericana bien podía durar de diez a doce días. Tras San Antonio del Tachira, en la misma frontera con Colombia, tardamos muchos días en encontrar una población, hasta Valera, en el estado Trujillo.

El paisaje sobre el páramo era una alucinante ruta marcada por cactus todos del mismo tamaño y a la misma distancia unos de otros, que duró días y días. Por las noches se oía el jaguar, y se veían multiplicadas en la oscuridad las lucecitas vagas de los cocuyos.

El caminante —el «camionetante», diríamos con mas propiedad— llegaba a un poblado, cuatro casas, y tenía que pernoctar en un barracón y dormir en un camastro con dos personas más. La cena la cons-



Raúl Leoni (1905-1972). Presidente de Venezuela, de marzo de 1964 a marzo de 1969. Era del partido de Acción Democrática.



La cascada del «Salto del Angel». Uno de los atractivos naturales de Venezuela.

tituyó en distintas ocasiones una ración de cabrito a través de muchos kilómetros, en lo que podríamos llamar una geografía culinaria de los Andes.

Hacía calor en la carretera, en los caminos de distinto porte por donde avanzaba la camioneta entre canciones de los pasajeros. «Allá en el rancho grande», «Perfidia», «Farolito», iban monótonamente jalonando la ruta, cantadas por los niños del pasaje, o por alguna muchacha con vocación de prostituta que había tomado el vehículo junto a unas casas del camino para dirigirse a la Caracas deslumbrante y aventurera. Las negras de color de chocolate y pelo rubio sonreían al caminante asombrado por esa maravillosa mezcla que aportaron las huestes de Federmann, el alemán que trató de ganarle por la mano la historia de la Gran *Colombia* al granadino Giménez de Quesada.

El alemán había entrado por el Atlántico y el español por el Caribe. En el encuentro venció el español, que era evadido de presidio y pegó con más fuerza porque tenía mayor costumbre de jugarse la vida. Pero en el recorrido largo y penoso hasta llegar a las manos, los alemanes fueron sembrando el pelo rubio, produciendo «catires» por páramos, montes y llanos. Oro y caoba. ¡Qué linda alianza se formó a través de las razas! Del alemán al indio, del indio al criollo y al negro fue pasando ese pelo rubio cuyos vestigios aún se encontraban por los caminos de la joven Venecia, la Venezuela que bautizaron los soldados Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa cuando descubrieron las cabañas asentadas sobre las isletas del lago de Maracaibo.

En las escasas poblaciones de aquella pseudo-carretera Panamericana, encontraba el viajero hoteles donde le obligaban a ponerse el «paltó» (chaqueta) si había de comer en el comedor con los demás huéspedes, aún en ciudades como San Cristóbal, en que el puro calor tropical aprieta de firme. Le obligaban a ponerse el «paltó» aunque el comedor fuera un patio basto o especie de corral con suelo de guijarros y la camarera sirviera la mesa descalza de medias y zapatos, como debiera ser Maritornes.

—Dice la señora que se ponga el «paltó».

La señora era la dueña del *hotel,* por supuesto.

Es que en aquel venezolano encontramos un ciudadano muy protocolario, muy pagado de las buenas formas. En Caracas podía dar lección de buen vestir la sociedad. Por mucho calor que hiciera no se presentaba nadie en el bar o en el café en mangas de camisa o con las camisas flojas y rameadas que en España llamaban «mambos». El hombre de sociedad, el elegante, aun el

hombre medio, llevaba su traje blanco con guayabera cerrada al cuello por dos botoncitos de fantasía. No llevaba nada debajo, iba fresco y elegante.

La poesía y el cine

En Venezuela había muchos abogados —doctores— y muchos poetas. Podría decirse que todo el mundo era poeta o doctor. Sobre todo poeta, ya que es más fácil, porque no hay que meterse en la cabeza textos intrincados. Sólo hay que soñar. La diferencia está en soñar bien o mal. Pero a veces sorprende la facilidad con que hacen versos buenos gentes de profesiones disimbolas o ajenas al sueño.

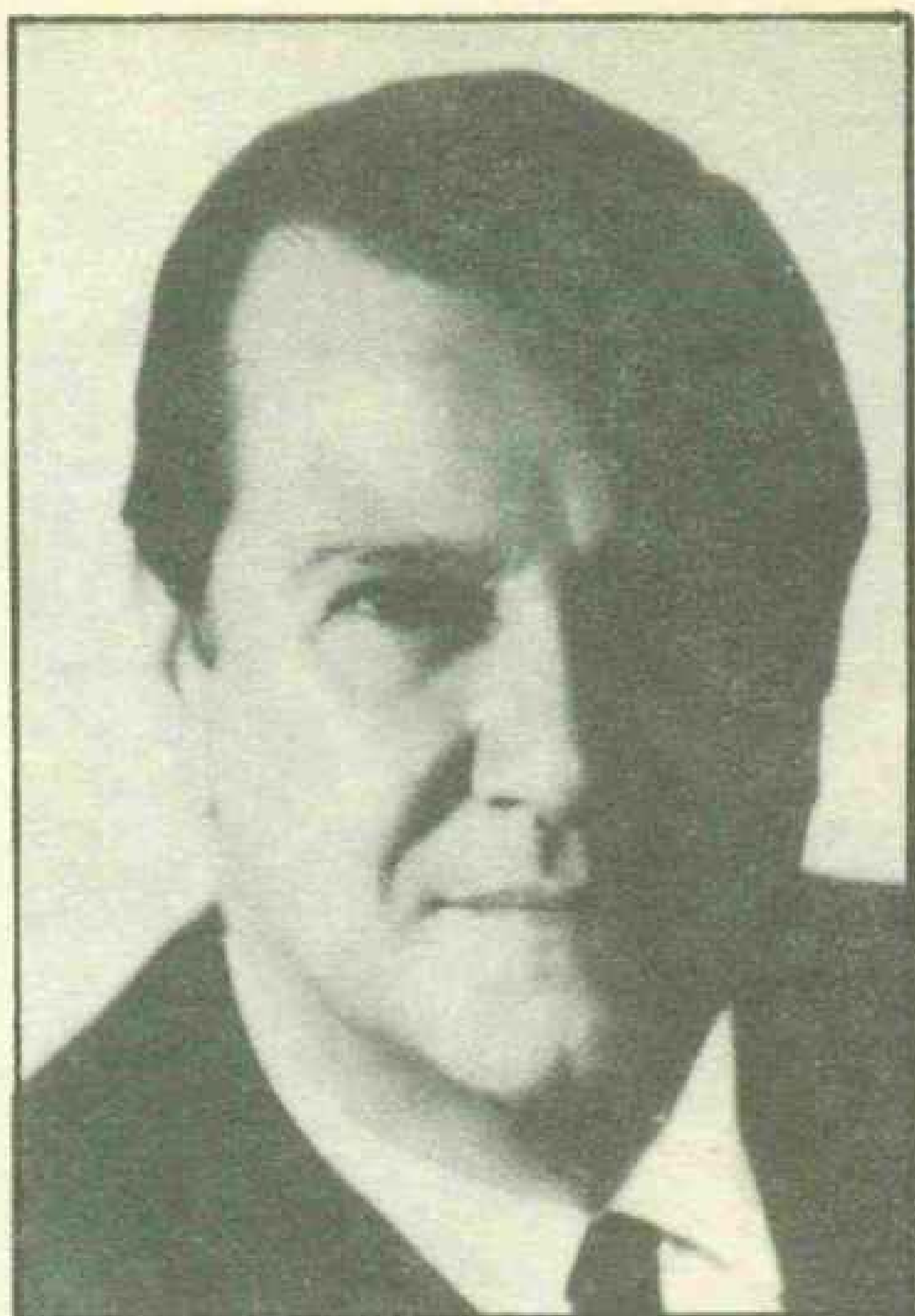
En el diario que yo confeccionaba en Caracas, una vez me dio un soneto el corrector, para que se lo publicara, y estaba bien; otra vez me lo dio... el botones. Y estaba bien.

En mi periódico eran poetas el director y el redactor-jefe. En todos los periódicos los directores eran poetas.

Se editaban muchos libros de poesía en el país. Ediciones de 300 ejemplares que se regalaban a los amigos y no salían de Venezuela sino por azar. Todos eran buenos. Algunos magníficos. Han sido versos que se han perdido en un rincón del mundo, que no han llegado a las antologías, a donde han llegado y siguen llegando tantos versos malos.

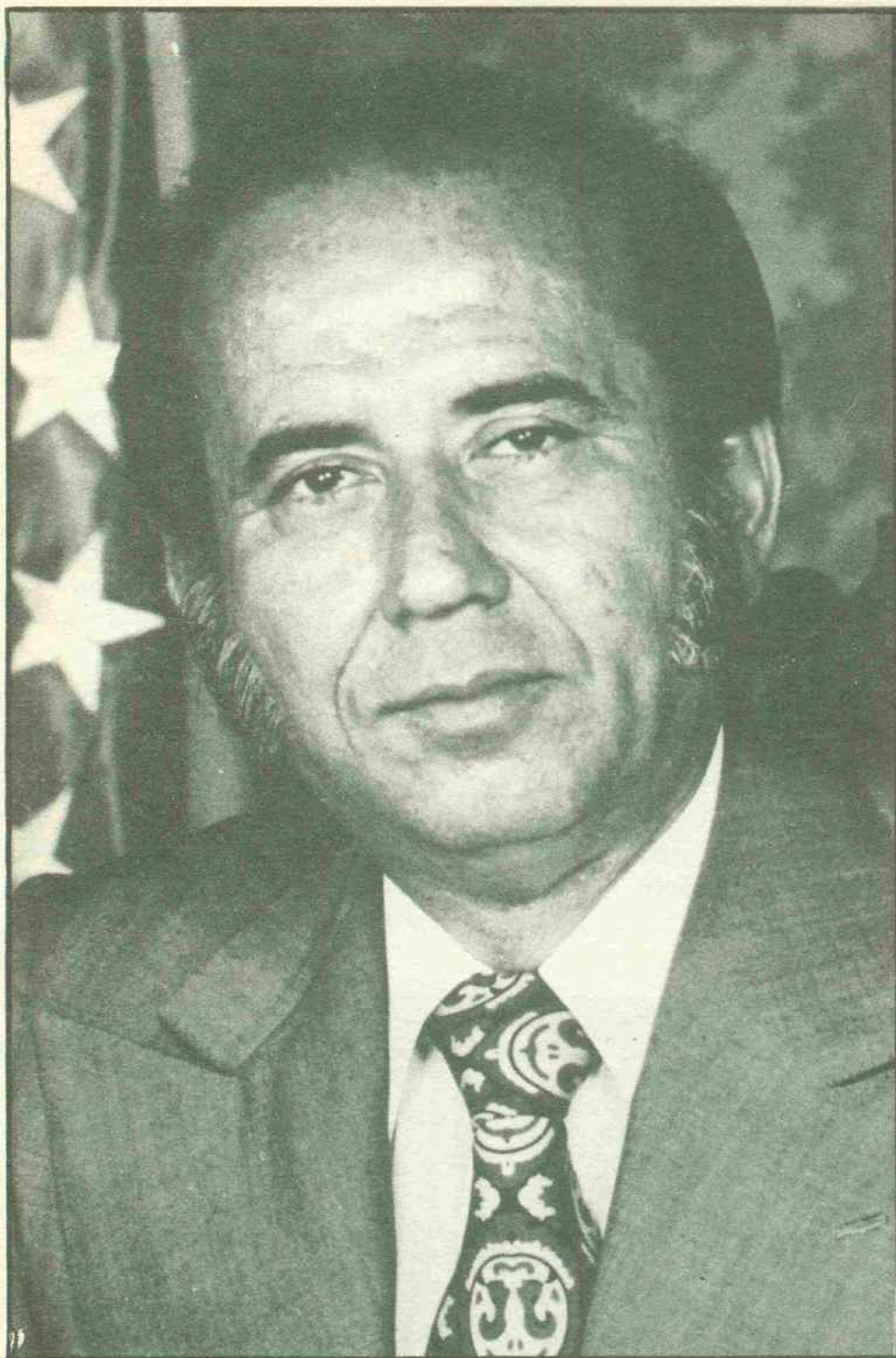
Tampoco salían del país muchas películas hechas en Venezuela. Los gobiernos se iban esforzando constantemente en crear un cine venezolano, sin conseguirlo. Daban subvenciones a empresas constituidas, financiaban ellos mismos producciones que luego prohibían salir de las fronteras en «interés nacional».

Rómulo Gallegos ya estuvo financiado por el Gobierno para crear el cine venezolano. Se



Rafael Caldera (San Felipe, 1916). Presidente de Venezuela de marzo de 1969 a marzo de 1974. Es presidente del partido cristiano-demócrata «Copei» desde 1964.

El entonces presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y el ex mandatario de México, Luis Echeverría Alvarez, en el acto de constitución de una empresa conjunta para la instalación de una planta productora de café soluble, otra de las industrias propulsadas por los gobiernos venezolanos demócratas.



Carlos Andrés Pérez (Rubio, 1922). Presidente de Venezuela de marzo de 1974 a marzo de 1979. Pertenece al partido de Acción Democrática.

trataba de adaptar a la pantalla sus novelas más célebres. «La trepadora», «Doña Bárbara», etc. Pero a Rómulo no le corría prisa. Justificaba la subvención con documentales sobre la obra del Gobierno... Aquello costaba poco y amparaba mucho.

Cuando se han hecho películas buenas en Venezuela ha sido llevando de México artistas y técnicos. Por más que se esforzaron no pudieron crearlos en el país, por falta de orientación directiva y sobre de apetitos en los que administraron para tal fin el dinero estatal.

Llevar equipos, técnicos y actores de México siempre costaba muy caro. Todo el mundo se suele aprovechar cuando paga un gobierno y más si éste es de la solvencia y potencia del venezolano. Pero en realidad, aquellas películas hechas con gente extranjera en Venezuela no eran, por tanto, propiamente venezolanas, no caracterizaban un estilo cinematográfico venezolano, que era lo importante. Ha sido una lástima.

La mejor película en Venezuela con capital venezolano fue sin duda «La balandra Isabel llegó esta tarde». Pero tanto el director como el actor protagonista —Arturo de Córdoba— eran mexicanos.

Todo ello no quiere decir que no hubiera afición al trabajo cinematográfico en el país. Sería el único del mundo en que no lo hubiera. Pero los que tenían una responsabilidad financiera y artística no supieron o no quisieron crear la industria cinematográfica venezolana, que hubiera competido firmemente con la mexicana, la argentina y la española. Los estudios Avila, en las afueras de Caracas, estuvieron dotados durante mucho tiempo, de material moderno, como el más moderno y capaz de Hollywood; pero nadie lo utilizó en bien de una producción nacional.

Hubiera sido una de las industrias más florecientes del país, si se tiene en cuenta que en México ha constituido la tercera en potencialidad, y se ha nutrido principalmente de los ingresos obtenidos en Venezuela, hasta el punto de que los productores aztecas consultaban con los distribuidores venezolanos qué estrellas eran más taquilleras en el país del bolívar, antes de comenzar su plan de producción. Es más: los distribuidores venezolanos financiaban a los productores mexicanos para que hicieran las películas al gusto del público de Venezuela, que es el que más le convenía a la industria mexicana. Un distribuidor venezolano, Plaza Izquierdo, producía directamente en los estudios de México para el público de su país.

Había estrellas de cine mexicano que no respondían a las exigencias de la taquilla en México, y en cambio sugestionaban a los públicos de Venezuela, por lo que estaban colocadas en un primer plano de cotización. Era el caso del desaparecido Tin-Tan y de María Antonieta Pons, la mejor bailarina de ritmos afroantillanos, cubana de nacimiento.

Los males físicos

El gobierno Betancourt emprendió una campaña de sanidad, seguida por el siguiente, para erradicar de todo el territorio el paludismo. Gracias a ellos, en 1965 había casi desaparecido la enfermedad, hasta el punto de que pasó a ser la sexta en orden a la mortalidad de la población. Hace 38 años era la primera. La gente comenzó a morirse en Venezuela por otras enfermedades que podríamos clasificar por este orden: Diarreas y enteritis, peculiares de la infancia; corazón, cáncer y tuberculosis.

Las campañas contra las enfermedades endémicas fueron bien dirigidas, consiguiéndose progresos definitivos en el ramo asistencial. Asombró comprobar la desaparición total de la viruela en el año 1965, que a la altura de 1947 registraba alrededor de 7.500 casos anuales.

La frontera indefinida

Cuando a uno le entraban ganas de adentrarse en la selva o en el llano por carreteras que se iban construyendo, la gente del país te disuadía, previniéndote de los mosquitos de algunos lugares:

—Te pica por la mañana y por la noche ya tienes velas.

Peor que la bomba de neutrones.

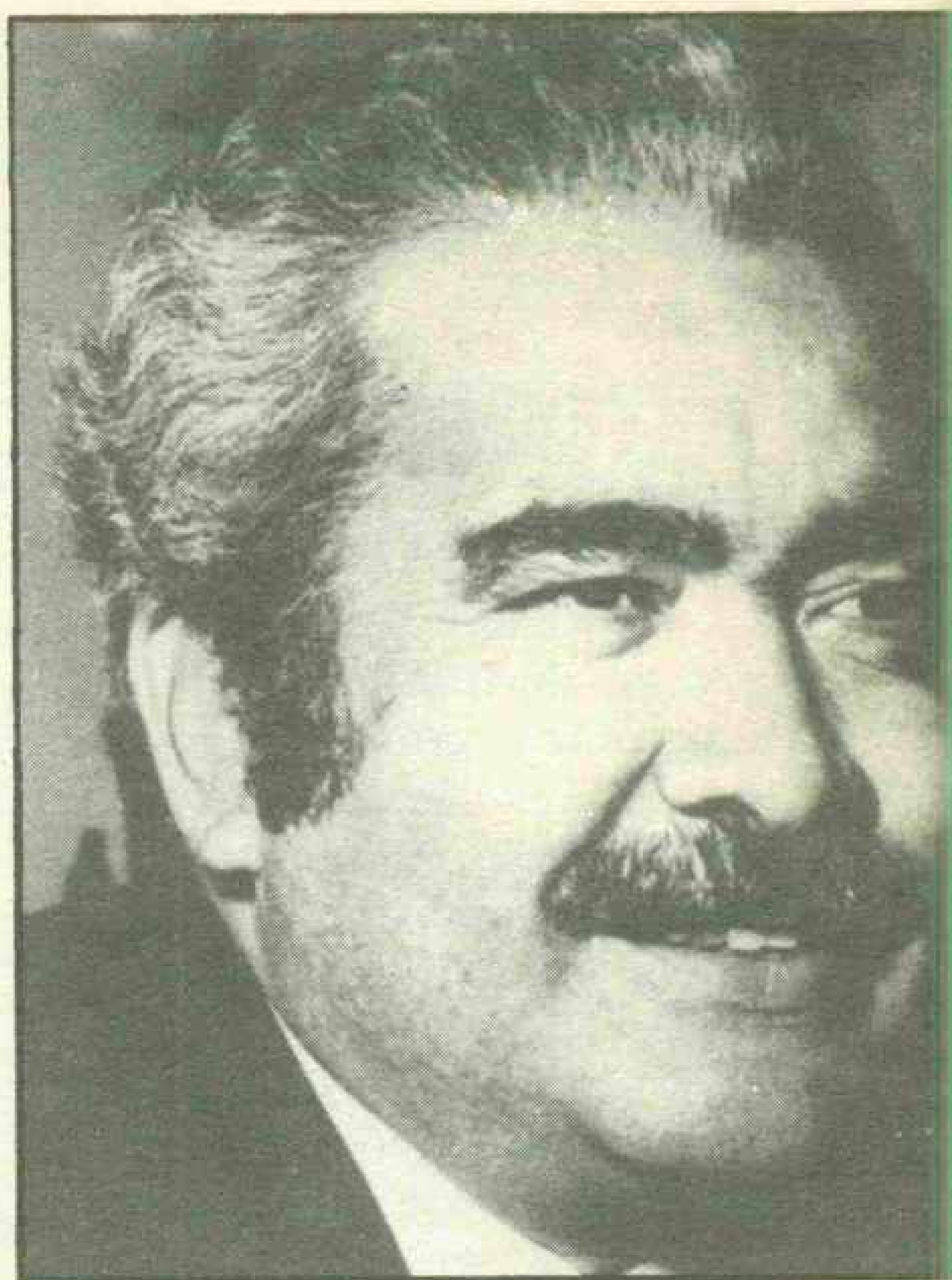
Claro que se podía uno saltar el llano y algunas regiones selváticas haciendo el viaje en avión. Pero el llano y la selva nos sugestionaban. Nos invitaban a correr el peligro morboso del mosquito que mata en 12 horas o el alacrán, menos peligroso por su lentitud si no por su veneno. Nos incitaban a llegar a esa frontera indelimitada en su mayor parte que une hipotéticamente Venezuela con el Brasil.

Nos asustaban asimismo en posibles encuentros con gambusinos, con fugados de los presidios de las Guayanas, que solían vivir congregados en clanes defensivos tanto de los hombres como de las fieras. A sus campamentos se acercaban expediciones organizadas con valor y clandestinidad, los más importantes joyeros de Europa —de Madrid, de París— a cambiarles por oro y piedras preciosas la menor cantidad de dólares, o víveres solamente. Los expedicionarios eran clientes ya conocidos que llegaban hasta allí a través de las brechas selváticas, guiados por los expertos, esos agentes de enlace que recibían su comisión de una y otra parte, y ayudaban incluso a sacar de contrabando la mercancía por las fronteras oficiales venezolanas.

Pero las indeterminadas fronteras entre Venezuela y Brasil nos merecieron atención especial. Una atención que el Gobierno tenía confiada desde hacía muchos años al capitán Cardona, eminente cartógrafo catalán al que se le rendía una especie de culto como si fuera un dios único de la técnica catastral.

Cardona poseía en Caracas una residencia fastuosa llena de objetos interesantes y valiosos encontrados en las tierras vírgenes, en los bosques y los ríos desconocidos, por los que se aventuraba cuando le venía en gana, al cabo de seis u ocho meses de descanso en aquella casa servida por criados indios reverenciosos y humildes, arrebatados a la selva. El Gobierno le pagaba espléndidamente sus servicios y le ponía a su disposición todos los elementos expedicionarios que pedía, cuando agotaba la pereza, o el aburrimiento del bosque de asfalto lo empujaba hacia él de árboles y lianas.

Poco a poco Cardona, con la ayuda de sus mapas y sus cálculos geográficos iba delimitando la frontera. Un trozo en cada salida, que duraba varios meses. ¿Acabaría al fin?



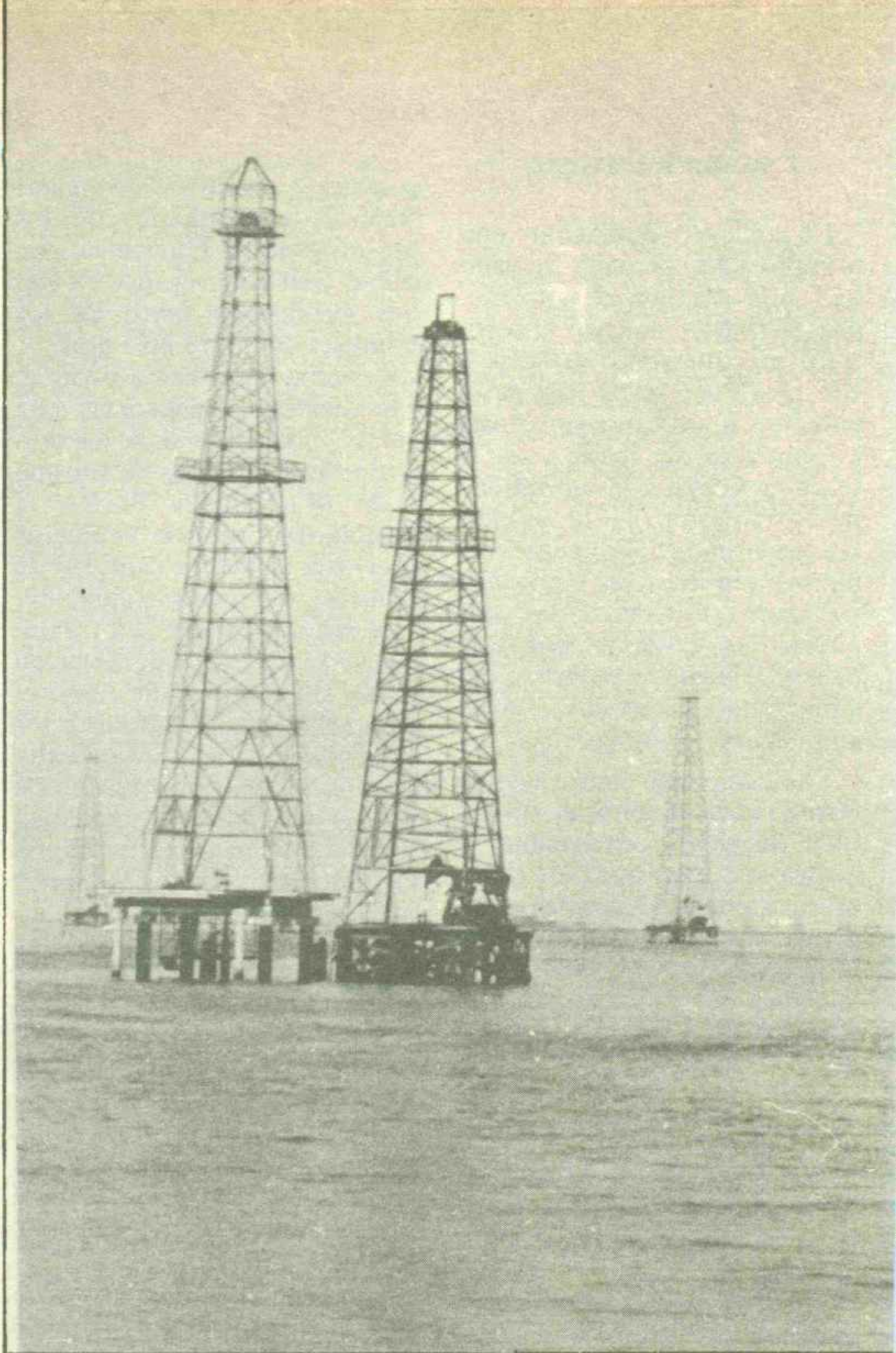
Luis Herrera Campins. Actual presidente de Venezuela (desde marzo de 1979). Pertenece al partido cristiano-demócrata «Copei».

La agricultura. El caballo. Los trabajadores

Si el petróleo era la industria básica del país, la agricultura estaba en el segundo plano inmediato. En la década anterior a la actual empleaba el 62 por ciento de la fuerza del trabajo y producía la cuarta parte de los ingresos nacionales. Con gran rapidez se operó el proceso de industrialización agrícola como consecuencia cuantitativa y cualitativa de la demanda de productos alimenticios y materias primas. Dejaron de pudrirse estupendos naranjales a 50 kilómetros de Caracas, por falta de medios de comunicación.

Del Ministerio de Agricultura y Cría, dependía entre otros organismos el Hipódromo Nacional. Es decir, el caballo constituía una preocupación del Estado, entraba en ese importante sector de la ganadería tan valioso a todos los países. Pero así como en los demás tiene un valor secundario comparado con el elemento bovino y porcino, en Venezuela el caballo estaba equiparado a ellos, y no como artículo de la

Vista parcial del lago de Maracaibo, una de las mayores explotaciones petrolíferas del mundo y, actualmente, base de la economía de Venezuela.



cabana sino como de lujo, que el país cultivaba y exhibía con orgullo.

Ya en los años a que me estoy refiriendo, los trabajadores podían desfilar en manifestación cívica, con los «slogans» más libres de expresión en apoyo de la conquista de sus objetivos políticos, uno de los cuales era la independencia y la liberación del subdesarrollo.

El sindicalismo se desarrolló con mayor vigor que en la mayoría de los países hermanos. Existía en el país una muy numerosa cantidad de sindicatos con un millón de obreros, campesinos y empleados.

La Confederación de Trabajadores (CTV), controlaba casi toda esta masa propulsora de la democratización. El resto militaba en las filas de algunas otras organizaciones disidentes como la Confederación Unitaria de Trabajadores Venezolanos (CUTV), escisión de la anterior. Las disidencias eran pequeñas, no dañaban la homogeneidad de un movimiento que se podía calificar de extraordinario en Iberoamérica, ya que el pertenecer a una u otra organización no cambiaba la ideología.

Fue en la época de Gómez, y a raíz de aquella trágica anécdota de la comisión de trabajadores que entró y no salió del palacio presidencial, cuando comenzó la clandestinidad de asociación laboral. Se constituyeron varias agrupaciones: una de zapateros, otra de tranviarios y otra de petroleros.

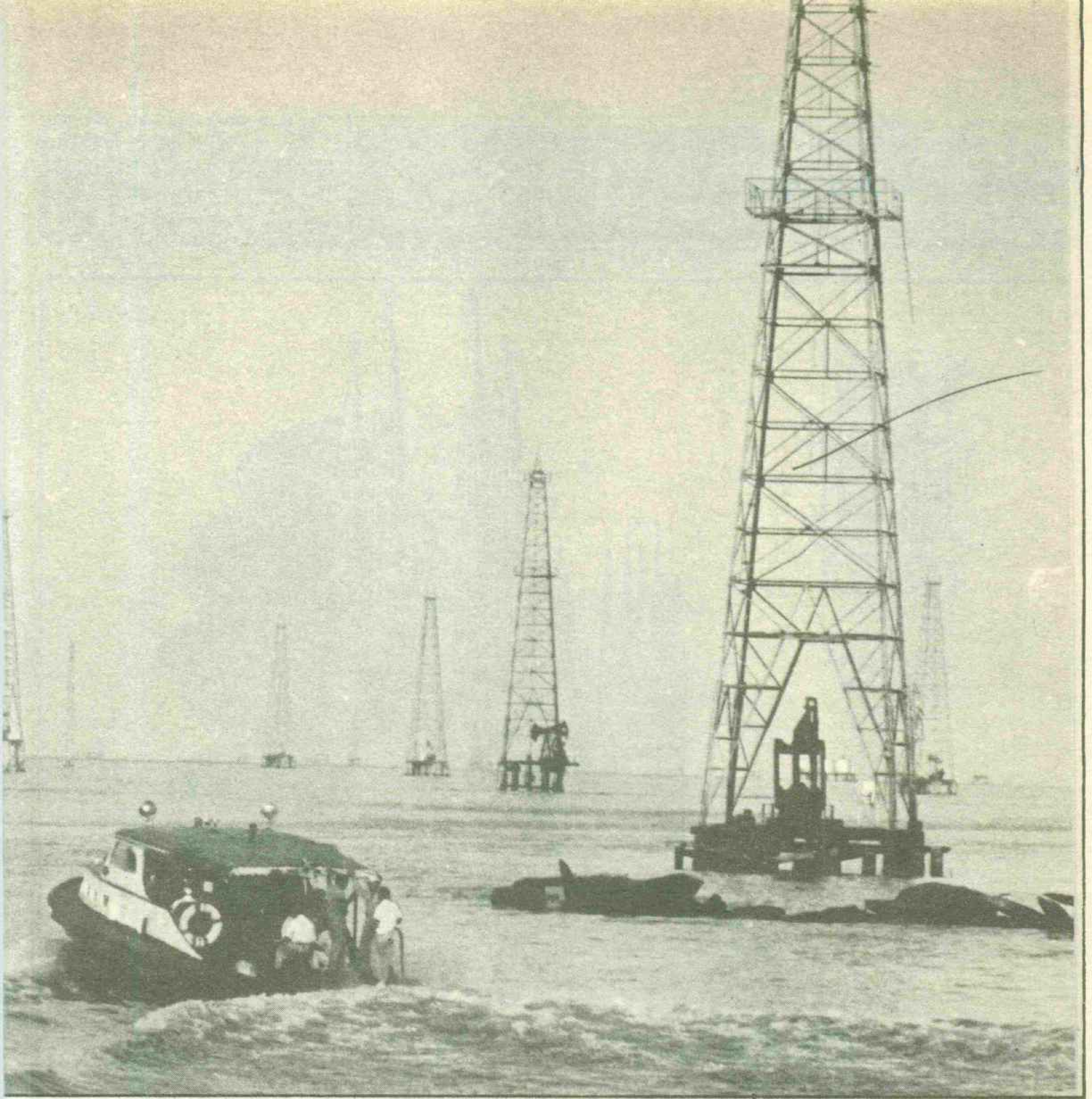
Aquellos tiempos están marcados con la sangre del sindicalismo venezolano. ¡Cuántos obreros perdieron la vida en el nuevo deseo de organizarse socialmente!

Sueltas las cadenas, el espíritu del pueblo comenzó a educarse políticamente en una ética auténticamente democrática. El año 36 fue decisivo para el proletariado venezolano, que amparado en los elementos intelectuales, pudo al fin de sesenta años de dictadura promover una huelga general de tipo político pidiendo el verdadero establecimiento de un régimen de libertad sin resabios gomecistas. Fue entonces cuando se constituyeron la Asociación Nacional de Empleados y la Confederación de Trabajadores de Venezuela.

Venezuela y Santo Domingo

Venezuela y Santo Domingo comenzaron en aquel tiempo una rivalidad política basada en el distanciamiento de sus regímenes respectivos. A Trujillo no le convenía nada una democracia frente a él, en la otra orilla del Caribe.

Los estudiantes y los obreros jóvenes que iban formándose una mentalidad democrática, fueron quienes desembocaron luego en ese sentimiento sinceramente defensor de la libre determinación de los pueblos de América, y que se manifestó en la encrucijada dominicana. ¡Quién le iba a decir a aquel pueblo mártir, enseñado a odiar a los venezolanos, que iban a ser éstos los que habían de salir en su defensa, como se sale ante un hermano atropellado!



El presidente Raúl Leoni se alarmó ante la ocupación americana de Santo Domingo. Era como si hubiera puesto a remojar sus barbas viendo pelar las del vecino.

Por eso fue el primero en poner de manifiesto la protesta.

La generación de Andrés Eloy

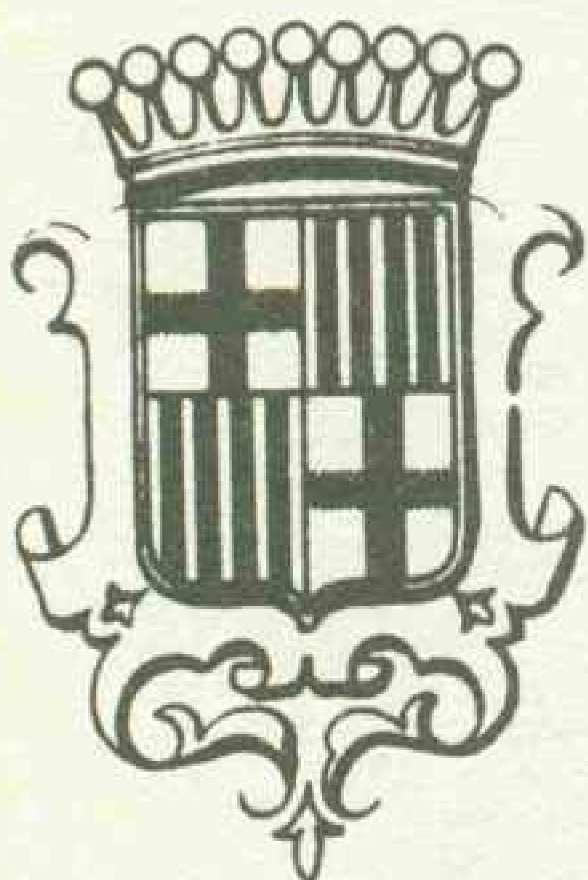
Este año se cumplen 23 de la muerte de Andrés Eloy Blanco. Muerto en el exilio, como Moratín, porque también «de su patria no quedaban más que las paredes». Su revelación había comenzado en 1916 con «El canto de la espiga y del arado», que le valió ganar los Juegos Florales de Caracas. Luego fue a España, trató a Unamuno, quien le ensalzaba con entusiasmo. El Certamen Hispanoamericano de Poesía en Santander, lo ganó asimismo con un magnífico «Canto a España».

Alegre maestro de todos los políticos que vinieron después, políticos demócratas como Gonzalo Barrios, hoy presidente del Congreso, Juan Pablo Pérez Alfonso y muchos otros —por no hacer una gran lista— que formaban la vanguardia en la guerra por el liberalismo.

He nombrado a Juan Pablo Pérez Alfonso, y no quiero cerrar este caleidoscopio sin rendir un homenaje a su sabiduría en el dominio más importante de la alcancía venezolana: el petróleo.

Este buen economista ex ministro de Minas e Hidrocarburos, continuó sirviendo al Gobierno como técnico y más tarde demostró a base de datos estadísticos muy completos que la «dinámica del petróleo» hizo crecer el sector no petrolero de la economía nacional hasta superar el rendimiento de aquél en los últimos veinte años, o sea desde la caída de la dictadura perezjimenista.

La producción nacional ya no se limitó sólo al petróleo. Un equilibrio industrial se hizo patente por el esfuerzo de todos. ■ **C.S.**



BARCELONA
MAYO 1952

XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL 1952



PHILIPS

ALUMBRADO * ELECTRO-ACUSTICA * TELECOMUNICACION

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA

Franco, en el Congreso Eucarístico Internacional

Barcelona rindió al Caudillo de España un fervoroso homenaje de lealtad y gratitud

Todas las calles de la ciudad estuvieron ocupadas por verdaderas oleadas humanas a partir de la Puerta de la Paz

Los barceloneses y los congresistas nacionales y extranjeros aclamaron delirantemente a Franco

Con el Gobierno, esperaban al Generalísimo el Cuerpo Diplomático, altas dignidades eclesiásticas, nacionales y extranjeras, y otras relevantes personalidades

El paso del triunfador

Entre llamaradas de banderas españolas pasó en triunfo ayer, desde la Puerta de la Paz hasta el Palacio de Pedralbes, el Caudillo de España. Tiene uno los suficientes años de oficio periodístico —y de los otros— para haberse acorazado de escepticismo respecto a la continuidad con que las multitudes reaccionan ante la presencia de símbolos o de figuras, en muchos casos no ya diversas, sino antagónicas. Están desechadas por parte de nuestra observación presente todas las concesiones a un optimismo fácil y bobalicón que deforme la realidad y la desenfoque hacia espejismos peligrosos. He acompañado yo muchas veces, con honor y alegría, al Generalísimo en sus viajes dentro y fuera de España. He presenciado muchos contactos del Caudillo con pueblos y temperamentos de distinta condición y sensibilidad. Siempre he procurado ver lo que había de raciocinio y de reflexión en las acogidas que Franco va mereciendo por doquier. Podré haberlos traducido bien o mal. De seguro que para muchos habré incurrido en ditirambo. Yo estoy seguro de que no. Pocos casos tan auténticos en la expresión de mi profesionalismo periodístico como lo que he contado siempre al público al referirle los viajes del Generalísimo. Escribo con absoluta objetividad, sin pasión que nuble los claros contornos de la verdad que veo y que estoy obligado a trasladar a mis lectores. Por eso me creo en condiciones de autoridad, que de otra manera me faltaría porque personalmente no tengo ninguna, para atenerme estrictamente a palabras precisas y a conceptos rigurosos como los que encabezan estas líneas.

Entre llamaradas de banderas españolas atravesó ayer Barcelona el Caudillo de España. Y aquí está, precisamente en esta frase, el resumen de la acogida que la ciudad tributó ayer al Generalísimo. Barcelona era un puro tremolar de los colores de España encendidos por la llama del entusiasmo. ¡Cuidado! No nos vayamos al sentimentalismo. Sigamos en la buena compañía de razones. Sí, entusiasmo profundo e inequívoco y, lo que vale más, imprescriptible. Es un entusiasmo que nace de una convicción y la convicción es ascua de la que ayer se exhalaba como una llama la bandera española; porque la convicción decía a los vecinos de Barcelona que el mejor homenaje para Franco era ofrecerle el símbolo de lo que él más ama: esa bandera. Su paso fué triunfal. Nada más exacto, pero no con una apoteosis confiada a las espectacularidades, fulgores y ondeos de los banderines de la Guardia Mora, ni de sus capas irisando al sol de la mañana primaveral. Aquí el adverbio está empleado también con mucha frialdad: triunfalmente. Porque es que Franco viene triunfador una vez más a Barcelona. Y la gente sabe que su triunfo es de ella misma, es de todos los hogares, es de todas las economías privadas y, sobre todo, es de cada una de las altiveces hispánicas, invictas gracias a Franco de todas las encrucijadas y de todos los bloqueos con que se intentó sojuzgarla, hasta la humillación. Triunfalmente. Cuantas veces he seguido al Generalísimo en sus viajes he podido escribir esta palabra sin remordimiento alguno de incurrir en el fácil efugio de un tópico periodístico grato por su eufonía a los oídos. Porque no pasa día sin que Franco gane una batalla en este su duro bregar del que parece milagroso como cada día sale más erguido, más sereno y más salutífero. Y la gente lo sabe. Y por eso su paso es triunfal. No por los brillos de las escoltas ni de los séquitos, ni siquiera por la propia aureola de su misma persona, sino por el fruto de su obra cotidiana e incesante. Y la aclamación surge de los más profundos y auténticos manantiales porque son los insobornables y los que no admiten falsificación. A saber: de la conciencia que hay en España de estar regida por un hombre de prudencia y aciertos cabales. En suma: de estar regida por quien acierta a diario triunfar en la diaria pelea.

¡Con qué verdad y con qué sencillez puede escribir hoy, con qué desprecio a todas las altisonancias cuanto a todas las maliciosas interpretaciones, de una manera objetiva, fría, impasible, como uno de tantos espectadores que no tiene más privilegio que el de poder gritar su opinión para cientos de millares de lectores, que Franco entró ayer, entre llamaradas de banderas españolas, triunfalmente en Barcelona!

Luis DE GALINSOGA

Su Excelencia el Jefe del Estado con el cardenal Tedeschini, en el Palacio de Pedralbes

Impresionante aspecto de la Puerta de la Paz

[illegible]

tería Jaén número 25, con bandera, banda, escuadra y música para rendir honores a Su Excelencia el Jefe del Estado, y, a la derecha de la misma, formó la Centuria Juan Muñoz de la Rosa, de la Guardia de Franco. Junto al muelle se situó la Sección Femenina.

[illegible]

En los muelles y laderas de Montjuich

[illegible]

En la carabela «Santa María»

[illegible]

En el puerto

[illegible]

«Magallanes», «Liniers», «Gravinas» y «Alavas».

Con objeto de rendir los honores debidos a S. E. el Jefe del Estado, el «Magallanes» se separó de la flotilla de destructores en alta mar, adelantándose a ella para entrar en el puerto a media mañana, y pasando a atracar de punta al muelle de Barcelona, paramento Sur.

Fuera del puerto, en la rada, una ingente multitud de barcas de pesca, golondrinas, remolcadores de las Obras del Puerto, embarcaciones de recreo y del servicio público, abarrotadas todas ellas de personas de todas las clases sociales, aguardaban la llegada del Caudillo con gran entusiasmo e ilusión por verle de cerca y acompañarlo con su presencia y sus aclamaciones, hacia el interior de nuestras dársenas.

Puntualmente a las doce, como se había anunciado, el crucero «Miguel de Cervantes» enfiló la bocana, pasando por en medio de aquellos centenares de embarcaciones menores [illegible]

Los buques de la segunda Flota del Mediterráneo

[illegible]

El Gobierno y altos dignatarios del Estado

[illegible]

El Episcopado español y prelados extranjeros

[illegible]

(«La Vanguardia Española», 29-V-1952.)

INTROITO

UN MISTERIO A LA ORILLA DEL MEDITERRANEO

Por José María PEMÁN
de la Real Academia Española

HACE unos cincuenta años, en una mayor atmósfera intelectualista y positivista, era mucho más grave la extrañeza de estos Congresos Eucarísticos, que aplican a un Misterio religioso la misma forma de congregación humana que se dedica a la Ciencia, al Derecho, a la Historia. Cuando se celebraban, en el último lustro del siglo pasado, los primeros Congresos en Lille, en Avignon, en Lieja, casi escandalizaba esta concurrencia, al lado de los teólogos, de seglares, escritores y filósofos, manipulando esencias y valores del mundo sobrenatural.

Es insospechada la revolución operada en la mente humana desde entonces. Hace unos meses se celebró una asamblea universal, parecida a esta de Barcelona, en Fátima, en torno a las apariciones del Corazón de María y a su Mensaje de Paz. Y lo más impresionante era ver a hombres de todas las psicologías y profesiones tratando el problema concreto de la paz del mundo sin rehuir en lo más mínimo su conexión con el mundo sobrenatural del Milagro: de las apariciones de Fátima y las palabras de la Virgen. Si hablaba el obispo auxiliar de Nueva York —el «segundo» del cardenal Spellman—, hablaba de todo esto con el arrebato más devoto y latino, sin que en sus palabras se traicionara, para nada, el pragmatismo realista que se suele atribuir a su país. Si hablaba el gran internacionalista suizo Reynold de Gonzague, nada impedía que en sus palabras lo maravilloso conviviera con la relojería mental de la psicología helvética. Y lo mismo si hablaba el ministro de Obras Públicas de Bélgica. Bélgica tiene una buena tradición de catolicismo social, concreto y activista, de fichas y sindicatos; y las Obras Públicas son una parcela bien matemática y concreta de la faena temporal. Pero el señor ministro cimentaba todo su pensamiento, sin la más leve vacilación, en esencias místicas y milagrosas.

Lo mismo ocurrirá ahora en Barcelona, a la luz del Mediterráneo, en torno al Misterio de los misterios: la Eucaristía. El giro del pensamiento moderno ha sido enorme en este terreno. No hay ya ninguna parcela, por extranatural que sea, que le esté prohibida al pensador actual. Las ciencias humanas han desbrozado absolutamente el terreno. Los filósofos conviven diariamente con anchas zonas misteriosas: intuiciones, sueños, complejos, subconciencias. Los físicos se asoman a inmensas e indecisas proyecciones de relativismo e indeterminación. Se utilizan mil hipótesis que *en sí* no se comprenden: y sólo se aceptan en cuanto son comprobadas por la experiencia. Pero la «experiencia» no es sólo una cosa física. Hay también una experiencia psicológica y moral, comprobatoria —hasta donde es lícito usar esa expresión— del Misterio religioso. La contextura del átomo debe de ser así, porque la bomba atómica estalla y la pila atómica funciona. La contextura misteriosa del mundo sobrenatural debe ser así, porque el mundo moral y psicológico del hombre queda *así* cerrado y en sosiego. Aceptamos el Misterio que ahorra muchos misterios. La Fe nos economiza mucha superstición, mucha echadora de cartas, mucho *fakir* indio y mucha subconciencia turbia.

Ya se comprenderá, entonces, cuánto más llano es el terreno para un Congreso universal en torno a la Eucaristía. Y cuánto más claro el papel de unos seglares, filósofos, escritores: curioso de las ideas y las emociones contemporáneas, frente a esa congruencia psicológica moral e intelectual del Misterio, en un mundo cansado ya de desechar hipótesis y fracasar en tanteos.

Ningún filósofo había acabado de derribar esa pared que separaba el mundo interior del exterior y trascendente. Ni Platón había encontrado un pasillo entre sus Ideas Puras y la cueva de sombras donde vivimos; ni Descartes y Kant acabaron de encontrar la llave que se les perdió al encerrarnos en la cárcel de un subjetivismo absoluto. La aceptación de un Dios que se hace Hombre, derriba de pronto esa pared y pone en contacto lo inmanente con lo trascendente: términos pedantes con que los filósofos nombran lo de dentro, lo de fuera La Encarnación es como un Misterio desesperado e impaciente que tacha de un golpe todos los misterios de los filósofos.

Y la Eucaristía, que es la prolongación, por amor, de la Encarnación, no es más misteriosa que cualquier otro recurso del amor: el beso, el abrazo, el suspiro, el grito de la madre al hijo: «¡Te comería!». También el pensamiento moderno nos ha enseñado a ingresar en la seriedad científica todos esos impulsos irracionales de la pasión amorosa. ¿Nos vamos a asustar, entonces, demasiado de aceptar el misterio eucarístico porque en él el amor vence a la inteligencia? ¿Es que no convivimos a diario con esas victorias del amor sobre la razón: o es que se las vamos a reservar al avaro, al lujurioso o al tirano, que cada día irracionalizan sus pasiones frente a las criaturas? Hay que ser más «racionalista» que todo eso. Hay que ponerle más precio a la razón: y puestos a entregarla, hacérsela pagar con la totalidad de Dios mismo.

Es toda esta nueva contextura de la inteligencia la que nos lleva a una más tranquila familiaridad con el Misterio: y nos facilita mucho para reunirnos en esta clara orilla latina a repensar el problema de la Paz en torno a la Eucaristía. Porque la Eucaristía, misterio de amor y unidad de los hombres en Cristo, es un gran Misterio suprarracional, nadie lo duda...

(«La Vanguardia Española», 31-V-1952.)

El indulto del Congreso Eucarístico afecta a más de diez mil penados

La política del señor Iturmendi, en representación del Gobierno, responde al sentir cristiano de los buenos españoles

«EL CORREO CATALAN» APLAUDE ESA GENEROSIDAD QUE DEVUELVE A LA VIDA CIVIL A TANTOS RECLUSOS

DESDE el principio de nuestra guerra una política de generosidad y perdón rige la organización penal española, una política proporcionada a un pueblo que como el español está sólidamente cimentado en un sentido de profunda raigambre católica. Esta tendencia humanitaria que dentro de los límites de una auténtica justicia se viene siguiendo en España, está jalonada de importantes disposiciones que sobre la situación jurídica de los presos han sido dictadas en España. Se inició ya en 1937 al establecerse la Redención de penas por el Trabajo que no constituye como en otras legislaciones un estigma oprobioso, sino una reivindicación moral para el delincuente que ha demostrado cierto arrepentimiento durante su reclusión.

No siendo suficiente la labor del Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, «Nuestra Señora de la Merced», se creó en 1943 el Patronato Nacional de San Pablo para presos y penados a fin de poner solución por medio de periódicas visitas a los problemas espirituales de los reclusos y procurando que cada uno de ellos pudiera, con su trabajo, atender a las necesidades de su familia, sin desatender la educación de sus hijos menores.

A partir de entonces, diversas medidas se encaminaron a cancelar de una forma oficial las consecuencias penales de nuestra guerra de liberación.

El Decreto de 9 de octubre de 1945 pretendía dar por liquidados los delitos relacionados con nuestra guerra, siempre y cuando no tuviera el carácter de delitos comunes. Independientemente de este decreto, se concedió en 17 de julio de 1947 un indulto parcial para todos los penados, sin más excepción que los reincidentes o reiterantes, los que tengan mal expediente correccional, rebeldes no presentados y los condenados por delitos perseguibles a instancia de parte si ésta manifiesta su oposición. Este decreto fue ampliado por el de 9 de diciembre de 1949.



Y en primero de mayo del presente año, para contribuir de modo apropiado a la celebración del Congreso Eucarístico, se ha concedido un nuevo indulto más amplio que los anteriores, por delitos o faltas, no sólo comprendidas en el Código Penal ordinario, sino también en el Código de Justicia militar y leyes penales especiales, abastecimientos y delitos monetarios fundamentalmente. Se extinguen también las sanciones de relegación, confinamiento y destierro, medidas sin precedente en indultos anteriores.

Gracias a la labor del actual ministro de Justicia, señor Iturmendi, ha sido posible llevar a cabo la concesión de tal indulto que afecta a más de diez mil penados. Es otro de los innumerables beneficios que material y moralmente ha representado el Congreso Eucarístico para España.

En virtud de esta tendencia humanitaria es inferior a la del período 1929-1936 a pesar de haber aumentado la población española en más de un veinte por ciento.

EL CORREO CATALAN aplaude sin reservas el indulto general concedido recientemente por el ministro de Justicia y se siente ligado a la renovación espiritual que representa para quienes se acogerán a sus beneficios.

(«El Correo Catalán», 24-V-1952)

"La situación del mundo no me permite salir de Roma", dice el Papa"

«YA SABEN QUE CUENTAN CON MI CARIÑO, MI BENDICION, MI AMOR, MI PRESENCIA ESPIRITUAL»

La presidenta nacional de las Jóvenes Católicas españolas habló con Su Santidad Pío XII con motivo del Congreso Internacional de Juventudes Católicas Femeninas celebrado en Italia y este diálogo, que transcribimos fielmente, expresa el pesar del Padre Santo por no poder asistir al Congreso Eucarístico Internacional de nuestra ciudad.

—¿Veremos a Su Santidad en el Congreso Eucarístico de Barcelona?

—NO PUEDO MOVERME DE AQUI; ES DIFICIL SALIR DE ROMA; PERO, ADEMAS, ¿COMO VOY A IR?

—Su Santidad nos predica continuamente el que utilicemos los medios modernos de locomoción para las empresas apostólicas. Un avión sería la forma de que en cuatro horas se presentase en España.

Ante la insistencia, hizo el una pregunta:

—¿TIENEN YA TODO PREPARADO?

—Creemos que resultará muy bien. Todo Barcelona colabora. El acto de la ordenación de los mil sacerdotes en el Estadio de Montjuich promete ser impresionante.

—¿ESTAN ANUNCIADAS MUCHAS DELEGACIONES? —inquirió Su Santidad.



—Sí, y, sobre todo, de America. Los Estados Unidos envian numerosos congresistas, y los sudamericanos puede decirse que vienen en bloque. Aprovecharemos la ocasion para que se realicen algunas reuniones con ellos, porque deseamos estar muy unidos los católicos.

Despues de unas preguntas que giraban en torno a este problema, el Papa, cariñosamente, dijo:

—¿QUE AMBIENTE HAY EN ESPAÑA?

—Estupendo: si los españoles adivinasen que Su Santidad pisaba tierra española, tenga por seguro que se inundarían los caminos, y desde luego, no le damos seguridad de que retornase a Roma, porque se volverian locos.

Al insistir de nuevo sobre su venida, me contestó:

—YA SABEN QUE CUÉNTAN CON MI CARIÑO, MI BENDICION, MI AMOR, «MI PRESENCIA ESPIRITUAL»; PERO LA SITUACION DEL MUNDO NO ME PERMITE SALIR DE ESTE LUGAR.

Con estas palabras expresó el Padre Santo su imposibilidad de venir, en persona, a nuestro Congreso Eucarístico Internacional.

(«El Correo Catalán», 17-V-1952

Himno del XXXV Congreso Eucarístico de Barcelona

JOSE MARIA PEMAN

De rodillas, Señor, ante el Sagrario
que guarda cuanto queda de amor y de unidad
venimos con las flores de un deseo
para que nos las cambies en frutos de verdad.

Cristo en todas las almas y en el mundo la Paz.
Cristo en todas las almas y en el mundo la Paz.

Cómo estás, mi Señor, en la Custodia,
igual que la palmera que alegra el arenal,
queremos que en el centro de la vida reine
sobre las cosas tu ardiente caridad.

Como ciervos sedientos que van hacia la fuente
vamos hacia tu encuentro sabiendo que vendrás:
que el que la busca es porque ya en la frente
lleva un beso de paz.

Que las llamas gemelas de las almas amigas
se muevan todas juntas, en único afán
como el aire ha movido las espigas
que hicieron este pan.

Tiradas a tus plantas las armas de la guerra
—rojas flores tronchadas por un ansia de amar—,
hagamos de los mares y la tierra
como un inmenso altar.

MADRID EN EL CONGRESO EUCARISTICO

César González-Ruano

HA enviado Madrid al Congreso Eucarístico de Barcelona lo mejor que posee en el arte religioso ornamental: su Custodia, que es un magnífico ejemplar que Francisco Alvarez trabajó en el siglo XVI para la tercera mujer del rey Felipe II, la reina Isabel de Valois.

Se trata en sí de una pieza importante que pesa más de cien kilogramos, y que sobre su importante tradición tiene la de haber sido utilizada en aquel Congreso Eucarístico que se celebró en Madrid el año 1911. Pero sobre todos estos valores, la Custodia madrileña tiene el valor simbólico de que Madrid manda a Barcelona la adhesión tierna, estremecida e incondicional de su capitalidad, no sólo a la universalidad de la magna concentración católica, sino directamente a esa hermana mediterránea que es la Ciudad Condal.

Envía Madrid su Custodia con la alegría de que haya recaído en Barcelona la honrosa elección de que esta urbe sea Meca de la ruta peregrina, de la rosa de los vientos de Cristo, y recinto que hospede a los miles y miles de fieles de todos los climas y de todas las razas que acuden a esta cita entrañable y solemne, verdadera demostración de una fuerza espiritual que es la más real y más firme esperanza que tenemos en que el destino de la civilización no interrumpa su largo camino, que ya cuenta con siglo y medio de tarea progresiva en el universo mundo y de afirmación de eternidad en el otro para esperanza y consuelo de la criatura humana.

Cuando leemos en los periódicos las escasas defensas materiales de que dispone Europa, esta triste Europa de hoy empobrecida y débil, frente a una posible agresión más o menos esperada y temida, no es el recuento del material bélico, a todas luces insuficiente, lo que nos da alimento espiritual a la esperanza, sino que es precisa y únicamente

esa fe en la Fe y el hecho de que a nuestro lado esté la catolicidad de Roma en todo lo mucho que ella significa.

Madrid, corte católica de las Españas, tenía que estar representada en el Congreso Eucarístico de Barcelona con un símbolo, ya que está descontada no sólo la representación solemne e inmaterial de la figura del Estado, sino la material y numerosa presencia de la gran masa de madrileños que estos días emprenderán el camino de la capital catalana, convertida en sede y en aula del Congreso.

A pocos días estamos ya de distancia de la impresionante inauguración del Congreso Eucarístico, cuya eficacia y cuya importancia es fácilmente imaginable para todos. El esfuerzo que para una buena organización están haciendo no sólo las autoridades barcelonesas, sino el pueblo mismo, tampoco es tema que pueda pasar inadvertido para nadie. Y no hace falta ser profeta para pronosticar desde el primer momento el éxito rotundo de esta empresa espiritual.

No le cabía a España ni a Barcelona mayor honor que el que ahora se le hace y que equivale a reconocer en nosotros méritos que por ser un orgullo rechazan de lleno toda actitud de falsa modestia. Y en Barcelona tenía que estar de algún modo representado nuestro Madrid, aglutinante de la diversidad de razas que forman precisamente nuestra unidad y grandeza.

Por eso la Custodia madrileña, esos cien kilogramos de glorioso recuerdo que fueron contemporáneos a la vida de nuestro rey Felipe II, es un símbolo valioso y un envío de carácter tan extraordinario como sentimental.

(«La Vanguardia Española», 29-V-1952)

EL «¡SI!» DE BARCELONA

NUESTRA ciudad inicia hoy las jornadas más grandiosas de su bimilenaria Historia. Los preámbulos de los magnos acontecimientos que vamos a vivir han sido realmente impresionantes. Nuestro maravilloso pueblo se ha volcado, como vulgarmente se dice, aportando individual y colectivamente todo cuanto podía hacer por el mayor éxito del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Pero hay algo más que nos interesa hacer resaltar: el pueblo de Barcelona ha manifestado desde el primer momento, y cada vez con mayor intensidad, un fervor profundísimo, de una sinceridad que no ofrece dudas. Perfectamente percatado del hondo significado espiritual del congreso, se ha adherido a él con alma, corazón y cerebro y ha obrado en consecuencia, con el buen sentido que siempre le caracterizó.

Horas antes de inaugurarse el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, puede formularse la afirmación de que constituirá, que ya es un éxito completo, grandioso y probablemente sin parangón posible. Ello nos llena de orgullo, como catalanes y como españoles, y tenemos la certidumbre absoluta, porque conocemos perfectamente al pueblo en que nacimos, que aquel augurio quedará chico ante la realidad, lo mismo que lo que venimos presenciando ha sobrepasado cuanto imaginaban los más optimistas.

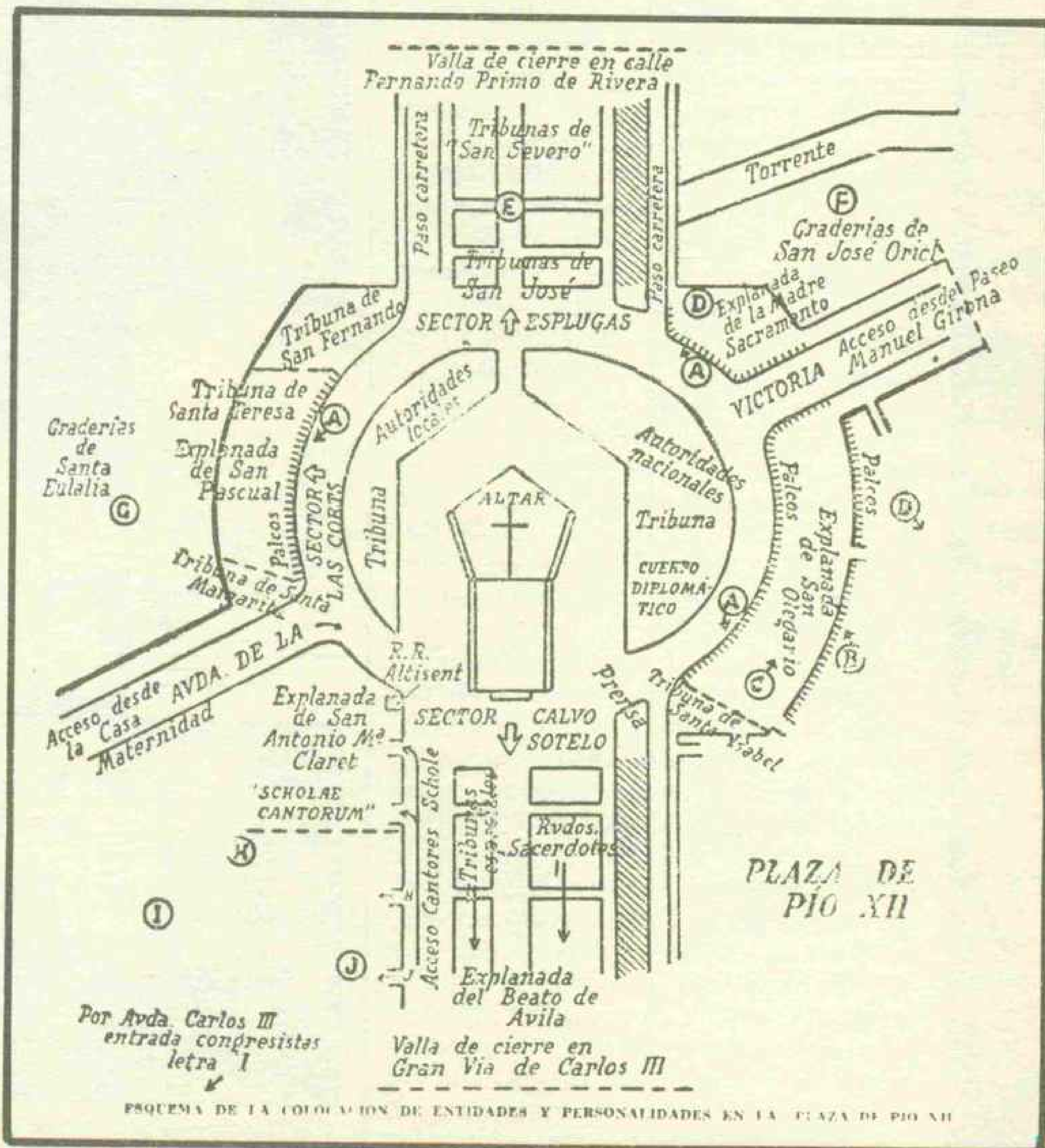
Las olas humanas que a pie y en toda clase de vehículos han venido desfilando durante las pasadas noches por calles, plazas y avenidas, para extasiarse ante los prodigios de luz y color de la ciudad encendida en amores eucarísticos, han sido las avanzadas de las multitudes, que en los días sucesivos acudirán a los diversos actos del congreso, esta vez con el refuerzo de las muchedumbres de católicos del mundo entero, entre los que, como no podía ser menos, acaparan los mayores espacios los hijos de todas las regiones de España que han llegado y arriban a Barcelona en contingentes que superan todo lo calculado.

BARCELONESES: Por católicos y por españoles estamos todos obligados a exteriorizar nuestra adhesión al Congreso Eucarístico, del que va a ser Barcelona la sede.

Que no haya un solo balcón que no se engalane, en señal de emoción religiosa y patriótica, con el símbolo eucarístico y la gloriosa bandera española.

Barcelona dijo «¡Sí!», desde que tuvo la primera noticia de que el glorioso Pontífice reinante había honrado a Barcelona designándola para sede del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, y al correr de los días, hasta su solemne apertura que tendrá efecto en la tarde de hoy, han ido en aumento sus fervores y sus sacrificios, porque, consignémoslo, salta a la vista que en innumerables casos los ornatos de balcones, ventanas y edificios han requerido sacrificios económicos de consideración y hasta esfuerzos físicos agotadores. A este respecto todos los observadores concienzudos de nuestra vida ciudadana podríamos aportar muchos ejemplos, todos ellos dignos de alto encomio. Claro que el resultado de tan nobles e intensos afanes los tenemos a la vista y a todos nos llenan de satisfacción.

(«Diario de Barcelona», 27-V-1952.)



ESQUEMA DE LA COLOCACION DE ENTIDADES Y PERSONALIDADES EN LA PLAZA DE PIO XII

SANCTUS, SANCTUS, SANCTUS

Barcelona, faro luminoso de proyeccion espiritual española

EN estos momentos inquietantes, de angustia e incertidumbre que afectan al dolorido mundo, Barcelona está viviendo, en la paz ganada por nuestro invicto Caudillo, las jornadas más gloriosas de la Historia de la Humanidad, albergando en su seno, por especial predilección del Sumo Pontífice, el mango Congreso Eucarístico Internacional, en el que el pueblo barcelonés, en masa, y los millares de fieles venidos de los cinco continentes, están rindiendo su máxima e intensa devoción, palpitante de fe, como jamás se había conocido en los anales de la ciudad.

Y en esta vibración del espíritu católico, excepcional por su hondura e inenarrable por su grandiosidad, vincúlase el alma del pueblo español, viva, gozosa, latiendo de entusiasmo por sentirse unida estrechamente a Barcelona, erigida en la hora presente de imponderable magnitud en faro luminoso de proyección espiritual española, creando nuevos horizontes de paz, de esperanza. Porque Barcelona, y con ella España, está demostrando a todos los pueblso del mundo, en elocuente y provechosa lección, de lo que es capaz una nación cristiana y patriota cuando llega la ocasión de ostentar con orgullo su religiosidad devota y encendida y su grande amor a su Jefe del Estado, Franco, Caudillo salvador de la Patria, a quien se debe la paz que disfrutamos los españoles, el progreso de la nación y la realización de este XXXV Congreso Eucarístico Internacional, que supera en mucho a los anteriores.

Si grandiosa es esta manifestación eucarística, llena de fervor y unción religiosa, en la que el pueblo barcelonés es actor y colaborador entusiasta, como jamás lo había sentido en su acendrado catolicismo, tanto o más grandiosa es, si cabe, la efusión de amor y gratitud, sincera, espontánea, hecha patente ante su Caudillo, Franco, en la acogida sin precedentes que le tributó ayer al entrar en la población, después de su triunfal recorrido por tierra española, sembrando el bien, fomentando el progreso de la nación, impulsando el trabajo, para sumarse con su egregia esposa y los ministros de su Gobierno, al Congreso Eucarístico, como lo demostró ganando la guerra y lo viene demostrando día tras día, con su ingente e incansable labor de resurgimiento de la Patria.

(«El Noticiero Universal», 30-V-1952.)

Cerca de medio millón de obreros rinden apoteósico homenaje a la Eucaristía

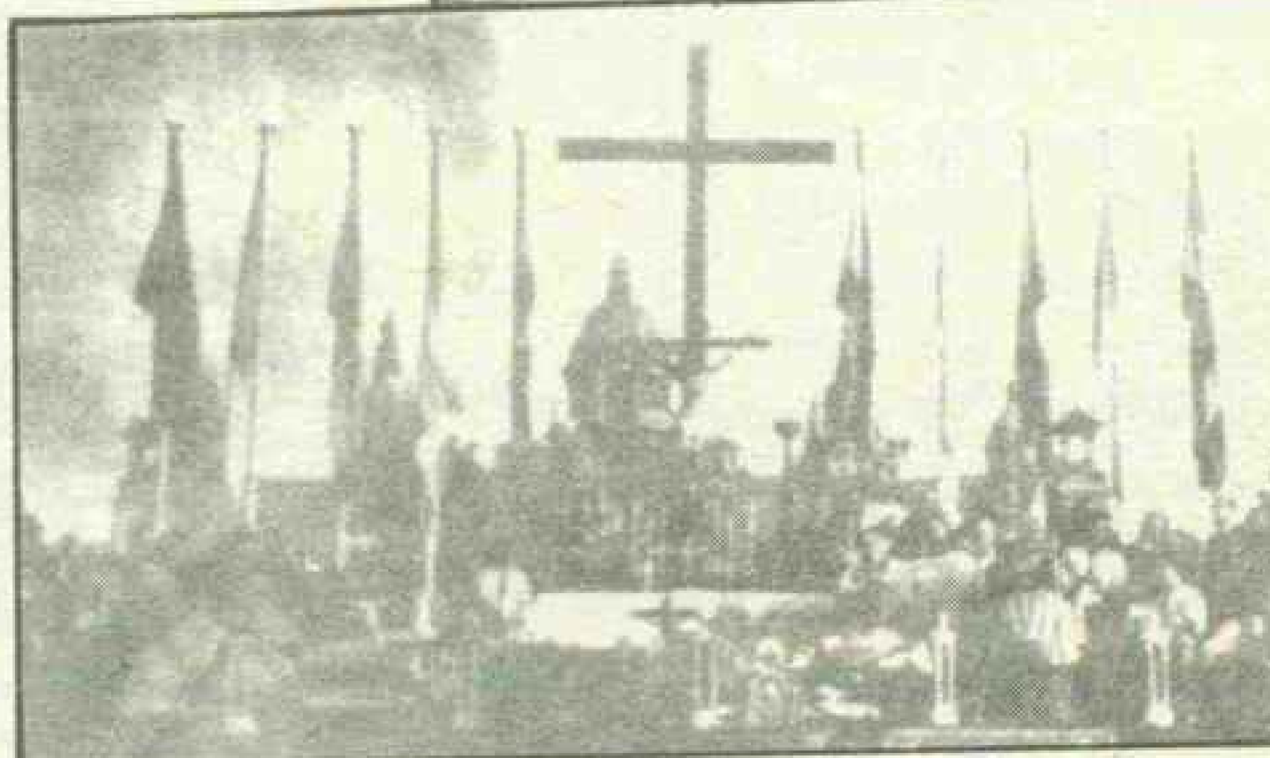
VIBRANTES MENSAJES DE LOS CARDENALES PLA Y DENIEL Y SPELLMAN, ARZOBISPO DE TARRAGONA, DR. ARRIBA Y CASTRO Y EL OBISPO DE BARCELONA, DR. MODREGO



POR LA PAZ SOCIAL

En la Avenida de María Cristina de la Exposición se concentraron extensas representaciones de empresarios, técnicos y obreros de toda España que celebraron en la trascendencia del «Día de la Eucaristía y la Paz individual y social». En las fotografías, el arzobispo de Nueva York, cardenal Spellman, dando lectura a su importante discurso; el cardenal primado, doctor Pla y Deniel, dirigiendo la palabra a los congregados; aspecto del altar levantado en la plaza superior e impresionante vista general de la Avenida.





ITINERARIO DE LAS IDEAS

Paz individual y paz social

[illegible]

(«El Correo Catalán», 30-V-1952.)

FRANCO, EUCARISTICO

HICE una disposición política fundamental del Estado nuevo, que el Jefe Nacional, supremo Caudillo del Movimiento, personifica todos los valores del mismo. Y nunca tuvo mejor aplicación tal concepto, como en el actual afán barcelonés por la gloriosa exaltación de la Eucaristía. La relación del Jefe Nacional con el Sacramento presenta dos aspectos: uno de ellos, quizá el más importante en orden a la posibilidad de celebración del magno acontecimiento, es de carácter objetivo, externo; quienes recuerden con una chispa por lo menos de instinto de conservación, si es que en su alma no cabe la gratitud, aquellos terroríficos días de patrulleros y brigadas rojas, perseguidores de cuanto tenía la menor apariencia de religiosidad, habrán de bendecir la espada victoriosa del general que, derrotándolos, hizo posible el clima de orden público y de tranquilidad y seguridad ciudadanas, en el cual van a discurrir las jornadas eucarísticas para impetrar la paz del mundo. Bueno será que reflexionemos sobre el hecho evidente de que no bastaría por sí sola la religiosidad de nuestro pueblo, para que en él pudiera celebrarse la mundial manifestación de fe. Polonia es casi tan católica como España y a nadie se le ocurre que pudiera organizarse en su suelo un Congreso Eucarístico Internacional, ni nacional siquiera. Gracias, pues, a Franco, ha podido el Padre Santo cumplir su deseo de que fuera en este florón de España, que es nuestra Barcelona, donde se congregaran libremente católicos de todo el orbe, para proclamar públicamente la fe en el gran misterio de Cristo presente en el Sagrario para alimento espiritual del hombre.



(«*Diario de Barcelona*», *30-V-1952.*)

Pero hay otro aspecto más íntimo, menos conocido, de la relación interna existente entre el gran Sacramento y nuestro Caudillo. Y es la devoción eucarística que anida en el corazón del Jefe del Estado español; y que es, sin duda, la que le ha proporcionado esa serie ininterrumpida de triunfos, así en la guerra como en la paz, que hace incluso los más contumaces enemigos de España le reconozcan su talla gigantesca de estadista sin par. Ya se comenta que sin una decidida protección de la divina Providencia con sólo las fuerzas naturales de su preclaro entendimiento y enorme voluntad, era casi imposible sacar a España de las continuas encrucijadas en que la maldad de unos y la insensatez de los demás pretendieron hundirla. El secreto de tantos éxitos se halla precisamente en el fervor eucarístico de nuestro Jefe. Cuando la situación que debe resolver se presenta como prácticamente insoluble; cuando las fuerzas humanas más poderosas y la más prodigiosa habilidad, resultan insuficientes para hallar la solución de un problema, nuestro Caudillo no pierde la cal-

ma, ni la seguridad de conseguir que nuestra España venza el obstáculo. El, como católico práctico y ferviente, con ese fervor varonil que le caracteriza, se sumerge íntegramente en el contenido del divino mandato: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán.» Y quien personificando todos los valores españoles, y entre ellos la noble dignidad española, no sabría pedir a los hombres, henchido el pecho de profunda fe eucarística, póstrate ante el Sagrario y pide por España a Cristo Jesús ¡y busca!... ¡y llama!... y no deja de hacerla suavemente fuerza, hasta que Dios Nuestro Señor le ha dado aquello con tanta fe pedido; hasta que ha hallado lo que buscó; hasta que le han abierto, ante la insistente llamada...

Así la Historia recogerá en su día hechos que podrán haber sido registrados como anécdotas, pero que en realidad son trascendentales exponentes de la fe eucarística de nuestro Caudillo. Cuando se hallaba en período álgido la última guerra mundial, Alemania envió a España a Von Moltke como embajador del Reich. Los españoles barruntábamos a la sazón amenazas de guerra, mas no perdíamos la fe en Franco. El enviado de Hitler exigió inapelablemente que España, antes de las cuarenta y ocho horas, entrara en guerra a su favor. De lo contrario, las aguerridas divisiones germanas, estratégicamente situadas al otro lado de los Pirineos, invadirían la Península en cuanto expirara ese plazo. El Caudillo de España respondió serenamente que debía pensarlo y consultarlo despacio... Enterados de las pretensiones alemanas los embajadores aliados le visitaron diciéndole, a modo de respuesta para Von Moltke, que sus ejércitos serían los que invadirían a España si ésta no entraba en guerra a su favor antes de cuarenta y ocho horas. El Caudillo español a todos había prometido responder. En el tablero internacional, la jugada contra España era un jaque mate. El general Franco al quedar solo llamó a su capellán y le pidió que expusiera el Santísimo en la capilla de su palacio. Permaneció en oración silenciosa, sumido y abismado en la Divinidad, durante una hora. Se cantó el «Tantum ergo», se tuvo la reserva y el Jefe español quedó tranquilo... Al día siguiente, Von Moltke tenía un ataque de apendicitis y moría casi de repente, desapareciendo todas sus amenazas y, automáticamente, las de sus enemigos. España se había salvado, esta vez, no por una batalla decisiva de Franco guerrero, sino por una hora de oración de Franco eucarístico. Y cuando más tarde Berlín agonizaba y los rojos de todas las naciones anunciaban la catástrofe de España, objeto preferido de sus odios insaciables, la noticia de la caída de la capital del Reich en manos soviéticas, captada en El Pardo a las dos de la madrugada, fue comunicada por su trascendencia inmediatamente a nuestro Jefe de Estado. El Caudillo dispuso: «Llame al capellán y que exponga el Santísimo en la capilla.» Hizo oración en aquella madrugada trágica. Y al terminar dijo a sus acompañantes que podían retirarse, que no pasaría nada a España. Y así fue. Franco sostiene a nuestra patria y la defiende no solamente con la fuerza de sus armas, sino con sus oraciones. Por ello los barceloneses damos gracias a nuestro amadísimo Papa por el inmenso honor que ha dispensado a nuestra católica ciudad, eligiéndola como sede del XXXV Congreso Eucarístico Internacional; y a Dios Nuestro Señor por haber conservado para gobernar nuestra España al estadista insigne que, entre todos los del mundo, tiene mejor derecho al título con que se han encabezado estas líneas.

ALFONSO IBAÑEZ FERRAN
(«Diario de Barcelona», 28-V-1952.)

"LA FE DE LOS ESPAÑOLES ES UNA FE DINAMICA; AMAMOS A CRISTO Y LO AMAMOS CON TODAS LAS CONSECUENCIAS"

"Si hoy puede celebrarse esta magna Fiesta Eucarística en tierras de Cataluña es porque una gran generación de mártires y héroes abrió el camino a la paz y al abrazo fraternal entre los hombres de España"

Vibrantes palabras de FRANCO con motivo de la concentración nacional del Frente de Juventudes



S. E. el Jefe del Estado durante su vibrante alocución a la juventud española.

(Foto Brangulí.)

Diez mil camaradas del Frente de Juventudes de toda España, venidos a Barcelona con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, han tomado parte en los actos organizados en honor de San Fernando, Patrón de la organización juvenil, al mando del delegado nacional, José Antonio Elola Olaso.

A las nueve y media las centurias de toda España se concentraron en correctísimas formaciones a lo largo de la Avenida Internacional del Parque de Montjuich que da acceso al Estadio. Ante la puerta principal del mismo se había erigido un gran altar, presidido por la imagen de San Fernando. Al pie de la tribuna se habían colocado los cincuenta guiones provinciales del Frente de Juventudes, siendo portadores otros jóvenes camaradas de los 2.500 banderines de centurias de la organización.

El espectáculo resultaba de una vibrante grandiosidad, resaltando el colorido de las camisas azules y de las boinas rojas en una extensión de más de 300 metros de fondo.

El delegado nacional, señor Elola, acompañado del secretario nacional, señor Pérez Viñeta, y del delegado provincial, señor Martínez de La Guardia, revistó todas las formaciones, mientras la banda de música de Málaga interpretaba el Himno Nacional.

El obispo de Madrid-Alcalá, patriarca de las Indias, Rdmo. doctor Eijo Garay, en su calidad de asesor nacional de Religión del Frente de Juventudes, ofició de pontifical una misa de campaña.

Con las jerarquías nacionales asistieron al acto el subjefe provincial del Movimiento, señor Solano, que ostentaba la representación del gobernador civil y jefe provincial, don Felipe Acedo; el director general de Política Interior, don Blas Tello; el jefe nacional del SEU, señor Jordana; el consejero nacional señor Santa Marina, señor Martí, jefe de las Falanges Juveniles; los señores [illegible]

Ibáñez Farrán, Maluquer, Pena, Puentes Martín y Sobregrau, por el Ayuntamiento; Diputación de Barcelona, y el segundo comandante de Marina, don Angel Gamboa.

Durante la santa misa, un coro de jóvenes seminaristas cantó el "Cum Jubilo".

LA OFRENDA A JESUS SACRAMENTADO

En el momento de la consagración, el delegado nacional del Frente de Juventudes, señor Elola, postrado ante el Santísimo, pronunció la siguiente ofrenda:

"Soberano Señor Sacramentado:

Postrados tenéis a vuestros pies a estas centurias que a Vos acuden, en representación de la Juventud de España.

Venimos a humillarnos ante vuestra Divina Majestad y a rendiros incondicionalmente las banderas que jamás y ante nadie se rindieron y que, con vuestra ayuda poderosa, a ningún otro se rendirán.

Venimos a ofrendaros nuestras inteligencias y voluntades, los esfuerzos, las ilusiones y los afanes de cada día, los ímpetus y las impaciencias de nuestros corazones, nuestras alegrías y nuestros dolores.

Henos aquí para depositar nuestro modesto acervo espiritual en el sagrario que guarda, desde hace veinte siglos, la prenda más grande y fidedigna de vuestro amor y de vuestro sacrificio.

De estas filas, Señor, muchos están ausentes: la Falange de los Caídos que con su sangre joven rubricaron en el campo de honor la oblación que un día os hicieran en el ara de la Patria.

Otros, respondiendo a una más alta y sublime vocación, prosiguen su vida de servicio y sacrificio en los seminarios y noviciados o, escaladas ya las gradas del altar, llevan vuestro mensaje por los pueblos de España y a las tierras de Misión.

Y como ellos, cuantos seguimos militando, estamos dispuestos, por idéntico ideal, a seguir con vuestra gracia sin desmayo el ejemplo de abnegación y sacrificio que nos dais en el Augusto Sacramento del Amor.

Dignaos, Señor Sacramentado, acoger favorablemente estos nuestros deseos y propósitos y sobre todo—os lo pedimos por intercesión de la Virgen Santa María y Madre nuestra—hacernos partícipes de aquel amor que comunica fortaleza para no temer a nadie sino a Vos e infunde mansedum-

(Continúa en la página siguiente)

Audiencias de S. E. el Jefe del Estado en el Palacio de Pedralbes

Ayer tarde, en el Palacio de Pedralbes, S. E. el Jefe del Estado recibió en audiencia a los siguientes señores:

Doctor Jaime de Barros Câmara, cardenal arzobispo de Río de Janeiro; doctor Teodosio Clemente de Gouveia, cardenal arzobispo de Lourenço Marques (Mozambique); general señor Anders; doctor Francisco Spellman, cardenal arzobispo de Nueva York, acompañado del arzobispo de Filadelfia, doctor O'Hara; obispo de Salt Lake City, doctor Hunt; obispo de Oklahoma, doctor Mc Guinnes; obispo de Corpus Christi en Tejas, doctor Garriga; obispo de Alexandría (Louisiana), doctor Greco; obispo auxiliar de Nueva Orleans, doctor Caillouet.

Ofrenda de los Ejércitos Nacionales a Jesús Sacramentado

El solemnísimo acto, celebrado esta mañana, ha sido presidido por los Ministros del Ejército, Marina y Aire

Asistieron los generales y almirantes que han venido en peregrinación y todos los jefes y oficiales de la guarnición con sus familias

En la Avenida de María Cristina, de Montjuich, se ha celebrado esta mañana, a las once, el solemnísimo acto de homenaje de los Ejércitos españoles a la Eucaristía.

En el cruce de dicha Avenida con la de Ríus y Taulet se había levantado un monumental altar adosado a la gran cascada que recoge las aguas del surtidor de la Exposición. Constaba dicho altar de dos planos, destacándose el superior, el altar propiamente dicho, y estando constituido el inferior por dos grandes tribunas, destinadas a las autoridades, dignidades eclesiásticas, generales y jefes con mando.

Presidía el altar una gran cruz, sobre la cual figuraba el crucifijo de la parroquia de San Fernando, y tanto la obra como el altar, estaban alfombrados de terciopelo rojo. A derecha e izquierda de la cruz habían sido colocados elevados mástiles con banderas nacionales y pontificias.

Mucho antes de la hora anunciada para la celebración del acto de homenaje de los Ejércitos a la Eucaristía, formaron en la calzada de la amplia Avenida de María Cristina, las fuerzas que habían de asistir al mismo.

A la derecha del altar y en la Avenida de Ríus y Taulet formó, para rendir honores, una compañía del regimiento de infantería de Jaén, número 26, con bandera, escuadra y música. A la izquierda, se situó la banda de la Policía Armada, y en el centro hasta la Plaza de España, las fuerzas, que eran ocho compañías de la segunda división naval; una compañía del sector naval de Cataluña; otra de Aviación; dos de Infantería del Regimiento de Jaén; una de Montaña de Barcelona; otra del Regimiento de Infantería Ultonia 59; doce escuadrones, pie a tierra, del Regimiento de Numancia número 9; dos baterías, pie a tierra, de los Regimientos de Artillería números 44, 62 y 72 y de Costa de Cataluña; siete compañías del Regimiento de Zapadores número 4; una de Transmisiones; dos del Grupo de Automóviles; tres de la Agrupación de Intendencia; una de la Guardia Civil y cuatro de la Policía Armada.

Las aceras de la referida Avenida de María Cristina habían sido destinadas y fueron ocupadas en su totalidad por todos los jefes y oficiales de la guarnición, con sus esposas y otros familiares, y por los jefes y oficiales del resto de España, que se encuentran en Barcelona con motivo del Congreso, en calidad de peregrinos.

LLEGADA DE LOS MINISTROS

A las once menos cinco minutos llegaron los ministros del Ejército, Marina y Aire, teniente general Muñoz Grandes, almirante Moreno y general González Gallarza, respectivamente, acompañados del capitán general de la Región, teniente general don Juan Bautista Sánchez González. A los acordes del Himno Nacional, [illegible]

Consejo de Ministros en el Palacio de Pedralbes



Esta mañana ha comenzado en el Palacio de Pedralbes la reunión del Consejo de Ministros, bajo la presidencia de S. E. el Jefe del Estado. En la fotografía aparecen con el Caudillo, de izquierda a derecha, los señores Cavestany, Ruiz-Giménez, Blas Pérez, Iturmendi, Arias Salgado, Fernández Cuesta, Girón, Carrero Blanco, Gómez de Llano, Martín Artajo, Arburúa, González Gallarza, conde de Vallellano, Planell y Muñoz Grandes. (Foto Brangulí.)

(«Noticiero Universal», 30-V-1952.)

Impresionante Ordenación sacerdotal en el Estadio de Montjuich







ITINERARIO DE LAS IDEAS

Hombres de letras y de estudio

EL CERTAMEN POETICO INTERNACIONAL

PRESIDIERON LOS CARDENALES SPELLMAN, GERLIER Y CAGGIANO

Y el ministro de Educación Nacional

Paul Claudel actuó de mantenedor





EL·CONGRESO·EN·LA CALLE

CARTA DEL PAPA AL CARDENAL MASELLA

En sus bodas de oro con la Iglesia

Ofensiva general en Francia contra los comunistas

Lea en 3.ª página las crónicas de nuestros corresponsales en el extranjero

SESION ACADEMICA EN EL PALACIO NACIONAL

ANDRE GIDE, EN EL INDICE

"A LA PAZ DE DIOS, HERMANOS"

Por Antonio Iturmendi



(«El Correo Catalán», 1-VI-1952.)

Los Cardenales que asisten al Congreso



Mons. Plá y Deniel, Primado de España



Mons. Federico Tedeschini, Legado Pontificio



Mons. Spellman, Arzobispo de Nueva York



Mons. Roques Arzobispo de Rennes



Mons. Caggiano, Arzobispo de Rosario de Santa Fe



Mons. Barros, Arzobispo de Río de Janeiro



Mons. Fringe Arzobispo de Colonia



Mons. De Gouveia Arzobispo de Lorenzo Marques



Mons. Mac. Guigan Arzobispo de Toronto



Mons. Guevara, Arzobispo de Lima



Mons. Griffin Arzobispo de Westminster



Mons. Gilroy Arzobispo de Sidney



Mons. Garlier. Arzobispo de Lyon

(«La Vanguardia Española», 31-V-1952.)

ITE MISA EST

LLAMA DE AMOR VIVA...

ESTO es lo que ha sido el XXXV Congreso Eucarístico Internacional que, habiendo asentado sus reales en el campo de la catolicidad barcelonesa, los alzó el domingo en un desbordamiento indefinible de su piadosa sensibilidad.

Inextinguible llama de amor viva, incesantemente alimentada por el ardiente calor que irradiaban todos los corazones hasta convertirla, el domingo, en una grandiosa hoguera espiritual, cuyas trémulas lenguas apuntaban al cielo, llevando el mensaje de la sumisión humana al Supremo y Eterno Bien, que es Dios.

La limitada inteligencia humana no puede ni podrá nunca comprender la razón decisiva de una coincidencia, tan absolutamente unánime de sentimientos, si no es llevándose a las sublimidades de la sabiduría propia de los elegidos para la santidad. Y, por lo mismo, la pobreza de los recursos humanos es incapaz de transmitir a ninguna pluma la expresión exacta y precisa de la grandiosidad espiritual contenida en los maravillosos espectáculos de eminente fervor popular que ante el mundo entero se dieron el domingo en España, por medio de Barcelona, que, a sus muchos títulos de fama terrenal, unirá, de ahora en adelante, el gloriosísimo de ciudad eucarística por excelencia, haciendo honor a su tradición secular de adelantada en el homenaje a la sacratísima Eucaristía.

Honor que tenemos bien ganado, con el refren-

do de las altas jerarquías eclesiásticas, porque nuestro comportamiento ha maravillado a propios y extraños. Barcelona ha vivido por y para el congreso, antes y durante el mismo, y de tal manera se ha visto asistida por el favor del Cielo en tal conducta, que no es posible creer que no se cosecharán frutos copiosísimos de tan excelsa intercesión.

Las multitudes ya sabemos todos cómo se mueven. Basta con que algunos las trabajen hábilmente, incitando las pasiones y la codicia en los individuos —renovación, al fin y al cabo, del repugnante procedimiento de la serpiente del Paraíso— – para que se levante tumultuariamente, chillando mucho y haciendo uso de la fuerza ciega que le es inherente para sobrecoger el ánimo de los apocados y prender en las desviadas y escasas luces de los alelados la convicción errónea de que se enfrentan con la ostensión de la voluntad popular. No; en estas manifestaciones no interviene nunca el pueblo, sino el populacho, pese a las malévolas insinuaciones desorientadoras de aquellos que, destilando el veneno de su rencor contenido y disfrazado, se han atrevido a establecer odiosos cotejos entre lo presente y lo pasado unos quince meses atrás.

Como tampoco son admisibles las lamentaciones de ascendencia femenil de los que gimotean pensando en lo que hubiera podido evitarse si tanto gentío se hubiese defendido con la fuerza en momentos de lucha a muerte provocados por la furia maligna. ¿Es que no se acuerdan los tales del Evangelio? «Y he aquí —dicen los libros por excelencia— que uno de los que estaban con Jesús, Simón Pedro, que llevaba una espada, alargando la mano, sacó su espada e hiriendo a un siervo del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja. Pero Jesús, tomando la palabra, dijo: «Dejadlo, no paséis adelante.» Y habiendo tocado la oreja de él, le sanó. Entonces, díjole Jesús a Pedro: «Vuelve tu espada a su lugar, a la vaina, porque todos los que tomaren espada, a espada morirán.» Lo

cual no significa ni mucho menos que hayamos de entregarnos indefensos a nuestros enemigos, sino que hemos de estar seguros de nuestra inocencia para que se cumplan los designios del Padre celestial.

Esto es lo verdaderamente interesante y lo único que ha de preocuparnos. Lo esencial es la limpieza de nuestra alma, porque la sangre derramada en estas condiciones es la que fructifica. Como ha fructificado en la porción barcelonesa de esta amada España —gracias al esfuerzo y al sacrificio de los mejores acaudillados material o espiritualmente por el Generalísimo Franco— haciendo posible la manifestación inenarrable de fe católica demostrada inequívocamente por el pueblo barcelonés y culminante en las ceremonias del domingo.

Porque en ellas estaba representado el pueblo, el verdadero, que es reunión de seres racionales libres, organizados en sociedad y que, como tal, se mueve, no por la concupiscencia y el egoísmo, sino por amor a Dios. De lo cual no puede dudar nadie que haya contemplado el fantástico espectáculo de la Barcelona inundada de luz por la noche y agitada de día por las ondulaciones de gallardetes, colgaduras y banderas exhibidas profusamente en todos los rincones de la ciudad; de la Barcelona animada hasta lo indecible a todas horas, pendiente, con exclusión de cualquier otra actividad que no fuera indispensable de los actos, aun el más insignificante del Congreso Eucarístico; de la Barcelona que, en masa, comulgó y se prosternó ante el Santísimo; de la Barcelona que estuvo atenta, a pleno sol y sin decaer en su entusiasmo a las ceremonias del pontifical, y que por la tarde aguantó a pie firme la espera del paso del Señor para reverenciarlo; de la Barcelona cuyos habitantes individualmente en sus casas y en plena calle, aun a larga distancia de la plaza de Pío XII, doblaron sus rodillas al anuncio de la bendición con el Santísimo y escucharon con emotivo silencio el mensaje de Su Santidad, y de la Barcelona, en fin, que en nombre propio y en representación de España, ha rendido el más cálido y fervoroso homanaje de todos los tiempos a la divina Eucaristía, y ha sido testigo de la consagración de la patria por S. E. el Jefe del Estado, a Jesús sacramentado.

En la llama viva de amor del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona está el símbolo de la común unión de voluntades a que aludía el cardenal Spellman. Y si a ella se acogen las naciones y los pueblos, siguiendo el luminoso resplandor de España, el comunismo no prevalecerá.

(«Diario de Barcelona», 3-VI-1952)

CINE

AVENIDA DE LA LUZ

Continua desde 11 mañana
A partir de MAÑANA LUNES
ESTRENO a través de IMAGENES
del REPORTE COMPLETO



EN BARCELONA.
ESTRENO NO-DO A y B

GRAN PROGRAMA COMICO
con
CHARLOT - SANDALIO
JAIMITO .

TODAS LAS NOCHES, además:
Una gran superproducción

CONGRESISTAS!

A la Dirección de

MUEBLES LA FABRICA

le servirá de satisfacción poder mostrar a los congresistas su modélica organización y acompañarles en su visita a su monumental edificio

La Primera de Europa



LA FABRICA

Fábricas de Ebanistería Reunidas, S. A.
142 ROCAFORT 142



Finalice bien el CONGRESO

Durante esta semana vivirá usted unas jornadas inolvidables de fervor y devocion, únicas en su vida.

Es tan grande, tan sublime esta manifestacion mundial de fe, que no puede finalizarse sin un clima espiritual adecuado.

Uno de los actos que mejor contribuirá a crear en usted ese fervor será la asistencia a una de las representaciones extraordinarias de "LA PASSIO" de Olesa.

Estas representaciones especiales de "LA PASSIO" se celebran precisamente en su teatro de Olesa de Montserrat, al pie de la Santa Montaña, ya que, por especial indicacion de nuestra Jerarquía Eclesiástica, se han declinado varias ofertas de empresas de espectáculos para representarlas en Barcelona, por considerar que, fuera de su teatro y su marco habitual, perderían su carácter tradicional para convertirse en un simple espectáculo.

Las últimas representaciones extraordinarias de "LA PASSIO" tendrán lugar los días 31 de Mayo y 2 de Junio. Debido a la gran afluencia de Sres. Congresistas, es necesario que Vd. reserve con tiempo sus localidades, boletos de comida y billetes para los trenes especiales si no quiere quedarse sin poder presenciar esta manifestación única de la fe de un pueblo...

"En mi primera visita a Olesa después de haber admirado la magnífica representación de La Passió [illegible] confortado y consolado mi corazón y les [illegible] mis mas fervorosas y cordiales bendiciones."

Firmado. ***Gregorio, Obispo de Barcelona.***

LA PASSIÓ
OLESA DE MONTSERRAT

Ultimas representaciones extraordinarias los dias 31 de mayo (tarde y noche, de 5 a 12'30) y 2 de junio (mañana y tarde, de 10 a 5'30)

LOCALIDADES Y RESERVAS

El despacho de localidades, sin recargo alguno, ha quedado centralizado en **Viajes Internacional Expreso**, Plaza Cataluña, 8, Tel 21 89 74, y en el **Patronato de La Passió**, General Mola, 10, Tel. 58, Olesa de Montserrat. • También se despachan localidades en Centro de Localidades, Rbla. Cataluña, 2.

VIAJES COMBINADOS

VIAJES MARSANS, Rbla. Canaletas, 2, Tel 21 30 97. • VIAJES MELIA, Paseo Gracia, 6, Teléfono 22 86 93. • VIAJES INTERNACIONAL EXPRESO.

"Me acerco a las gradas de la Sagrada Eucaristía a proclamar la fe católica, apostólica romana de la Nación española"

«El espíritu de servicio de la Causa de la fe católica que venimos a proclamar no es un mero enunciado: le precede una legión innumerable de mártires y de soldados caídos por esa fe en reciente Cruzada»

En el solemne pontifical celebrado en la Plaza de Pío XII, S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, pronunció las siguientes palabras de ofrecimiento:

«Señor y Dios mío:

Con la humildad que corresponde a todo buen cristiano, me acerco a las gradas de la Sagrada Eucaristía a proclamar la fe católica, apostólica, romana de la Nación española, su amor a Jesús Sacramentado y al insigne Pastor S. S. Pío XII, cuya vida prolongue Dios para bien de su Santa Iglesia.

La historia de nuestra Nación está inseparablemente unida a la historia de la Iglesia Católica.

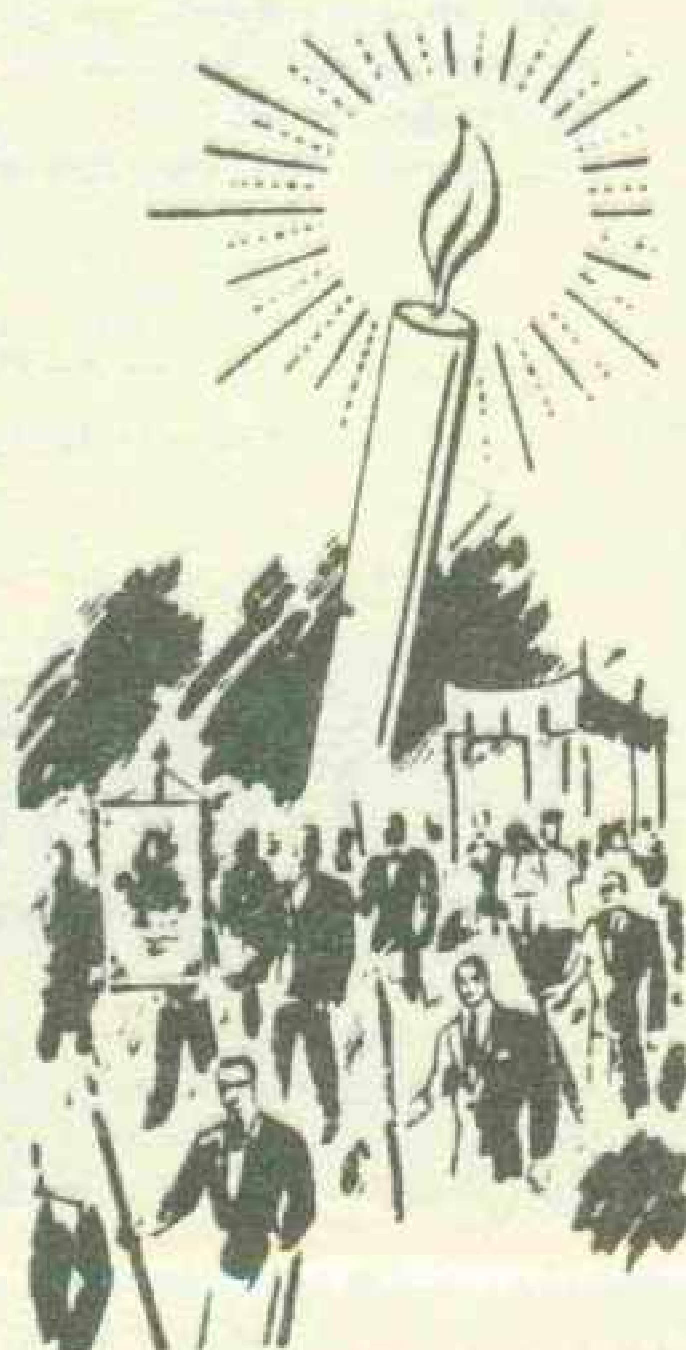
Sus glorias son nuestras glorias y sus enemigos nuestros enemigos. Antes de que en Trento, con la unidad moral del género humano, se proclamase a la Cristiandad el decreto definitorio sobre la transubstanciación eucarística, su Misterio vivía en el corazón de los españoles y hecho portentosos frutos de la predilección divina, estimulaban la devoción al Divino Misterio, al Sacramento del Amor. Que ha sido así, lo acusa esa maravillosa exposición de arte eucarístico que España ofrece a la contemplación del mundo en este Congreso, en la que no se sabe qué admirar más, si la riqueza y el arte desplegados para el servicio y la honra de Dios, o la devoción de un pueblo que hizo posible tanto prodigio.

El espíritu de servicio a la Causa de la fe católica que venimos a proclamar, no es un mero enunciado: le precede una legión innumerable de mártires y de soldados caídos por esa fe en reciente Cruzada.

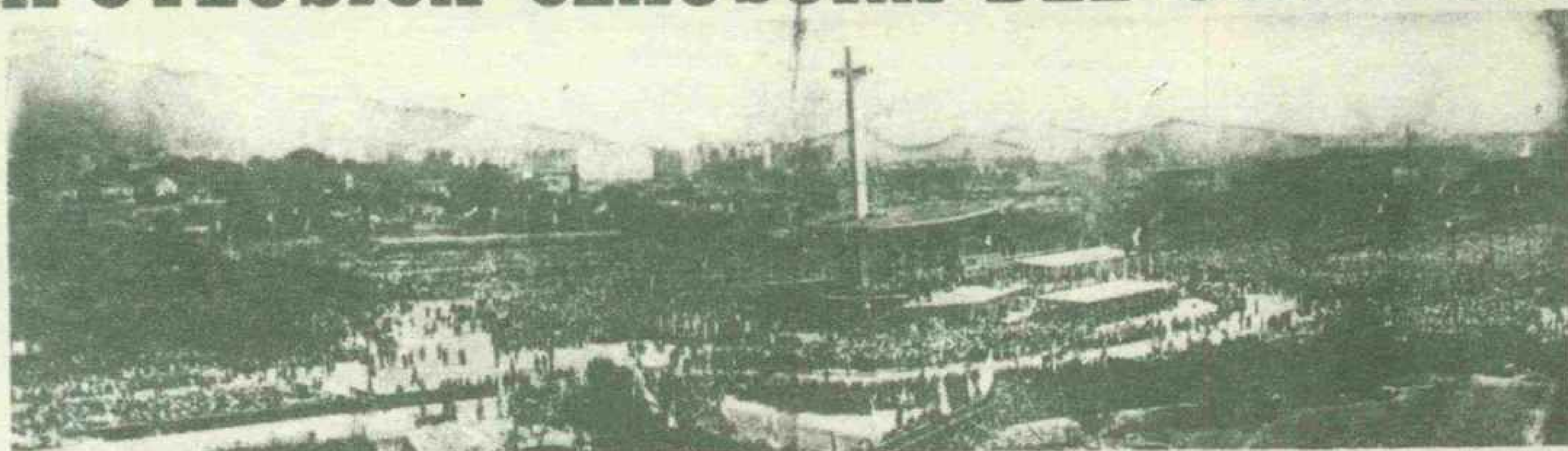
No somos belicosos, Señor; por amaros, los españoles aman la paz y unen sus preces a las de nuestro Santo Pontífice y de toda la Catolicidad en esta hora. Mas si llegase el día de la prueba, España sin ninguna duda volvería a estar en la vanguardia de Vuestro Servicio.

Recibid, Señor, esta humilde reiteración de fe y gratitud, que desde lo más profundo de sus corazones conmigo los españoles os ofrecen, y derramad sobre los pueblos que sufren tribulación la protección y bienes que en hora similar derramásteis sobre nuestra Patria. Y para nos, Señor, iluminad nuestra inteligencia para mejor serviros.

Decid, eminentísimo señor, a nuestro Santo Padre cuál es el fervor de estos hijos de la Iglesia y su voluntad de servicio y sacrificio bajo la égida de la nueva España.»



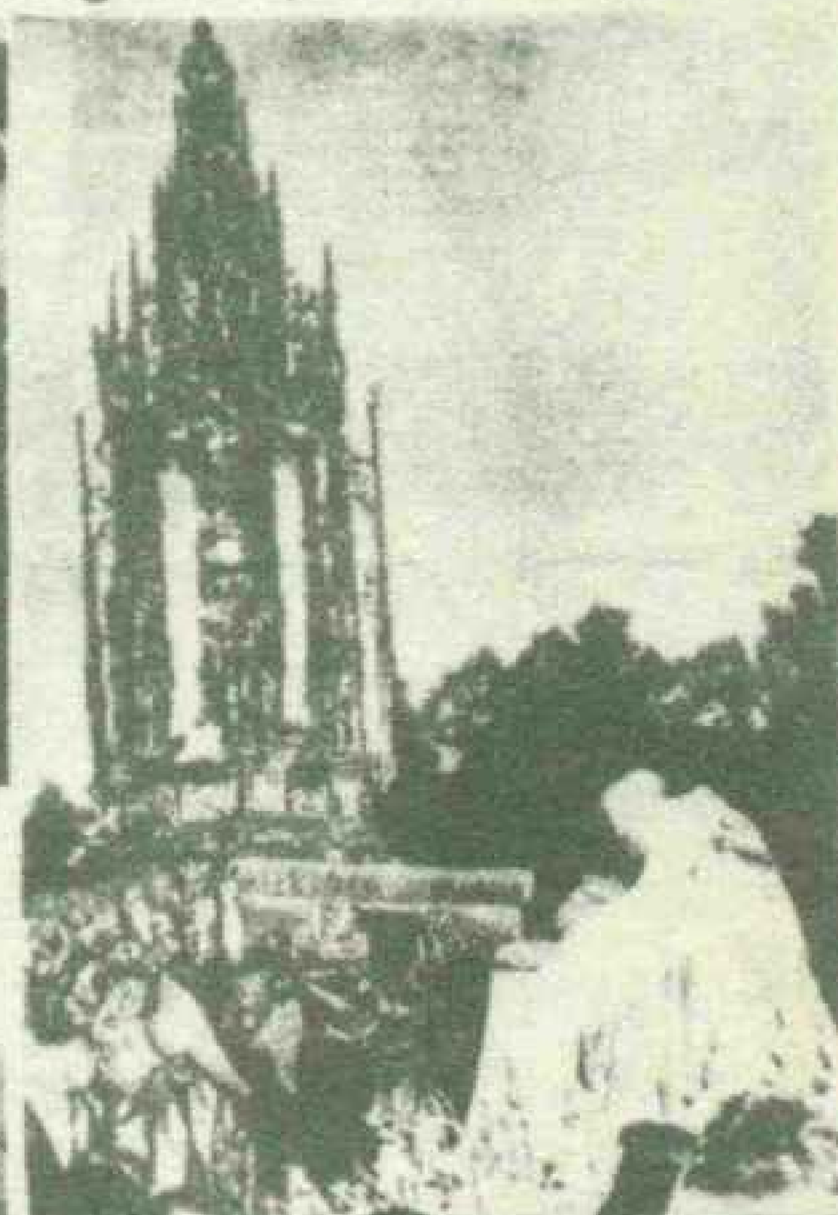
APOTEOSICA CLAUSURA DEL CONGRESO



El paso de la Custodia de Toledo y del Legado, por la Diagonal





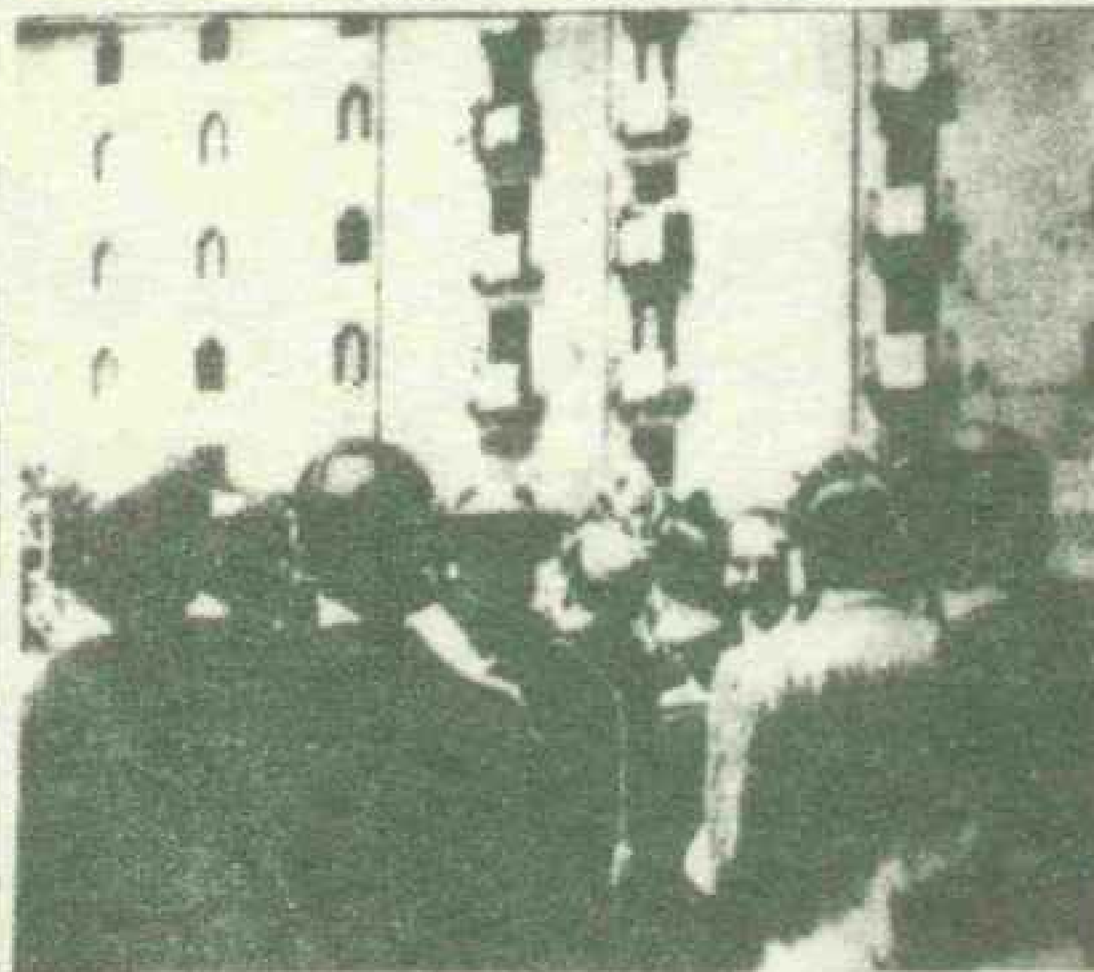


Final de las jornadas Eucarísticas

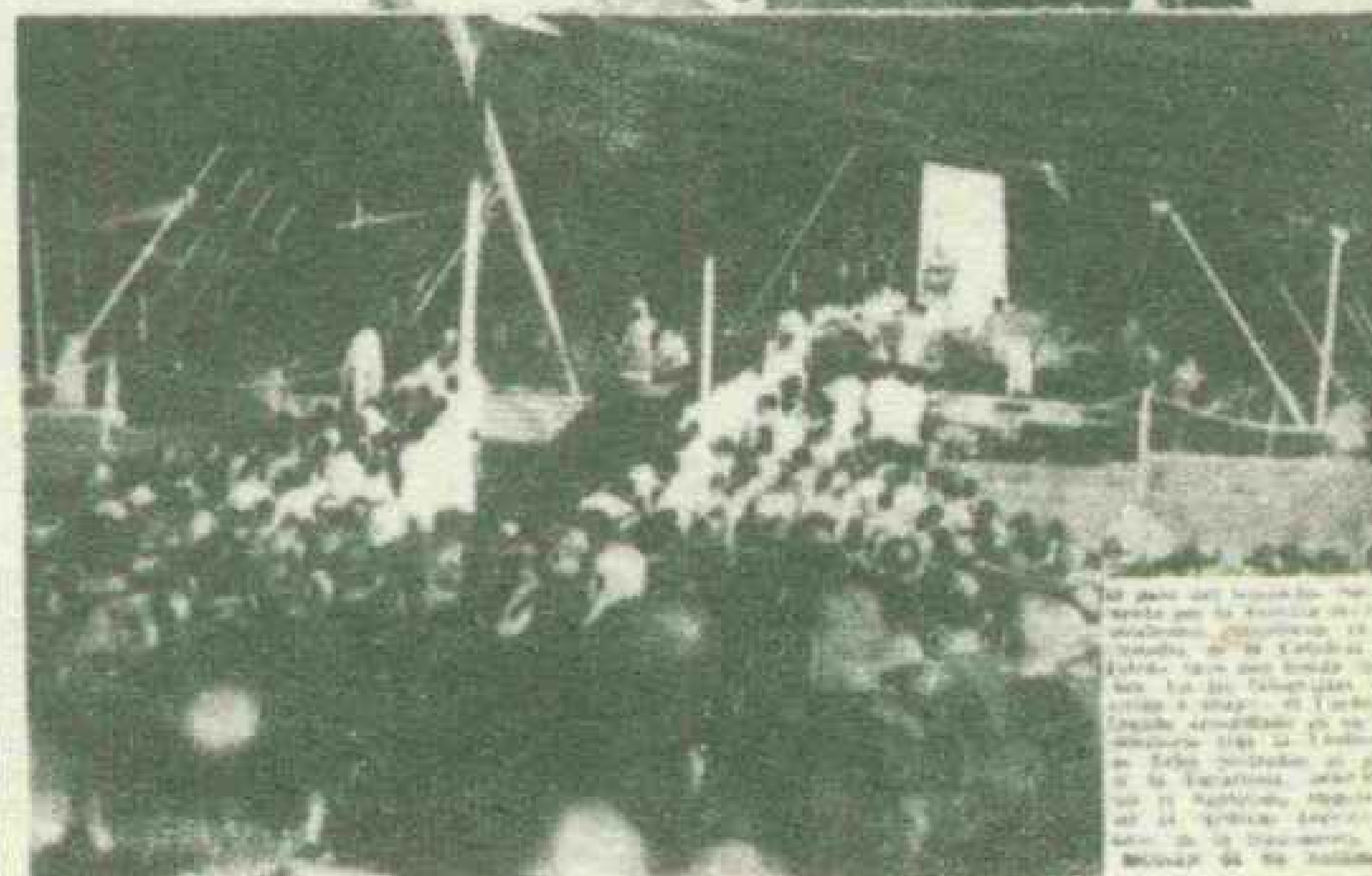
El Cardenal Tedeschini preside el acto de Acción de Gracias, en Montserrat



Gratitud a nuestro prelado







EL SUPREMO CONTRA LAS INCAUTACIONES DE TRUMAN


Pinay el revolucionario

LEA EN SEPTIMA PAGINA LAS CRONICAS DE NUESTROS CORRESPONSALES EN LONDRES, PARIS Y NUEVA YORK

(«El Correo Catalán», 29-V-1952.)

La Voz de Apolo:

Miguel Angel Martínez Artola



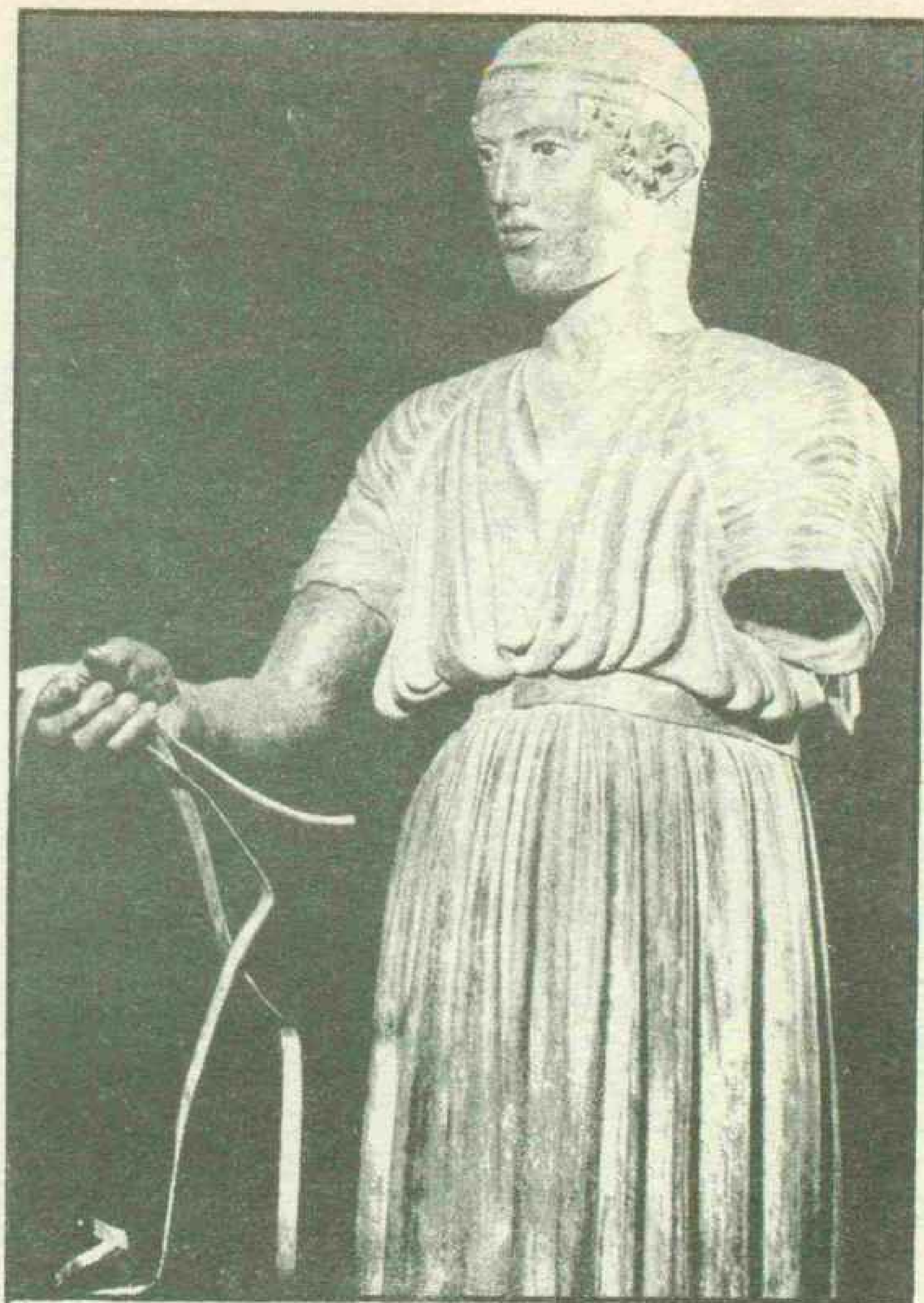
Delfos

Delfos. Vista general del santuario. A la izquierda, puede verse el Tesoro de los Atenienses ante el cual pasa la Vía Sacra hacia el templo de Apolo. Sobre él se encuentra el teatro. En alto, a la izquierda, el estadio.

PARA quien se acerque hoy a Delfos, sea estudioso de la cultura griega, o simple turista curioso, el santuario conserva aún, no gracias a sus ruinas, sino a pesar de ellas, un halo mágico que lo envuelve y que hace al visitante empequeñecerse ante las enormes rocas del Parnaso y recorrer con asombro y respeto la Vía Sacra que conduce al Templo. Hoy como ayer, el viajero puede establecer esa comunicación espiritual con el pasado necesaria para comprender a los hombres que en otros tiempos forjaron nuestra cultura. Hoy como ayer sólo hace falta saber escuchar para oír en Delfos la voz de Apolo.

El marco geográfico

Delfos posee una privilegiada situación geográfica que hace del santuario un escenario incomparable para que la naturaleza determine casi por sí sola, un complejo mundo religioso de creencias mágicas, favoreciendo los fenómenos taumatúrgicos y adivinatorios que dieron fama al lugar. Este enclave sagrado se encuentra en las estribaciones del monte Parnaso, arropado por dos enormes rocas, las Fedriades, que le dotan de una singular y agreste belleza. Frente al santuario, el río Pleistos excava un desfiladero bordeado de cipreses y al fondo se



El Auriga. Estatua en bronce consagrada a Apolo por Polyzalos, tirano de Gela, en Sicilia. Data del siglo V a. de C. y representa a un joven noble conduciendo su carro.

Delfos. Templo de Apolo. Restos de las columnas. Los sucesivos saqueos y depredaciones arruinaron el templo en numerosas ocasiones.

destaca una gran mancha verde que corresponde a la llanura de Krissa, recortada por las azules aguas del Golfo de Corinto, poblada de olivos, y con el puerto de Itea, salida natural de Delfos al mar.

Desde lo alto del santuario se contempla la garganta del Pleistos y la Marmaria, de la que hablaremos más tarde, con el templo de Atenea Pronaia. Este paisaje, hoy desolado, donde el viento susurra suavemente entre las ruinas, tuvo en la época clásica, el poder de acoger entre sus desfiladeros y valles uno de los santuarios más importantes del mundo griego, donde comerciantes y aldeanos, políticos y militares atravesaban las gargantas del Parnaso o desembarcaban en Itea para postrarse ante Apolo y ofrecerle sus presentes en busca de un buen augurio que protegiera sus cosechas, guiara sus naves a buen puerto o auspiciara sus ansias de poder y de gloria.

Mitos y leyendas

Delfos ya estaba poblada en la llamada época micénica, hacia el siglo XIV a. de C. A esta época pertenece el más antiguo culto conocido en el enclave. Gea, la diosa de la tierra, ya señoreaba aquellos parajes antes que el olímpico Apolo estableciera en él su santuario. Fue precisamente Gea la que poseyó allí el primer oráculo. Las excavaciones han puesto de relieve este culto a la Gran Diosa Madre con los restos encontrados en la Marmaria y el templo de Apolo.

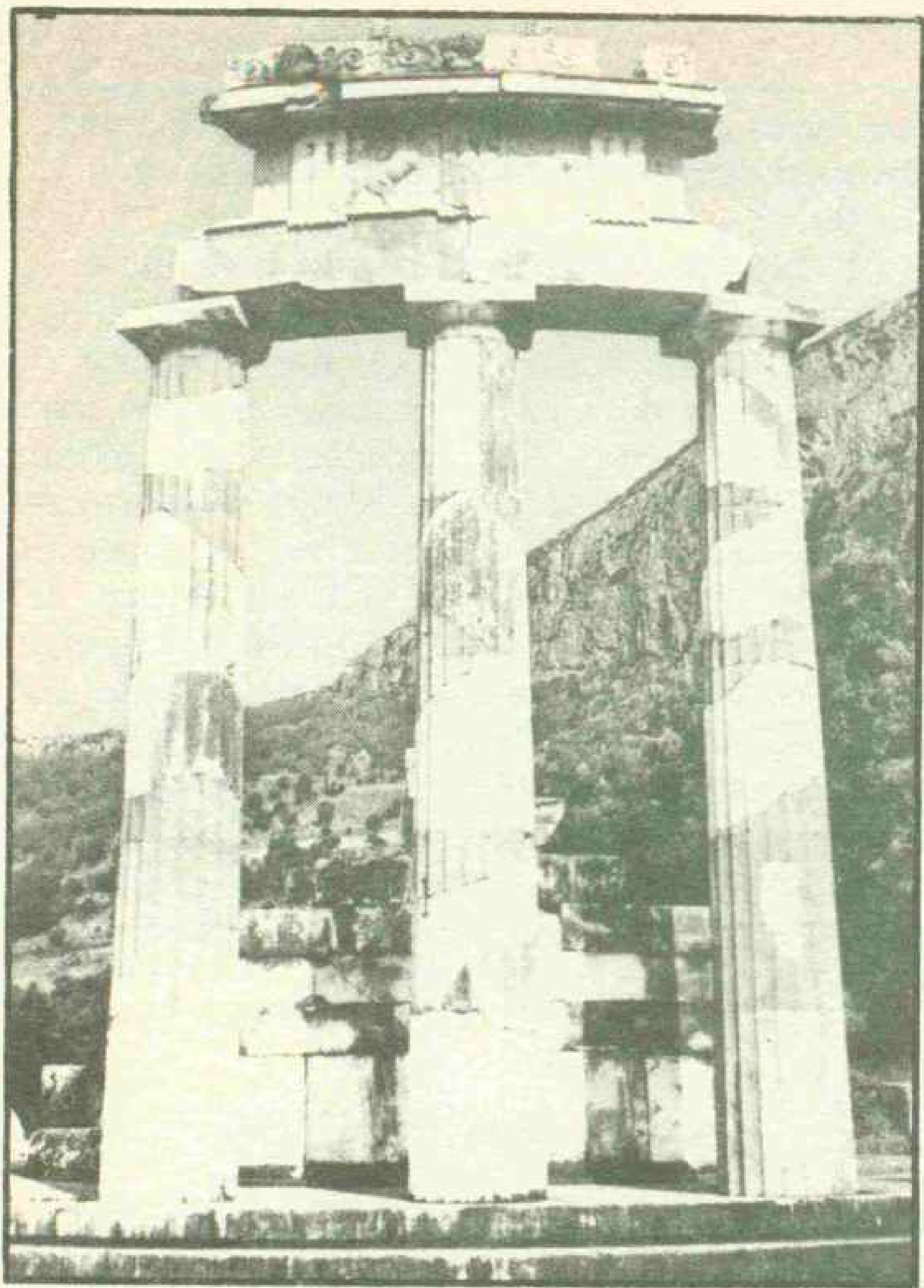
El culto primitivo a Gea que tuvo lugar en los primeros tiempos, dio paso al de los dioses celestes que moraban en el monte Olimpo y que hicieron de Delfos un lugar sagrado para todos los griegos. No obstante, Delfos continuó relacionándose con la Madre Tierra merced a una antigua leyenda: Zeus, el padre de los dioses, quiso precisar el lugar exacto del centro de la tierra y a tal fin envió dos águilas desde cada uno de los extremos del mundo. En su vuelo, las aves se encontraron sobre Delfos que, de esta forma, se convirtió en el centro de la tierra. Este acontecimiento estaba conmemorado por una piedra sagrada llamada onfalo u ombligo. Esta piedra cónica se guardaba en el templo de Apolo.

Apolo dios de Delfos

Hijo de Zeus y Leto y hermano de la divina Artemisa, Apolo nace al parecer en la isla de Delfos. Su culto es antiquísimo y su personalidad es, al principio, un poco contradictoria, pues se le reconoce como dios de la Luz y las



Delfos. Templo de Atenea Pronaia. Pequeño templo en forma de tholos circular dedicado a Atenea y que se encontraba antes de llegar al santuario.



Delfos. Templo de Atenea Pronaia. Reconstrucción de tres columnas dóricas. En sus alrededores se encontraban las instalaciones donde se ejercitaban los atletas antes de los juegos.

Artes, protector de la vida, y, sin embargo, en otras tradiciones aparece como señor de la Muerte, y sus venganzas son crueles y sangrientas al enviar la peste sobre los pueblos que no le respetan o al dar muerte a los hijos de Niobe. No obstante, Apolo aparece como dios del Sol, patrono de las Musas, protector de la Música, la Poesía y las Artes, amante del Bien y enemigo de la Iniquidad y la Injusticia. Es con estos atributos como fue más querido y venerado por los griegos.

Apolo, en su viaje a Delfos, se encuentra con que el oráculo de Gea está guardado por la terrible serpiente Pitón. Apolo da muerte al monstruo e instala su propio oráculo en el lugar, convirtiéndose en Apolo Pitio. Pero el don de profecía que ejercitaban los sacerdotes de Apolo en el santuario de Delfos, no proviene del dios, sino de su padre Zeus, ya que el dios eternamente joven y luminoso no es más que el intérprete de las decisiones del rey del Olimpo. Por otra parte, el Destino es el gran árbitro de toda Grecia y nadie puede escapar de él. La gran aportación de Apolo es el don de profecía que en su nombre se practicaba en el oráculo de Delfos.

La Sacerdotisa

La persona encargada de transmitir la voz de Apolo era una sacerdotisa llamada Pitia, Pitonisa o Sibila. Fue, en el principio, una muchacha joven pero más tarde, para evitar posibles seducciones de la muchacha, fueron escogidas mujeres mayores de cincuenta años y completamente incultas que vivían en el santuario y llevaban una vida irreprochable.

La consulta al oráculo era precedida de un ceremonioso ritual. Después de purificarse en la fuente Castalia, el peticionario recorría la Vía Sacra pasando ante los Tesoros ofrecidos por diversas ciudades al santuario hasta detenerse ante el altar situado a la entrada del templo del dios. Una vez allí ofrecía en sacrificio un animal, que solía ser una cabra, pero antes de ser inmolada, los sacerdotes la rociaban con agua fría. Si el animal se estremecía, indicaba que el dios estaba presente y accedía a efectuar el oráculo. Una vez realizado el ritual, la Pitia, acompañada por los sacerdotes, penetraba en el templo y descendía a una especie de sala situada bajo la nave del santuario y allí, sentada en el trípode sagrado, escuchaba la petición que se le hacía. Entraba en estado de trance y profería palabras o frases, a veces ininteligibles, que luego eran interpretadas por los sacerdotes como la respuesta del dios a la pregunta efectuada.

«Era una auténtica enajenación provocada por autosugestión, favorecida por la bebida de vino u otros líquidos excitantes, y los cánticos y acciones del ritual, acompañado de nubes de incienso y verificado en lugares oscuros y apropiados que creaban un ambiente favorable a lo sobrenatural» (1). «Los transportes de la Pitia o Pitonisa... eran allí provocados o por masticación de hojas de laurel o por los vapores que surgían de una grieta de la tierra sobre la cual se colocaba el trípode sagrado» (2).

Los oráculos

Como ya hemos dicho, las consultas al oráculo eran muy variadas y los peticionarios pertenecían a todo tipo de clases sociales: comerciantes, mercaderes, políticos, delegados de las ciudades... todos esperaban tener buenas noticias sobre sus barcos, un feliz alumbramiento, las posibilidades de un ejército en la batalla, la fundación de una colonia... La gran afluencia de consultantes hizo que los oráculos se celebrasen una vez al mes y no una vez al año, como en tiempos antiguos. A partir del siglo VI a. de C. el oráculo se convierte en el árbitro de la vida social y política griega.

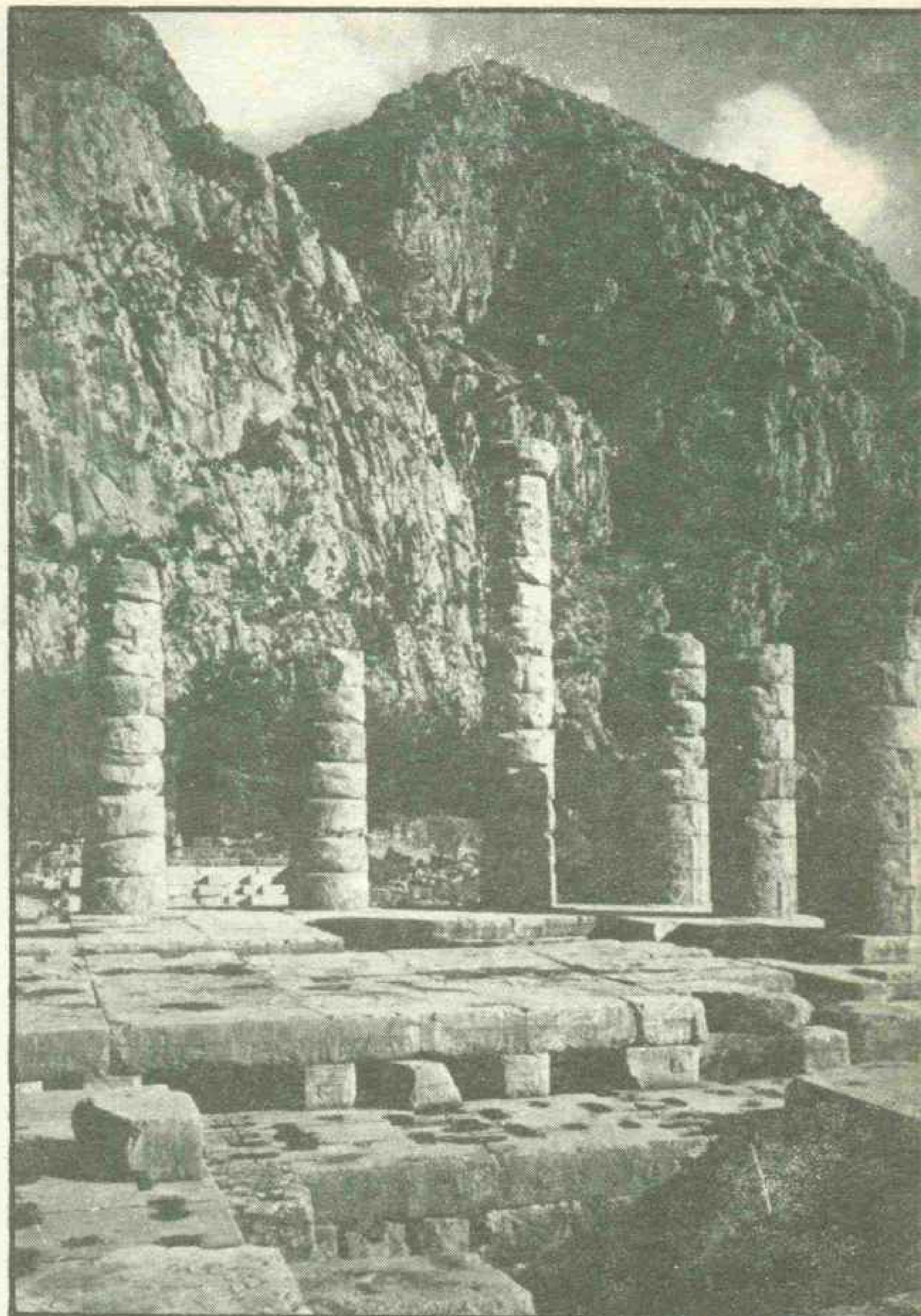
Las ofrendas, los sacrificios, las celebraciones, las acciones de gracias y todo el ritual que acompañaba a las ceremonias, hicieron la próspera fortuna del santuario: «En Delfos, los peregrinos, los consultantes del oráculo, los espectadores de las fiestas, constituyen una clien-

tela numerosa, obligada a gastos mucho mayores que en su residencia habitual, favorable al próspero ejercicio de pequeños oficios, de pequeños comercios» (3), lo que hacía que al amparo del santuario proliferase un pequeño pero saludable comercio consumista.

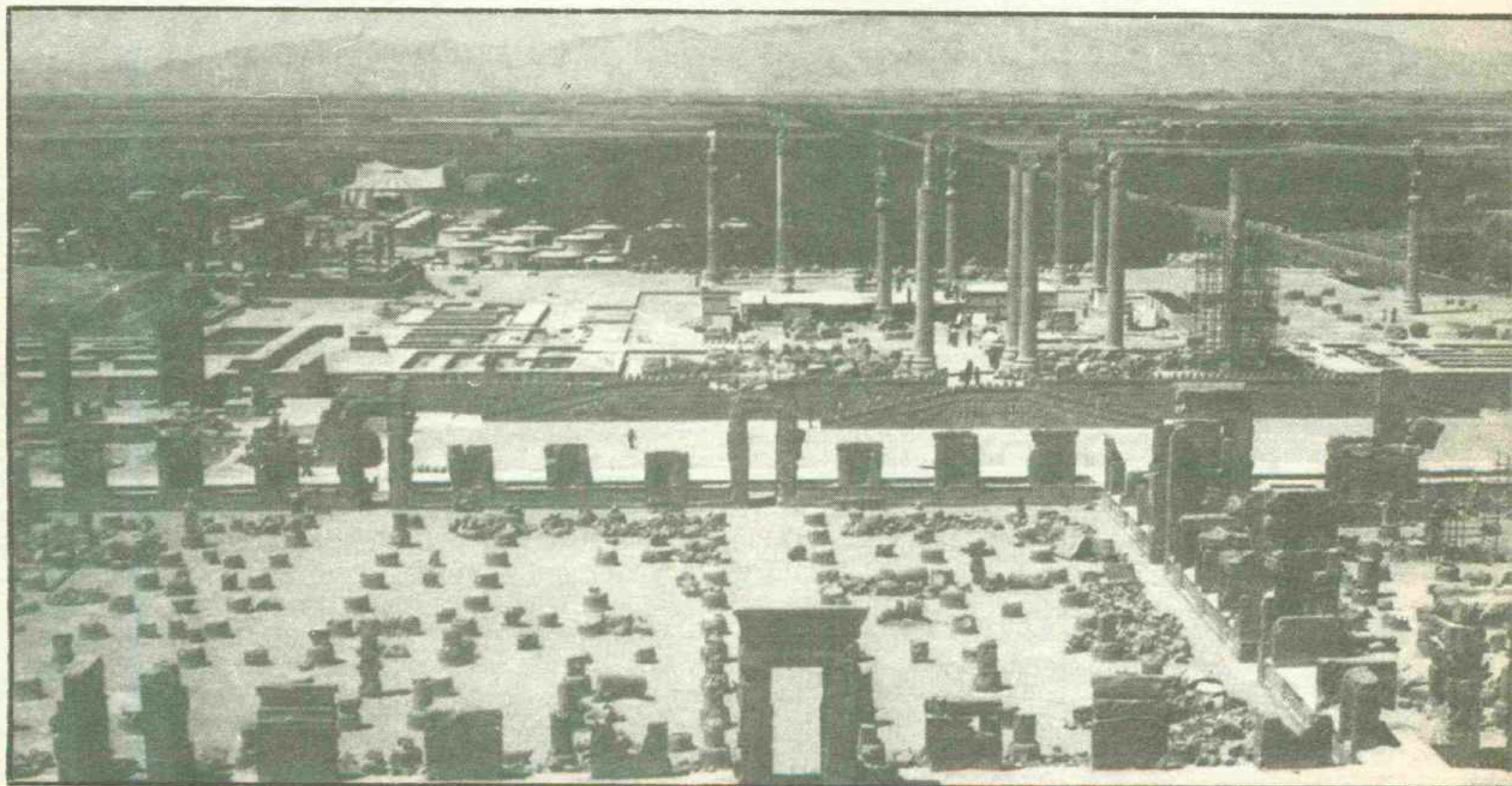
Pero para estar al tanto de los sucesos que ocurrían en el exterior, los sacerdotes debían tener un buen servicio informativo ya que en ocasiones, las preguntas de los consultantes encerraban difíciles problemas de política exterior e interior. Por esta razón, las respuestas y exégesis eran tan ambiguas que debían dejar satisfecho al solicitante tanto si le eran favorables como adversas, dejando siempre en buen lugar el prestigio del oráculo: los sacerdotes «debían disponer de una gran cantidad de informaciones, probablemente suministradas por viajeros, a base de las cuales podían dar consejos acertados, que evitaban innecesarios dispendios y dispersión de las energías» (4).

El acierto en las profecías

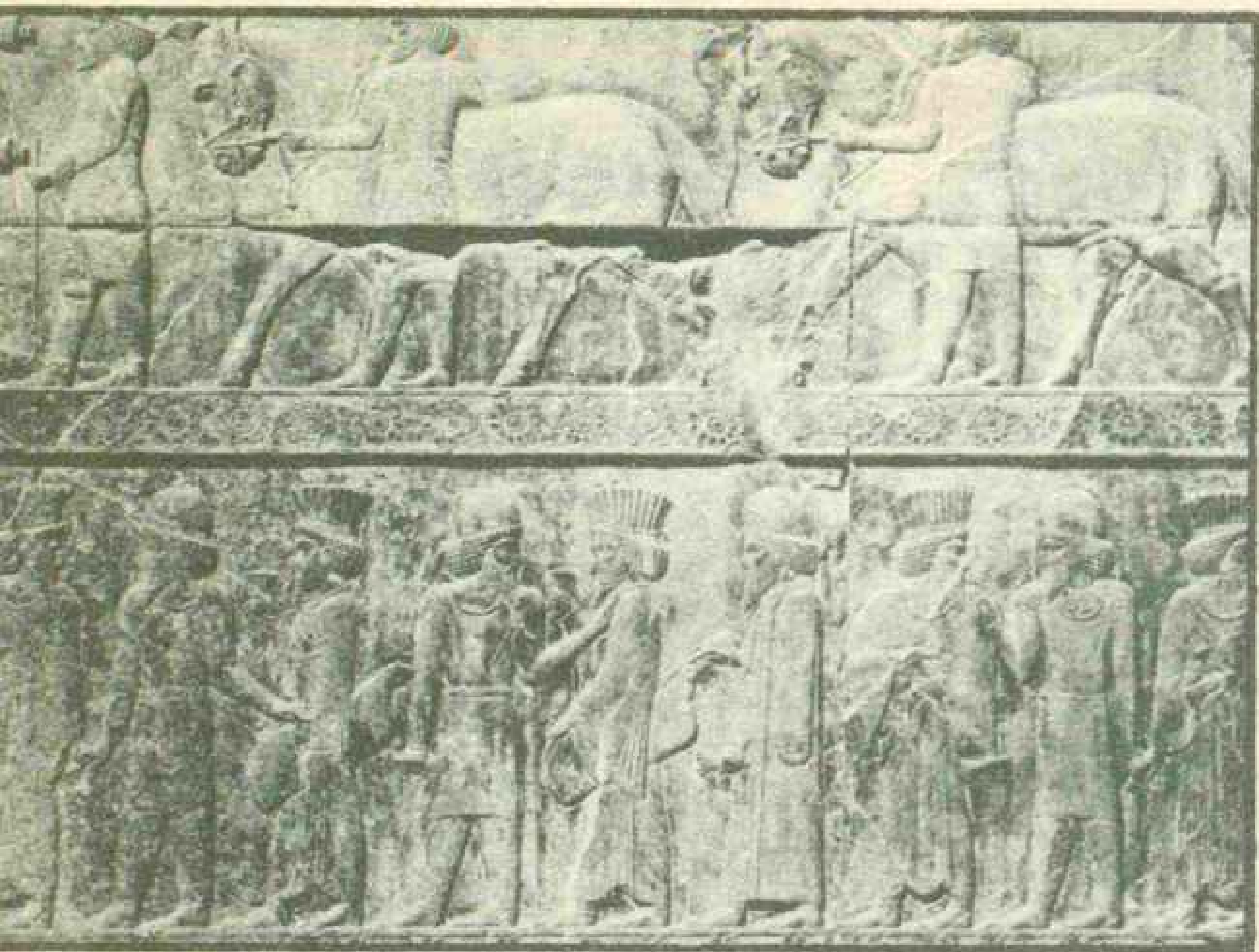
Ya hemos dicho que interpretar las extrañas palabras y gemidos de la Pitia no era nada fácil. No obstante, el cliente debía quedar satisfecho. Por eso las respuestas debían tener un doble sentido y no comprometerse. Se cuenta cómo el rey de Lidia, Creso, consultó sobre su lucha contra las tropas de Ciro y el oráculo le respondió que si cruzaba con su ejército el río Halys destruiría un gran imperio. Creso lo cru-



Delfos. Templo de Apolo. Restos de las columnas y el piso del templo. Detrás, las estribaciones del Parnaso con sus grandes rocas, las Fedriadas. En el interior, la Pitonisa efectuaba el oráculo del dios.



Persépolis. Capital del antiguo imperio persa. En ella se conservan palacios y edificios de Darío, Jerjes y Artajerjes, que combatieron contra los griegos en las llamadas guerras médicas.



Persépolis. Muro de la Apadana. Los sacerdotes de Apolo creyeron estar seguros de la superioridad de los persas frente a los griegos y por ello tomaron partido a favor de los asiáticos durante las guerras médicas.

zó y su derrota fue tal que efectivamente se perdió un gran imperio, el de Creso.

Pero no siempre los sacerdotes de Apolo tuvieron la sagacidad suficiente para ponerse del lado del vencedor. Durante las guerras contra los persas, los sacerdotes tomaron partido por los invasores, lo que ciertamente salvó al santuario del saqueo y la rapiña de los asiáticos: «los sacerdotes délficos estaban firmemente persuadidos del carácter invencible de los persas, a lo que se añadía, además, la consideración subjetiva de que contra la fuerza innumerable del ejército persa de tierra y contra su flota, muy superior a la de los griegos, toda resistencia era inútil» (5).

Se cuenta también que el oráculo predijo la muerte de Heracles en el monte Eta, donde fue quemado en una pira, y que Orestes, atormentado por el asesinato de su madre Clitemnestra, acudió a Delfos, donde el oráculo le aconsejó ir a Taúride para rescatar una imagen de Artemisa. Pero dejando a un lado las viejas leyendas de dioses y héroes, Apolo y su oráculo tuvieron notable intervención en la fundación de nuevas colonias y numerosas ciudades fueron bautizadas con el nombre de Apolonia.

Riesgos y depredaciones

No obstante su carácter inviolable, el santuario de Apolo en Delfos sufrió varios saqueos y depredaciones que arruinaron sus templos y dispersaron sus riquezas: «el estado de conservación, relativamente malo, del santuario de Delfos se explica por el hecho de que ya en la antigüedad, el mismo fue víctima de una serie de saqueos y despojos: en el siglo IV a. C. durante la invasión de los habitantes de la Fócida, éstos se apoderaron de todas las ofrendas de oro que había en el templo; en el siglo I de nuestra era, el emperador Nerón se llevó de Delfos más de 500 estatuas de bronce» (6).

Si bien los sacerdotes se habían equivocado en sus apreciaciones al conceder su apoyo a los persas durante las guerras médicas, los griegos volvieron su fe nuevamente al santuario al que colmaron de ofrendas y donaciones, aunque ya hemos visto el destino que tuvieron muchas de ellas. Una de las mayores pruebas a que fue sometido el santuario, fue el saqueo llevado a cabo por los focidios.

Delfos fue la cabeza, junto con el santuario de Demeter en Antela, cerca de las Termópilas, de la Liga Anfictionia, que agrupaba a pueblos vecinos de la Gracia central y que tenían intereses comunes. Las ciudades de la Liga enviaban sus delegados a las reuniones que tenían lugar en Delfos o en las Termópilas. Las guerras sagradas hicieron que el santuario perdiera su independencia en varias ocasiones, cayendo en manos de los focidios que lo saquearon: «desde el 356, los focidios en guerra con los locrios eran dueños del santuario de Delfos y saqueando los tesoros de Apolo, sus jefes, Filolao y Onomarco, habían conseguido reunir un colosal ejército de mercenarios» (7). Los invasores habían fundido los tesoros para fabricar moneda y Filipo de Macedonia, llamado por Tesalia, derrotó a Onomarco y le dio muerte, arrojando al mar a 3.000 prisioneros como ladrones del templo de Apolo. «Los focidios fueron excluidos de la comunidad délfica y se les condenó a devolver los tesoros robados a razón de 60 talentos anuales». Filipo se convirtió con su intervención en el presidente de la Liga Anfictionia, importante paso para el sometimiento de toda Grecia al poder de Filipo tras la batalla de Queronea y más tarde al de su hijo Alejandro.

Templos, Tesoros y Juegos

Antes de llegar al santuario de Apolo, se encuentra el templo de Atenea Pronaia, es decir, la que está antes del santuario. Se le ha llamado también Marmaria, porque sus mármoles fueron saqueados y sirvió durante mucho tiempo como cantera. El templo de Atenea, rodeado de altares y tesoros, es un tolos, edificio circular, destruido numerosas veces por la caída de rocas desde las Fedriades.

Cerca del santuario de Apolo se encuentra la fuente Castalia, manantial de agua dedicado a la ninfa Castalia, cuyas aguas eran consideradas sagradas y formaban parte importante en la purificación de los visitantes al comenzar el rito del oráculo.

El santuario de Apolo estaba atravesado por una Vía Sacra que conducía a los visitantes hasta el templo del dios. A sus lados se halla-

ban numerosos Tesoros, edificios construidos por las ciudades para albergar las ofrendas dedicadas al santuario. Estos Tesoros, rodeados de estatuas y altares, eran como preciosas capillitas votivas, destacando por su belleza y el lujo de su decoración los de Atenas, reconstruido actualmente, Siphnos, Siracusa, Tebas y Sicione.

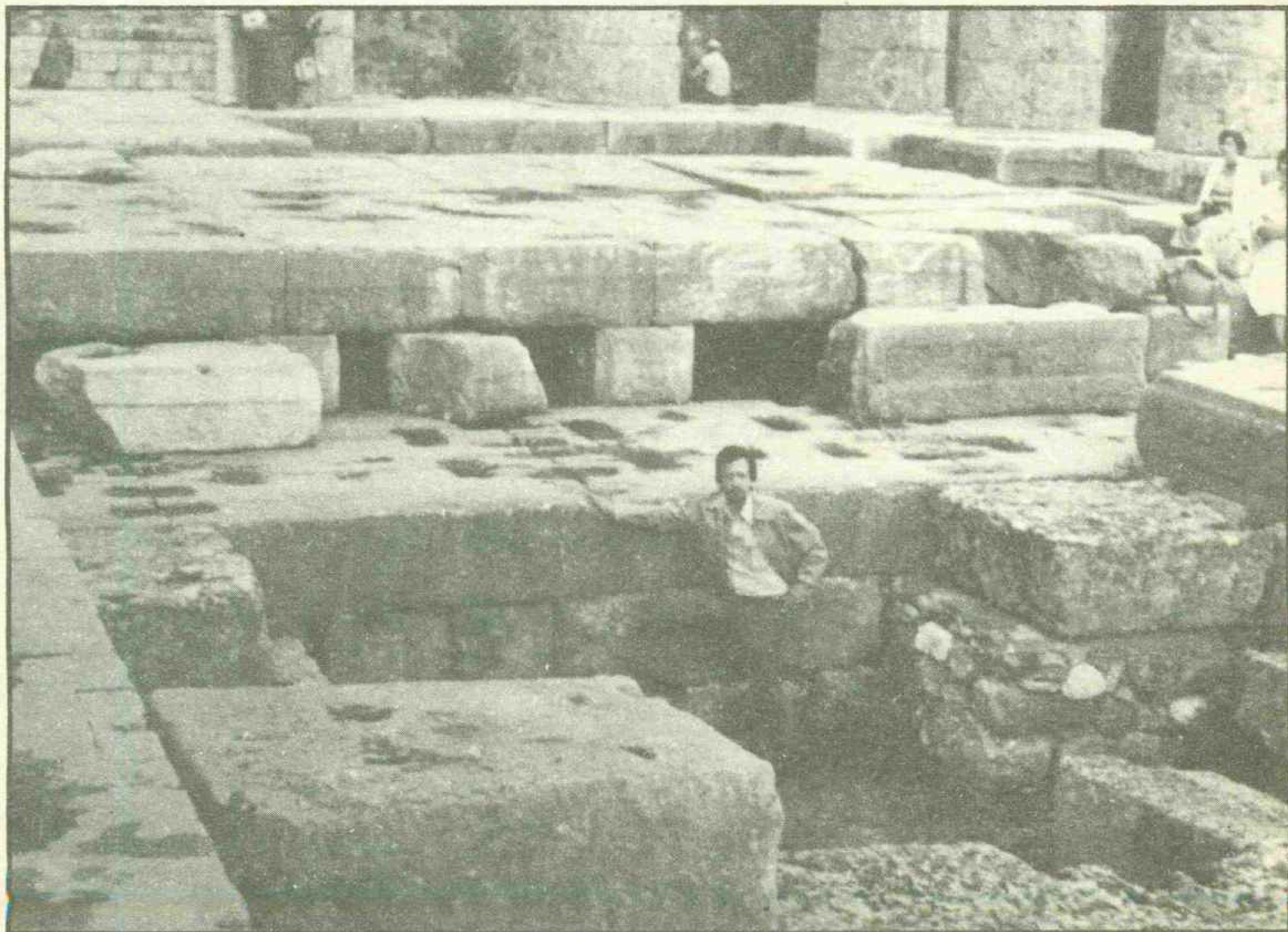
Dejando atrás la roca de la Sibila o Pitia, donde profetizaba la primitiva sacerdotisa, se llega al muro poligonal de la terraza del templo, detrás del pórtico de los atenienses, construido para conmemorar la victoria de Micala sobre los persas, y cuyo ensamblaje de las piedras es de una notable perfección, cubriéndose todo el muro de numerosas inscripciones. Siguiendo la Vía Sacra se llega al altar de Quios y al templo de Apolo. Terremotos, saqueos e incendios han destruido varios templos edificados sobre la misma terraza, pero el más famoso pertenece al siglo IV a. C. reconstruido por los Alcmeónidas, noble familia ateniense, y que constituía un bello edificio dórico y períptero. En sus muros estaban grabadas las grandes máximas de los filósofos más notables: «conócete a ti mismo», «nada en exceso», etc. En la cella ardía el fuego sagrado y se encontraba una estatua en oro de Apolo. Allí se guardaba el onfalo u ombligo del mundo, bajo el cual, se decía, estaba la tumba de Dioniso, dios venerado también en Delfos, y bajo el piso se encontraba la gruta donde profetizaba la Pitia.

Cada cuatro años, como en Olimpia, tenían lugar en Delfos los Juegos Píticos en honor de Apolo, vencedor de la serpiente Pitón. Las festividades se componían de juegos atléticos y musicales. Junto al templo de Atenea Pronaia, en la Marmaria, existía un Gimnasio para el entrenamiento de los atletas, y sobre el santuario de Apolo, en la montaña, un estadio para las celebraciones gimnásticas y las carreras. Entre el santuario y el estadio estaba el teatro, construido en el siglo IV a.C. donde tenían lugar los concursos dramáticos y líricos.

«Delfos, en su época más floreciente, se había convertido en un órgano de vida de la nación griega de carácter singularísimo; es decir, que influyó sobre ella y ésta a su vez sobre él en tal forma que apenas si cabe pensar en la una sin el otro» (8). ■ **M.A.M.A.**

NOTAS

(1) *Carlos Cid, «Historia de las Religiones».*
(2) *Otto Seeman, «Mitología Clásica Ilustrada».*
(3) *André Aymard y Jeannine Auboyer, «Oriente y Grecia Antigua».*
(4) *Emil Nack y Wilhelm Wagner, «Grecia».*
(5) *Hermann Bengston, «Griegos y persas».*
(6) *V. V. Struve, «Historia de la Antigua Grecia».*
(7) *Luis Suárez, «Edad Antigua».*
(8) *Burckhardt, «Historia de la Cultura Griega».*



El autor del artículo en el templo de apolo, en Delfos.

Transición de la Antigüedad al Feudalismo en España

Salustiano Moreta

Después de la intoxicación de la historiografía nacional-imperialista de los años cuarenta y cincuenta, los españoles de los sesenta, los del desarrollismo y la tecnocracia, tuvieron la oportunidad de repensar la historia y el pasado nacional de la mano de J. Vicens Vives y de su *Historia social y económica de España y América;* el guía y la cita obligados de la generación del 68 fueron P. Vilar y su breve y lúcida síntesis *Historia de España* —la rapidez de los acontecimientos, el compromiso político, la clandestinidad—, no eran fácilmente compatibles con trabajos en exceso académicos y eruditos; la *Historia de España de Alfaguara* concebida y dirigida por M. Artola sirvió como referencia historiográfica a la hora de enfrentarse con el problema de la historia patria durante los años del final del franquismo y de la transición; y, por último, los de los ochenta, los españoles de la democracia, vamos a disponer para repensar el pasado de la *Historia de España* de M. Tuñón de Lara.

Tuñón es hoy, sin duda, uno de los raros historiadores actuales conocidos del gran público. Acaso sólo C. Sánchez Albornoz y R. de la Cierva, aunque por razones obviamente bien distintas, le ganen en popularidad. Su abundante producción, su obra historiográfica a pesar, o quizá por eso mismo, de haberse realizado en su práctica totalidad fuera de las fronteras geopolíticas y, lo que es más significativo, culturales de España, ocupa uno de los lugares más sólidos y avanzados de la historiografía española contemporánea.

Por fortuna, con la *Historia de España* de Tuñón no va a suceder como con la dirigida por R. Menéndez Pidal y la editorial Labor sigue su publicación a buen ritmo. Con el que ahora vamos a comentar (1), ya han aparecido siete de los diez volúmenes que compondrán esta historia.

Resultaría vano, dado lo limitado del espacio disponible, intentar un resumen detallado y puntual de un extenso volumen en el que, por otra parte, existen dos libros yuxtapuestos: el de Sayas Abengochea, *El bajo Imperio* (pp. 21-241) y el de García Moreno, *Las invasiones y la época visigoda. Reinos y condados cristianos* (pp. 243-505). Permítaseme, antes de proseguir, hacer un par de observaciones en relación con los títulos que rara vez son, ni tienen por qué, indiferentes habida cuenta que de ordinario responden, o deberían hacerlo, a determinadas concepciones historiográficas y explican, caracterizándolo, el contenido y los límites del libro. ¿Por qué en portada no figuran los títulos anteriores en vez de *Romanismo y germanismo* expresión que, aunque no lo pretenda, evoca los conocidos debates y disquisiciones erudito-formalistas típicos de los romanistas y germanistas de la primera mitad de este siglo? ¿Por qué ese subtítulo *El despertar de los pueblos hispánicos?* Parece de «película». Se ha hablado del «origen», del «enigma», de la «formación» de los pueblos hispánicos, ¿pero del «despertar»? Esperemos que el desafortunado término no llegue ni se constituya en categoría historiográfica.

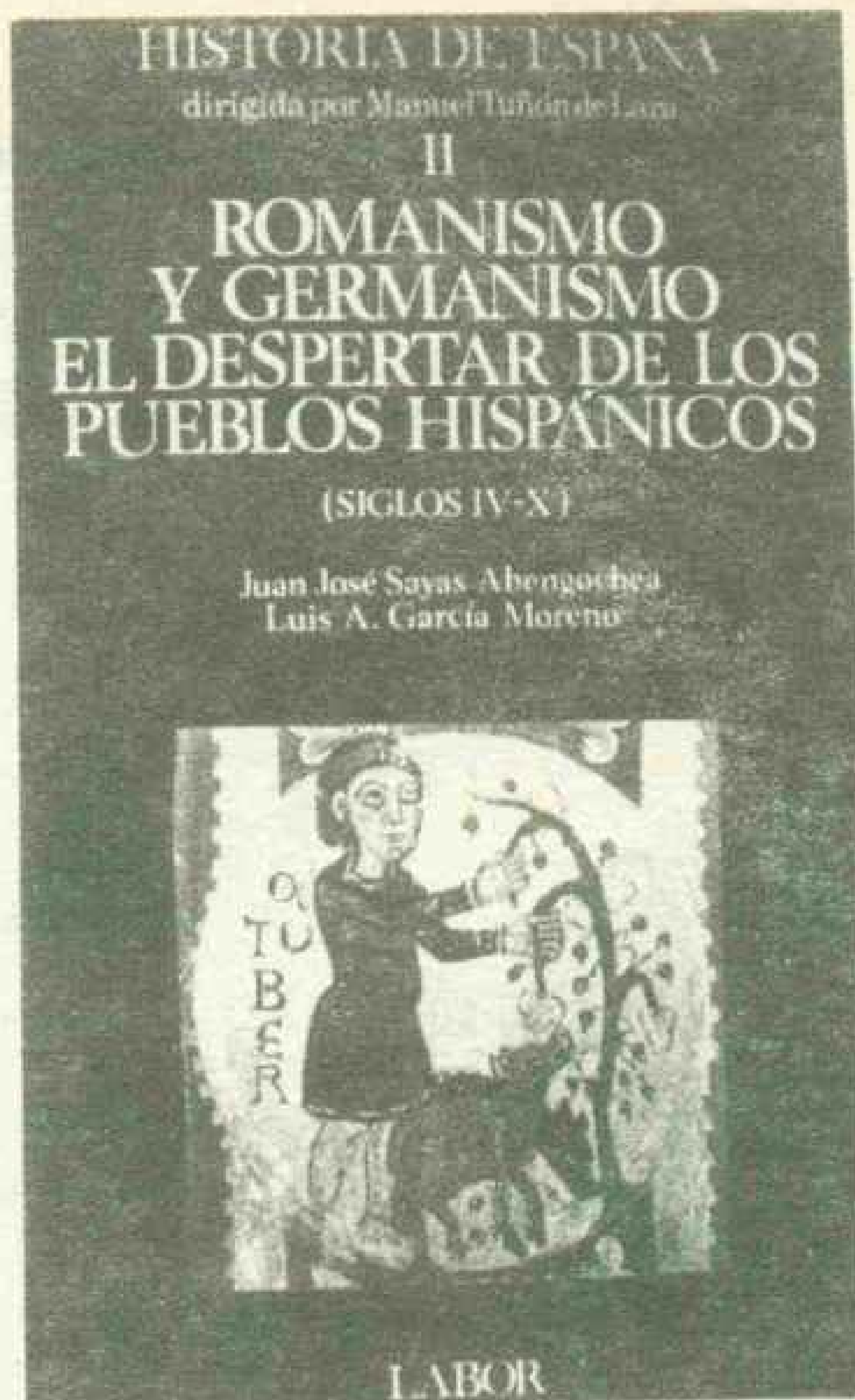
En ciertos aspectos, por ejemplo, en la periodización, esta obra supone un logro metodológico importante y es un manual innovador; en otros, es más tradicional, y así sucede con el tratamiento, ordenación, presentación y análisis de los contenidos y hechos históricos. Era hora de que alguien entre los «consagrados», en el momento de concebir una historia de carácter general, decidiera romper con la absoleta división y periodización de la Historia en Antigua, Media y Moderna, la cual, como es bien sabido, no tiene apoyatura alguna en la verdadera naturaleza de lo histórico, y responde y refleja más las preocupaciones de los humanistas del siglo XV y los prejuicios de los reformistas protestantes, que los verdaderos problemas de una historia que se pretenda científica. Porque el tiempo y el desarrollo históricos no son lineales, porque, como escribe Tuñón en el prólogo, «la periodización clásica de la historia» está en crisis, porque «Edad Antigua y Edad Media parecían realidades cerradas sobre sí mismas, como separadas herméticamente», porque es acientífico «trazar alegremente una frontera entre antes y después del saqueo de Roma», entre una España romana, una visigoda y una cristiana después de Covadonga, es por lo que, entre otras muchas razones, estimamos un acierto rechazar la periodización secularmente multirrepetida. Tuñón concibe la prolongada época comprendida entre «la crisis de la 'pax romana' a finales del siglo III hasta la formación definida de centros homogéneos de poder en los reinos cristianos al finalizar el siglo X y empezar el siglo XI, como un período de transición en la historia de los pueblos hispánicos» (p. 12). Transición que, expresada en otros términos, va desde el «dominio del régimen esclavista al del régimen de colonato». Aunque persistentes, las relaciones esclavistas de producción entran en crisis en el siglo III y toman de manera progresiva un «carácter más secundario frente a las relaciones de dependencia». Estamos, pese a que los autores que realizan el proyecto de Tuñón en ningún momento hablen de feudalismo —García Moreno debería

(1) *J.-J. SAYAS ABENGOCHEA, L.-A. GARCIA MORENO,* Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos, *Barcelona, Editorial Labor, 1981.*

explicar por qué no dedica un apartado a la formación del feudalismo dando un paso más allá de la «protofeudalización» visigoda—, ante un fenómeno histórico paralelo al estudiado para Europa occidental por P. Anderson en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo* y analizado por A. Barbero y M. Vigil en *La formación del feudalismo en la Península Ibérica.* Insisto en que en la periodización y caracterización de los siglos IV-X como período de transición del esclavismo al feudalismo en la historia de España radica la innovación metodológica más interesante de este trabajo que Tuñón ha «concebido como un tomo con caracteres específicos».

Más arriba avancé el calificativo «tradicional». Y es que Sayas Abengochea y García Moreno han articulado los conocimientos básicos y más actuales sobre los respectivos bloques de acuerdo con el siguiente esquema, prácticamente paralelo en ambos casos: acontecimientos políticos y administrativos, economía y sociedad, cultura. A más de medio siglo de los *Annales*-Economía-Sociedad-Civilización, después de la amplia divulgación del modelo «braudeliano», de los debates sobre los tres niveles del llamado «estructuralismo marxista», etc., semejante tripartición no constituye ninguna novedad. No hay manual de historia que, en la actualidad, no cuente y narre lo político, lo económico-social y lo cultural y, precisamente, en este orden.

Cuanto Sayas escribe (c. I) sobre los emperadores del siglo IV, Teodosio, la tetrarquía y otras reformas de Diocleciano, la nueva división provincial de Hispania y la organización del ejército hispano, no deja de ser, puesta al día bibliográficamente, una narración rigurosa, pero tradicional y positivista, de unos acontecimientos político-administrativos cuya relación con los otros niveles históricos se nos escapa. El capítulo dedicado a la cultura hispánica del Bajo Imperio (c. IV) recuerda cualquiera de las múltiples enciclopedias donde aparecen la biografía y las obras de los autores y pensadores «más ilustres» —Prudencio, Orosio, Hidacio, Prisciliano, etc.— y a los catálogos de los museos arqueológicos en los que se inventarían y describen mosaicos, sarcófagos, estelas y cuchillos. ¿Por qué no se ha intentado establecer las relaciones entre cultura y poder, o explicitar el papel y las funciones que la cultura desempeña en las transformaciones económico-sociales que se



están produciendo, así como en el desarrollo de las nuevas relaciones sociales? Tuñón lo apunta en el prólogo y el libro de P. Anderson podría, por ejemplo, haberse tomado como modelo. Abundando más, no basta con limitarse a indicar que en el Bajo Imperio «al concepto de cultura elitista lo sustituye el de cultura popular» (p. 163). ¿Por qué no se intenta delimitar y determinar los sistemas de valores, los contenidos e interrelaciones de y entre ambos tipos de cultura a lo largo del proceso en cuestión? Más satisfactoria parece la explicación, interpretación y exposición de los fenómenos económico-sociales. El estudio y la constatación del predominio de la agricultura en el conjunto de la economía hispánica bajo imperial, el proceso de concentración de la tierra a expensas de la pequeña y mediana propiedad a lo largo de los siglos IV y V, el descenso de la esclavitud y el desarrollo del colonato, la decadencia de las ciudades, las tensiones y movimientos sociales —bagáudicos y priscilianistas, entre los más significativos–—, permiten observar cómo se forman las nuevas relaciones sociales (cc. II-III).

García Moreno emplea un esquema muy similar aunque privilegiando las cuestiones y procesos político-institucionales sobre los restantes aspectos. De hecho, ha agrupado los datos y materiales en dos bloques prácticamente autónomos e independientes: acontecimientos políticos y estructuras socio-económicas. No dedica una sola página a la cultura visigoda y el breve apartado en el que se exponen la cultura y arte en los núcleos cristianos es un simple apéndice redactado por J. Bargas (pp. 481-489). En líneas generales, se ha intentado «dar una visión, y de forma esencialmente narrativa del decurso histórico —del decurso geopolítico— institucional, afirmamos nosotros y con nosotros, seguramente, todo el que lea el encabezamiento y el contenido de cada capítulo: el período de las invasiones, del reino de Tolosa al de Toledo, el reino de Toledo — desarrollado en la península Ibérica desde la penetración de grupos de germanos en el 409 hasta la invasión islámica en el segundo decenio del siglo VIII» (p. 379, cc. I-III). Se analizan «el origen, causas y significación primigenia del fenómeno histórico conocido como 'Reconquista'» (p. 403, c. V). Pienso que García Moreno ha desperdiciado una excelente ocasión, materiales historiográficos no le faltaban, para dar la batalla al término «reconquista», al cual Tuñón con acierto ha calificado de producto de una historia precientífica e «ideologizada» (p. 31 del v. I de la *Historia de España),* y para desmitificar el papel «ideológico» que Covadonga y Pelayo han desempeñado en la historiografía tradicional (Tuñón, p. 18). En tercer lugar, se estudia «la evolución histórica de esos Estados —o embriones de tales— que hemos visto surgir y a los que hemos visto penosamente sus pasos en el norte de la Península durante el casi siglo y medio anterior» (p. 425, c. VI). En los capítulos IV y VIII se describen los principales elementos de las estructuras sociales y económicas «durante la antigüedad tardía» —siglos V-VII— y en los estados cristianos —siglos VIII-X—. Sorprende que García Moreno, que afirma no creer en una «Historia económica y social» como conjunto históricamente cognoscible de forma autónoma (p. 379), se haya limitado a clasificar y a ordenar los datos de naturaleza social y económica sin intentar una caracterización del régimen social dominante, si se tiene en cuenta que disponía para ello del estudio monográfico de Barbero y Vigil sobre la formación del feudalismo en la Península Ibérica; que no aborde ni se refiera a los conflictos, luchas y resistencias campesinos en la época de estructuración del feudalismo, pertinentementes estudiados por Reyna Pastor; ni, en una síntesis de historia general, considere el papel y la función de la Iglesia, en general, y del monacato, en particular, durante los siglos VIII-X. ■ **S.M.**

Cine

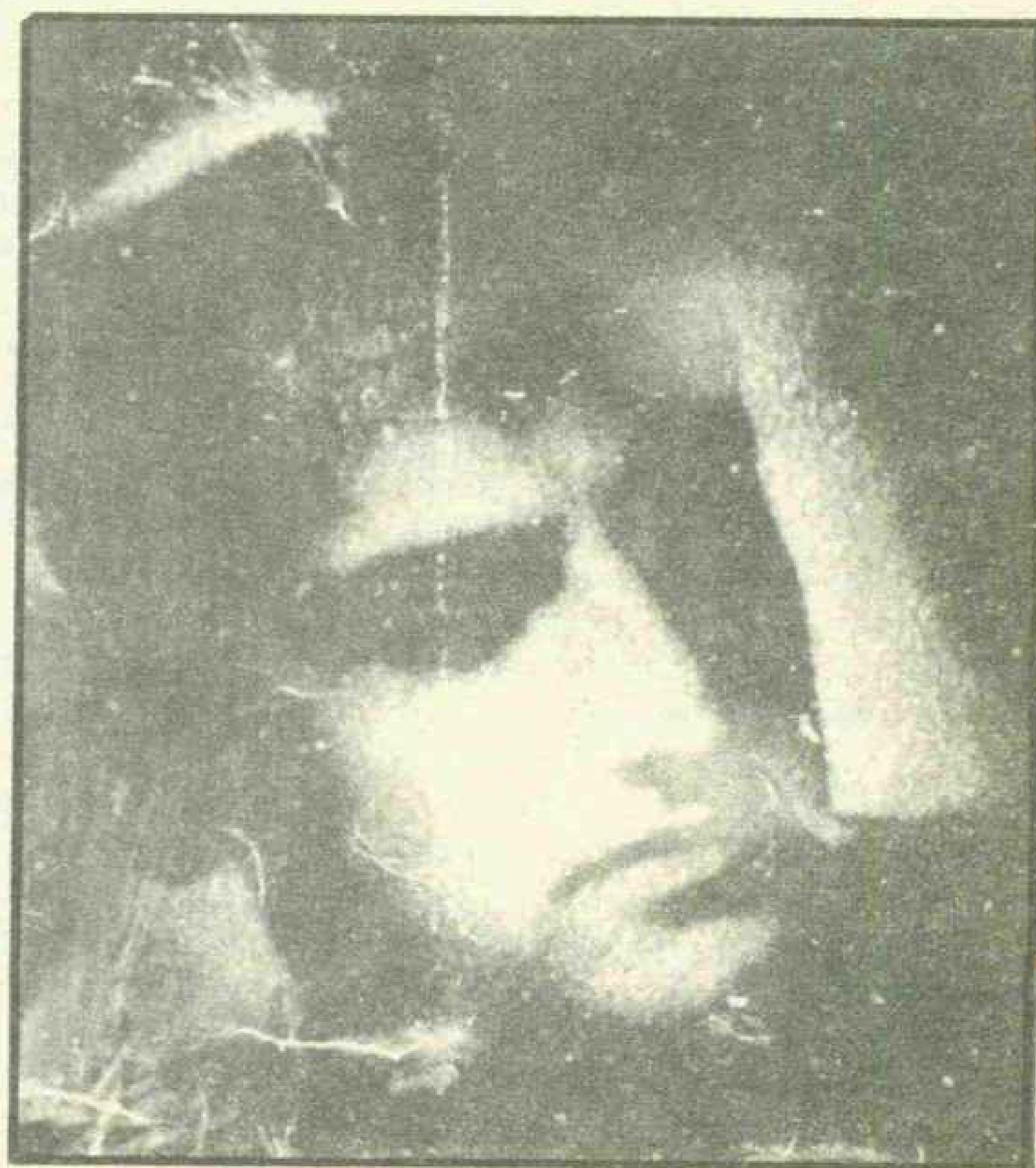
"FARAON"

Alberto García Ferrer

LOS cines del Este siguen siendo, en su mayoría, grandes fantasmas en las pantallas españolas. Sólo la obra reciente y duramente crítica para con el sistema polaco de Andrzej Wajda, ha podido ser seguida con un mínimo de continuidad. La persistente crisis polaca ha permitido incluso, que Televisión programara, por su primera cadena y en entregas de una hora, «La tierra de la gran promesa».

Exceptuando a Polanski, Borowczyc y Zanussi (conocidos, sobre todo, por los films realizados fuera de Polonia), poco se sabe del resto de los realizadores polacos. La generación de Wajda ha dado un puñado de valiosas personalidades (Andrzej Munk, Jerzy Skolimoski, Jerzy Kawalorowicz), y una serie de estupendos films.

«Faraón», basada en la novela de Boleslaw Prus y realizada en 1966 por Kawalerowicz, fue



Jerzy Kawalerowicz.

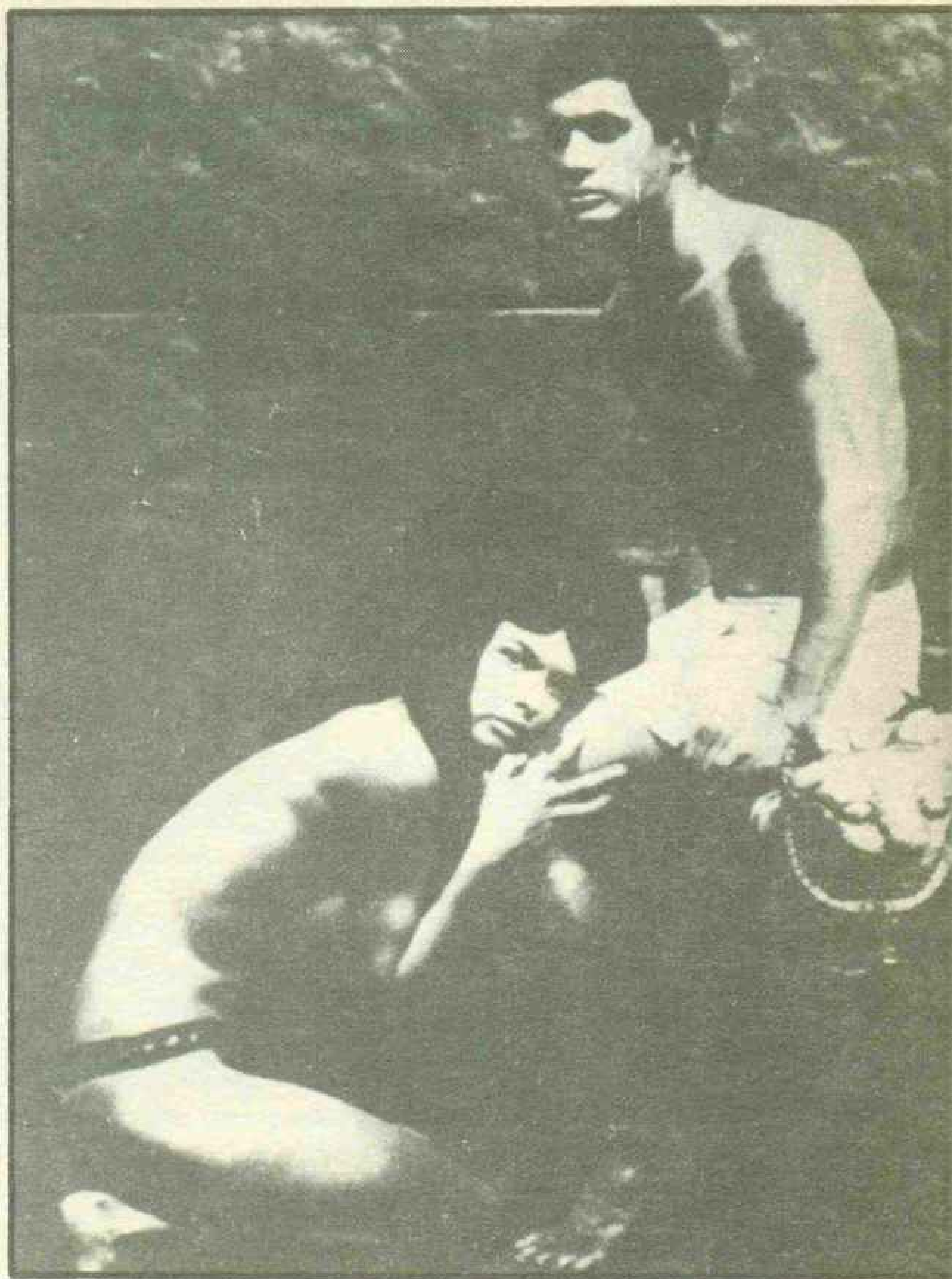
estrenada en su momento en España tras haber sorteado, a duras penas, una drástica censura que redujo su duración a poco más de la mitad de su metraje originario, según apunta Román Gubern en «Un cine para el cadalso». De Kawalerowicz sólo hemos tenido oportunidad de ver «Madre Juana de los Angeles» y «Asesinato de un presidente» (programada por TV para ilustrar un debate de «La clave»). En ambos films se plantean los temas recurrentes en «Faraón»: la religión y la conspiración contra el poder político.

«Faraón» es una película ascética, descarnada y minuciosa. Ajusta su sobriedad expresiva a la médula de los hechos que narra y extrae su riqueza visual de la árida naturaleza en la que se desarrolla la acción: ardientes arenas, vientos persistentes que modelan la inalterable geografía del desierto, cuerpos secos, rostros arrasados por el sol. Lo primero que atrae de «Faraón» es la precisión de sus movimientos, la exacta (y despiadada) progresión de los hechos: una trama inapelable que Kawalerowicz va cerrando trecho a trecho, como los angustiosos divertículos de un laberinto.

Kawalerowicz, preocupado por la anatomía del poder, procede en «Faraón» como el fisiólogo que analiza el funcionamiento de los órganos vitales ante una situación límite. Recurre a una sociedad rígidamente estratificada para mostrar cómo obran los mecanismos del poder; cómo se ejerce ese poder y cómo el poder real (o sea, aquél del que emanan las decisiones que pueden transformar o inmovilizar las condiciones de vida de una sociedad) se perpetúa a sí mismo.

El poder temporal y el poder sagrado

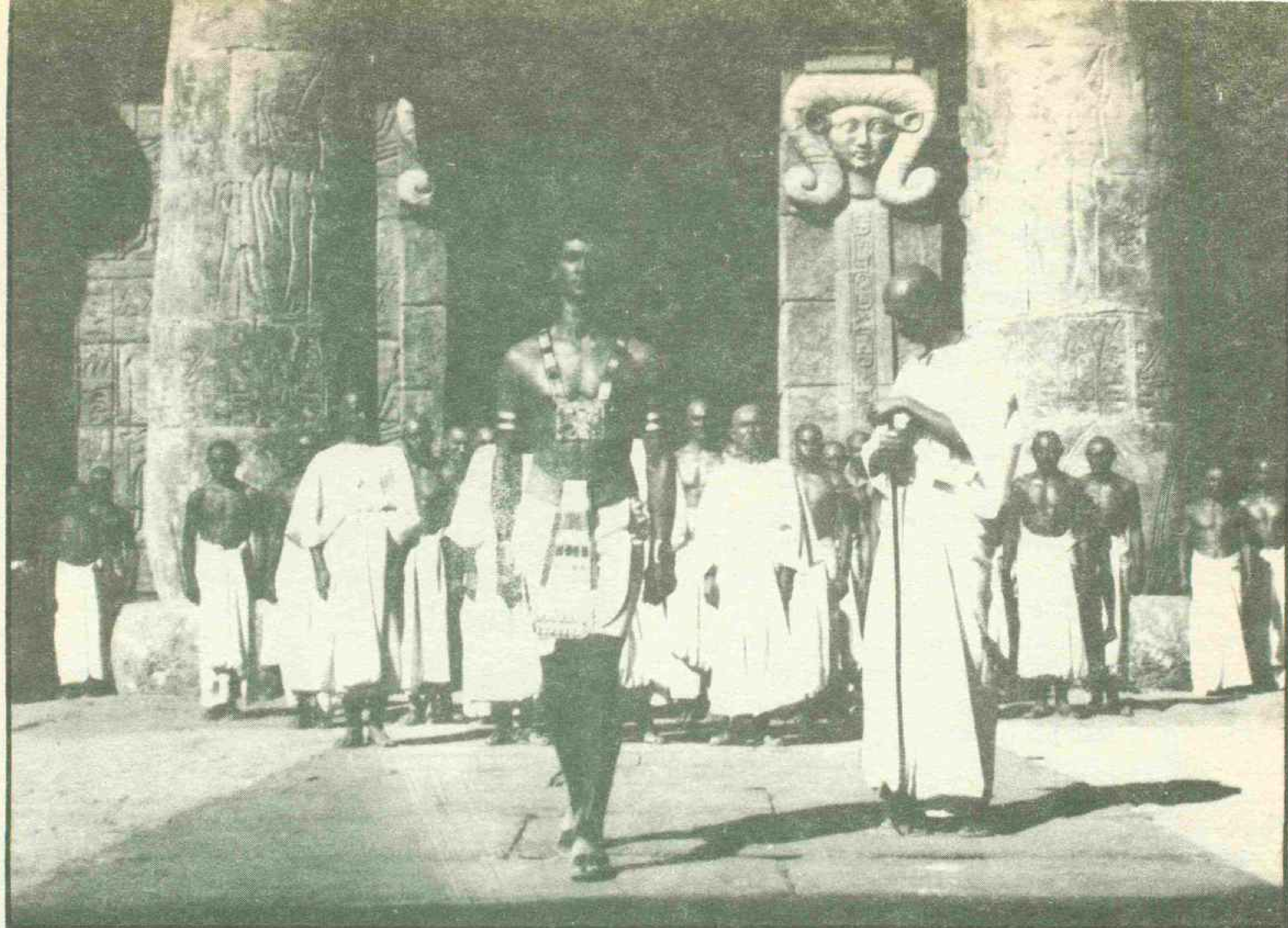
«Faraón» describe el período de la declinación del poderío militar egipcio frente a su antiguo vasallo: Asiria. Fenicia, por cuyos puertos fluye la mayor parte de la riqueza del Oriente Medio, está dispuesta a pactar de inmediato con el más fuerte, haciendo valer su poder económico para suplir su debilidad militar. Palestina, junto a Fenicia, es la otra pieza dentro de un mosaico de poderes ascendentes y crepusculares. Acuerdos y entregas se pactan a espaldas de los monarcas: mercaderes y sacerdotes —el poder económico de los grandes centros comerciales del Mediterráneo y el poder religioso— trazan el futuro mapa del Oriente Medio. El mantenimiento del poder y la acumulación de riquezas y el efectivo dominio sobre las grandes masas hambrientas se revelan, por mediación de los sacerdotes, como una manifestación de la voluntad divina. El poder absoluto del Faraón es mediatizado por



Fotograma de «FARAON», de Jerzy Kawalerowicz (1966).

quienes interpretan la inaprensible voluntad de los dioses. Cuando el poder terrenal (transitorio y perecedero) se ejerce por designio divino, el monarca necesita de mediadores, de intérpretes, de iniciados que convoquen a los dioses, descifren sus mensajes y transmitan sus voluntades. Una vez divinizada la autoridad del Faraón, prisionero de la inmortalidad prometida, temeroso de verse privado de la gracia de los dioses mientras dure su efímero mandato sobre la tierra, el monarca se transforma en un mero legitimador de los oficiantes, del consejo de notables que dedica su vida a estudiar y catalogar los signos del discurso divino.

Insensible pero implacablemente, el poder del Faraón se va transmutando en sumisión. El poder se traslada a los intermediarios, que añaden a su condición de oficiantes, las prerrogativas de los jueces; a su rol de consejeros, la función de administradores de las riquezas materiales de los dioses (botines de guerra, ofrendas, tierras). El Faraón es la legitimación viviente de una voluntad que no es la suya, cabeza visible de un poder que se ejerce a sus espaldas. A su muerte, se le resguarda de la descomposición, se le despellejan los pies para que no lleve a su morada eterna ni una pizca del polvo que pisó en esta tierra, donde todo se corrompe y se degrada.



Fotograma de «FARAON», de Jerzy Kawalerowicz (1966).

La sacralización del conocimiento

El joven Faraón, heredero del trono, decide asumir la totalidad del poder, margina al clero de sus decisiones y decide imponerlas aun contra la voluntad de éste. Va a utilizar las riquezas que los sacerdotes guardan celosamente en el laberinto para mitigar el hambre de su pueblo. Va a rearmar sus ejércitos, a desechar los pactos que el clero ha consumado a sus espaldas y desprecia la autoridad y las leyes internas del poder religioso. La conspiración contra el «heredero de la voluntad divina» se pone en marcha. El clero dispone para defender sus privilegios de las armas que le otorga su condición: el conocimiento de la debilidad de los hombres, sus flaquezas, sus ambiciones, su cultivado temor ante la cólera divina y del instrumento más valioso al que sólo ellos tienen acceso: el conocimiento, la ciencia. Ellos, los que trabajan el espíritu, los que observan la naturaleza y dialogan con ella, guardan este preciado tesoro con el mismo avaricioso celo con que se acumulan las riquezas minerales en el laberinto. El sacerdote es también el científico, el que absorbe el saber y lo utiliza en beneficio de su casta. A un eclipse de sol, ya anticipado en sus observaciones, lo transforman, a los ojos del pueblo, en un signo de la ira divina. La suerte del Faraón ha quedado en manos de la «divinidad». El poder se perpetúa a sí mismo, se defiende de sus agresores y recurre a un último e inevitable desenlace: la destrucdión física del rebelde.

El final: una cámara proyectada en travelling sobre la entrada del palacio. Un rectángulo negro y silencioso en una pared quemada por el sol. Fuera de cuadro la tensa espera de los seguidores del joven Faraón. Una aparición que ya no se producirá. Como siempre, los conspiradores se esconden en palacio.

Es inútil sustraerse a la tentación de las dobles lecturas. Sobre todo, en un film como «Faraón», tan meticulosamente armado, con un realizador como Kawalerowicz, un «puro razonador»; en una cinematografía como la polaca que, trajinando la historia en un viaje inagotable, nos ofrece de mil maneras los cíclicos problemas de su país. Imposible dejar de pensar en la Iglesia Católica que, desde el bautismo del príncipe Miecislao en el año 965 hasta el día de hoy, ha ejercido una influencia formidable en los destinos de Polonia, mayor aún que en cualquier otro estado de la europa central u occidental. Durante todos estos siglos la Iglesia ha disfrutado de un poder político y también económico, con frecuencia inapelable.

La prensa occidental nos provee, desde hace un tiempo, una información mezquinamente interesada sobre los sucesos en Polonia.

Dieciséis años después de su realización, «Faraón», una película premeditadamente seca, nos ofrece con sus imágenes sombrías pero bellas, una contralectura de la encrucijada polaca de los años ochenta. ■ **A.G.F.**

Libros recibidos

Los ejércitos... más allá del golpe. Colectivo Democracia. Planeta. Barcelona, 1981. 448 págs.

Luis el bienamado. Jean Plaidy. Javier Vergara Editor. Barcelona, 1981. 298 págs.

A la guerra en biplano. Charles Lamb. Javier Vergara Editor. Barcelona, 1981. 328 págs.

El embajador. Morris West. Javier Vergara Editor. Barcelona, 1981. 362 págs.

El collar de la paloma. Ibn Hazm de Córdoba. Alianza Editorial. Madrid, 1981 (3.ª edición). Versión de Emilio García Gómez. 336 págs.

Sociología del arte. Pierre Francastel. Alianza Editorial. Madrid, 1981. 202 págs.

Historia de la España islámica. Montgomery Watt. Alianza Editorial. Madrid, 1981. (4.ª edición). 210 págs.

Derecho y sociedad en el reino visigodo. P. D. King. Alianza Universidad. Madrid, 1981. 308 págs.

El miracle de Llutxent y els corporals de Daroka. Dr. Roc Chabàs. (Edició facsímil). Institució Alfons el Magnanim de la Diputació Provincial de València. 1981.

El Caribe a la hora de Cuba. Gérard Pierre-Charles. Premio Casa de las Américas 1980, ensayo. Ed. Casa de las Américas, 1981. 54o págs.

La nomenklatura, los privilegiados en la U.R.S.S. Michael Voslensky. Argos-Vergara, 1981. Prólogo de Fernando Claudín. Barcelona. 398 págs.

En mi jardín pastan los héroes. Por Heberto Padilla. Argos-Vergara, Libro de Otoño 1981. Barcelona. 270 págs.

Quién financió a Hitler. James Pool y Suzanne Pool. Plaza-Janés. Barcelona 1981. 464 págs.

El señor presidente. Miguel Angel Asturias. Alianza Losada. Madrid, 1981. 306 págs.

La revolución rusa de Lenin a Stalin, 1917-1929. E. H. Carr. Alianza Editorial. Madrid, 1981. 244 págs.

Historia de América (II) y (III). M. Hernández Sánchez Barba. Alhambra Universidad. Madrid, 1981. 1.024 págs.

La primera víctima. William Powell. Planeta. Barcelona, 1981. 256 págs.

Postrimerías, del pasado hacia el futuro. Claudio Sánchez-Albornoz. Planeta. Barcelona, 1981. 228 págs.

Filosofía, pedagogía e historia en Manuel García Morente. Pedro Muro Romero. Instituto de Estudios Jiennenses. Centro Superior de Investigaciones Científicas. Sevilla, 1977. 178 págs.

Asturias contemporánea 1808-1975. David Ruiz. Siglo XXI de España Editores, S. A. Madrid, 1981. 382 págs.

Inquisición española: poder político y control social. Bartolomé Bennassar. Crítica, Grijalbo. Barcelona, 1981. 348 págs.

Introducción a la historia de la revolución francesa. Michel Vovelle. Crítica, Grijalbo. Barcelona, 1981. 216 págs.

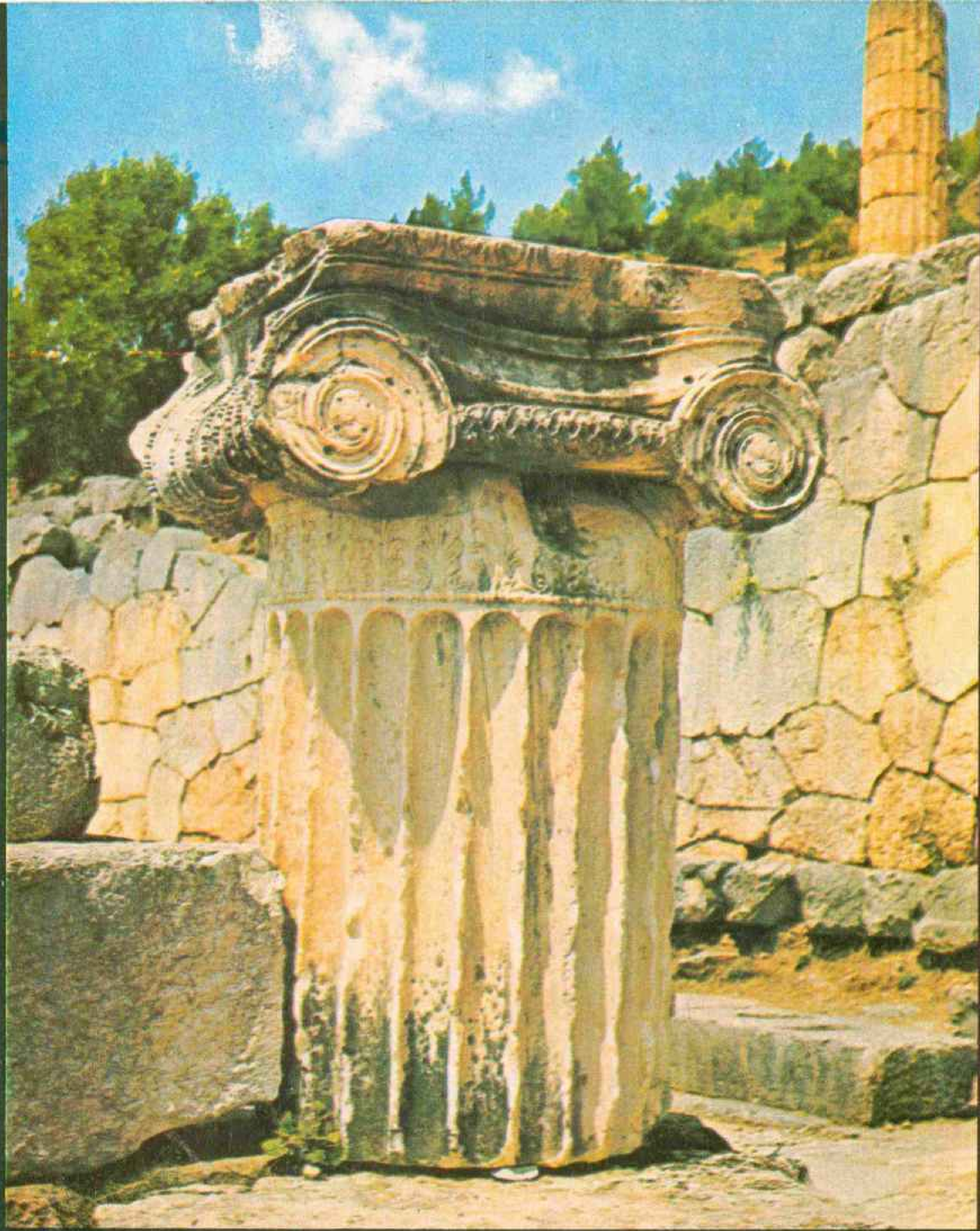
EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Carlos Sampelayo

Venezuela en los recuerdos del exilio

La riqueza de Venezuela, simbolizada desde hace medio siglo por las prospecciones petrolíferas del lago de Maracaibo, condicionan su futuro. La gran riqueza petrolífera de Venezuela.



Delfos. Columna con capitel jónico de la Vía Sacra. Detrás el muro poligonal. A ambos lados de la Vía Sacra se levantaban varios Tesoros, edificios pequeños que albergaban las ofrendas que dedicaban las ciudades al santuario.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Miguel Angel Martínez Artola

La Voz de Apolo:

Delfos